

# AMALIA.

Por

JOSÉ MÁRMOL.

TOMO PRIMERO.

*Estudio preliminar y curaduría de  
Adriana A. Bocchino*

Sobre edición de Brockhaus, 1868-1877



Mármol, José

Amalia / José Mármol ; Estudio preliminar de Adriana Albina Bocchino; 1a ed. - Mar del Plata: EUDEM, 2017.

v. 1, 404 p. ; 21 x 13 cm. - (Escritores argentinos / Sylvester, Santiago; Calabrese, Elisa T.; 5)

ISBN 978-987-1921-82-9

1. Literatura Argentina. I. Bocchino, Adriana Albina, estudio preliminar, II. Calabrese, Elisa T., prolog. III. Título.

CDD A860

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio o método, sin autorización previa de los autores.

**ISBN:** 978-987-1921-82-9

Colección *Escritores argentinos*

Dirigida por Elisa Calabrese y Santiago Sylvester

Fecha de edición: Julio 2017

© 2017, EUDEM

Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata

EUDEM / 3 de Febrero 2538 (7600)

Mar del Plata / Argentina

**Arte y Diagramación:** Luciano Alem

**Impreso en:** Departamento de Servicios Gráficos UNMdP



Libro  
Universitario  
Argentino

## Palabras preliminares

La pregunta implícita que quiero responder; la que debe hacerse cualquier posible lector que mire este libro, sería ¿por qué una edición de *Amalia*? ¿No conocemos, acaso, este texto clásico, uno de los fundadores de nuestra literatura? Y para exponer las razones por las que asumimos este desafío en la colección Escritores Argentinos de EUDEM, diré la primera: un texto clásico, en efecto, al que creemos conocer, pero esto es sólo un lugar común instalado en el imaginario de nuestra cultura; pues como ocurre con muchos clásicos, ha dejado de leerse. Y por tanto, buscamos lectores renovados y para ello, pretendemos generar esa dimensión a la que apela Adriana Bocchino, la responsable de esta edición y autora del extenso prólogo, cuando convoca a disfrutar esta lectura. Cito uno de sus párrafos para mostrar dos de las posibles condiciones de esa nueva lectura: la primera, abandonar toda idea simplista de un texto al que suponíamos sencillo y dos, asomarnos a la causa de tal complejidad. Escribe Bocchino en su estudio:

El recorrido del folletín, libro, adaptaciones varias, plagios y traducciones múltiples, nos pone frente a un texto que si bien fuera elemento fundante de un canon escolar hoy caduco necesita volver a leerse. *Amalia* parece renovar su atención a la luz de una nueva manera de leer, si se quiere en términos históricos, que renueva, dicho sea de paso, la lectura de una historia argentina siempre mal contada (60).

Me detengo en señalar que si bien es siempre necesaria la lectura de un prólogo, como portal de acceso a un texto, en este caso se hace imprescindible por el enfoque donde se sitúa la mirada crítica de quien escribe. Es así que no por casualidad, el título omite la palabra “prólogo” y prefiere “*Amalia* de José Mármol. Un ensayo.” pues despliega un recorrido crítico extenso por los avatares de la novela, siempre, como decía, con la intención de capturar el interés del lector, deseo que podrá tal vez cumplirse, pero que sin duda, no eludirá su asombro, al conocer el entramado producido entre las etapas de la vida de su autor, caracterizadas por el movimiento y el cambio perpetuos, los acontecimientos del contexto cuyo horizonte presenta una época convulsionada y la recepción del texto. Estas instancias están ligadas por la escritura de la autora del ensayo, que por ello merece este título, pues al asomarse a un período histórico políticamente tan inestable, donde se juega la posible matriz que ha de constituir nuestra Nación, no es posible evadir las interpretaciones personales. Pero, tal como recomienda el famoso historiador Jacques Le Goff, si la objetividad no existe, sí, en cambio, es necesaria la imparcialidad; es decir, el historiador no debe escamotear deliberadamente datos o fuentes ni adulterar los hechos registrados. Y Bocchino ha buceado en muy diversas corrientes tanto históricas como de crítica literaria y las expone, mostrando cómo la personalidad de José Mármol está plena de claroscuros, hasta el punto de que él mismo en cierto momento deja en la sombra su propia novela.

En lo que hace a la crítica, también reseña los aportes más importantes, sin omitir detalles: podemos ver un ejemplo concreto, cuando señala que Carlos Dámaso Martínez, en el fascículo llamado “El nacimiento de la Novela” para la *Historia de la literatura argentina* que publicó CEAL, fue el primero en llamar la atención sobre el

hecho de que *Amalia* fuera caracterizada como “novela histórica” cuando en realidad, los hechos y personajes narrados en ella son contemporáneos al autor y lo que se impone es el propósito político. Mármol –pese a estar profundamente imbuido de la poética romántica- sabía perfectamente que no respondía a las características de la novela histórica tal como la pensaron los románticos, de allí que se excusara con la idea de “una ficción calculada”, como se observa en el pasaje que pertinentemente elige Bocchino como epígrafe para encabezar su ensayo. Por mi parte, en 1993, cuando proliferaban los estudios sobre las relaciones entre historia y ficción, promovidos por la catarata de lo que fuera llamado “nueva novela histórica”, escribí lo siguiente referido a *Amalia*:

Lo que ocurre en Mármol es el conflicto entre su poética romántica y el imperativo político que lo condicionaba. [...] el prólogo es claramente indicativo de su pedido de disculpas...Pero si tal excusa puede aparecer ante el lector de hoy una ingenuidad romántica, no puede decirse lo mismo de su concepción de la lectura. El sujeto de la enunciación del prólogo, identificable con la figura del autor, destina su novela “a las generaciones venideras” estableciendo así la utopía de un lector futuro para quien los hechos sí se inscriben en un pasado lejano”.<sup>1</sup>

En tal sentido, Mármol sí que construyó una novela histórica pues sin duda, esas generaciones venideras así la leyeron y así fue institucionalizada. Tan es así, que hasta desde ciertas opiniones críticas ha sido juzgada no por

---

<sup>1</sup> Elisa T. Calabrese, “Historias, versiones y contramemorias en la novela argentina actual”. Calabrese, Elisa T (editora) *Itinerarios entre la ficción y la historia. Transdiscursividad en la literatura hispanoamericana y argentina*. Buenos Aires: GEL, 1994. 60

sus condiciones literarias, sino por el modo en que presenta a los personajes que devienen, algunos de ellos, en estereotipos, como ocurre con la esposa del Restaurador, por ejemplo.

No abundaré más en la descripción de lo que está más completo y claro en el ensayo que oficia de prólogo: queda en pie la utopía de que esta novela obtenga renovados lectores.

**Elisa Calabrese**

## *Amalia* de José Mármol. Un ensayo

Adriana A. Bocchino

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existen aún, y ocupan la misma posición política ó social que al tiempo en que ocurrieron los sucesos que van á leerse. Pero el autor, por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquellos [...] El autor ha creído que tal sistema convenía tanto á la mayor claridad de la narración, cuanto al porvenir de la obra, destinada á ser leída, como todo lo que se escriba, bueno ó malo, relativo á la época dramática de la dictadura argentina, por las generaciones venideras [...]

José Mármol. “Esplicacion”, mayo de 1851.

El 21 de abril de 1851, en el primer número de su periódico *La semana*, donde en breve saldrán los primeros capítulos de *Amalia*, José Mármol se planta con vehemencia frente a los males que algunos endilgan a la prensa: “tiene su origen -dice-, no en los escritores, sino en la situación que atraviesan; porque en ella falta la acción política y la libertad de imprenta por una parte; y por otra el espíritu y el hábito de la discusión pública sobre los intereses sociales”. En la misma publicación, frente a la literatura se pregunta “cómo llenar tampoco las pàginas de un periódico en una sociedad en quien no se han formado todavía los gustos; ni difundido los medios de

crear y fomentar una literatura nacional”, para concluir que “todos nuestros periódicos juntos, políticos y literarios, por años enteros, no son otra cosa más que un prolijo inventario de los periódicos y las obras de otros países”.<sup>1</sup>

Esta actitud crítica y filosa será la que Mármol llevará adelante durante su exilio fuera de Buenos Aires, contra Rosas sin duda pero también a favor de una militancia sin descanso por la escritura en todas sus formas. A la vez que, sobre este pivot, reunirá a amigos, conocidos, diplomáticos y embajadores, hará nuevos amigos escritores y sobre todo lectores. Sus nombres delinear lo que podríamos llamar el campo intelectual antirrosista, disperso entre Montevideo, Río de Janeiro, Santiago de Chile cuando no Europa.

Escribir sobre *Amalia* de Mármol, editar *Amalia* en tinta y papel, requiere hoy justificarse. Esta justificación, debo decirlo, circula paradójicamente por la zona del deseo y, también, si se admite una bella palabra no muy académica, el capricho. Convertida *Amalia* en objeto de estudio, para muchos la primera novela de la literatura argentina, pierde el vínculo con el vívido impulso que le dio origen. Y es ese impulso el que quisiera pudiera ser recobrado. Sobre todo la vehemencia confiada de su autor. Recobrar al Mármol escritor de *Amalia* es al mismo tiempo recobrar al escritor poeta pero también al periodista y al político. Desearía pudiese leerse *Amalia* como si nunca la hubiéramos leído y por ello, entonces, esta edición está dedicada a quienes en verdad nunca antes la leyeron.

Empezar a leer *Amalia* en estas condiciones, hoy, en tinta y papel, pretende suspender tiempo y espacio para concentrar la mirada sobre el libro objeto. En algún sentido todavía impreciso, unir una de las primeras nove-

---

<sup>1</sup> “De la Prensa Periódica”. *La semana*, N° 1, 21 de abril de 1851, 1- 4.

las de la literatura argentina, aparecida junto al periódico *La Semana*, escrita entre 1844 y 1851, finalmente publicada en 1855, y este hoy raro objeto llamado libro, oficia una especie de homenaje. A *Amalia* de José Mármol -está a la vista- pero también a una época pasada, nuestro lejano siglo XIX y, al mismo tiempo, nuestro cercano siglo XX recién dejado atrás, cuando el objeto libro era el lugar de la literatura, el saber, la lectura porque sí, para pasar el tiempo, levantar la vista e imaginar pero también el lugar de la confianza en las palabras que hacían creer que por ellas, entre otras acciones, el cambio social, político o histórico era posible.

Esta edición de *Amalia* quiere reunir aquella primera novela y un espacio de disfrute en la lectura. Pero para que se abra este espacio de ¿disfrute?, sin embargo, es necesario reponer algunas explicaciones, porque el “disfrute” del que hablo busca referirse no sólo a la historia de amor que habita el texto o la visión del rosismo y sus personajes contrapuestos, archiconocidos y estudiados, sino también un disfrute sobre el objeto libro.

Se convirtió en un clásico de las aulas universitarias la intervención de César Aira bajo el título “Amalia” (sin cursiva), en el Primer Encuentro de Literaturas Americanas (Rosario, 2010), acerca de que una literatura se hace nacional para los lectores de una nación cuando se puede hablar mal de ella, dado que uno puede hacerlo sobre la buena literatura -el *Martín Fierro* para el escritor-, como un derecho que confirmaría “la propiedad, la intimidad, el cariño y hasta el orgullo”. Y, de inmediato, con seriedad, sigue diciendo con una de sus acostumbradas piruetas verbales, que un “escritor realmente bueno escapa, por su propio peso, a la intimidad nacional”, porque “el reconocimiento de la buena literatura carece por naturaleza del sello de lo nacional” y, a continuación, retomando el hilo de aquello sobre lo que, según el título, pretendía hablar, que “no hay más reme-

dio que hablar mal de Amalia si queremos encontrar en ella algo que podamos considerar nuestro”, porque “la intención de elogiarla choca con obstáculos casi insalvables”. Con *Amalia*, la apropiación tan sólo podría empezar a darse, parece, a expensas del “cariñoso escarnio de la exclusividad”.

Y allí, en otra vuelta, declarando de manera elocuente la pertenencia de *Amalia* a nuestra mala literatura, enseguida la conecta con la literatura universal a través del éxito del proyecto en sintonía con la literatura mala internacional que circulaba en el momento: “El Buenos Aires nocturno de Mármol no es distinto al París nocturno de Sue”. Y la prueba de esta “condición tópica” de *Amalia*, dice, estaría en el plagio del que fue objeto. Por lo demás, su conferencia se interna en las consideraciones de las formaciones del gusto, donde lo bueno o lo malo en la literatura pasa a una consideración según da por no decir inútil.<sup>2</sup>

Por mi parte, y como deformación del oficio, no me atrevo a decir qué es bueno o malo en literatura y me limito, desde el punto de vista profesional, a estudiar cuánto o cómo les gustó o no a otros. Las explicaciones, para abrir el espacio del disfrute, pretenden ir más bien por este carril.

*Amalia* se escribe en medio del siglo XIX, en medio del convulsionado siglo XIX que, en lo que nos toca, parece especialmente convulsionado, dado que hace a nuestra historia más o menos reciente frente a otras historias con varios siglos por detrás. *Amalia* se escribe entre medio de luchas sangrientas por el poder, en medio de un periódico entre otros -escrito casi por completo por el mismo autor-, en medio del exilio, un largo sitio de ocho años a la ciudad de Montevideo, en medio de la

---

<sup>2</sup> Pueden leerse las palabras de Aira en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 743 (mayo 2012), 25-35, versión digitalizada en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/amalia/>

llamada Guerra Grande en la historia uruguaya y un bloqueo internacional, tan solo para destacar los acontecimientos más importantes. Acontecimientos, además, llevados adelante, sitio y guerras y bloqueos, por unos ciertos argentinos en contra de unos ciertos uruguayos a los que se habían unido otros ciertos argentinos que, a su vez, se refugiaban escapando de aquellos otros ciertos argentinos: blancos y colorados, federales y unitarios, generación del '37, los Proscriptos, José María Paz, Manuel Dorrego y Juan Lavalle, Manuel Oribe y José Frutuoso Rivera, Facundo Quiroga, Justo José de Urquiza y Juan Manuel de Rosas, el nombre/el hombre que aglutina el tiempo y el espacio y las acciones del territorio que no puede decirse con certeza hasta dónde llega o se extiende en ese momento.<sup>3</sup> Cañonazos, hambre, persecuciones, matrimonios, muertes y nacimientos, fusilamientos y constante desplazamiento de hombres y mujeres, huídas, abandonos y destierros, periódicos a diestra y siniestra, ensayos y poemas, aparecidos y desaparecidos en una larga serie desordenada y fantasmal de situaciones casi imposible de imaginar hoy. Las fronteras, los mapas, cambian según quién los dibuje, según a quién se encargue dibujarlos.

El excursus poco académico apunta a darle densidad a la diferencia entre aquel siglo XIX y nuestro XXI, e intenta poner en caja eso que llamo el vívido impulso de lo que dio origen a *Amalia* y el que hoy podría dársele a

---

<sup>3</sup> “El territorio” a veces involucra lo que hoy es Uruguay, otras Paraguay, Argentina pero solo hasta la línea de los fortines, la Patagonia de los indios, Brasil. A veces, también, intervienen sobre el “territorio” los franceses, otras los ingleses, incluso Giuseppe Garibaldi y los garibaldinos. Es muy difícil ofrecer un mapa cierto y definitivo del territorio en el momento en el que se escribe *Amalia*. Los límites varían según victorias o derrotas siempre provisionales entre zonas, provincias y/o protonaciones.

nuestras escrituras. Allí se juega el deseo del que antes hablaba. Y el capricho.

Editar *Amalia* en tinta y papel es nuestro ir, intentar ir, en busca del tiempo perdido de una historia que podría ser llamada argentina. Reconstruir apenas aquel mundo del siglo XIX a través de una de nuestras primeras novelas, sino la primera (“mala” al decir de Aira), para sumergir a los lectores en una dimensión de espacio tiempo que, a lo mejor, permita creer en un tiempo recobrado, explicarnos de alguna manera. Asomarnos/los al tiempo de una historia de enredos truculentos que no dejan de explicar, sino en un destino de crímenes absurdos, el prontuario de nuestra historia -David Viñas dixit-, nuestra historia incomprensible.

Entre todas las versiones posibles, las de los próceres que se hacen escribir cuando no escriben ellos mismos sus historias de próceres, elijo las versiones literarias que juegan de antemano sobre los bordes de la ficción y la realidad, las menos presuntuosas, las más amables. En definitiva, no se preocupan por dar la última palabra y saben que se escriben para abrir puertas y ventanas y para que cada uno imagine una vida mejor a la que lleva o a la que nos arrojan nuevos protopróceres sin escrúpulos. Elegir las versiones literarias, digo, en tinta y papel, hoy como ayer, significa que no somos estúpidos y tampoco resignados, y decimos lo que alcanzamos a decir en la especificidad de nuestro trabajo. Léase allí cuánto de político tiene el gesto. La cuestión, como siempre, estará en que se nos permita ser escuchados y, mejor aún, pueda comprendérsenos.

## Sobre el autor

Nace en Buenos Aires como José Pedro Crisólogo Mármol Zavallera el 2 de diciembre de 1817, según la fe de bautismo que se conserva en el Archivo General de la Nación, de madre uruguaya y padre porteño.<sup>4</sup> Ahora bien, según escribe en una carta a Juan María Gutiérrez, datada en Río de Janeiro -espacio privilegiado del exilio argentino junto al de Montevideo- el 26 de marzo de 1846, la fecha de su nacimiento sería el 4 de diciembre de 1818.<sup>5</sup> De cualquier manera, la carta a Gutiérrez resulta lo más apropiado para leer cómo se muestra el mismo Mármol, en tanto autor, dada la noticia biográfica incluida que le envía a propósito de la antología que el matemático, ingeniero, topógrafo y escritor radicado en Valparaíso en ese momento, quiere hacer sobre el poeta, entre otros poetas, para su *América Poética*.<sup>6</sup>

Ambos se conocían desde el ciclo del “Salón Literario” de la *Librería Argentina* de Marcos Sastre, fundado en 1837 -aunque no hay prueba de la integración de Mármol en ese momento, de diecinueve o veinte años,

---

<sup>4</sup> Véase “El nacimiento de la novela: José Mármol”. Carlos Dámaso Martínez, 1980-86: 265.

<sup>5</sup> Esta carta se conserva en la Biblioteca del Congreso: Archivo Gutiérrez, manuscrito, caja 14, carpeta 49, legajo 7. Puede leerse completa en José Mármol, “Autobiografía”; editor literario, Teodosio Fernández, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/autobiografia-de-jose-marmol/> De aquí tomamos la versión que se cita a continuación.

<sup>6</sup> *América poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo*. Parte lírica. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, Calle de la Aduana, 1846. Esta publicación salió desde febrero de 1846 a junio de 1847 en forma de fascículos en 48 páginas. La colección iba a titularse *Poetas del Río de la Plata* y había comenzado a realizarse en Montevideo en 1842, dirigida por dos argentinos y dos uruguayos: José Rivera Indarte, Juan María Gutiérrez, Teodoro Miguel Vilardebó y Andrés Lamas, respectivamente. La obra proyectaba incluir retratos y datos biográficos de cada autor para ser editada en París. Nunca se publicó como tal.

reciente estudiante de derecho y solo en Buenos Aires, vuelto de Río de Janeiro donde había muerto su madre, un poco mejor después en Montevideo y en particular en Río de Janeiro, donde Gutiérrez escribe la “Introducción”, con fecha febrero de 1845, a los primeros cuatro *Cantos del Peregrino* que Mármol conseguirá publicar en Montevideo recién en 1847.

Dice con gracia en aquella carta:

Yo nací, amigo mío, el 4 de diciembre de 1818 en esta tierra que, por ironía de lo que había de ser más tarde, se llamó Buenos Aires.

Ese año debió de ser de seca y ese día de vigilia pues nací enfermizo y con una propensión a comer bien que no se me ha quitado todavía; y debió ser año de quiebras, pues he vivido siempre en una completa bancarrota.

Mis estudios primarios los hice en el bajo y no en lo de Sánchez donde me mandaba mi madre, porque siempre tuve una aversión irresistible a los maestros de escuela, y una vocación ardiente a jugar con las olas del mar, indicación misteriosa de mi destino futuro.

Como no sabía leer, a los 10 años se me tomaron maestros en mi casa; pero a uno lo echó mi padre a pescozones porque se puso a enamorar a mi hermana mayor, y a otro lo emborrachaba yo todos los días con vino de Mendoza que robaba de la despensa de mi casa.

El resultado fue que a los 13 años yo seguía a mi madre a Montevideo, sabiendo apenas la Cartilla. Allí empecé a ser un poco más aplicado y tres años después yo era de los mejores estudiantes de Geografía y Matemáticas; pero cuando estaba más adelantado y querido de mi maestro se dio un día la maldita casualidad de que éste me

encontrara sentado en la falda de su mujer, lo que me obligó por prudencia a saltar una ventana, romperme el brazo izquierdo y no volver a la academia y no volver a mi primera maestra de ojos negros y 22 años.

En fin, llegó el año 35, y muerta mi madre, y mi padre en el Brasil, pasé huérfano a mi patria a los 17 años de vida:<sup>7</sup> un cambio casi milagroso se obró en mí, y amando los estudios, yo mismo me procuré la entrada en la Universidad el año 36, empezando por el curso de Filosofía. Vivía solo y aislado, sostenido escasamente con la pensión que me pasaba mi padre, que después de haber obtenido las charreteras de coronel en la guerra de la Independencia, vivía pobre como mil otros.

En mis dos exámenes de filosofía y mi primer año de derecho adquirí la clasificación de sobresaliente, que, como usted sabe, es la más alta según nuestro reglamento universitario.

Ya estamos en el año 38. A esta época ya sabe usted que gran parte de la juventud estaba en Montevideo trabajando contra Rosas. Yo no podía ser indiferente a las calamidades de mi patria que ya veía tan claras e impulsado por esa fiebre de libertad que ha marcado después todos los actos de mi vida, yo también escribía cartas a Montevideo y pedía diarios para hacerlos leer a

---

<sup>7</sup> Teniendo en cuenta la cronología que seguimos, el año de 1835 que Mármol aporta y si admitimos que nació en 1817, no tenía 17 años como dice sino 18. También se observa una tergiversación de las fechas cuando recuerda sus días en la cárcel: no fueron ventitrés sino seis. El 1º de abril de 1839 fue preso y conducido a la policía de Rosas. “Salió el siete de abril de la cárcel, pero ya no pudo más vivir en paz”. El 20 de noviembre de 1840 sale hacia Montevideo. Véase Blasi Grambilla (1970: 28, 30, 31 y A-291) y Teodosio Fernández, “Apunte bibliográfico” (2012).

cuantos podía. Bajo la activa policía de Buenos Aires no tardó en conocerse, tomáronme cartas y bienes, y héteme aquí en la cárcel en abril de 1839 con dos barras de grillos, en un bien cerrado calabozo.<sup>8</sup>

En él fue, amigo mío, donde hice los primeros versos de mi vida, escritos en la pared con palitos de yerba carbonizados en la luz [...]

Desde 23 días salí de la cárcel, y en la imposibilidad de salir de Buenos Aires, continué mis estudios, teniendo la ciudad por cárcel.

Pero en los primeros días de octubre del año 40, ya la cosa pasaba de broma; fueron a mi casa a buscarme para cortarme una cabeza que yo quería conservar todavía y me oculté y permanecí hasta noviembre en casa del cónsul americano. El 20 de ese mes emigré para Montevideo. Lo demás ya usted lo sabe. Hemos sido hermanos de destierro, de desgracias, de ideas, de afecciones muchas veces y muchas veces de bolsa. [...]

Ya está usted complacido; ahora haga lo que le dé la gana, menos ponerme la edad que no tengo, sino unos 5 o 6 años menos, como le dije en mi anterior, y mucho hablar de las desgracias para hacer creer que son el origen de las canas y de alguna que otra arruga que ya va apareciendo.

El discurso romántico grandilocuente no escapa a las cartas que, pareciera, se escriben para ser publicadas aun

---

<sup>8</sup> Importa decir que según Arturo Jauretche, Mármol podría haber sido hijo natural del general Guido, notable rosista, lo que explicaría su paternal protección así como la verdadera razón de la estadía en la cárcel para cuidarlo, más bien que castigarlo, de la furia de un celoso marido cuya mujer había sido seducida por Mármol. Véase *Manual de zoncetas argentinas*. Buenos Aires: Peña y Lillo, 1984.

cuando en ésta se observa cierto pedido de complacencia para las cuestiones de la edad y de la imagen. Compárese el ampuloso encabezado al “Canto Primero” de los *Cantos del Peregrino*, escrito por la misma época.

*Buenos Aires: mis ojos se abrieron a la luz bajo tu cielo hermoso; y, digno hijo de tus pasadas glorias, se cerrarán acaso bajo el cielo nublado del extranjero.*

*Pero en mi destierro, tu recuerdo santo se confunde en mi memoria con los primeros besos de mi madre; y, si ambicioso de gloria he buscado con las inspiraciones de mi alma una guirnalda de poeta, es por depositarla a tus plantas: porque tú eres, Patria mía, el imán de esas inspiraciones.*

*Acepta el primer Canto del Peregrino: y, ¡ojalá que ese recuerdo de tus pasados tiempos y de tu hermoso porvenir te haga enjugar un instante el llanto de tus desgracias presentes!*

*Adiós, Buenos Aires: orgulloso de mi origen, moriré en el destierro, si no puedo algún día respirar en tu seno el aire puro de la Libertad: pero mi última palabra será tu nombre; mi último pensamiento será tu imagen.— José Mármol.*

*Montevideo, Mayo de 1847.<sup>9</sup>*

Enredo de lugares, fechas y publicaciones que interesa anotar y en lo posible esclarecer para observar la dinámica de movimiento de estos hombres y mujeres que, muchos de ellos muertos jóvenes para nuestros parámetros, parecieran vivir tantas vidas como profesiones y oficios declaran, en lugares distantes de América y Europa, siempre cambiantes pero, al mismo tiempo, persiguiendo siempre una idea de manera obsesiva: escribir Buenos

---

<sup>9</sup> Cito de *Cantos del Peregrino. Con una Introducción de Juan María Gutiérrez*. Buenos Aires: La cultura argentina, 1917.

Aires, escribir la Patria, escribir la Nación. Esos hombres y mujeres serán fundamentales en la vida de Mármol: el citado Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Juana Manso, José Rivera Indarte, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre.<sup>10</sup>

---

<sup>10</sup> Sin duda podemos decir que se trata de lo que la bibliografía llama “la generación del ‘37” aunque, en un primer momento de formación, Mármol sea apenas un estudiante recién llegado a Buenos Aires. Jorge Myers, sin embargo, lo considera miembro pleno dado que su historia personal cumple con precisión el camino de los primeros románticos. Dice en su imprescindible ensayo: “La generación de escritores, publicistas y hombres de Estado que alcanzó su mayoría de edad en la década de 1830 -conocida como «Generación del 37»- constituyó en la historia argentina el primer movimiento intelectual con un propósito de transformación cultural totalizador, centrado en la necesidad de construir una identidad nacional. Estuvo formada por algunos de los escritores más importantes del siglo diecinueve argentino, algunos de ellos, como Sarmiento y Mármol, de proyección continental. Las figuras principales del movimiento fueron pocas y dominarían la vida cultural argentina hasta los años 1880: Esteban Echeverría (1805-1851), Juan Bautista Alberdi (1810-1884), Juan María Gutiérrez (1809-1878), Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Vicente Fidel López (1815-1904), Bartolomé Mitre (1821-1906), José Mármol (1807-1882), Félix Frías (1816-1881). Una pléyade de escritores menores engrosaba las filas del movimiento -Florencio Balcarce (1818-1839), Luis L. Domínguez, Miguel Cané (padre) (1812-1859), José Rivera Indarte (1807-1845), Manuel José Quiroga Rosas, Juan Thompson, y otros, a los cuales debe agregarse un número importante de escritores extranjeros, algunos de ellos de gran capacidad literaria, que en diversos momentos de su vida participaron en el movimiento romántico difundido por los argentinos: Andrés Lamas, Adolfo Berro, Alejandro Magariños Cervantes, José Victorino Lastarria, Jacinto Chacón, Francisco Bilbao, Santiago Arcos, y otros. Por otra parte, al contrario de la generación literaria subsiguiente, la de 1845, los primeros románticos argentinos lograron en sus comienzos una cohesión grupal y un grado de institucionalización inusitados para la época y para la región: el Salón Literario de 1837, la Asociación de la Joven Argentina, la Asociación de Mayo, y las redacciones compartidas de un puñado de periódicos de ideas definieron un «partido» literario e intelectual, que se imaginaria con capacidad de reemplazar a los auténticos partidos que entonces se disputaban el poder”. Para insistir

Sigo a continuación, en apretada síntesis, “Cronología” y “Apunte Bibliográfico” de Teodosio Fernández,<sup>11</sup> a fin de traer aquí algo de la vida de aquellos que nombro, hechos y personas decisivas, e intentar comprender el movimiento de constitución de “un campo”, tanto intelectual como político que no se restringe a lugares y fechas de nacimiento y muerte, batallas o presidencias, sino que define nuestra historia como país en un denso entrelazado sociohistórico, complejo, cruzado por escrituras, cartas, documentos y publicaciones.

---

sobre la importancia de la Generación del '37, como momento romántico inaugurado por ella y de indudable valor desde la perspectiva de la historia argentina, pero también respecto de la historia intelectual de América latina “ya que marcó para ella el inicio absoluto del Romanticismo. Durante casi cinco décadas, los escritores y pensadores argentinos se arrogarían -no enteramente sin motivo- el título de los más modernos, los más radicales, y los más impacientes hombres de letras del continente sudamericano. Obligados por el gobierno dictatorial de Juan Manuel de Rosas a emprender el camino del exilio, harían de su peregrinación una empresa proselitista, esparciendo en los países que los albergaron las nuevas doctrinas del romanticismo y del «socialismo» literarios, del sansimonismo y del eclecticismo, de la filosofía de la historia y de la nueva filosofía histórica del derecho, y finalmente, de las posturas liberales más radicales junto con las posturas conservadoras más reaccionarias. Las opciones ideológicas escogidas por los integrantes de aquella generación fueron tan diversas y originales como sus personalidades, pero un rasgo las mancomunaba a todas ante los ojos muchas veces atónitos de sus interlocutores uruguayos, chilenos, o brasileños: el valor supremo que le asignaban a la novedad, el valor de estar «al tanto» de la última moda o de la última invención surgidas en los países europeos o en la «Gran República del Norte.»” (Myers, 1998: 383-4).

<sup>11</sup> Responsable del portal dedicado a José Mármol en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, [http://www.cervantesvirtual.com/portales/jose\\_marmol](http://www.cervantesvirtual.com/portales/jose_marmol), quien trabajó para ello con la Academia Argentina de Letras presidida por Pedro Luis Barcia, la Universidad Nacional de La Plata, el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires, la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo en Madrid.

En 1832 Echeverría publica su poema *Elvira o la novia del Plata*, la primera manifestación del romanticismo en Buenos Aires, y en 1834 el poemario *Los consuelos* cuyo epílogo apunta a la creación de una literatura nacional. Ese mismo año, Juan Bautista Alberdi publica *Memoria descriptiva sobre Tucumán*, un breve ensayo en el que aparece como tópico la cuestión de la influencia del medio sobre la conformación de los caracteres físicos y morales de los pueblos, de suma importancia sobre una línea sociológica que hará tradición. En 1835 Mármol viaja a Río de Janeiro con sus padres pero su madre muere y regresa solo a Buenos Aires, en tanto su padre permanece en Brasil para trasladarse luego al Uruguay. Ese mismo año, el 16 de febrero, es asesinado en Barranca Yaco el caudillo de La Rioja, Juan Facundo Quiroga y Rosas, entonces, acepta por segunda vez el cargo de gobernador de Buenos Aires, bajo la condición de la suma del poder público.

Durante 1836 y 1837 Mármol es alumno del Departamento de Estudios Preparatorios de la Universidad donde estudia Derecho. Entre tanto Gutiérrez, quien más tarde será su amigo, es el redactor principal de *El Recopilador*, periódico que pone especial atención en los temas nacionales y en los escritores del país. Del año de 1837 es necesario mencionar un evento clave: el 23 de junio, apenas hasta enero del año siguiente, inicia sus actividades el Salón Literario en la *Librería Argentina* de Marcos Sastre. Allí, Alberdi y Gutiérrez intervienen en la ceremonia inaugural haciendo hincapié en la necesidad de superar la pobreza cultural del medio, buscar la liberación mental y dejar atrás la herencia española de los tiempos de la colonia. Alberdi publica en julio su *Fragmento preliminar al estudio del derecho* y a fines de septiembre aparece *Rimas*, otro poemario de Echeverría que incluye *La cautiva*. Desde el 11 de noviembre se publica *La Moda. Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres*, que habría de alcanzar su número vigésimo

tercero y último el 21 de abril del año siguiente. En junio de 1838, Echeverría funda la “Asociación de la Joven Generación Argentina”, conocida más tarde como la “Asociación de Mayo”, cuyo objetivo declarado será derribar el gobierno de Rosas en Buenos Aires.

En octubre, el general Manuel Oribe, aliado de Rosas, es derrotado en Uruguay por el general José Fructuoso Rivera y Montevideo vuelve a convertirse en el refugio preferido para quienes huyen de Buenos Aires. El 1° de marzo de 1839 Rivera ocupa de nuevo la presidencia de Uruguay, mientras Mármol entre el 1° y el 7 de abril es encarcelado en Buenos Aires, según él mismo manifiesta, por recibir y difundir periódicos de Montevideo. El día 2, en la cárcel, fecha el poema “Lamentos”, contra Rosas, que aparece como una de sus primeras composiciones literarias. En julio sale de Montevideo el general Juan Lavalle al frente del que llaman “Ejército Libertador” y el 5 de septiembre invade Entre Ríos. Nótese que ello, de cualquier manera, no impide a Mármol viajar a Uruguay -donde su padre había comprado una pequeña estancia en Mercedes- y regresar sin problemas a Buenos Aires.

En 1840, el “Año del Terror”, la “Coalición” o “Liga del Norte” agrupa contra Rosas a las provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja y Catamarca, al mando militar del general Gregorio Aráoz de Lamadrid, en tanto Lavalle lleva sus tropas hasta la provincia de Buenos Aires y entra en ella el 5 de agosto para replegarse hacia Santa Fe un mes después. El 29 de octubre la armada francesa levanta el bloqueo tras un acuerdo que supone un éxito notable para Buenos Aires. Mármol, que contaba con pasaporte para entrar y salir del país, se refugia no obstante en el bergantín comercial genovés *Leónidas* para pasar a la goleta de guerra francesa *Joséphine* y salir, el 20 de noviembre, para Montevideo y, pocos días después, llegar a la estancia donde viven sus hermanas Juana y Emilia.

En los números del 13 y el 19 de diciembre de *El Talismán*, semanario de los exiliados dirigido por los argentinos Rivera Indarte y Gutiérrez, aparecen sus poemas “El alhelí” y “El dolor y el amor”. Podría decirse que con ellos Mármol empieza a tomar posición en el “campo” intelectual y político al que antes aludí. Entre marzo y abril de 1841 publica ocho números del “periódico político y literario” *Paquete de Buenos Aires* dedicado a la lucha contra Rosas y a impulsar la unión de los enemigos de la dictadura, sean unitarios o federales. Simultáneamente se destaca en el certamen poético celebrado en Montevideo en ocasión del aniversario de la Revolución de Mayo, en el que Gutiérrez recibe el primer premio y Luis Domínguez el segundo. Con “Al 25 de mayo de 1841” Mármol recibe una “recomendación especial”, elogiosos comentarios de Florencio Varela y resulta aclamado por el público. Sin embargo, estos versos que empiezan a convertirlo en el paradigmático poeta enfrentado a la tiranía, todavía se encuentran dominados por inquietudes literarias bien diversas. También atestiguan estas líneas sus dramas en verso *El poeta* y *El cruzado*, en cinco actos, estrenados el 20 de agosto y el 5 de noviembre de 1842 respectivamente, cuyos motivos centrales son las historias de amor de trágico final, en espacios y tiempos exóticos, al gusto romántico. Asimismo, una crónica del certamen aparece junto a su poema en *El Álbum*, periódico que publica él mismo, entre mayo y junio. También figura como colaborador de *Tirteo* -dirigido por Gutiérrez, del que salen catorce números entre junio y diciembre-, y es uno de los redactores de *¡Muera Rosas!* que empieza a publicarse el 23 de diciembre (trece números) hasta el 9 de abril de 1842.

Mármol, ya convertido en uno de los adalides de la libertad, mantiene tranquila correspondencia con Buenos Aires donde se encuentra ahora su hermana Emilia y don-

de vive José Tomás Guido, amigo suyo desde la universidad e hijo del general Tomás Guido, reconocido rosista. Esta relación, de verdadero afecto, le permite no solo la correspondencia y la protección sino también la obtención de alguna misión diplomática desde el gobierno de Rosas en Brasil que más tarde le será revocada.

Entre tanto, Lavalle había sido derrotado por Oribe en Faimallá en septiembre, y moriría en Jujuy en octubre; con ello los enemigos de Rosas pierden todas las esperanzas. Sin embargo, el 25 de julio de 1842, Mármol publica "Al pampero" en *El Nacional*, un poema que incita al tiranicidio, como si con ello quisiera renovar el impulso liberador. Además, en la misma imprenta de ese periódico aparecen las *Poesías de D. José Mármol y D. Juan Carlos Gómez* con las que mutuamente se homenajean, al tiempo que se estrena *El poeta y El cruzado* en el Teatro Nacional de Montevideo.

Por esta época, Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe se unen contra Rosas en una coalición que Rivera dirige desde el Uruguay pero el 6 de diciembre se ven derrotados por Oribe en la batalla de Arroyo Grande, Entre Ríos. Así, en 1843 las tropas de Oribe entran en territorio uruguayo y el 16 de febrero inician el "Sitio Grande" de Montevideo con el apoyo de Rosas, durante ocho años, instalándose en las afueras de la ciudad sitiada, en el "gobierno del Cerrito", sin poder avanzar nunca sobre ella.

Mármol, entonces en Montevideo, participa en el único número del 8 de marzo de *El Guerrillero. Periódico de la Línea*, contra Rosas. Mientras, en abril Alberdi y Gutiérrez se embarcan para Europa, Mármol escribe "A Rosas, el 25 de Mayo de 1843", para trasladarse recién en agosto a Río de Janeiro. Rivera Indarte publica *Rosas y sus opositores*, que incluye las *Tablas de sangre* y un apéndice titulado "Es acción santa matar a Rosas". Ya en Río de Janeiro, en diciembre, Mármol se reencuentra con

Alberdi, recién llegado de París, y en febrero de 1845 se embarca hacia Valparaíso donde no podrá llegar -el *Rumea*, el buque de su viaje, ante el peligro de naufragio en los mares del sur decide regresar. La experiencia deriva en un largo poema, *El Peregrino*, iniciado en la desafortunada travesía. También edita “El puñal” y otro poema contra Rosas que Rivera Indarte publica en *El Nacional* de Montevideo, el 24 de septiembre. En 1846, cuando asiste a la lectura de su poema *El Peregrino*, conoce en Río de Janeiro a Domingo Faustino Sarmiento, quien el año anterior había dado a conocer en Santiago de Chile, primero en las páginas de *El Progreso* y luego en libro, *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. Allí Sarmiento lee su *Aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina* de influencia decisiva en el “Examen crítico de la juventud progresista del Río Janeiro” que Mármol publicará en portugués en el periódico *Ostensor Brasileiro*. A poco, emprende viaje al Uruguay, cuando el general Oribe domina la mayor parte del país y, aun así, publica en agosto el duodécimo de los *Cantos del Peregrino*, con una introducción fechada en Montevideo el 19 de julio.

Su amigo Florencio Varela dedica un amplio comentario al *Canto duodécimo* en el *Comercio del Plata*, dado que algunos versos suscitan suspicacias. Por lo mismo Mármol decide no regresar a Río de Janeiro y la lucha contra Rosas vuelve a ser su único objetivo. No obstante, se transforma en objeto de ataques, tanto del bando rosista como de los unitarios, por su folleto *El autor de El Peregrino, a los señores redactores de La Gaceta Mercantil de Buenos Aires*, editado en Montevideo en octubre. Se burla allí de quienes habían despreciado su canto duodécimo, el único que se publica completo hasta ese momento, vuelve a reclamar la unidad de los argentinos contra Rosas e insiste en que su generación no es federal ni

unitaria y sólo está interesada en derribar al tirano, conseguir la libertad y regenerar a la patria.

Gutiérrez, por su parte, incluye “Los trópicos”, “A Buenos Aires bajo su latitud” y “Las nubes”, fragmentos de *Cantos del Peregrino*, junto a “Los tres instantes” y “A Rosas, el 25 de Mayo” en su *América poética*, publicada en Valparaíso. Al mismo tiempo, en Montevideo, aparece el *Dogma socialista de la Asociación de Mayo*, en el que Echeverría reúne el *Código o Declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina* con “Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37”, dada a conocer con anterioridad, y publicada en la misma imprenta de *El Nacional*. Mármol se muestra entonces molesto con Echeverría, quien le reconoce méritos como poeta y enemigo de la tiranía pero no lo incluye entre quienes profesan las doctrinas de la Asociación de Mayo.

En julio de 1847 aparecen en Montevideo, como dije, con elogioso prólogo de Gutiérrez (fechado en Río de Janeiro, febrero de 1845), los cuatro primeros *Cantos del Peregrino*. El 2 de noviembre se empieza a editar *El Conservador* y Mármol, uno de sus redactores, publica allí su “Examen crítico de la juventud progresista del Río Janeiro”. El 26 los enemigos de Rosas son derrotados por el general Justo José de Urquiza, gobernador de Entre Ríos, en la batalla del Potrero de Vences, Corrientes, y aunque la armada británica se había retirado en julio, continúan las hostilidades francesas. Bartolomé Mitre, exiliado en Bolivia, publica su novela *Soledad*.

En enero de 1848 se pone a la venta como folleto el “Examen crítico...” mientras en Francia se proclama la Segunda República que Mármol saluda con esperanzas respecto de su nueva política exterior. El 20 de marzo Florencio Varela es asesinado en Montevideo y el 15 de mayo, en *El Conservador*, Mármol advierte sobre las pretensiones de Rosas de instaurar una monarquía con su

hija Manuela como heredera. La armada francesa levanta el bloqueo en junio y en noviembre Rosas firma la paz con Inglaterra. En febrero del año siguiente Mármol publica *Asesinato del Sr. Dr. D. Florencio Varela, redactor del «Comercio del Plata»*, en Montevideo, ocupándose de la muerte de su amigo y de las circunstancias políticas que la habrían rodeado. En julio de 1850, como folletín del *Comercio del Plata*, da a conocer su *Manuela Rosas* que se edita de inmediato como folleto. En agosto Rosas firma la paz con Francia, pacto ratificado al año siguiente, aunque tiene ahora dificultades con el Imperio del Brasil. En carta al general Tomás Guido, Mármol se muestra al corriente de estas dificultades que terminarán con la ruptura de relaciones.

En 1851, el 19 de enero, Esteban Echeverría muere en Montevideo. Mármol, por su parte, reúne en *Armonías* buena parte de sus propios poemas y unos "Pensamientos" en prosa, dedicados "a Teresa". El 21 de abril aparece *La Semana. Periódico político y literario. Escrito por el Sr. D. José Mármol y publicado por la Imprenta Uruguayana*. Se publicará con regularidad los lunes, al principio sólo por suscripción hasta que una orden gubernativa, del 5 de agosto, determina su suspensión por dos meses, habiendo aparecido comentarios en la columna de "El señor Anrumarrieta" (un seudónimo del mismo Mármol) que el gobierno de Montevideo estima ofensivos para la Francia aliada. La publicación se reanuda el 6 de octubre con el número 21, dedicado en su mayor parte a criticar la suspensión. En el suplemento literario de *La Semana* aparecen, durante ese año, *Manuela Rosas. Rasgos biográficos, Armonías y El cruzado*, y se inicia precisamente entonces la publicación de *Amalia*, cuyos capítulos la Imprenta Uruguayana de Montevideo habría de editar un poco más tarde como libro.

En medio de esta febril actividad, Mármol sigue con atención los movimientos de Urquiza, gobernador y

capitán general de Entre Ríos, a quien ofrece sus servicios: en abril se definen las diferencias con Rosas cuando Urquiza reasume las relaciones exteriores de su provincia y otras facultades que antes delegaba en el gobernador de Buenos Aires. Para el 25 de mayo las hostilidades ya están declaradas. El 8 de octubre termina el sitio de Montevideo y el 20 del mismo mes, en el número 24 de *La Semana*, Mármol publica su poema "Canto al ejército libertador". El 3 de febrero de 1852, apoyado por Corrientes, Brasil y la República Oriental del Uruguay, Urquiza vence en Caseros a las tropas de Rosas quien, refugiado en la legación inglesa, parte al exilio en Inglaterra.

El 9 de febrero, con el número 40 y último de *La Semana*, Mármol celebra la caída de la dictadura y regresa al día siguiente a Buenos Aires. Será nombrado encargado de negocios de la Confederación Argentina, el nuevo gobierno, en Chile y Bolivia, pero no asumirá ese cargo. En *El Progreso*, periódico gubernamental, aparecen en abril los poemas "Súplica", "A la luna" y "A las estrellas", extraídos de los *Cantos del Peregrino (el sexto)*.

El 31 de mayo, en San Nicolás de los Arroyos, una junta de gobernadores reconoce a Urquiza como Director Provisorio de la Confederación Argentina. Ese acuerdo, que consagra el régimen republicano federal, no es suscrito sin embargo por Buenos Aires, cuya Sala de Representantes es disuelta inmediatamente por Urquiza. Mármol, que se había hecho cargo de la dirección de *El Progreso*, pasa de una posición conciliadora a redactar, junto a Valentín Alsina, el programa de la revolución que el 11 de septiembre devuelve a Buenos Aires su autogobierno. En octubre da a conocer algunos poemas en *El Guardia Nacional* y el 25 de ese mes empieza a publicar el periódico *El Paraná* donde, además, aparecen nuevos fragmentos de los *Cantos del Peregrino*. Desde allí defiende los intereses de Buenos Aires frente a la Confederación

como el derecho de las otras provincias a mantenerse leales al acuerdo de San Nicolás, lo que lo sitúa, a la vez, frente a Urquiza y frente a Alsina. Las duras críticas que recibe, desde *El Nacional* y de Bartolomé Mitre, determinan su decisión de poner fin a su presencia en *El Paraná* y trasladarse nuevamente a Montevideo. Por entonces contrae matrimonio con la uruguaya Margarita Vidal. El 25 de diciembre tropas federales, bajo el gobierno de Urquiza ahora, inician el sitio de Buenos Aires.

En Río de Janeiro, como folletín del semanario *O Jornal das Senhoras* que ella misma redacta, la exiliada Juana Manso, amiga de Mármol, publica su novela *Los misterios del Plata*, sobre la tiranía de Rosas, que venía escribiendo desde 1846, cuando Mármol ya habría iniciado su *Amalia*. En 1853, a principios de marzo, Mármol se encuentra en Chile, de donde pasa al Perú para volver a Valparaíso y más tarde otra vez a Montevideo. El sitio de Buenos Aires se prolonga hasta julio y el 6 de noviembre la Confederación instala el Gobierno Delegado Nacional en Paraná. El 28 de noviembre Mármol dirige una carta al Gobierno Delegado de la Confederación en la que critica los abusos de Urquiza, tras su victoria en Caseros, y justifica que Buenos Aires ignore la Constitución Nacional aprobada en mayo de este año por el Congreso General.

También desde Montevideo, en 1854, defiende su ausencia en la guerra de Buenos Aires contra la Confederación en “Al público”, un artículo publicado el 29 de abril. En mayo sin embargo es elegido senador provincial en la Cámara de Senadores de la provincia de Buenos Aires. En octubre, en *Consideraciones políticas*, se declara partidario del aislamiento a la vez que lamenta la indefinición de quienes gobiernan manteniendo a Buenos Aires sin decidir su independencia o su integración en la Confederación Argentina, y analiza las salidas posibles, sin dejar de temer el recurso a la violencia. Edita en dos tomos sus *Poesías*, cuarenta y tres “Armonías” más los

“Pensamientos dedicados a Teresa”. Un año antes Hilario Ascasubi había reunido en *Trovos de Paulino Lucero* los poemas gauchescos que había escrito contra Rosas durante su exilio en Montevideo. Bartolomé Mitre publica sus *Rimas* y Vicente Fidel López su novela *La novia del hereje o la Inquisición de Lima*.

En 1855 se publica el tercer tomo de *Poesías* de Mármol, que incluye *El cruzado* y *El poeta*, los dramas llevados a la escena en Montevideo en 1842 y, como parte del plan para editar sus obras completas, la Imprenta Americana de Buenos Aires pone en circulación los ocho tomos de la edición definitiva de *Amalia* que Mármol considera su primera edición. Ahora completa, *Amalia* recrea el terror vivido en Buenos Aires en 1840 -se inicia la noche del 4 de mayo y concluye el 5 de octubre- cuando Rosas se ve amenazado por el Ejército Libertador de Lavalle, terror que se acentuará con el fracaso de esta expedición. La precisión en las fechas, los personajes y los hechos, refuerza la verosimilitud del relato en el que se integran con dificultad los héroes imaginarios, extremadamente idealizados. Ese contraste, no obstante, se ajusta al lugar común de la narrativa de la época: las oposiciones maniqueas, los amores inocentes y a la vez apasionados, los presagios funestos, los finales trágicos y apocalípticos, la adversidad del destino.

Esta será la última obra de ficción de Mármol puesto que, de ahora en más, se dedicará casi por completo a la política. Margarita Vidal muere el 24 de julio, dejándole una hija. En 1856 es elegido miembro del Consejo Municipal de Buenos Aires. El 22 de junio, en el Teatro Argentino, en un hecho de relevancia anecdótica, es retado a duelo por Lucio Victorio Mansilla, quien juzga ofensivos para su familia algunos comentarios incluidos en *Amalia*.<sup>12</sup> Mármol continúa como miembro de la Cámara de

---

<sup>12</sup> Lucio V. Mansilla envía una carta al editor de *El Nacional* en la que

Senadores del ahora Estado de Buenos Aires y se cuenta entre quienes consiguen que se declare a Rosas “reo de lesa patria”. En el diario *La Reforma Pacífica* aparece el undécimo de los *Cantos del Peregrino*. En mayo, Valentín Alsina es elegido gobernador de Buenos Aires y en agosto, como vicepresidente del Senado Mármol habla en el acto de repatriación de los restos de Bernardino Rivadavia, cuyo gobierno las autoridades dicen continuar.

Importa decir que la derrota de Rosas y la entrada de lleno en la vida pública privan a Mármol de sus mejores temas literarios. ¿De qué hablar ahora? ¿Qué ficcionalizar? Las disputas políticas, los cargos como senador provincial en la Legislatura y en el Consejo Municipal absorben por completo al escritor de literatura. Los discursos parlamentarios, los folletos políticos y una cuantiosa correspondencia ocupan todo su tiempo. La publicación del undécimo de los *Cantos del Peregrino* en 1857, en el periódico *La reforma Pacífica*, antes que legitimar al escritor más bien prueba el agostamiento del funcionario político.

En 1858 Mármol se incorpora a la logia “Consuelo del Infortunio”. El 1° de diciembre es nombrado director de la Biblioteca Pública, al tiempo que se acentúan sus problemas visuales. El 5 de marzo del año siguiente se casa con la porteña Amalia Rubio. Desde *El Nacional*,

---

manifiesta su versión de los hechos protagonizados en el Teatro Argentino con José Mármol. Dice allí: “En su número de ayer dice usted que un folletín de *La Tribuna* titulado "Hojas verdes" y firmado por "M" ha dado lugar a la escena del Domingo en el Teatro Argentino. Permítame que le diga que se ha equivocado y que en aquel escrito yo no reconozco a ninguna persona de mi familia. Hay en la *Amalia* del señor Mármol un capítulo intitulado 500 onzas; léale cualquiera que aprecie en algo el honor de los suyos, y...” . Fdo: Lucio V. Mansilla. Junio 28 de 1856 [sic]. Véase Mansilla, L. V. “Publicación solicitada”. *El Nacional*. Buenos Aires, año V, n° 1234, 25 jun. 1856; 3.

Sarmiento lo ataca con furia mientras en el Congreso Nacional se discute el Código de Comercio de la República Argentina, obra de Dalmacio Vélez Sarsfield. En mayo, Buenos Aires se apresta a la guerra contra la Confederación y Mármol se manifiesta a favor de una solución pacífica. El 23 de octubre las tropas de Urquiza derrotan a Buenos Aires en la batalla de Cepeda, lo que determina la renuncia de Alsina al gobierno de Buenos Aires que se incorpora a la Confederación tras el Pacto de San José de Flores, el 11 de noviembre de 1859. Santiago Derqui se convierte en presidente del país.

En 1860, junto a Mitre, Sarmiento, Vélez Sarsfield y Antonio Cruz Obligado, Mármol es diputado a la Convención Constituyente del Estado de Buenos Aires, que entre enero y mayo se encarga del examen de la Constitución Federal. Cuando el 1° de octubre, Mitre, gobernador de Buenos Aires desde el 3 de mayo, jura la Constitución Nacional, Mármol recita “El poeta Mármol al poeta Mitre. El canto de la patria”. Más tarde es nuevamente senador en la Legislatura del Estado de Buenos Aires.

En 1861 pierde la visión de su ojo derecho. En mayo nace su hijo Juan Antonio. Desempeña misiones diplomáticas en Brasil para garantizar la neutralidad del país en la guerra que continua entre la Confederación y Buenos Aires. El 17 de septiembre Mitre vence a Urquiza en Pavón y Buenos Aires exige modificaciones en la Constitución de 1853, imponiendo su política al resto del país. El 12 de octubre de 1862 Mitre ocupa la presidencia y Mármol es diputado en el Congreso Nacional por la provincia de Buenos Aires. En 1863 se inician los enfrentamientos entre los “autonomistas” de Adolfo Alsina y los “nacionalistas” de Mitre quien, ahora, propone la federalización de la ciudad de Buenos Aires y nombra a Mármol ministro plenipotenciario en La Paz, cargo que no llega a asumir. Sin embargo en abril de 1864 viaja

a Brasil como ministro plenipotenciario del mismo gobierno de Mitre y en mayo, cuando parecía haber concluido con éxito su misión, Argentina y Brasil intrigan contra el presidente uruguayo Bernardo Berro, al que sustituyen por Venancio Flores. En abril de 1865, Paraguay invade Corrientes y Argentina responde con la Guerra del Paraguay o de la Triple Alianza (junto a Uruguay y Brasil). El presidente Mitre se pone al frente del ejército argentino y deja el gobierno en manos del vicepresidente Marcos Paz.

Mármol, incómodo con la situación creada por la guerra, solicita su retiro, abandona su sede diplomática en varias ocasiones y tras algunos meses de espera regresa a Buenos Aires. Tiempo después, en carta a Juan Carlos Gómez, del 14 de diciembre de 1869, denunciará las maniobras del gobierno de Mitre que habían llevado a la Argentina a participar en la deshonrosa guerra contra el Paraguay. Mientras el 3 de mayo de 1866 Alsina ocupa la gobernación de Buenos Aires. En octubre nace Eduardo, otro hijo de Mármol. Estanislao del Campo publica en Buenos Aires su poema *Fausto. Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera* y en París Eduarda Mansilla, quien ya había dado a conocer allí sus novelas *El médico de San Luis* y *Lucía Miranda*, publica *Pablo ou la vie dans les pampas*.

El vicepresidente Marcos Paz muere en Buenos Aires el 2 de enero de 1868, víctima del cólera, y Mitre regresa de los campos de batalla. También Amalia Rubio muere por el cólera ese mes. Mármol es reelegido diputado nacional por Buenos Aires y el 12 de octubre asume la presidencia del país Domingo Faustino Sarmiento. *Amalia* se publica en Leipzig, centro histórico de la imprenta y el comercio, en la Imprenta de F. A. Brockhaus, en dos tomos.

En 1870, el 4 de enero aparece en Buenos Aires el periódico *La Nación*, fundado por Mitre y el 1° de marzo

la guerra concluye con la derrota del Paraguay y la muerte de su presidente, Francisco Solano López. En Entre Ríos, Justo José de Urquiza es asesinado en su Palacio San José. También entonces Lucio Victorio Mansilla publica *Una excursión a los indios ranqueles*.

Entre tanto, desde *La Revista de Buenos Aires* se ataca a Mármol por el desorden y las pérdidas de la Biblioteca Pública mientras, con prólogo de su autoría, aparecen las *Poesías* de Estanislao del Campo. En la introducción que allí escribe justifica de alguna manera su largo silencio literario al referirse a “las épocas normales y descoloridas de los pueblos” en las que la poesía no encuentra sus temas sino en “el perfume y el brillo de los sentimientos y la imaginación del verdadero poeta”. Por lo demás, dice:

Dos grandes épocas ha atravesado la República Argentina: la de su independencia, la de su libertad; y en ambas, los poetas mas notables son aquellos que han acompañado á la patria en su peregrinación de fuego y sangre. [...] A las dos grandes épocas que acabamos de diseñar, sucedió el período que atravesamos desde 1852. [...] Durante este tiempo, ninguna idea grande ha conmovido al alma argentina.<sup>13</sup>

Se hace evidente que, frente a la caída definitiva de Rosas, el silencio literario resultó la única opción para quien poco resultaba de importancia si no se trataba de celebrar los triunfos o lamentar las derrotas. Sin duda, no obstante, se había forjado la imagen del “poeta enfrentado a la tiranía” que era la imagen de sí que había querido dejar para la posteridad.

---

<sup>13</sup> Del Campo, Estanislao. *Poesías. Precedidas de una Introducción escrita por el poeta argentino Don José Mármol*. Buenos Aires: Imprenta Buenos Aires-Calle de Moreno 73. 1870: III-IV.

El 9 de agosto de 1871, Mármol, que desde algún tiempo atrás sufre ceguera casi total, muere y las exequias son organizadas por el ministro Vélez Sarsfield. Vestido de militar es Mitre el que recibe los restos a su llegada al Cementerio del Sur para leer el panegírico de rigor. Intervienen también Ángel J. Carranza, José Tomás Guido, Juan María Gutiérrez, ahora ministro de Hacienda, y Luis Varela, hijo de Florencio Varela. Al día de hoy, los restos de Mármol se encuentran en el cementerio de la Recoleta.

## Sobre *Amalia*

Cayó al fin la bárbara y sangrienta dictadura de Rosas. [...] La obra está ya concluida, en cuanto á la destrucción de la tiranía; falta la grande obra de la organización nacional, y tenemos fé en ella: ha sido muy terrible y muy larga la lección sufrida para que puedan olvidarla los pueblos arjentinos.

“Libertad! Jueves a las 12 del día”,  
*La semana* N° 40, Montevideo,  
9 de febrero de 1852, 389-390.

Por 15 o 20 días queda suspendida la parte literaria de este periódico, y cuando reaparezca al fin de ese término, podremos decir si la parte política continuará, y si será aquí o en Buenos Aires. El viaje que hacemos por pocos días á nuestro país, y que ocasiona la suspensión de la *Amalia*, nos servirá para perfeccionar el final de ella, con mayores detalles sobre el funesto mes de octubre de 1840, en que terminaremos la obra.

“A los suscritores de *La Semana*”,  
*La semana* N° 40,  
9 de febrero de 1852, 390.

Con el número 40, *La Semana* termina la campaña periodística de oposición. En cuanto a *Amalia*, ni en Montevideo ni en Buenos Aires pudo seguir apareciendo como folletín. Mármol trató de publicar nuevos capítulos en *El Paraná*, el periódico que iniciaba en el Buenos Aires que se abría tras la derrota de Rosas. Pero se equivocaba. Su posición, ni federal ni unitaria, molestó a más de un prohombre y el modo, las maneras, el género de su *Amalia*, parece, podía convencer mejor que algún discurso político de ocasión. Como otro “sacrificio” por el país, cancelará su publicación en tanto folletín en ese periódico puesto que “si la *Amalia* puede herir á una parte considerable de ellos [los hijos de esta tierra], nosotros la

sacamos del periódico en que debió publicarse, antes que alterar por concesiones políticas ninguna de las verdades históricas de esta obra”. Aunque advierte que consiente no publicarla en el periódico, “para que deje de ser una grave inconveniencia política”, pero ella y los dos romances que la continuarán, *La Agustina* y *Las Noches de Palermo*, “serán impresas en volúmenes, fuera del país”. La nota deriva en un pedido de auxilio financiero para concretar la publicación, basado en la certeza del reconocimiento público: “más razonable sería si alguien se encargara de comprarnos la obra”, puesto que, afirma, “hay en nuestro país una literatura que nace apenas, y en la cual queremos fijar nuestro nombre” y “esas obras son las mejores hojas en nuestra humilde corona de poeta”.<sup>15</sup>

Para cuando finalmente aparece la prometida *Amalia*, cuatro años después, modificada la ortografía, evitadas algunas reiteraciones o cacofonías, corregidos determinados errores de sintaxis, con ciertas descripciones expandidas que hoy nos parecen cinematográficas, una marcada búsqueda de precisión en los vocablos, enriquecidos los diálogos y hasta agregados factuales para una mayor comprensión de los hechos, tal como propone Beatriz Curia tenemos dos *Amalias*.<sup>16</sup> Sin duda, la variante

---

<sup>15</sup> *El Paraná*, Buenos Aires, Año I, N° 1, 25 de octubre de 1852, 2. Puede verse un fragmento bastante amplio de esta nota en C. D. Martínez, 1980-86: 281.

<sup>16</sup> Véase Curia, Beatriz, “Problemas textuales de *Amalia* de José Mármol” (1982: 61-83). Allí dice: “Cuando en 1855 se reedita la obra -esta vez completa-, *Amalia* es otra novela. Mármol había afirmado con encendida pluma que prefería no publicar la novela ‘antes que alterar por concesiones políticas ninguna de las verdades históricas de esa obra’; pero no vacila ahora en transformar la *Amalia* originaria para evitar roces entre los bandos en pugna. También aprovecha la nueva edición para intentar un mejoramiento de la parte ya publicada”. El artículo de Curia acomete el fascinante trabajo de la descripción pormenorizada y el análisis de las variantes debidas a tipógrafos o el propio Mármol en el intento por “mejorar” el texto. Las urgencias de la época lo llevan a corregir algunas cuestiones pero a dejar otras en

más importante, junto a la continuidad del texto interrumpido en Montevideo, ocho capítulos a partir del duodécimo de la Quinta parte y último de la versión anterior dedicado a criticar con saña a María Josefa Ezcurra, Agustina Rosas de Mansilla o Mercedes Rosas de Rivera, remite al capítulo IX, omitido en la edición del 1855, “La flor del aire y la magnolia”, con la evidente intención de suavizar ataques satíricos, sarcasmos e ironías. En este caso preciso al General Mansilla y su mujer.

Debatir todavía hoy si la literatura argentina se inicia con *La verídica descripción...* o el *Viaje al Río de la Plata* de Ulrico Schmidl, el poema de Del Barco Centenera *Argentina y conquista del Río de la Plata con otros acontecimientos de los reinos del Perú* o con *El Matadero* de Echeverría resultaría tan poco productivo como decir que *Amalia*, esta *Amalia* a punto de ser leída, fue la primera novela argentina o el primer experimento en cuanto al nacimiento de la novela en Argentina. De hecho, J. M. Gutiérrez había publicado *El hombre hormiga* en 1938, Juana Manuela Gorriti *La Quena* en 1845, Juana A. Manso escrito *Los misterios del Plata*, que para algunos críticos estaba concluida en 1946, y Mitre publicado su *Soledad* en 1847 (C. D. Martínez, 1980-86: 279). Improductivo y fuera de foco porque, así como los límites textuales entre las diversas ediciones resultan borrosos, no pueden pensarse los límites nacionales y mucho menos para cuando aparece la versión de 1851 o la de 1855. Ni siquiera estaban establecidos. De hecho *Amalia* se

---

suspenso: todavía hoy, en las versiones modernizadas, se pueden observar las huellas de una puntuación muchas veces arbitraria tanto en las comas, el punto y coma, el punto o los dos puntos, así como en los signos de exclamación o interrogación y en el manejo de guiones y la raya de diálogo. Curia también se refiere y coteja variantes en las ediciones posteriores a la de 1855. Incluso presenta la hipótesis de una versión previa a las conocidas, de 1844, publicada en Montevideo, cuyo infructuoso rastreo queda abierto “a la indagación y la conjetura”.

publica por primera vez en Montevideo, donde el autor se había exiliado perseguido por Rosas según dice, y donde el gobierno de la Banda Oriental permanecía resistiendo los embates rosistas de dominación, tanto como las provincias de Entre Ríos y Santa Fe. De suerte que, digamos, *Amalia*, que ha dejado llamarse la primera novela argentina, se publica en Montevideo, no en suelo “arjentino”, y ni siquiera en forma de libro. *Amalia* es entonces un folletín, “un arte de las postergaciones” dice Jorge Rivera (1968). Y en esta línea, otro debate podría llevarnos largas páginas para decidir si el folletín es o podría ser o no es exactamente literatura o, también, y a la inversa, si lo que llamamos literatura y allí la novela, el género narrativo por excelencia, podría incluir al folletín. Prefiero dejar los debates teóricos para otra oportunidad y remitirme a los hechos y comentar lo obvio.

*Amalia* surge como folletín y eso significa que su forma se adapta a la entrega periódica y su distribución y la creación de personajes a la fuerza del entretenimiento, lo suficientemente atrapante en cada capítulo (parte, entrega), como para captar al público y garantizar su continuidad. El folletín está más cerca, creo, de la telenovela de hoy que de la novela prevista y escrita de principio a fin antes de ser ofrecida al público. El folletín se escribe sobre la marcha de los acontecimientos y por ellos está marcado. El autor, más que en cualquier otro caso, escribe desde la coyuntura. Y ello, se nota, aun cuando las acciones se inscriban en tiempos pretéritos o no tan pretéritos como es el caso de *Amalia*.

Por lo dicho, entonces, resulta imprescindible recorrer lo que los viejos manuales de literatura podían llamar sin culpa “vida y obra” del autor, así como aquellos acontecimientos que, dije, marcan la producción del texto. Se puede hablar de “contextos de producción” o “campo intelectual”. Prefiero pensar en la inscripción de una trayectoria que se va haciendo en tanto quien la lleva

adelante escribe; un campo, para el caso de José Mármol, conformado por la superposición de diferentes escenarios no del todo definidos, apenas relativamente autónomos, como el intelectual, el político, el social y que habrán de convertirse, para nosotros, en históricos.

Si algo asombra y fascina de los escritos del siglo XIX -los nuestros, los de casi toda América, los europeos- es aquella escritura desatada, desbordada, incontenible que va por los caminos del ensayo político, la literatura, el periodismo, las cartas, los debates, los diarios íntimos, las paredes y hasta las piedras según cuenta el mismo Mármol, de su período en la cárcel, o Sarmiento en su cruce de los Andes. Más allá de que los enunciados resulten referirse a una verdad o impliquen fabulación, el punto determinante debe ponerse en que, aun en las situaciones en las que se encuentran estos autores, se trata de situaciones que resultan condición de esas escrituras; es decir, se trata de autores que no pueden dejar de escribir incluso, o por ello, en medio de la huida, el exilio, la guerra, el ejercicio del poder, la denuncia y el debate.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> Vayámos un poco más atrás en la vida de Mármol para recuperar ciertos nombres a los que llegará, un poco más tarde, para hermanarse. Hablo de la llamada “Generación del ‘37”. Cuando Esteban Echeverría regresa de Europa, en 1830, se produce una concentración de jóvenes en torno a Diego Alcorta, filósofo y maestro, en la universidad de Buenos Aires, donde, al decir de Vicente Fidel López “aprendíamos a pensar a la moderna y a escribir con intenciones nuevas y con formas novísimas” (*Autobiografía. La Biblioteca* T. I, Buenos Aires, 1896, 325). Mármol mismo, en el capítulo II de su *Amalia*, consigna a través de uno de sus personajes esa especie de veneración sagrada sentida por Alcorta. Véase Félix Weinberg en su extenso trabajo introductorio a la compilación *Salón literario de 1837. Con escritos de M. Sastre-J. B. Alberdi-J. M. Gutiérrez-E. Echeverría*. Buenos Aires: Hachette. 1977 [1958], quien cita a ambos y trae a colación documentos de altísimo valor (18 y 13 respectivamente). Estos ávidos lectores recogían el material bibliográfico que se importaba de Francia, Inglaterra y Alemania, y en el que se mezclaban Chateaubriand, Dumas, Walter Scott, Byron, Victor Hugo, con Saint-Simon, Tocqueville,

Como dije, cuando en 1839, Mármol es encarcelado, según la carta que le escribiera a Gutiérrez (la del 26 de marzo de 1846), escribe allí los primeros versos de su vida contra Rosas, “en la pared con palitos de yerba carbonizados en la luz”. Desde entonces Mármol escribe siempre contra Rosas y cuando Rosas sea vencido, dejará de hacer literatura. ¿Qué significa esto? ¿Qué hay en esta relación de enfrentamiento como motor de la escritura? En un trabajo indispensable, *Proyección del rosismo en la literatura argentina* (1959), Adolfo Prieto analiza los procedimientos a través de los cuales “desde que Rosas aparece en el panorama político, hacia 1820, su figura se incrusta en todas las corrientes de opinión, afecta en diversos planos la sensibilidad colectiva y se vuelve materia polémica inagotable” (11). En especial señala Prieto, la literatura ya testimonial entonces permite rastrear los pasos que convirtieron al terrateniente de familia patricia en un “genio del mal”, y preguntarse por “los elementos que intervinieron en este proceso transmutador”. Como figura de poder, que domina la política argentina durante casi treinta años, está acompañada en el imaginario popular

---

Cousin, y los diarios de París como de Londres o Edimburgo, constituyendo un abigarrado cúmulo de información jurídico, política y literaria (Weinberg: 17-18). Mármol apenas está mencionado aquí. En cambio Beatriz Curia lo incluye claramente en su “La estética literaria de la generación del 37 en una carta inédita de José Mármol” (2002: 41-49). La carta a la que alude el título está remitida al Sr. Dr. Florencio Varela (datada el 26 de agosto de 1846) y allí Mármol explica sus primeros distanciamientos: “yo me rebelaba de buen grado contra la forma, contra el idioma, contra todo lo que me daba trabajo de estudiar; -no crea v. que por doctrina ni por convicción; no señor; *por que me daba trabajo*”. Así como, más tarde, su compromiso: “Cosa que en nuestra lengua tiene el nombre de *araganeria* -ni mas ni menos- y acepto la palabra, por entero, hasta el año 40; hoy no acepto sino la mitad. Por que, en efecto, así como las desgracias han poetizado mas al alma que recibi de Dios, ya poeta, los años y las lecciones practicas han bajado mi cabeza sobre los libros viejos, que yo no podia ni mirar, solamente por que eran de estudio y meditacion y me daban *trabajo*.”

por una serie de rasgos estereotípicos y figuras que actúan como satélites de su persona: la esposa, Encarnación Ezcurra, la férrea “Heroína de la Federación”; la hija, presentada como el ángel que intercede por los perseguidos ante su padre; la cuñada, María Josefa, enemiga a muerte de unitarios y federales desleales; los bufones Eusebio y Biguá; los colaboradores más adictos, desde el edecán y el general Corvalán hasta los jefes de la Mazorca, como Cuitiño, Salomón o Alen. Personajes reales que serán quienes, entre 1830 y 1852, colmarán el escenario de “figuras familiares, de sobreentendidos, de consejas, de lugares comunes” (26) en un imaginario público colectivo y un repertorio de escenas generales, utilizado, y reforzado, por una retórica y una argumentación destinadas siempre a probar la justicia de la causa antirrosista.

Hacia 1851, la *Amalia* que comienza a aparecer junto al periódico *La semana* es una primera versión de la novela que queda inconclusa. Recuérdese que, producida la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, cuando Urquiza derrota a Rosas, Mármol regresa de inmediato a Buenos Aires junto a los primeros emigrados desde Montevideo para formar parte del nuevo gobierno y ya en octubre anuncia la aparición de un nuevo periódico, *El Paraná*, conjuntamente con la continuidad de *Amalia*. Sin embargo, como dije, a pedido de amigos (¿?) suspende la reedición del folletín para no perturbar los ánimos. Quizás por este “sacrificio” ese mismo año es designado representante de la Confederación Argentina para Chile y Perú por los mismos amigos que, de cualquier manera, poco más tarde, le hacen perder el cargo por oponerse al Acuerdo de San Nicolás. De suerte que recién en 1855 aparece la versión completa de *Amalia* en forma de libro con el agregado de capítulos, correcciones de estilo y notas aclaratorias al pie sobre los hechos del terror de 1840.

Sin extendernos en el consabido argumento ni en las coordenadas temporo espaciales (cinco meses en la ciudad de Buenos Aires, entre la noche del 4 de mayo y la del 5 de octubre), importa decir que el personaje masculino más relevante, Daniel Bello, aparece como hijo de un honrado federal y sobresale entre otros jóvenes por cuna y educación, modales distinguidos y gustos europeos. Con certeza puede decirse, además, que aparece para los lectores comunes como el portavoz de las opiniones de Mármol, para quien lo importante resulta ser, en esta instancia, superar el individualismo y las rencillas internas de los que, como él, tenían un único fin, derrocar a Rosas. A su vez, el planteo, en clara relación con su posición respecto al tirano, determina, no sin matices, la valoración positiva o negativa en la que coloca a los demás personajes. Así, el personaje de Amalia, la concreción en femenino del ideal civilizatorio, de belleza pálida y majestuosa, gustos refinados y una manera de amar según el modelo romántico europeo, anticipa el destino trágico del idilio nacido cuando, en la quinta de la Calle Larga de Barracas, refugia a Eduardo Belgrano. Asimismo Eduardo -descrito como rico y valeroso, de educación perfecta y apariencia física impecable- también está marcado por el destino trágico, anticipado en presagios funestos. De suerte que los esfuerzos de Bello, síntesis equilibrada de sentimiento e inteligencia, realismo y riesgo, siempre al servicio de la lucha contra la tiranía, no consiguen evitar la tragedia. Y aunque Bello/Mármol constituye un poderoso vínculo con lo real -en su actuación se recapitula y ennoblece a quienes en Buenos Aires se enfrentan a la dictadura incluso con actitudes propias del fanatismo unitario- representa la aspiración por la recuperación de la armonía perdida. La fatal derrota lo lleva a no encajar en parte alguna y emblematiza el deseo, romántico por excelencia, de la gene-

ración del '37, por lograr una síntesis armónica que las circunstancias hacen imposible.

Ahora bien, el detallismo de las descripciones no significa que los personajes y los ambientes no sean sometidos a una laboriosa construcción literaria. La "ficción calculada" que se expone en la "Esplicacion" tiene que ver con esto. Y lo prueban, si no alcanza con los Daniel Bello y Florencia Dupasquier o Amalia Sáenz de Olabarrieta y Eduardo Belgrano, los inolvidables Ciriaco Cuitiño, un sanguinario miembro de la policía política, o María Josefa Ezcurra, cuñada del dictador, como personificaciones del odio o de la crueldad. La condición demoníaca de Rosas, capaz de suscitar la fascinación y el horror entre sus mismos partidarios, convierte el conflicto entre civilización y barbarie en un enfrentamiento entre el bien y el mal. Su figura es presentada como fuerza diabólica que mueve a partidarios diametralmente enfrentados, reunidos en la máquina infernal de terror y de muerte que se lee en la atmósfera siniestra de algunos capítulos. Próximos al dictador, sin embargo, no faltan quienes en el texto de Mármol se hacen acreedores de consideraciones especiales: es el caso, especialísimo, de Manuelita Rosas, a quien dignifica como primera víctima de su padre, al insistir en su condición de mujer que "debió encallecer", siempre puesta en juego en las acciones del dictador. De suerte que, en torno a los protagonistas de uno y otro signo giran personajes que participan más o menos de sus cualidades en la medida en que se hallan más o menos próximos a aquellos y tan sólo algunos pocos se sustraen a la oposición maniquea (el bien y el mal, la civilización y la barbarie): son los casos de doña Marcelina y de don Claudio Rodríguez, a quienes Mármol imagina tanto contrapunto jocoso de la trágica historia central como pareja al servicio de la parodización de valores caducos, los que la literatura neoclásica representaba para el autor y los escritores de su generación.

Por lo demás, un narrador omnisciente y puntilloso, primer obvio desdoblamiento del autor, interrumpe a gusto la acción para exponer la situación o analizar los males de la patria, valorar los hechos y las acciones de los personajes inventados como las de los personajes reales que se convertirán en historia, reflexionar sobre el alcance de lo que realizan, respaldándose en documentos que se incluyen en la novela para pasar, entonces, a respaldar la verdad de lo narrado.

Todo ello hace de *Amalia* un cuadro sociológico que seduce por sus modos, sus maneras literarias, sobre la antinomia civilización/barbarie y los hábitos de la joven Argentina, desplegando en la ficción sus hipótesis políticas y estéticas: el terror promovido por Rosas abreva en la inoperancia de las acciones opositoras y la literatura intenta suplir las malas estrategias de la acción anti-rosista, al criticarlas con fuerza y evaluar la posibilidad de una derrota. Estos modos hicieron al éxito y popularidad de *Amalia*, cosa que otros escritores de entonces, tanto como otros críticos que llegaron después, no pudieron reconocer sino hasta mucho más tarde. Estos modos son también los que rehúsan “los amigos” a quienes todavía incomoda la publicación, aun derrotado Rosas.

Así, por ejemplo, sorprende que Mitre no recuerde a *Amalia* en las exaltaciones fúnebres que realiza frente a los restos de Mármol. Tampoco la invocan otros homenajes del momento. Es evidente que el folletín-libro no es bien visto en tanto valor perdurable más allá de la muerte, como sí lo es la poesía siempre citada y recordada con ampulosos elogios. También es posible que en los primeros años de la organización nacional todavía pesaran los cuestionamientos que se le hicieron a *Amalia* como testimonio polémico sobre el rosismo; aun cuando fuera crítica es cierto que todos los personajes, reales e inventados, no dejan de mostrar su calidad de seres hu-

manos antes que la pura tipicidad que pretendía la nueva política. Lo prueba, dice Juan Carlos Ghiano, la corrección que hace José Tomás Guido, el amigo de Mármol (casi un hermano según Jauretche), a un juicio de Mariano A. Pelliza, publicado pocos años después de la muerte de Mármol.<sup>18</sup> Según Ghiano, en *Crítica y bocetos históricos*, Pelliza incluye un artículo de 1877, en el que basa su elogio a *Amalia* en tres rasgos fundamentales: el carácter combativo de la obra, su americanismo por “porteñidad”, y su alejamiento de normas preceptivas que subrayan la originalidad del intento, en una especie que considera destinada al público femenino. Esta última condición podría explicar, contra-prueba, la idea de una literatura para no ser recordada a la hora de las exequias fúnebres y también el concepto de ficción limitando los valores de la narrativa, a pesar de su validez testimoniante, por debajo de la poesía. Guido sale al paso de Pelliza, sigue diciendo Ghiano, con un artículo recogido en *Escritos* (1880), en el que cuestiona el cuadro histórico propuesto por *Amalia* puesto que, palabras más palabras menos, se trataría de una novela publicada para el momento y montada sobre estrategias que aseguraran su éxito de mercado. Guido afirma que está errado quien recibe la versión de Mármol como “copia fiel de la fisonomía de Buenos Aires bajo la dictadura de Rosas”. Como vemos, pese a su entrañable amistad, o por ella, termina coincidiendo con los argumentos y objeciones que cuestionaban la pretendida fidelidad de *Amalia* a la Buenos Aires de 1840, con lo que no obstante mejora nuestra apreciación con respecto a su carácter ficcional. Los reparos, termina concluyendo Ghiano, “atacan la

---

<sup>18</sup> Véase “La fama de Mármol” (1972), Introducción a Giannangeli, Liliana. *Contribución a Bibliografía de José Mármol*. La Plata: UNLP-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1972. 5-30. Allí, se analizan las diferentes lecturas realizadas sobre los textos de Mármol. Puede verse en [www.mmemoria.fahce.unlp.edu.ar/library](http://www.mmemoria.fahce.unlp.edu.ar/library).

función esencial que Mármol atribuyó a los rasgos sociales y políticos del relato, puestos al servicio de una condena crítica del rosismo”. Sin embargo, el prestigio de Mármol se sostiene hasta fines del siglo sobre la imagen del poeta antes que sobre la del novelista. Como ejemplo de ello Ghiano cita a Juan Antonio Argerich quien considera un fracaso los dramas de Mármol y un éxito relativo su *Amalia*, justificando en cambio al “poeta lírico”.<sup>19</sup>

Más duras serán las críticas de Paul Groussac al recordar la discutible actuación de Mármol como director de la Biblioteca Nacional en la *Noticia histórica sobre la Biblioteca Nacional de Buenos Aires* (1893), al repasar allí, además, con severas descalificaciones, la producción del poeta para recalcar en *Amalia* y decir: “De la envejecida *Amalia*, no es ya soportable sino [...] la parte realmente histórica de Rosas y su tiempo”. La conclusión no es menos desconsiderada: “su fama vivirá más que sus versos entre su gente: y por mucho tiempo aún su nombre nadará sobre el olvido, señalando, como boya flotante, el lugar mismo donde su obra se sumergió”.<sup>20</sup> A pesar de todo, el juicio sobre el narrador resulta benévolo si lo confrontamos con los dedicados al poeta.

Será Ricardo Rojas en *La literatura argentina* (1920) quien volverá sobre Mármol como el poeta por excelencia de su generación pero también como el escritor político por su *Amalia*. Dice allí: “Sarmiento, en prosa, es para los proscritos de Chile y el Pacífico, lo que Mármol, en verso, para los proscritos de Montevideo y

---

<sup>19</sup> “Literatura Argentina”, que escribiera para la compilación de Francisco Lagomaggiore y su *América Literaria. Producciones selectas en prosa y verso*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación, 1883. Véase en <https://archive.org/details/amricalliteraria00lagogooq>

<sup>20</sup> Puede leerse en <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/noticia-historica-sobre-la-biblioteca-de-buenos-aires-1810-1901/html> Págs. 48 a 53.

el Atlántico. *El Peregrino* es el poema del Río de la Plata durante la tiranía de Rosas, como la *Amalia* es su novela”.<sup>21</sup> Sin embargo, catorce años después de la aparición de *Los Proscriptos*, el revisionismo histórico buscará refutar sus argumentos. Ghiano se refiere a *Vidas de muertos* (1934) de Ignacio B. Anzoátegui quien, defensor del rosismo y detractor del romanticismo, responde a los argumentos centrales del capítulo de Rojas dedicado a Mármol para burlarse con sarcasmo: “Como hombre trabajaba para desterrado. Como argentino trabajaba para prócer”. Sobre *Amalia* no es, previsiblemente, más benévolo: “la obra que ha hecho mayor mal a nuestra literatura. Sin ella nos hubiéramos librado de la novela romántica”. A pesar de todo, el cuadro compuesto por Rojas en su monumental historia consolidó la situación de Mármol entre los escritores fundamentales del romanticismo argentino, reforzando los dichos de Marcelino Menéndez Pelayo y atemperando los desbordes de Calixto Oyuela. Ghiano recupera también la lectura de Jorge Max Rohde, en *La ideas estéticas en la literatura argentina*,

---

<sup>21</sup> Amplió la cita de Rojas por el prestigio que entraña su figura como hacedor de la literatura argentina y quien, entonces, fijará la imagen de Mármol para el canon literario escolar: “Dramaturgo, buscó la belleza teatral en *El Poeta* y *El Cruzado*; novelista, narró en su *Amalia* las aventuras de su época, agitada por pasiones eróticas y civiles; épico militante, dejó en *El Peregrino* el poema de la emigración argentina; lírico apasionado, expresó en sus *Armonías* las emociones de su propia alma ante la naturaleza; ciudadano sincero, fulminó en *El Puñal* y otros panfletos la tiranía que pesaba sobre su patria”. Citado también por Ghiano (1972), Tomo III, “Los Proscriptos”, aparecido en 1919, que más tarde formará parte de la *Historia de la literatura argentina*. (Buenos Aires: Losada, 1948-49, 8 tomos). Téngase en cuenta que el primer texto de Rojas llamado “La literatura Argentina” se publicó en 1913 en la Revista *Nosotros* (X, 1913, 337-364) para convertirse en la “Introducción”, con ligeras variantes, en *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (Buenos Aires: La Facultad. 1917-1922. Cuatro volúmenes), obra que en su tercera edición, en 1948, tomó el título de *Historia de la literatura argentina*, en 8 tomos.

tomo III (1924), que interesa por la observación que lleva a cabo sobre los procedimientos del texto, para seguir con diversas lecturas críticas entre las que destaca la de Pedro Henríquez Ureña en 1945, (*Literary Currents in Hispanic America*), la de Ezequiel Martínez Estrada en 1946 (*Sarmiento*) o, más tarde, en “La literatura y la formación de una conciencia nacional” recogido en *Para una revisión de las letras argentinas* (1960); también la de Rafael Alberto Arrieta en los dos volúmenes críticos de *Poesías Completas* (1946 y 1947) y en el Tomo II de su *Historia de la literatura argentina* (1960) y la de Enrique Anderson Imbert en su *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954) quien, el primero, señala la sagaz estrategia de Mármol para crear la ilusión de distancia, “la ficción calculada” al decir del mismo Mármol (“Esplicacion”), el efecto de novela histórica, a punto tal que ciertos críticos así la clasifican sin notar que el pasado referido por Mármol es su presente casi inmediato. Finalmente el mismo Ghiano concluye su ensayo asegurando que “Frente a la adhesión reiterada de la mayoría de los críticos, o el rechazo tajante de unos pocos, el interés de los lectores comunes se ha fijado en una sola obra de Mármol: *Amalia*.”, para recordar las versiones cinematográficas, una muda y otra hablada, las adaptaciones radiales y televisivas y la fervorosa mención de Miguel Ángel Asturias, en su conferencia “Introducción a la novela latino-americana”, quien hermana a Mármol con aquellos que escriben bajo “los rigores de los dictadores”.<sup>22</sup>

Importa detener la mirada en el trabajo de Carlos Dámaso Martínez para la *Historia de la Literatura Argentina*

---

<sup>22</sup> Conferencia recogida en *América, fábula de fábulas y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1972. Dice allí: “las páginas de este libro pasaron por nuestros dedos febriles, sudorosos cuando sufríamos en carne propia los rigores de dictadores que han asolado a Centroamérica [...]. Estamos en presencia de uno de los testimonios más ardientes de la novela americana”.

del CEAL en la colección “Capítulo”, colección que, como se sabe, inauguró una manera diferente en la valoración de la literatura argentina a través de las maneras de la edición en fascículos y la distribución de la literatura nacional ampliando el circuito de recepción.<sup>23</sup> Martínez, en el fascículo “El nacimiento de la novela” atribuye carácter fundacional a *Amalia* en la formación del género novela en Argentina, al tiempo que retoma el señalamiento de Anderson Imbert de la coetaneidad de los hechos y la trama narrativa por sobre la clasificación de novela histórica que habrían hecho otros críticos. Dice allí:

Estrictamente la *Amalia* de Mármol no se ajusta a las modalidades de la novela histórica, pues no se remonta a un pasado lejano ni el factor histórico cumple la función de un mero telón de fondo de las acciones y conflictos. Precisamente por eso Mármol introduce una explicación al comienzo de su obra, en donde expone que ‘por una ficción calculada’ nunca utilizará tiempos verbales presentes al referirse a personajes históricos que al momento de escribir esas páginas ‘existen aún y ocupan la misma posición política o social que en la época en que ocurrieron los sucesos’ que narra.

---

<sup>23</sup> Si bien, como está dicho, la colección Capítulo del CEAL se distribuyó en fascículos, junto a un libro de referencia, completo, con respecto a ese fascículo hay que decir que la edición que hoy se maneja, y en la que participa Carlos Dámaso Martínez, corresponde a nuevas ediciones encuadernadas o sueltas aparecidas a posteriori. Cito aquí la edición de 1980/1986 que dice referirse a la primera edición de 1967, aun cuando no es Martínez quien allí escribe sino Elvira Burlando de Meyer.

Para concluir más adelante:

En dicha novela existe una actitud ideológica definida: es fundamentalmente una novela de tesis política que responde a la concepción de la literatura del autor y los escritores de su época. Más aún, podría afirmarse que es también la culminación del proceso escritural de Mármol y del romanticismo literario argentino junto a *El Matadero* y el *Facundo*". (278)

Lamentablemente Martínez nada dice acerca de cuál fue el criterio o a cargo de quién corrió la responsabilidad por el establecimiento del texto modernizado que allí se publica junto a su trabajo y con prólogo de su autoría.<sup>24</sup>

Hasta aquí tan sólo se mencionan las lecturas rectoras que además influyeron decisivamente en las diferentes versiones editoriales que pueden seguirse hasta la del CEAL, la más corriente. De más está decir que el campo de la crítica sobre *Amalia* es amplísimo: tanto críticos como Adolfo Prieto, David Viñas, Noé Jitrik, María Teresa Gramuglio, Josefina Ludmer, Beatriz Sarlo o escritores como Alfredo Veiravé o César Aira, entre otros dedicados a la literatura argentina o latinoamericana, se han visto de alguna manera obligados a expedirse sobre *Amalia*. Ninguno ha podido evadirse de emitir un juicio sobre la producción de José Mármol, sobre todo a medida que la fama de *Amalia* crece y, de tal forma, oscurece la poesía a la que el autor habría confiado su gloria póstuma.

---

<sup>24</sup> Tampoco de quién habría preparado ese capítulo, con el mismo título, para la primera edición de 1967, la citada Burlando de Meyer, quien además había realizado la presentación de *Amalia* para Eudeba en 1964, en la colección Serie del Siglo y Medio y, un año antes, en 1966, la selección y presentación de *Cantos del Peregrino* para la misma editorial, paradójicamente citada en la Bibliografía de "Capítulo".

Sin duda, el trabajo más completo y riguroso, desde el punto de vista documental y filológico, junto a los de Curia ya citados, es el de Liliana Giannangeli, *Contribución a la bibliografía de José Mármol*, de 1972, prologado por el texto de Ghiano antes referido. El trabajo lista con minucia el corpus marmoliano, y sus diferentes ediciones, así como la bibliografía sobre el autor publicada hasta el momento. Además, el apartado V (117-118) remite a las traducciones de su obra, dividida por género (novela y poesía), así como en el VI (118-122) al plagio de *Amalia*, debido al folletinero francés Gustav Aimard, seudónimo de Olivier Gloux, en dos tomos y bajo los títulos de *La Mas-Horca* y *Rosas* (París, 1867 y 1868), también a las diferentes traducciones que se realizaron sobre este texto al español (Luis Calvo) y al ruso (E. N. Ajmátova).<sup>25</sup> Asimismo se consignan adaptaciones teatrales, discográficas, poéticas y musicales, y también cinematográficas, una versión en el cine mudo y otra en el sonoro (véase más adelante “Transposiciones de *Amalia*. Ordenación cronológica”). Como explica, si bien “una contribución bibliográfica”, tal el título de su trabajo, se

---

<sup>25</sup> Cito de allí: “Aimard, Gustave (seud. de Olivier Gloux). *La Mas-Horca*. Paris, Ed. Arthème Fayard; 18 et 20, Rué du Saint-Gothard, s/f, 318 pp. [1867?] Al pie de la última p. dice: "Pour la fin de cette histoire, malheureusement historique, et done qui precede n'est pour ainsi dire que le prologue, lire ROSAS". Enfrentada hay una p. de propaganda, donde se lee: "Pour paraitre le 1er. avril ROSAS l'Ouvrage: 65 centimes". *La Mas-Horca* y *Rosas* constituyen la novela entera, dividida de esa manera en dos tomos. Los nombres propios aparecen cambiados [...]. Sin embargo los personajes históricos no varían el nombre, la mayoría: Rosas, Manuelita Rosas, Cuitiño, Mansilla, Lavalle, Arana, Ferré. Incluye palabras americanas. En algunas introduce variantes, como mate: maté, acentuado; y al traducir, algunas veces desvaría, como con "manzanas", [conjunto de casas] que traduce "pommes". Olivier Gloux, con el seudónimo de Gustave Aimard (1818-1893) fue autor de libros de ficción, y embarcado como grumete, conoció los mares del Norte y luego llegó hasta Río de Janeiro.” (118-119)

mantiene “en esa zona del puro encadenamiento de contigüidad cronológica o alfabética de los materiales”, resulta un trabajo imprescindible para el investigador, porque ese material, ordenado, termina mostrando “en una estructura su articulación interna” (34). Esa ordenación exhaustiva permite sacar conclusiones que, muchas veces, contradicen una crítica repetida en el encasillamiento de autores y producciones, tal el caso de Mármol, como la del “poeta romántico”. El ordenamiento de Giannangeli deja ver cuestiones de inestimable relevancia: un Mármol diverso al del modelo típico del romanticismo americano, aquí preocupado por las cuestiones políticas pero también por las condiciones del mercado. Y, enredada en estas cuestiones, una noción de literatura que difiere de los modelos consabidos, especialmente a través de *Amalia*. El punto es que esta noción de literatura, que se presta al folletín, carga sus marcas de distribución y circulación en el estilo, el montaje de la intriga, las estructuras narrativas, el tratamiento lingüístico, el vocabulario y el léxico utilizado, por mencionar lo más evidente. Y ello, que responde a lo que podría identificarse como “la ideología del autor”, dice también de las formas en que este Mármol está pensando el periodismo -su distribución y circulación- y, nada menor en los contextos en los que escribe, las formas del sustento. Prefiero pensar, como dije al principio, en una trayectoria de autor que se va escribiendo en paralelo a sus diversas escrituras, las publicaciones periódicas, las cartas, los folletos, los discursos, la poesía, los certámenes, los dramas, las puestas en escena, la novela, en tanto viaja y transita los espacios del exilio que, a su vez, definen su trayectoria.

En cuanto a la trayectoria de *Amalia*, puede seguirse en el significativo hecho de su plagio, debida al folletínero Aimard, que consiguió difundir la historia en Europa, al punto de tener su traducción, según esta versión francesa,

al español y al ruso. En apariencia los traductores desconocían el origen plagario del texto que traducían, llegando a suscitar ciertas protestas de algunos intelectuales rusos que creyeron estar frente al plagio de un plagio. En esta circularidad, la *Amalia* de Mármol queda como un elemento más del círculo y su movilidad ocasional resulta significativa: al cambiar la materia discursiva, la fábula aparece desviada y privada de su intencionalidad política concreta pero recobra los ecos de una “estructura de sentimiento” que emparenta el romanticismo americano y el europeo. De este modo, con el apoyo de los lectores europeos, los folletines *La Mas-Horca* y *Rosas*, las dos partes en que Aimard separó la obra de Mármol, recorrieron el mundo sin que se conociera su procedencia hasta pasado un buen tiempo. Esta *Amalia* transformada conservó la estructura recurrente, propia del folletín, pero modificó, en el esfuerzo por su trasposición contextual, la relación entre el grupo social (federales y unitarios) y el universo de discurso propio a Mármol. La bibliografía recoge también derivaciones populares de la obra, nacionales y contemporáneas, desde la adaptación para la poesía de Héctor Pedro Blomberg hasta su utilización musical.

El recorrido del folletín, libro, adaptaciones varias, plagios y traducciones múltiples, nos pone frente a un texto que si bien fuera elemento fundante de un canon escolar hoy caduco necesita volver a leerse. *Amalia* parece renovar su atención a la luz de una nueva manera de leer, si se quiere en términos históricos, que renueva, dicho sea de paso, la lectura de una historia argentina siempre mal contada. La única forma de llegar a una versión, no pretendo crítica, digo por lo menos propia, será la incorporación para algunos y la relectura para otros de uno de nuestros libros del siglo XIX, legitimados por el público antes que por la crítica académica, junto a las, otra vez, lecturas críticas que los acompañaron hasta llegar a noso-

tros. La lectura, el trabajo sobre la obra, la crítica, las diferentes ediciones, su traducción, el plagio y sus propias traducciones nos abren a un espacio de disfrute en el que se descubre una cierta historia, diferente, de intrigas y pasiones que no pasan solo en el texto, sino también por nosotros.

## Criterios de la presente edición

Para la presente edición tuve a la vista las diferentes ediciones impresas originales, realizadas entre 1851 (Montevideo: Imp. Uruguayana), 1855 (Buenos Aires: Imp. Americana) y 1868 (Leipzig: F. A. Brockhaus), presentándose entre ellas diferencias, en especial entre la de 1851 y la de 1855, que fueron comentadas brevemente. Las tres se encuentran en el Tesoro de la Biblioteca Nacional de la República Argentina, Mariano Moreno, aunque la edición de 1868 (Leipzig: F. A. Brockhaus) está incompleta, en un tomo que llega hasta la mitad de la Parte Tercera, Capítulo 11. Ha sido digitalizada por la institución, hasta el momento y sin encontrarse *on line* todavía, tan solo la primera versión, en libro, la de 1851.

Sin embargo sí puede verse digitalizada la versión de 1868, según una segunda impresión de 1877, de la misma imprenta, en el Internet Archive de la Universidad de Toronto <https://archive.org/details/amalija00mr>, que hemos tomado para nuestra transcripción.

Si bien Curia sostiene que ninguna de las ediciones posteriores a 1855 respeta el texto de Mármol, aun en el intento por regularizar y modernizar la ortografía, y que “Durante años, el público no ha leído *Amalia*, sino híbridas versiones, producto de la arbitrariedad o el descuido”, entiendo que la versión de 1868, realizada en vida de Mármol -por lo que colijo sea la última edición bajo su consentimiento-, respeta lo suficiente su versión de 1855, establecida por él en tanto texto completo, corregido y notablemente aumentado respecto de la edición de Montevideo. A la edición de 1855, se añade en la de 1868, la posibilidad cierta de que sean decisiones de Mármol los cambios y variantes, puesto que hubiere sido encargada y revisada por el autor y, fundamental, el cuidado editorial de la F. A. Brockhaus de Leipzig, centro de la industria gráfica internacional en ese momento. La

diferencia más notable se refiere a la eliminación de las “notas de autor”, agregadas al pie en la edición de 1855 sobre los sucesos que hoy consideramos históricos.

Asimismo, para llegar a la lectura de una versión modernizada se han tenido en cuenta las siguientes versiones en papel que portan un interés particular, por orden cronológico de publicación, encontrándose, salvo la novena, en el Sistema de Bibliotecas de la Municipalidad de Gral. Pueyrredon. Varias de estas son las que refieren Curia y Giannangeli en sus trabajos de cotejo:<sup>26</sup>

- 1) *Amalia* (1901[1874]). Bajo subtítulo “Novela histórica americana”. Paris: Garnier Hermanos Editores. (Décima sexta Edición). 2 Tomos.
- 2) *Amalia* (1917 [1904]). Bajo subtítulo “Novela histórica americana”. Buenos Aires: Biblioteca de *La Nación*. 3 tomos.
- 3) *Amalia* (1944). Con prólogo y notas de Adolfo Mitre. Buenos Aires: Ediciones Estrada. 2 Tomos.
- 4) *Amalia* (1945). Bajo subtítulo “Novela romántica real de la época de Rosas”. Buenos Aires: Tor.
- 5) *Amalia* (1960). Buenos Aires: Kapelusz, 1960 2 T. Edición abreviada. Prólogo y notas de Fermín Estrella Gutiérrez; 2da. ed.: 1968. Edición completa, con estudio preliminar y notas de Alfredo Veiravé. Nueva ed. dirigida por María Hortensia Lacau.

---

<sup>26</sup> Al respecto, resulta importante, nuevamente, ver el trabajo de Beatriz Curia en lo que hace a las variantes que se produjeron, sea dicho arbitrariamente, en las ediciones posteriores a la de 1855 que la estudiosa considera “el texto de Mármol”. También para tener en cuenta la noticia acerca de una posible primerísima edición de *Amalia* en 1844, según diferentes fuentes entre las que destaco la de de Mariano Pelliza en *Glorias argentinas*. Buenos Aires: Félix Lajouane, 1896, 6ta edición. 92-93.

- 6) *Amalia* (1964). Buenos Aires: Eudeba, 1964. “Presentación” de Elvira Burlando de Meyer; 4 T. Colección Serie del siglo y medio Nros. 65, 66, 67 y 68.
- 7) *Amalia* (1967). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967, Capítulo; Biblioteca Argentina fundamental, Nros. 10 y 11.
- 8) *Amalia* (1979). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Biblioteca Argentina fundamental. 2 Tomos. Prólogo y notas de Carlos Dámaso Martínez.
- 9) *Amalia* (2012). Edición preparada por Teodosio Fernández Rodríguez, digitalizada, página web de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, [www.cervantesvirtual.com/obra/amalia-0/](http://www.cervantesvirtual.com/obra/amalia-0/). Reproducida en la página web de la Biblioteca Digital Argentina, [www.biblioteca.clarin.com/pbda/novela/amalia](http://www.biblioteca.clarin.com/pbda/novela/amalia)

**Transposiciones de *Amalia*.  
Ordenación cronológica.**

Fuente: Giannangeli, Liliana (1972) y propias.

- Castellanos, Julio. 1904. *Amalia*. Drama histórico en 7 actos, adaptación Estrenado en el Teatro de la Comedia, noviembre, por la compañía de Jerónimo Podestá.
- García Velloso, Enrique. 1915?. *Film cinematográfico de la novela de Mármol: "Amalia"*. [Guión]. Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- García Velloso, Enrique. 1915. *Amalia*. [film]. Adaptación y dirección. Cine mudo. Estrenada en el Teatro Colón de Buenos Aires.
- Gómez, Martín. 1904. *Amalia*. [fotonovela] *Caras y Caretas*. Buenos Aires, Año 7, 21 de mayo, s.p.
- Rossi, Eduardo y Luis Rodríguez Acasuso. 1929. *La Rosa de sangre*. Poema dramático en Verso: un prólogo y cuatro actos, adaptación de *Amalia*, de José Mármol. Estrenado en el teatro Liceo por la Cía. Evita Franco, 6 julio.
- García Velloso, Enrique y Pedro Miguel Obligado. 1935. *Amalia*. Versión teatral con música de Carlos López Buchardo, estrenada en el teatro ¿Cervantes? en Buenos Aires.
- Moglia Barth, Luis. 1936. *Amalia*. Adaptación y dirección. Cine sonoro.
- Blomberg, Héctor Pedro. s/f. "Canción de Amalia". *Poesías. Sus mejores canciones*. Buenos Aires: Librerías Anaconda.
- Blomberg, Héctor Pedro [verso] y Enrique Maciel [música]. 1938 [¿?]. "La Canción de Amalia, Vals porteño de 1840". Intérprete Ignacio Corsini. Buenos Aires: Musicales Julio Korn. Adaptación musical, impresa y discográfica.

Blomberg, Héctor Pedro. 1969. Reproducción en Corsini, Ignacio. *Corsini interpreta a Blomberg y Maciel*. Buenos Aires: Ind. Eléctricas y Musicales "Odeón SAIC", Ed. Aniversario, Reconstrucción técnica de versión 1929 [¿?].

### Otras fuentes de interés

Disponibles en <http://www.cervantesvirtual.com>

Mármol, José (1846). *Autobiografía de José Mármol* (o *Carta a Juan María Gutiérrez*). Archivo Gutiérrez, manuscrito, caja 14, carpeta 49, legajo 7.

(1851) “De la prensa periódica”. *La Semana. Periódico político y literario, escrito por el Sr. D. José Mármol, y publicado por la Imprenta Uruguayana*, núm. 1, 21 de abril, Montevideo, 1-4.

(1851) “El Retrato de Manuela Rosas”. *La Semana. Periódico político y literario, escrito por el Sr. D. José Mármol, y publicado por la Imprenta Uruguayana*, n° 21 (6 de octubre).

(1851) *Manuela Rosas. Rasgos biográficos*. Montevideo: Imprenta Uruguayana.

(1851) “Señor D. Juan Manuel de Rosas”. *La Semana. Periódico político y literario, escrito por el Sr. D. José Mármol, y publicado por la imprenta Uruguayana*, n° 25, (27 de octubre), 233-240.

(1851) “Los Unitarios”. *La Semana. Periódico político y literario, escrito por el Sr. D. José Mármol, y publicado por la Imprenta Uruguayana*, n° 31, (8 de diciembre), 281-285.

(1852) “Asociación”. *La Semana. (Periódico político y literario, escrito por el Sr. D. José Mármol, y publicado por la Imprenta Uruguayana*, n° 35 (5 enero), 337-342.

(1854) “Examen crítico de la juventud progresista del Río Janeiro”. *Ostensor brasileiro: jornal literário e pictorial*, Rio de Janeiro, Fundação Biblioteca Nacional.

## Bibliografía

Nota: La mayoría de los títulos aquí vertidos, y otros, se encuentran disponibles *on line* en [www.cervantesvirtual.com/portales/jose\\_marmol](http://www.cervantesvirtual.com/portales/jose_marmol)

- Aira, César. (2012). “Amalia” *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 743 (mayo), 25-35. Reproduce conferencia del Primer Encuentro de Literaturas Americanas (Rosario, 2010).
- Amante, Adriana. (2004). “Las huellas del Peregrino. El exilio en el Brasil en la época de Rosas”. Iglesia, Cristina (ed.). 2004. *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*. Buenos Aires: Santiago Arcos. 59-76.
- Arrieta, Rafael Alberto. (1958). “José Mármol, poeta y novelista de la proscripción”. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Peuser. Tomo II, 213-268.
- Blasi Brambilla, Alberto. (1970). *José Mármol y la sombra de Rosas. Vida y obra*. Buenos Aires: Pleamar.
- (1971) “Los sonidos y los símbolos en la obra de José Mármol”. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras. Separata *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, XXVI, 86-108.
- Burlando de Meyer, Elvira. (1967). “El nacimiento de la novela: Mármol”. *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, fascículo 10. Buenos Aires: CEAL, 1967. 217-240.
- Cornejo, Rosalía. (1994). “El discurso racial en *Amalia* de José Mármol”. *Afro-Hispanic Review* 13, 2 (otoño), 18-24.
- Curia, Beatriz. (1982). “Problemas textuales de *Amalia* de José Mármol”. *Rev. Incipit*, II. 61-83.
- (1983) “*Amalia*, novela histórica”. *Revista de Literaturas Modernas* n° 16. 71-81.
- (1984) “Las enaguas de Doña Marcelina y otras nimiedades. Acerca de la vida cotidiana en *Amalia* de José

- Mármol”. Separata de la *Revista de Literaturas Modernas*, n° 17. 37-50.
- (1985) “Autor, narrador, lector en *Amalia*. Algunas precisiones”. *Revista de Literaturas Modernas*, n° 18, 1985. 115-133.
- (1986) “Sobre la organización de *Amalia* de José Mármol. Dos aspectos estructurales”. Separata de la *Revista de Literaturas Modernas*, n° 19, 97-112.
- (1990) *Amalia*. Edición crítica anotada por Beatriz Curia y colab. Tomo 1. Mendoza: Cectla, UNdCuyo, Facultad de Filosofía y Letras.
- (1997) “José Mármol y el espacio soñado”. *Palabra y persona*, n° 2, 37-48.
- (1998) “Los dos exilios de José Mármol”. Rev. Separata de *Cuadernos del Sur*, n° 21-22, Bahía Blanca, UNSur, Departamento de Humanidades.
- (2001) “Aproximaciones al humor político de José Mármol.” *Homenaje a Carlos Orlando Nállim*. Mendoza: UNdCuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Dpto. de Letras, Consulado General de España en Mendoza. 209-227.
- (2002) “La estética literaria de la generación del 37 en una carta inédita de José Mármol”. *Arrabal. Revista de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispano-americanos*, n° 4, 41-49.
- Fernández, Teodosio (director). (2012). *José Mármol. Presentación; José Mármol. Cronología; José Mármol. Apunte Bibliográfico; José Mármol. Bibliografía; José Mármol. Imágenes*. Disponible en [www.cervantesvirtual.com/obra/jose-marmol](http://www.cervantesvirtual.com/obra/jose-marmol)
- Foster, David William. (1977). “*Amalia* como novela gótica”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, V, n° 6, 223-228.
- García Calderón, Ventura. (1923). “Sobre un plagio francés de *Amalia*”. *Nosotros* n° 45. Buenos Aires, noviembre.

- Gasparini, Sandra. (2003). "En la orilla de enfrente. *Amalia*". Jitrik, Noé (dir.) *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 2: Julio Schvartzman (dir.) *La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires: Emecé. 85-104.
- (2004) "Cuerpos (federalmente) vestidos de sangre". Cristina Iglesia (ed.). *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*. Buenos Aires: Santiago Arcos, 45-55.
- Ghiano, Juan Carlos. (1956). "Espacio y tiempo en la novela argentina. En busca de una expresión", *Comentario*, III, 11, abril-mayo-junio de 1956, 67-78.
- (1971) "Prólogo" a José Mármol, *Amalia*. México: Porrúa. IX-XII.
- (1972) "La fama de José Mármol", prólogo a Liliana Giannangeli. *Contribución a la bibliografía de José Mármol*, UNLP, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1972, 5-27.
- (1978) "Protagonistas y espacio en *Amalia*", en Mirta Yáñez (comp.). *Recopilación de textos sobre la novela romántica latinoamericana*, La Habana: Casa de las Américas, Serie Valoración Múltiple, 297-317.
- Giannangeli, Liliana. (1972). *Contribución a la bibliografía de José Mármol*. Introducción de Ghiano, Juan Carlos. "La fama de José Mármol". La Plata: UNLP. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana.
- Graña, María Cecilia. (1985-86). "Buenos Aires en *Amalia*: la ciudad desierto". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, V. 34, n° 1. 105-140.
- (1991) "Buenos Aires en *Amalia*: la ciudad celeste". *La utopía, el teatro, el mito. en la narrativa argentina del siglo XX*. Roma/Buenos Aires: Bulzoni. 105-140.
- Halperín Donghi, Tulio. (1980). *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. (2.<sup>a</sup> ed. Sudamericana, 1996, Buenos Aires).

- Jitrik, Noé. (1995). *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*. Buenos Aires: Biblos.
- Kersen, Sonja. (1992). "Una interpretación del fondo histórico de *Amalia*". Antonio Vilanova (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación de Hispanistas*, Barcelona: Publicaciones y Promociones Universitarias. 745-754.
- Laera, Alejandra. (2004). "El ángel y el diablo: ficción y política en la *Amalia*". Cristina Iglesia (comp.). *Letras y divisas: ensayos sobre literatura y rosismo*. Buenos Aires: Santiago Arcos. 97-109.
- Lojo, María Rosa. (1994). "*Amalia*: la 'barbarie' como anti-naturaleza". *La barbarie en la narrativa argentina (siglo XIX)*. Buenos Aires: Corregidor. 79-105.
- Martínez, Carlos Dámaso. (1980-1986). "Nacimiento de la novela. José Mármol". *Historia de la literatura argentina*. Tomo I. Buenos Aires: CEAL. 265-288.
- Moya Jiménez, Virgilio. (1986). "*Amalia* vista desde una perspectiva lukacsiana". *Letras de Deusto*, 16, 36, septiembre-diciembre. 171-180.
- Myers, Jorge. (1995). *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Bernal: UNQuilmes.
- (1998) "La revolución de las ideas: la generación Romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas". Goldman, Noemí (dir.); Polotto, Federico (ed.); Suriano, Juan (coord.). *Nueva historia argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Tomo III. Buenos Aires: Sudamericana. 383-443.
- Operé, Fernando. (1988). "*Amalia* y el impacto popular de la narrativa histórica Argentina", *Discurso Literario*, V. 6, n° 1, otoño. 219-234.
- Pierini, Margarita. (2002). "Historia, folletín e ideología en *Los Misterios del Plata* de Juana Manso". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, n° 50, 457-488.
- Rivera, Jorge. (1968). *El folletín y la novela popular*. Buenos Aires: CEAL.

- Piglia, Ricardo. (2012). “Clase 1: la vida privada”. *Trapa-landa. Biblioteca Digital*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional. Videograbación emitida el 1° de septiembre.
- Prieto, Adolfo. (1959). *Proyección del rosismo en la literatura argentina*. Rosario: UNL, Facultad de Filosofía y Letras, Seminario del Instituto de Letras. s/f .
- (1960) *La literatura autobiográfica en la Argentina*. Rosario: UNL, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Letras. Reproducido parcialmente en 1966. Buenos Aires, Jorge Álvarez; reproducido en 1967 y 1982. Buenos Aires: CEAL.
- Rojas, Ricardo (1917-1922). “Los proscritos”. *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: Coni. V. III, Cap. XV, “El poeta José Mármol”, reproducido en *Historia de la Literatura. Ensayo Filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. 3ra. ed. Buenos Aires: Losada. 1948. Tra. Parte. “Los proscritos”. II. 430-476 [Obras Completas, V. 6].
- Romero, José Luis. (1946). *Historia de las ideas políticas en la Argentina*. Buenos Aires/México: FCE. (edición posterior ampliada de 1973).
- (1986) *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1989) *La experiencia argentina*. México: FCE.
- Rössner, Michael. (1997). “De la búsqueda de la propia identidad a la reconstrucción de la ‘historia europea’”. Algunos aspectos del desarrollo de la novela histórica en América Latina entre *Amalia* y *Noticias del Imperio*”. Kart Kohut (ed.). *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*, Frankfurt / Madrid, Vervuert / Iberoamericana. 167-176.
- Schiavo, Leda. (1995). “Lo cómico en *Amalia* de Mármol”. *Romanticismo 3. Actas del IV Congreso (Nápoles, 1-*

- 3 de abril de 1993). *La sonrisa romántica: sobre lo lúdico en el romanticismo hispánico*, Roma, Bulzoni. 211-212.
- Schultz de Mantovani, Frida. (1952). "A cien años de *Amalia*". *Apasionados del Nuevo Mundo*. Buenos Aires: Raigal. 31-49.
- Spagnuolo, Marta. (2006). "Manuela Rosas y lo adverso según Mármol". *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, tomo LXXI, 287-288 (septiembre-diciembre), 674-708.
- Suárez, Nicolás. "La transposición de *Amalia* en las postrimerías del Centenario". *Exlibris* (Investigación) n° 2. Rev. del Dpto. de Letras UBA. 133-142.
- Torre, Claudia. (2004). "Buenos Aires, Cartografía Punzó: *Amalia* de José Mármol". Iglesia, Cristina (ed.), *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor. 2004. 77-85.
- Ulla, Noemí. (1978). "El rosismo de la novela *Amalia* de José Mármol". Mirta Yáñez (comp.), *Recopilación de textos sobre la novela romántica latinoamericana*. La Habana: Casa de las Américas, 1978. 289-296.
- Varela Jácome, Benito. (2012). *Introducción a "Amalia" de José Mármol*. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/introduccion-a-amalia-de-jos-mrmol-0/>
- Vidal, Hernán. (1977). "*Amalia*: melodrama y dependencia". *Ideologies & Literature*, 1, 2. 41-69.
- Viñas, David. (1964). "Mármol y los dos ojos del romanticismo". *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez. 125-240. Reeditado: 1982. Buenos Aires: CEAL. Reedición ampliada: 1995. *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Tomo 1. Buenos Aires: Sudamericana.
- Wasserman, Fabio. (1997). "La generación de 1837 y el Proceso de construcción de la identidad nacional

argentina”. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera Serie, n° 15, 1er semestre.

Weinberg, Félix. (1958). *El Salón Literario de 1837*. Estudio preliminar y selección de escritos de M. Sastre , J. B. Alberdi, J. M. Gutiérrez, E. Echeverría, 2 ed., Buenos Aires: Hachette.

Zuccotti, Adriana. (2004). “La ficción documentada. *Amalia* y su difusión en *La Semana*”. Cristina Iglesia (ed.), *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*, Buenos Aires, Santiago Arcos. 111-124

# **AMALIA.**

Por

**JOSÉ MÁRMOL.**

**TOMO PRIMERO.**

Sobre edición de Brockhaus, 1868-1877



## ESPLICACION.

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existe aun, y ocupa la posicion política ó social que al tiempo en que ocurrieron los sucesos que van á leerse. Pero el autor, por una ficcion calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquellos. Y es esta la razon por que el lector no hallará nunca los tiempos presentes empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros, etc.

El autor ha creido que tal sistema convenia tanto á la mejor claridad de la narracion, cuanto al porvenir de la obra, destinada á ser leida, como todo lo que se escriba, bueno ó malo, relativo á la época dramática de la dictadura argentina, por las generaciones venideras; con quienes entónces se armonizará perfectamente el sistema aquí adoptado, de describir bajo una forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad.

Montevideo, Mayo de 1851.



## PARTE PRIMERA.

---

### CAPITULO I.

#### Traicion.

El 4 de Mayo de 1840, á las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguan, oscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se para, y dice á los otros:

— Todavía una precaucion mas.

— Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche, contesta otro de ellos, al parecer el mas jóven de todos, y de cuya cintura pendia una larga espada, media cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

— Por muchas que tomemos serán siempre pocas, replica el primero que habia hablado. Es necesario que no salgamos todos á la vez. Somos seis; saldremos primeiramente tres, tomaremos la vereda de enfrente; un momento despues saldrán los tres restantes, seguirán esta vereda, y nuestro punto de reunion será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

— Bien pensado.

— Sea, yo saldré adelante con Merlo, y el señor, dijo el jóven de la espada á la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicacion. Y diciendo esto, tiró el pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando á la vereda opuesta con los personajes que habia determinado, enfiló la calle de Belgrano, con direccion al rio.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos despues, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma direccion que aquellos, por la vereda determinada.

Despues de caminar en silencio algunas cuadras, el compañero del jóven que conocemos por la distincion de una espada á la cintura, dijo á este, miétras aquel otro á quien habian llamado Merlo, marchaba adelante embozado en su poncho:

— Es triste cosa, amigo mio! Esta es la última vez quizá que caminamos sobre las calles de nuestro país. Emigramos de él para incorporarnos á un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra!

— Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos.... Sin embargo, continuó el jóven despues de algunos segundos de silencio: hay alguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

— ¿Cómo lo contrario?

— Es decir, que piensa que nuestro deber de argentinos es el de permanecer en Buenos Aires.

— ¿A pesar de Rosas?

— A pesar de Rosas.

— ¿Y no ir al ejército?

— Eso es.

— Bah, pero eso es un cobarde ó un mashorquero!

— Ni lo uno, ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad, y su corazon es el mas puro y noble de nuestra generacion.

— ¿Pero qué quiere que hagamos, pues?

— Quiere, contestó el jóven de la espada, que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo á quien hay que combatir está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que ménos número de hombres moriremos en las calles el dia de una revolucion, que en los campos de batalla en cuatro ó seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo.... Pero dejemos esto porque en Buenos Aires el aire oye, la luz ve, y las piedras ó el polvo repiten luego nuestras palabras á los verdugos de nuestra libertad. El jóven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos negros, cuya espresion melancólica se convenia perfectamente con la palidez de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veinte y seis años de la vida.

A medida que la conversacion se habia animado sobre aquel tema, y que se aproximaban á las barrancas del rio, Merlo acortaba el paso, ó parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubria.

Llegados á la calle de Balcarce:

— Aquí debemos esperar á los demas, dijo Merlo.

— ¿Está usted seguro del paraje de la costa en que habremos de encontrar la ballenera? preguntóle el jóven.

— Muy seguro, contestó Merlo. Yo me he convenido á ponerlos á ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra, como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido; no para mí, porque yo soy tan buen patriótico como cualquiera otro, sino para pagar los hombres que los han de conducir á la otra Banda; y ya verán ustedes que hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del jóven en los de Merlo, cuando llegaron los tres hombres que faltaban á la comitiva.

— Ahora es preciso no separarnos mas, dijo uno de ellos. Siga usted adelante. Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una brisa fresca del sur empezaba á dar anuncio de los próximos frios del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa; y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía mas bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que referimos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura á las orillas del Río de la Plata, en lo que se llama el *Bajo* en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico, y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la estension que ocupa el río, y apenas puede divisar á la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, á dos ó tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningun ruido humano se percibe, y solo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubrementemente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado á ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó á la proscricion centenares de buenos ciudadanos, esos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas, en que se debía morir al puñal de la Mashorca si eran sentidos; ó decir ¡adiós! á la patria, á

la familia, al amor, si la fortuna les hacia pisar el débil barco que debia conducirlos á una tierra estraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época á que nos referimos, ademas, la salud del ánimo empezaba á ser quebrantada por el terror: por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo ántes que la conociéramos en la América.

A las cárceles, á las *personerías* á los fusilamientos, empezaban á suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mashorca; por ese club de bandidos, á quien los primeros partidarios de Cromwell habrian mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror.

El terror, pues, que empezaba á apoderarse de todos los espíritus, no podia dejar de obrar su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencio por la costa del rio, en direccion á Barracas, á las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crimen de lesa tiranía que con la muerte se castigaba irremediamente.

Nuestros prófugos caminaban sin cambiarse una sola palabra; y es ya tiempo de dar á conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos, era Juan Merlo: hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires, que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatia á la civilizacion, y con el pampa por sus habitudes holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demas.

A pocos pasos seguíalo el coronel D. Francisco Lynch, veterano desde 1813: hombre de la mas culta y escogida sociedad, y de una hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el jóven D. Eduardo Belgrano, pariente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que habia heredado de sus padres; corazon valiente y generoso, é inteligencia privi-

legiada por Dios y enriquecida por el estudio. Este es el jóven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores.

En seguida de él, marchaban Oleden, Eiglos y Maïsson, argentinos todos.

En este órden habian llegado ya á la parte del Bajo que está entre la Residencia y la alta barranca que da á Barracas en la calle de la Reconquista; es decir, se hallaban en paralelo con la casa que habitaba el ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se para y les dice:

— Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la oscuridad, buscando en el rio la embarcacion salvadora; mientras que Merlo parecia que la buscaba en tierra, pues que su vista se dirigia hácia Barracas, y no á las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

— No está, dijo Merlo; no está aquí, es necesario caminar algo mas.

La comitiva le siguió en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto á treinta ó cuarenta varas de distancia, en la misma direccion que llevaban; y en el momento en que se volvia á comunicárselo á sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, trayendo un repentino pavor al ánimo de todos.

— No respondan; yo voy á adelantarme un poco á ver si distingo el número de hombres que es, dijo Merlo, que sin esperar respuesta, caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hácia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente á aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos

segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo para sacar de sus bolsillos una de las pistolas que llevaba, y ántes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maisson y Oliden pueden disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen tambien como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que le atropella, pero rueda tambien á su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asir por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda é imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos hechas pedazos ya á su garganta para defenderla... todo es en vano....! El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto á grandes tajos; y, en los borbollones de la sangre, se escapa el alma de las víctimas á pedir á Dios la justicia debida á su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles alhajas y dinero; entretanto que nadie se ve ni se entiende en la oscuridad y confusion de esta escena espantosa, á cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo cuerpo expansivamente elástico, tomaba en cada segundo de tiempo, formas, estension y proporciones diferentes: era Eduardo que se batia con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa casi de un salto un espacio de quince piés en direccion á las barrancas. Esto solo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje; plan que su rápida imaginacion concibió y ejecutó en un segundo; tiempo que le habia bastado tambien para desenvainar su espada, arrancarse la capa que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero si habia librádose del choque de los caballos, no habia evitado el ser visto, á pesar de la oscuridad de la noche, que por momentos embozaba la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y otro mas, hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Este no ve, adivina, puede decirse, la accion de los asesinos, y, dando un salto hácia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchon que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnicion en el pecho del hombre que tiene á su derecha. Cadáver ya, aun no ha caido ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en direccion á la ciudad.

En ese momento tres asesinos mas se reunen al que acababa de sentir caer el cuerpo de su compañero á los piés de su caballo, y los cuatro cargan entónces sobre Eduardo.

Este se desliza rápidamente hácia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de

su caída; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la acción de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo entónces tira su capa y retrocede diez ó doce pasos mas. La idea de tomar la carrera pasa un momento por su imaginacion; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postrarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto

Esta reflexion, súbita como la luz, sin embargo no habia terminádose en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el otro armado de un cuchillo de matadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe á los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques parciales que le formasen el círculo que pretendian. Los tres de sable lo acometen con rabia, lo estrechan y dirigen todos los golpes á su cabeza; Eduardo los para con un doble círculo, y, haciendo dilatar la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza á ganar hácia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendia, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en sus vértigos de sangre y de furor no perciben que se hallan ya á doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose mas en cada momento la intencion de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la oscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentia que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiracion de su pecho. Sus contrarios no se cansan ménos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita á los otros con palabras de demonio; pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, este tira dos cortes á derecha é izquierda con toda la estension de su brazo, amaga á todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro

de sus asesinos, ganándoles algunos pasos mas hácia la ciudad.

El hombre del cuchillo acababa de perder este y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza á perder la fuerza en la sangre abundante que se escurria de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigan con teson, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenia en su mano izquierda. Este último, que no habia comprendido la intencion de su contrario, cree que lo atrepella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazon. El poncho habia llegado á su destino: la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos en él; no se turba su espíritu, sin embargo: da un salto atras; su mano izquierda, libre de su capa que habia arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza á desenvolverlo de la cabeza, miéntras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra á lo largo de su costado izquierdo, y el filo de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho.

— Bárbaros! dice Eduardo; no conseguiréis llevarle mi cabeza á vuestro amo, sin haber ántes hecho pedazos mi cuerpo!

Y, recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, para en terciá una estocada que le tira su contrario mas próximo; y, desenganchando, se va á fondo, en cuarta, con toda la estension de su cuerpo: dos hombres caen á la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo que no ha tenido fuerzas para volver á su primera posicion, y que cae sin perder, empero, su conocimiento, ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aun se precipitan sobre él.

— Aun estóy vivo! grita Eduardo con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que había resonado en ese lugar é interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha estension de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenia á su lado, y, tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado los asesinos se le aproximan con recelo. El uno de ellos se acerca por los piés de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posicion, ni fuerza para parar. La impresion del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero á ese tiempo la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra, é hinca sobre su pecho una rodilla.

— Ya estás, unitario, ya estás agarrado! le dice, y volviéndose al otro que se había abrazado de los piés de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquel se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que le oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos, de Eduardo casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo á la garganta del jóven.

Pero en el momento que su mano iba á hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y

el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba á ser su víctima.

— A tí tambien te irá tu parte! dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caido del cielo, se dirige con su brazo levantado hácia el último de los asesinos, que, como se ha visto, estaba oprimiendo los piés de Eduardo, porque, aun medio muerto, temia hacerse hasta sus manos. El bandido se para, retrocede, y toma repentinamente la huida en direccion al rio.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso: se vuelve á aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de este es pronunciado luego por el desconocido con toda la espresion del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que habia caido sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, é hincando una rodilla en tierra suspende el cuerpo del jóven y reclina su cabeza contra su pecho.

— Todavía vive! dice, despues de haber sentido su respiracion. Su mano toma la de Eduardo, y una leve presion le hace conocer que vive, y que le ha conocido.

Sin vacilar alza entónces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma á Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y, cargándolo al hombro, marcha hácia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del Sr. Mandeville.

Su marcha segura y fácil hace conocer que aquellos parajes no eran estraños á su planta.

— Ah! esclama de repente, apenas faltará media cuadra.... y... tengo que descansar porque.... y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que á los dos cubria. Eduardo! le dice poniéndole sus labios en el oido; Eduardo! soy yo, Daniel; tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, originado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba á pasar, y la brisa fria de la noche á reanimarle un poco.

— Huye.... Sálvate Daniel! fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

— No se trata de mí, Eduardo; se trata de... á ver.... pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprime lo mas fuerte que puedas pero ¿qué diablos es esto? ¿Te has batido acaso con la mano izquierda, que conservas la espada empuñada con ella? Ah, pobre amigo, esos bandidos te habrán herido la derecha!... y no haber estado contigo yo! Y durante hablaba así, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le hiciese comprender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas, Daniel cargó de nuevo á Eduardo, que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacia una débil fuerza sobre los hombros de su libertador, y lo llevó en sus brazos segunda vez, en la misma direccion que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido en poco de la vida que le habia arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño:

— Basta, Daniel, dice, apoyado en tu brazo creo que podré caminar un poco.

— No hay necesidad, le responde este, poniéndole suavemente en tierra; ya estamos en el lugar donde queria conducirte.

Eduardo quedó un momento de pié; pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso y al tomar esa posicion, todos los músculos heridos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del jóven.

— Ya me imaginaba que no podrias estar de pié, dijo Daniel, fingiendo naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se habia helado, sospechando entónces que las heridas de Eduardo eran mortales. Pero, felizmente, continuó, ya estamos aquí, aquí donde podré dejarte en seguridad mientras voy á buscar los medios de conducirte á otra parte.

Y diciendo esto habia vuelto á cargar á su amigo y descendiendo con él, á fuerza de gran trabajo, á lo hondo de una zanja de cuatro ó cinco piés de profundidad, que dos dias ántes habian empezado á abrir á distancia de veinte piés del muro lateral de una casa sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querida carga; casa que no era otra que la del Ministro de S. M. B. caballero Mandeville.

Daniel sienta á su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta donde se siente herido.

— No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles, dice Eduardo tomando la mano de Daniel y llevándola á su hombro derecho y á su muslo izquierdo.

Daniel respira entónces con libertad.

— Si solamente estás herido ahí, dice, no es nada, mi querido Eduardo; oprimiéndolo en sus brazos con toda la efusion de quien acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa; pero á la presion de sus brazos Eduardo exhala un ¡ay! agudo y dolorido.

— Debo estar también.... sí.... estóy herido aquí, dice llevando la mano de Daniel á su costado izquierdo.... pero sobre todo, el muslo.... el muslo me hace sufrir horribilmente

— Espera, dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido. Esto á lo ménos, continúa, podrá contener algo la hemorragia, ahora venga la cintura ¿es aquí donde sientes la herida?

— Sí.

— Entónces.... aquí está mi corbata, y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto hace y dice fingiendo una confianza que habia empezado á faltarle desde que supo que habia una herida en el pecho, que podria haber interesado alguna entraña. Y dice y hace todo entre la oscuridad de la noche, y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda. Y como un sarcasmo de esa posicion terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era también, los sonidos de un piano llegaron en ese momento á sus oidos: el señor Mandeville tenia esa noche una pequeña tertulia en su casa.

— Ah! dice Daniel, acabando de vendar á su amigo: S. E. inglesa se divierte.

— Mientras á sus puertas se asesinan á los ciudadanos de este país! esclama Eduardo.

— Y es precisamente por eso que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés sino en cuanto represente fielmente á la Inglaterra; y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las viudas de los hotentotes; con la sola diferencia, que estas lo hacen de dolor, y aquella de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea nacida de una cabeza cuya imaginacion él conocia y admiraba tanto; é iba á hablar cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los labios.

— Siento ruido, le dice al oido, buscando á tiendas la espada.

Y en efecto no se habia equivocado. El ruido de las pisadas de dos caballos se percibia claramente, y un minuto despues el eco de voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacia mas perceptible por instantes; entendiéndose al fin clara y distintamente la voz de los que venian conversando.

— Oye, dice uno de ellos, á diez ó doce pasos de la zanja, saquemos fuego y á la luz de un cigarro podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme á casa.

— Bajemos entónces, responde aquel á quien se habia dirigido, y dos hombres se desmotan de sus caballos, sonando la vaina de laton de sus sables al pisar en tierra.

Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo, y, caminando hácia la zanja, vinieron á sentarse á cuatro pasos de Daniel y Eduardo.

Uno de los dos recién llegados sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un grueso cigarro de papel, y dijo al otro:

— A ver, dáme los papeles uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de banco, y dió uno de ellos á su compañero; quien tomándolo con la mano izquierda lo aproximó á la brasa del cigarro que tenia en la boca, y aspirando con fuerza iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada por la aspiracion.

— 100! dice aquel que habia entregado el billete, y cuya cara se habia juntado con la del otro para ver junto con él el número.

— 100! dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operacion que con el primer billete, se hace con 30 de igual valor; y despues de repartirse 1,500 pesos cada uno de los dos hombres, mitad de los 3,000 que sumaban los 30 billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles:

— Yo creia que seria mas! Si hubiésemos degollado al otro nos hubiese tocado la bolsa de onzas!

— ¿Y á dónde se iban esos unitarios? al ejército de Lavalle ¿no es verdad?

— Pues! Y á dónde se habian de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos para que tuviéramos de estas todas las noches.

— Pero, y si alguna vez entra Lavalle y alguien nos delata!

— Qué! Nosotros somos mandados; y cuando veamos la cosa mal, nos pasaremos; entretando yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soy de la gente de confianza del Comandante.

— Fiate mucho! Que nos eche de ménos luego, y verás tú y yo lo que nos pasa!

— Oh! y él no nos mandó por este lado, y á Morales, por el Retiro, y á Diego con cuatro mas por las calles, á buscar al que se escapó? Entónces, le decimos mañana que hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

— Pero ¡qué susto llevaba Camilo cuando fué á avisarle al Comandante! Le dijo que salieron cuatro á proteger al unitario, pero no le ha de haber creído porque sabe que es flojo.

— Sí, pero los otros no eran flojos, y uno solo no los habia de matar. Por mi parte, yo no los busco.

— Qué buscarlos! Yo me voy á la Boca, dijo aquel que habia traído los billetes en el sombrero, levantándose y montando tranquilamente en su caballo, miéntras el otro se dejó estar sentado.

— Bueno, dice este, ándate no mas; yo voy á acabar mi cigarro ántes de irme á casa; mañana te iré á buscar de madrugada para que nos vamos al cuartel.

— Entónces, basta mañana, dice aquel, dando vuelta su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos despues, el que se habia quedado mete la mano al bolsillo, saca una cosa que aproxima á su cigarro en la boca, y la contempla á la claridad que esparcia la brasa.

— Y es de oro el reloj! dice. Esto nadie me lo vió sacar; y la plata que me den por él no la parto con ninguno.

Y veía y volvía á ver el reloj á la luz de su cigarro.

— Y está andando! dice, aplicándosela al oído, pero yo no sé.... yo no sé cómo se sabe la hora.... y volvía á iluminar su preciosa alhaja.... esta es cosa de unitarios!.... la hora que yo sé es que serán las doce, y que....

— Esa es la última de tu vida, bribon, — dice Daniel dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante sin dar un solo grito, el mismo golpe que había dado en la cabeza de aquel que puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo; golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibración, ocasionado por un instrumento que Daniel tenía en sus manos, muy pequeño y que no conocemos todavía, el cual parece que hacia sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañon que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer no habían dado un solo grito.

Daniel, que había salido de la zanja, y llegándose como una sombra hasta el bandido, luego que le dió el golpe en la cabeza, tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja; y sin soltarla, bajó y dió un abrazo á su amigo.

— Valor! valor! mi Eduardo; ya estás libre.... salvo.... la Providencia te envía un caballo que era lo único que necesitábamos!

— Sí, me siento un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas.... no puedo estar de pié.

— No hagas fuerza, dice Daniel; que carga otra vez á Eduardo y lo sube al borde de la zanja. En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consigue montar á Eduardo sobre el caballo que se inquietaba con las evoluciones que se hacían á su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se monta en la gurupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo, toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y lo hace subir

inmediatamente por una barranca inmediata á la casa del señor Mandeville.

— Daniel, no vamos á mi casa porque la encontraríamos cerrada. Mi criado tiene orden de no dormir en ella esta noche.

— No, no por cierto, no he tenido la idea de querer pasearte por la calle del Cabildo á estas horas, en que veinte serenos alumbrarian nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

— Bien, pero tampoco á la tuya.

— Mucho ménos, Eduardo; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida: y llevarte á mi casa seria haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

— ¿Y adónde, pues?

— Ese es mi secreto por ahora. Pero no me hagas mas preguntas. Habla lo ménos posible.

Daniel sentia que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dió un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le anublaba la vista y lo desfallecia; pero felizmente le pasó pronto.

Daniel hacia marchar al paso su caballo. Llegó por fin á la calle de la Reconquista, y tomó la direccion á Barracas; atravesó la del Brasil y Patagones y tomó á la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no habia edificio alguno sino los fondos de ladrillo ó de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida á la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas, causan temor de dia mismo á los que se dirigen á Barracas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, ó la de Balcarce, ántes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente si el terreno está húmedo. A esa barranca llegó Daniel, y las mismas calidades de mala y solitaria fueron para él en ese

momento una garantía por la que le daba preferencia. Además, él conocía perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo, sin el mínimo contratiempo.

Llegado á la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló á la derecha, y recostándose á la orilla del camino, llegó al fin á la calle Larga de Barracas sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios, lo mas aproximado á ellos que le fué posible, é hizo tomar el trote largo á su caballo, como que quisiera salir de ese camino frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, gira sus ojos, y convencido de que no veia ni oia nada, hace tomar el paso á su caballo, y dice á Eduardo:

— Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

— ¿Dónde? le pregunta Eduardo con voz sumamente desfallecida.

— Aquí, le responde Daniel, subiendo el caballo á la vereda de una casa por cuyas ventanas, cubiertas con celosías y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se trasparentaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo á las rejas, é introduciendo su brazo por ellas y las celosías, tocó suavemente en los cristales. Nadie respondió, sin embargo. Volvió á llamar segunda vez, y entónces una voz de mujer preguntó con un acento de recelo:

— ¿Quién és?

— Yo soy, Amalia, yo, tu primo.

— Daniel! dijo la misma voz, aproximándose mas á la ventana la persona del interior.

— Sí, Daniel.

Y en el momento la ventana se abrió, la celosía fué alzada, y una mujer jóven y vestida de negro inclinó su

cuerpo hasta tocar las rejas con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo retiróse de esa posición, como sorprendida.

— ¿No me conoces, Amalia? Oye: abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes á los criados; ábrela tú misma.

— ¿Pero, qué hay, Daniel?

— No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, mas que la vida ¿lo entiendes ahora?

— Dios mio! esclama la jóven, que cierra la ventana, que se precipita á la puerta de la sala, de esta á la de calle, que abre sin cuidarse de hacer poco ó mucho ruido, y que saliendo hasta la vereda dice á Daniel:

— Entra! Pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad sublime que solo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa, cuando ejecutan alguna acción de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiración.

— Todavía no, dice Daniel, que ya estaba en tierra con Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo llega á la puerta.

— Ocupa mi lugar, Amalia; sosten á este hombre que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo que recostado contra el marco de la puerta, hacia esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda que le pesaba enormemente.

— Gracias, señorita, gracias! dice con voz llena de sentimiento y de dulzura.

— ¿Está usted herido?

— Un poco.

— Dios mio! esclama Amalia, que sentía en sus manos la humedad de la sangre.

Y mientras se cambiaban estas palabras, Daniel había conducido el caballo al medio del camino, y

poniéndolo en direccion al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintarazo en la anca con la espada de Eduardo, que no habia abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal, y tomó el galope en aquella direccion.

— Ahora, dice Daniel, adentro! acercándose á la puerta, levantando á Eduardo por la cintura hasta ponerlo en el zaguan, y cerrando aquella. De ese mismo modo lo introdujo á la sala, y puso, por fin, sobre un sofá á aquel hombre á quien habia salvado y protegido tanto en aquella noche de sangre; aquel hombre lleno de valor moral y de espíritu todavía, y cuyo cuerpo no podia, sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.

---

## CAPITULO II.

### La primera curacion.

Cuando Daniel colocó á Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre á la jóven prima de Daniel, pasó corriendo á un pequeño gabinete contiguo á la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro, una pequeña lámpara de alabastro, á cuya luz la jóven leía las Meditaciones de Mr. Lamartine cuando Daniel llamó á los vidrios de la ventana, y volviendo á la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo, y los rizos de su cabello castaño claro, echados atras de la oreja pocos momentos ántes, no estorbaron á Eduardo descubrir, en una mujer de 20 años, una

fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de espresion y sentimiento, y una figura hermosa, cuyo traje negro parecería escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aproximó á la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima la dijo:

— Amalia, en las pocas veces que nos vemos te he hablado siempre de un jóven con quien me liga la mas intima y fraternal amistad; ese jóven, Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son *oficiales*, son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo, y salvarlo.

— ¿Pero qué puedo hacer yo, Daniel? le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hácia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecia la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

— Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa; ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

— Oh, no, Daniel; jamas lo he dudado!

— Bien, dice el jóven, poniendo sus labios sobre la frente de su prima, entónces lo que tienes que hacer, es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves á quedar dueña de tu casa, y de mí, como siempre.

— Dispon; ordena lo que quieres; yo no podria tampoco concebir una idea en este momento, dijo Amalia cuya tez iba volviendo á su rosado natural.

— Lo primero que dispongo es que traigas tú misma, sin despertar á ningun criado todavia, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oír concluir la última sílaba y corrió á las piezas interiores.

Daniel se acercó luego á Eduardo, en quien el momentáneo descanso que habia gozado empezaba á dar expansimiento á sus pulmones, oprimidos hasta entónces por el dolor y el cansancio, y le dijo:

— Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de que te he hablado tantas veces, y que despues de su regreso de Tucuman, hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que si la hospitalidad no agrada á tus deseos, no les sucederá lo mismo á tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante volviendo su semblante á su gravedad habitual, exclamó:

— Pero es un proceder cruel; voy á comprometer la posicion de esta criatura!

— ¿Su posicion?

— Sí, su posicion. La policía de Rosas tiene tantos agentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. Mañana sabrá Rosas donde estóy, y el destino de esta jóven se confundirá con el mio!

— Eso lo veremos, dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo. Yo estóy en mi elemento cuando me hallo entre las dificultades. Y, si en vez de escribírmelo, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno á que no tendrías en tu cuerpo un solo araño.

— Pero tú ¿cómo has sabido el lugar de mi embarque?

— Eso es para despacio, contestó Daniel sonriéndose. Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos azucarado.

— Oh, mi linda prima, dijo Daniel, los Dioses habrian despedido á Hebe, y dádote la preferencia para

servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará miéntras viene un médico. Y en tanto que suspendía la cabeza de su amigo y le daba á beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar por primera vez á Eduardo, cuya palidez y espresion dolorida del semblante le daba un no sé qué de mas impresionable, varonil y noble: y al mismo tiempo para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecian dos figuras como no habia imaginádose jamas: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y sangre.

— Ahora, dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia, ¿el viejo Pedro está en casa?

— Sí.

— Entónces vé á su cuarto, despiértalo, y dile que venga. Amalia iba á abrir la puerta de la sala para salir, cuando le dice Daniel:

— Un momento, Amalia, hagamos muchas cosas á la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

— En aquel gabinete, responde Amalia señalando el que estaba contiguo á la sala.

— Entónces, anda á despertar á Pedro. Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó á otra habitacion, que era la alcoba de su prima, de esta á un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus manos. — Oh! exclamó mirándose en el espejo del tocador miéntras se lavaba las manos; si Florencia me viese así, bien creeria me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando la quiero robar un beso y está enojada se me escaparia hasta la Pampa! Bueno! continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido del Tucuman, allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo; y tambien beberé, porque el diablo se lleve á Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que

habré de decirla! Y diciendo esto, se echó á la garganta media docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecia ajena del carácter del jóven, escribió dos cartas, las cerró, pusolas el sobre, y entró á la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentia. Al mismo tiempo la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzon de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver á Daniel de pié en medio de la sala, y sobre el sofá un hombre tendido y manchado de sangre.

— Yo creo, Pedro, que no es á usted á quien puede asustarle la sangre. En todo lo que usted ve no hay mas que un amigo mio á quien unos bandidos acaban de herir gravemente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tío el coronel Sáenz, padre de Amalia?

— Catorce años, Señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junin, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

— A cuál de los generales que lo han mandado ha tenido usted mas cariño y mas respeto; á Belgrano, á San Martin, ó á Bolivar?

— Al general Belgrano, Señor; contestó el viejo soldado sin hesitar.

— Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mí, una hija y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

— Señor, yo no puedo ofrecer mas que mi vida, y esa está siempre á la disposicion de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

— Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no solo valor sino prudencia, y sobre todo secreto.

— Está bien, Señor

— Nada mas, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazon honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

— Sí, Señor; patriota viejo, dijo el soldado alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

— Bien: vaya usted, continuó Daniel, y sin despetar á ningun criado, ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese, y venga.

El veterano llevó su mano á la sien derecha, como si estuviese delante de su general, y, dando media vuelta marchó á ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos despues, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el porton de la quinta, y en seguida apareció en la sala, cubierto con su poncho, el viejo soldado de quince años de combates.

— ¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorta?

— ¿Tras de San Juan?

— Allí.

— Sí, Señor.

— Pues irá usted á ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta, diciendo que, miéntras se prepara el doctor, usted va á una diligencia, y volverá á buscarlo. En seguida pasará usted á mi casa, llamará despacio á la puerta, y á mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento le dará usted esta otra carta.

— Bien, Señor.

— Todo esto lo hará usted á escape.

— Bien, Señor.

— Otra cosa mas. Le he dado á usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar, ántes que dejarse arrancar esa carta.

— Bien, Señor.

— Nada mas, ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche, dijo Daniel mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea, á la una y media usted puede estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma vénia que anteriormente, y salió. Algunos segundos despues sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovia con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal á su prima de pasar al gabinete inmediato, y, despues de recomendar á Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo:

— Ya sabes cuál ha sido mi eleccion: ¿á quién otro podria llamar, tampoco, que nos inspirase mas confianza?

— Pero, Dios mio, comprometer al doctor Alcorta! exclamó Eduardo. Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se espongan por ella una mujer como tu prima, y un hombre como nuestro maestro.

— Estas sublime esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá mas que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo en que los buenos nos debemos á los buenos, y los pícaros se deben a los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empazado á dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queramos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

— Pero Alcorta no se ha comprometido, y sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

— Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada jóven de nuestros amigos, cada hombre de la generacion á que pertenecemos, y que ha sido educado en la universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en accion; somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filososófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazon el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta. Frias es el doctor Alcorta en el ejército: Alberti, Gutierrez, Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí bañado en tu sangre, que acabas de esponer tu vida por huir de la patria, ántes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificacion de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y.... pero, bah! que tonterías estóy hablando! exclamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrian sobre el rostro cadavérico de Eduardo. Vaya! vaya! no hablemos mas de esto. Déjame hacer las cosas á mí solo, que si nos lleva el diablo nos llevará á todos juntos; y á fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, miéntas hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima, que, al ver las de su amigo, habia brotado de la exquisita sensibilidad de este jóven, que mas tarde haremos conocer mejor á nuestros lectores.

— Daniel, le dice Amalia al entrar al gabinete, parada y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro, yo no sé qué hacer, tú, y tu amigo están cubiertos de sangre, necesitan mudarse, y yo no tengo mas trajes que los míos.

— Que nos sentarian perfectamente, si nos diceses tambien un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, ven acá. Y llevando á su prima á un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó á su lado y continuó :

— Díme, Amalia, ¿cuáles son los criados en que tienes una perfecta confianza?

— Pedro, Teresa una criada que he traído de Tucuman, y la pequeña Luisa.

— ¿Cuáles son los demas?

— El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

— El cochero y el cocinero son hombres blancos?

— Sí.

— Entónces, á los blancos por blancos, y á los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

— Pero crees tú...?

— Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una órden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta á las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mashorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese condolido de la situacion actual de nuestro país. Solo hay en la clase baja una escepcion, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mula-

tos, por esa propension que hay en casa raza mezclada á elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, á que siempre toman ellos por modelo.

— Bien, los despediré mañana.

— La seguridad de Eduardo, la mia, la tuya propia, lo exigen así. Tu no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado á un desgraciado, y...

— Oh! no, Daniel, no me hables de eso! Mi casa, mi fortuna, todo está á la disposicion tuya y de tu amigo!

— No puedes arrepentirte, decia, y debes, sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegacion, no dé armas contra tí á nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir tus criados, te resarcirás pronto. Además, Eduardo no permanecerá en tu casa, sino los dias indispensables que determine el médico; dos, tres á lo mas.

— Tan pronto! oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y seria asesinarlo el levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda, podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mias.

— Gracias! gracias, mi Amalia! Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora, es necesario que vamos á preparar la cama en que se habrá de acostar despues de su primera curacion.

— Sí... por acá; ven, y tomando una luz pasó con Daniel á su alcoba, y de esta á su tocador.

Pero ántes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa, estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hácia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hácia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, ó las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco era tan espeso que el pié parecia acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa de caoba labrada, de cuatro piés de ancho, y dos de alto, se veía en la estremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caian los albos encajes de un riquísimo tapafundas de cambrey. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendian las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa que parecia una tenue neblina abrigada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared, habia una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal; una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado á fuego, y delante de la cama, estaba estendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los piés de la cama, se veía

un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego una papelera con incrustaciones de plata: y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo á la sala, se descubrían dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenían dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y por último: una mesa de palo de naranjo apénas de dos piés de diámetro, colocada á la estremidad de la otomana, contenía, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la mas preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era, un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apénas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto á ella.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían á un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales habia desordenado Daniel pocos momentos ántes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y en continuacion á ella, una bañera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañera; y los otros, frente á los espejos de los guarda-ropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hácia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal, con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba, brillaban ocho pebeteros de oro cin-

celado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirable. Seis magníficos cuadros de paisaje, y cuatro jilgueros dentro jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en quien la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba á un pequeño jardín en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespon celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos, habia una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormia Luisa, jóven destinada por Amalia á su servicio inmediato.

Ahora, sigámosla que entra al aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que, tomando una llave de sobre una mesa, abre la puerta de ese aposento que da al patio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto á sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta, en un corredor que cuadraba á aquel, entra, siempre con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, á un aposento amueblado.

— Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo, que vino del Tucuman y partió de regreso hace tres días. Este aposento tiene todo cuanto puede necesitar Eduardo. Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y arregló todo en la habitación, miéntras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo, y el comedor que le seguia, cuya puerta al zaguan estaba enfrente de aquella de la sala, por donde una hora ántes habia entrado él con Eduardo en los brazos.

— ¿Dónde mira esta ventana? preguntó á su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba á ocupar Eduardo.

— Al corredor por donde se entra de la calle á la quinta, por el gran porton. Sabes que todo el edificio está separado, hácia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el porton,

sin pasar al interior de la casa. Es por ahí que ha salido Pedro.

— Es verdad, lo recuerdo.... pero.... ¿no oyes ruido?

— Sí....

— Son

— Son caballos á galope.... y el corazon de Amalia le batia en el pecho con violencia.

— Es probable que.... se han parado en el porton, dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago, y abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

— Quién será, Dios mio! exclamó Amalia, pálida y bella como una azucena en la tarde.

— Ellos, dice Daniel que habia pegado su cara á los vidrios de la ventana.

— ¿Quiénes?

— Alcorta y Pedro.... oh! el bueno, el noble, el generoso Alcorta! y corrió á tracer la luz que habia ocultado.

En efecto, era el viejo veterano de la Independencia, y el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo.

Pedro hizole entrar por el porton, llevó los caballos á la caballeriza, y luego lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenia la llave.

— Gracias, Señor! dice Daniel, saliendo á encontrar al doctor Alcorta en el medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

— Veamos á Belgrano, amigo mio, dijo Alcorta apresurándose á cortar los agradecimientos de Daniel.

— Un momento, dijo este, conduciéndole de la mano al aposento donde permanecia Amalia, miétras el viejo Pedro los seguia con una caja de Jacaranda debajo del brazo. ¿Ha traído usted, Señor, cuanto cree necesario para la primera curacion, como se lo supliqué en mi carta?

— Creo que sí, respondió Alcorta, haciendo una reverencia á Amalia, lo único que necesitaré son vendajes.

Daniel miró á, Amalia, y esta partió volando á sus habitaciones.

— Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿Cree usted que lo debemos traer aquí ántes del reconocimiento?

— Es necesario, respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

— Pedro, dijo Daniel, espere usted en el patio; ó mas bien, vaya usted á enseñar á Amalia como se cortan vendas para heridas: usted debe saber esto perfectamente. Ahora, Señor, ya debo decir usted lo que no le he dicho en mi carta: las heridas de Eduardo son oficiales.

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apénas

— ¿Cree usted que no lo he comprendido ya? respondió, y una nube de tristeza empañó ligeramente su semblante.... Veamos á Belgrano, Daniel, dijo despues de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio, y entró á la sala por la puerta que daba al zaguan.

En ese momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza, y, al ver á Alcorta, de pié junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

— Quieto, Belgrano, dijo Alcorta con voz conmovida y llena de cariño; quieto, aquí no hay otro que el médico. Y, sentándose á la orilla del sofá, examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

— Bueno! dijo al fin, vamos á llevarlo á su aposento

A ese tiempo, entraban á la sala por el gabinete Amalia y Pedro.

La jóven traía en sus manos una porcion de vendas de género de hilo no usado todavia, que habia cortado segun las indicaciones del veterano.

— ¿Le parecen á usted bien de este ancho, doctor? preguntó Amalia.

— Sí, Señora. Necesitaré una palangana con agua fria, y una esponja.

— Todo hay en el aposento.

— Nada mas, Señora, dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la espresion del reconocimiento á sus officiosos cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron á Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron á la habitacion que se le habia destinado, miéntras Amalia quedó de pié en la sala sin atreverse á seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habian invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó á separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienas, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habian puesto en confusion su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegacion, trabajo, compasion, admiracion, todo esto habia pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no habia sentido en toda su vida impresiones tan improvisas y violentas; y á quien la naturaleza, sin embargo, habia dado una sensibilidad esquisita, y una imaginacion poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podian ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y, miéntras ella comienza á darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre habia pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

— No es nada, dijo, despues de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo, la espada ha respalado por las costillas sin interesar el pecho

— Tampoco es de gravedad, continuó despues de inspeccionar la que tenia sobre el hombro derecho, el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

— Veamos el muslo, prosiguió. Y á su primera mirada sobre la herida, de diez pulgadas de estension, la espresion del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos á lo ménos examinó con la mayor prolijidad los músculos, partidos en lo interior de la herida, que corria á lo largo del muslo.

— Es un hachazo horrible! exclamó, pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente. Y en seguida, lavó él mismo las heridas, é hizo en ellas la curacion que se llama de primera intencion, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas, que habia traído en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento se sintieron parar caballos contra el porton, y la atencion de todos, á escepcion de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacia sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

— ¿A él mismo entregó usted la carta? preguntó Daniel dirigiéndose á Pedro.

— Sí, Señor á él mismo.

— Entónces, salga usted á ver. Es imposible que sea otro que mi criado.

Un minuto despues, volvió Pedro acompañado dé un jóven de diez y ocho á veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, dé una fisonomía inteligente y picarezca, y que, á pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando candidamente, ser un hijo legítimo de nuestra cam-

pañã; es decir, un perfecto gauchito. sin chiripá ni calzoncillos.

— ¿Has traído todo, Fermin? le preguntó Daniel.

— No ha de faltar nada, Señor, le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entónces á sacar del lio la ropa interior que necesitaba Eduardo, y á vestirle con ella, pues en aquel momento el doctor Alcorta terminaba la primera curacion. Y en seguida, entre los dos, colocaron á Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermin, y en pocos momentos se lavó y mudó de piés á cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar á Pedro disposiciones sobre cuanto debia de hacer, relativas á los demas criados, á limpiar la sangre de la sala á quemar las ropas ensangrentadas etc.

Eduardo, entretanto, comunicaba á Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas ántes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oia la horrible relacion que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debia traer el duelo y el espanto á la infeliz Buenos Aires.

— ¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? le preguntó á Eduardo.

— No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero si no es así, él no puede saberlo, porque Oliden fué el único que se entendió con él.

— Eso me inquieta un poco, dijo Daniel, que acababa de oir la relacion que hacia Eduardo, pero todo lo aclararemos mañana.

— Es preciso mucha circunspeccion, amigos míos, dijo Alcorta, y sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

— Nada sobrevendrá. Señor. Solo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba á perder la vida; y Dios no hace las cosas á medias. El acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

— Sí, creamos en Dios y en el porvenir! dijo Alcorta paseando sus miradas de Eduardo Belgrano á Daniel Bello, dos de sus mas queridos discípulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veía en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegacion, que en el espíritu de ellos habian sembrado sus lecciones.

— Es necesario que Belgrano descanse, continuó. Antes del dia sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana al medio dia volveré, dijo, pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Despues de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

— ¿Cree usted, Señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

— Ninguno absolutamente; pero su curacion podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras llegaron á la sala, donde Alcorta habia dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillón en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdian entre los rizos de su cabello castaño claro.

— Señor, esta Señora es una prima hermana mia, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

— En efecto, dijo Alcorta, despues de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella, en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar, que entre ustedes hay tambien mucha afinidad de alma, pues observo, Señora, que usted sufre en este momento por-

que ve sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propension simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entre-cortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquella recibía de Alcorta las instrucciones higiénicas relativas al enfermo para ir de un salto al aposento de este.

— Eduardo, yo necesito retirarme, y voy á acompañar á Alcorta. Pedro va á quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana á la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el dia; pero mandaré á mi criado á saber de tí. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

— Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas á nadie en mi mala fortuna.

— ¿Volvemos? Tu tienes mas talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces mas que tú Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

— Nada ¿Has hecho que tu prima se recoja?

— Adiós! ¿ya empezamos á tener cuidados por mi prima?

— Loco! dijo Eduardo sonriendo. Vete y consérvate para mi cariño.

— Hasta mañana!

— Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos. Daniel hizo señas á Pedro y á Fermin, que permanecían en un rincon del aposento, y salió al patio con ellos.

— Fermin, toma esa caja de madera del doctor, y ten listos los caballos. Pedro, dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida si sobreviniese algun accidente. Puede ser que los que asaltaron á Eduardo sean miem-

bros de la Sociedad Popular; y puede ser también, que algunos de ellos quieran vengar á los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

— Puede ser, Señor, pero á la casa de la hija de mi coronel no se entra á degollar á nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

— Bravo! así me gustan los hombres, dijo Daniel apretando la mano del soldado. Cien como usted, y yo respondería de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el porton cuando hayamos salido; hasta mañana!

— Hasta mañana, Señor!

Alcorta estaba ya de pié despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

— ¿Nos vamos ya, Señor?

— Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

— Perdon, Señor, tengo necesidad de ir á la ciudad, y aprovecho esta circunstancia para que vayamos juntos.

— Bien, vamos, pues! dijo Alcorta.

— Un momento, Señor. Amalia, todo queda dispuesto; Fermin vendrá a medio día á saber de Eduardo, y yo estaré aquí á las siete de la noche. Ahora, recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

— Oh! yo no temo sino por tí y por tu amigo! le contestó Amalia, llena de animacion.

— Lo creo, pero nada sucederá.

— Oh! el Señor Daniel Bello tiene grande influencia! dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y espresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginacion y de talento.

— ¡Protegido de los señores Anchorenas, consejero de S. E. el señor Ministro D. Felipe, y miembro corresponsal de la Sociedad Popular Restauradora! dijo Daniel con tan afectada gravedad, que no pudieron ménos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta

— Ríanse ustedes, continuó Daniel, pero yo no, que sé prácticamente lo que esas condecoraciones en mí sirven para ...

— Vamos, Daniel.

— Vamos, Señor. Amalia, hasta mañana! El imprimio un beso en la mano que le estendió su prima.

— Buenas noches, doctor, dijo Amalia, acompañándolos hasta el zaguan, de donde atravesaron el patio, y salieron por la puerta de hierro que daba á la quinta, doblando luego á la izquierda, y llegando al corredor del porton donde Fermin los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo que daba á la quinta, como se sabe, paróse, y vió al viejo veterano de la Independencia sentado á la cabecera del herido

Amalia, entretanto, no pudo volver á la sala sin echar desde el zaguan una mirada hácia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida, volvióse paso á paso á sus habitaciones, á esconder entre la batista de su lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Tisiano, y cuya cútis, luciente como el raso, tenia el colorido de las rosas, y parecia tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado habian enfilado, á gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo á la ciudad por aquella barranca de Balcarce, que, doce años ántes, habia visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir á sellar con sangre el origen de los males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos, á la puerta de la casa del Señor Alcorta, tras de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron, cambiando algunas palabras al oido: y Daniel, seguido de Fermin, tomó por el Mercado, salió á la calle de la Victoria, dobló á la izquierda, y, á poco andar, Fermin

bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

---

### CAPITULO III.

#### Las Cartas.

En el patio de su casa, Daniel dió su caballo á Fermin, y órden de no acostarse, y esperar hasta que le llamase.

En seguida, alzó el picaporte de una puerta que daba al patio, y entró en un vasto aposento alumbrado por una lámpara de bronce; y, tomándola, pasó á un gabinete inmediato, cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería: eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello.

Este jóven, de veinte y cinco años de edad; de mediana estatura, pero perfectamente bien formado: de tez morena y habitualmente sonrosada; de cabello castaño, y ojos pardos, frente espaciosa, nariz aguileña; labios un poco gruesos, pero de un carmin reluciente que hacia resaltar la blancura de unos lindísimos dientes: este jóven de una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la espresion de la sensibilidad de su alma, era el hijo único de D. Antonio Bello, rico hacendado del Sur, cuyos intereses giraba en sociedad con los señores Anchorenas, quienes por su inmensa fortuna y por sus relaciones de parentesco y de política con Rosas, gozaban, á esa época, de una alta reputacion en el partido federal.

D. Antonio Bello era un hombre de campo, en la acepcion que tiene entre nosotros esa palabra, y al mismo tiempo, hombre honrado y sincero. Sus opiniones eran,

desde mucho ántes que Rosas, opiniones de federal: y por la federacion habia sido partidario de López primeramente, de Dorrego despues, y últimamente de Rosas: sin que por esto él pudiese esplicarse la razon de sus antiguas opiniones; mal comun á las nueve décimas partes de los federalistas, desde 1811 en que el coronel Artigas pronunció la palabra federacion para rebelarse contra el gobierno general, hasta 1829 en que se valió de ella D. Juan Manuel Rosas, para rebelarse contra Dios, y contra el diablo.

D. Antonio Bello, sin embargo, tenia un amor mas profundo que el de la federacion: y era, el amor por su hijo. Su hijo era su orgullo, su ídolo; y, desde niño, empezó á prepararlo para la carrera de las letras, para hacerlo doctor, como decia el buen padre.

A la edad en que lo conocemos, Daniel habia llegado de sus estudios al segundo año de jurisprudencia. Pero, por motivos que mas tarde trataremos de conocer, hacia ya algunos meses que no asistia á la universidad.

Vivia completamente solo en su casa, á escepcion de aquellos dias en que, como al presente, tenia huéspedes de la campaña que le recomendaba su padre.

Es probable que los sucesos nos vayan dando á conocer en adelante, la vida y las relaciones de este jóven, que despues de entrar á su gabinete, y colocar la lámpara sobre un escritorio, se dejó caer en un sillón volteriano, echó atras su cabeza, y quedó sumergido en una profunda meditacion por espacio de un cuarto de hora.

— Sí, dijo de repente, poniéndose de pié y separando con su mano los cabellos lacios de su frente; no hay remedio, de este modo les tomo todos los caminos!

Y, sin precipitacion, pero como ajeno á la mínima duda, ni hesitacion, sentóse á su escritorio, y escribió las siguientes cartas, que leia con atencion despues de concluir cada una.

*«5 de Mayo, á las dos y media de la mañana.*

«Hoy tengo necesidad de tu talento, Florencia mia, como tengo siempre necesidad de tu amor, de tus caprichos, de tus enojos y reconciliaciones para conocer una felicidad suprema en mi existencia. Tú me has dicho, en algunos momentos en que sueles hablar con seriedad, que yo he educado tu corazon y tu cabeza; vamos á ver que tal ha salido la discípula.

«Necesito saber, como se esplica en lo de Da. Agustina Rosas y en lo de Da. María Josefa Ezcurra, un suceso ocurrido anoche por el Bajo de la Residencia: qué nombres se mezclan á él: de qué incidentes lo componen; de todo, en fin; cuanto sea relativo á ese acontecimiento.

«A las dos de la tarde yo estaré en tu casa, donde espero encontrarte de vuelta de tu mision diplomática.

«Ten cuidado de Da. María Josefa; especialmente, no dejes delante de ella asomar el menor interes en conocer lo que deseas y que harás que te revele ella misma: hé ahí tu talento.

«Tú comprendes ya, alma de mi alma, que algo muy serio envuelve este asunto para mí; y tus enojos de anoche, tus caprichos de niña, no deben hacer parte en lo que importa al destino de

«DANIEL.»

— Mi pobre Florencia! exclamó el jóven despues de leer esta carta. Oh! pero ella es viva como la luz, y nadie penetra en su pensamiento cuando ella no lo quiere! Vamos á otra carta, continuó, pero á esta es necesario que el reloj esté adelantado algunas horas. Y escribió y leyó lo que sigue:

«5 de Mayo de 1840. á las nueve de la mañana.

«*Señor D. Felipe Arana, etc. etc.*

«Mi distinguido amigo y Señor: Miéntas usted se desvela, y arrostra, con la energia propia de su carácter, todos los peligros de que está rodeado el gobierno, por la oposicion y la intriga de sus enemigos, ciertas autoridades, que estando bajo la dependencia de usted no dejan, sin embargo, de hacerle una guerra disfrazada, descuidan el cumplimiento de sus deberes.

«La policía, por ejemplo, tiene mas empeño en ostentar independendia de usted, que en velar aquello que únicamente la compete.

«Sabe usted que en la semana anterior han emigrado cuarenta y tantos individuos, sin que la policía lo haya estorbado, á pesar de sus poderosos medios; y que S. E. el Restaurador lo ha sabido por avisos de usted, á quien tuve el honor de comunicarle tal suceso. Pero basta que fuese usted quien lo comunicó á S. E. para que el Señor Victorica se manifieste indolente.

«Anoche á las diez y media, me retiraba de la Boca para la ciudad, por el camino del Bajo, y á la altura de la casa del Señor Mandeville, he visto una numerosa reunion de hombres, que, por su inmediacion á la orilla del rio, creo que tenian el pensamiento de embarcarse, y que lo habrán efectuado. Y es el momento en que usted tome su desquite del Señor Victorica, informando de esto á S. E. que, casi me atreveria á asegurarlo, si tiene conocimiento del hecho, no lo ha de tener del nombre de los prófugos, que á estas horas debería saberlo, si la policía imitase á usted en su actividad y celo.

«Despues de medio día tendré el honor de hablar á usted personalmente, y me asiste la esperanza de poder ratificarme mas en la alta idea que tengo de su talento y de su actividad, al ver que á esas horas ya sabrá usted, sin

necesidad de la policía, todo cuanto ha ocurrido anoche, con detalles y nombres, si, como lo creo, mi presuncion no es equivocada.

«Y, hasta entónces, saluda á usted con su acostumbrado respeto, su atento y seguro servidor

Q. B. S. M.

«DANIEL BELLO.»

— Ah, mi buen D. Felipe! exclamó Daniel, riéndose como un niño despues de la lectura de esta carta, quién te diria alguna vez que, ni en chanza, te hablarían de actividad y de talento! Pero no hay nadie inútil en este mundo, y tú me has de servir para grandes cosas todavía. Vamos á la otra.

«5 de Mayo 1840.

«*Señor Coronel Salomon.*»

«Paisano y amigo: A mí me consta, como al que mas, que la federacion no tiene una columna mas robusta que usted, ni el heróico Restaurador de las Leyes, un amigo mas fiel y decidido. Y es por eso que me disgusta oír entre ciertas de las relaciones que frecuente, y que usted sabe poco mas ó ménos quiénes son, que la Sociedad popular, de que usted es digno Presidente, no ayuda á la policía con toda la actividad que debiera, en perseguir los unitarios, que fugan todas las noches para ir á incorporarse al ejército de Lavalle.

«El Restaurador debe estar disgustadísimo de esto; y yo, como amigo de usted, quisiera aconsejarle, que hoy mismo reuniese en su casa los mejores federales que tiene la Sociedad, tanto para que le diesen cuenta de cuanto sepan respecto de los que se han ido últimamente, cuanto para acordar los medios de perseguir y escarmentar á los que quieran irse en adelante.

«Yo mismo tendria mucho gusto en asistir á la reunion, y en prepararle á usted un discurso federal para que entusiasmase á los defensores del Restaurador, como lo he hecho otras veces, aun cuando usted es muy capaz de desempeñarse por sí solo, toda vez que se trate de nuestra santa causa de la federacion, y de la vida del ilustre Restaurador de las Leyes.

«Si usted dispone la reunion federal, sírvase contestarme ántes de las doce, y disponga de este su atento servidor que lo saluda federalmente.

«DANIEL BELLO.»

— Este hombre hará cuanto le digo, dijo Daniel despues de escribir la carta, con un acento de completa confianza.

Este hombre y todos los demas de su especie, devorarian á Rosas sin saberlo ellos, si solamente hubiera tres hombres como yo que me ayudasen á conducirlos: uno en la campaña, otro en el ejército, otro cerca de Rosas, y yo en todas partes como Dios, ó como el diablo... Me falta otra carta todavía, continuó abriendo un secreto de su escritorio y sacando un papel lleno de signos convencionales, que consultaba á medida que escribia con ellos lo siguiente:

«Buenos Aires, 5 de Mayo de 1840.

«Anoche han sido sorprendido cinco de nuestros amigos á tiempo de embarcarse. Lynch, Riglos, Oliden, Maisson han sido víctimas, á lo ménos así lo creo hasta este momento; uno ha escapado milagrosamente. Si por algun otro conducto tienen ustedes conocimiento de este suceso, no hagan uso absolutamente de ningún otro nombre que no sea de los que dejo escritos.»

Y firmando con un signo especial, cerró esta carta y escribió en el sobre:

«A de G3 — Montevideo.»

Y poniendo esta carta bajo otro sobre, la colocó bajo su tintero de bronce, y tiró el cordón de una campanilla.

Fermin apareció en el acto.

— Las cosas no andan buenas, Fermin, dijo Daniel fingiendo cierto aire de distracción y de indolencia mientras hablaba. El enrolamiento es general, y voy á tener que empeñarme otra vez con el general Pinedo por tu papeleta de escepcion, á no ser que tú quieras servir.

— Y cómo he de querer, Señor! dijo el criado, con esa entonación perezosa, habitual en los hijos del campo.

— Y sobre todo, continuó Daniel, el servicio va á ser terrible. Es probable que el ejército tenga que andar por toda la república; y tu no estás acostumbrado á tales fatigas. Has nacido en la estancia de mi padre y te has criado á mi lado con todas las comodidades posibles. Yo creo que nunca te he dado que sentir.

— Qué sentir, Señor! dijo Fermin con lágrimas en los ojos.

— Te tengo á mi servicio inmediato, porque deposito en tí una completa confianza. Tú eres en mi casa el amo de mis criados, gastas cuanto dinero quieres; y yo creo que nunca te he reconvenido ¿no es verdad?

— Es verdad, Señor.

— Nunca hago venir un caballo para mí, sin pedir á mi padre otro para Fermin: y hay pocos hombres en Buenos Aires que no tengan envidia de los caballos que montas. Así es que tendrías que sufrir mucho si te separasen de mi lado.

— Yo no sirvo, Señor. Primero me hago matar que dejar á usted.

— ¿Y te harías matar por mí en cualquier trance apurado en que yo me encontrase?

— ¿Y cómo no, señor? contestó Fermin con el acento mas cándido y sincero de un jóven de diez y ocho años, y que tiene en su pecho esa conciencia de su valor, que parece innata á los que han respirado con la vida el aire de la Pampa.

— Así lo creo, dijo Daniel, y si yo no hubiese penetrado en el fondo de tu corazon hace mucho tiempo, seria bien digno de una mala fortuna, porque los tontos no deben conspirar. Y pronunciando Daniel como para sí mismo esas últimas palabras, tomó las tres primeras cartas que habia escrito, y continuó: Bien, Fermin, no te llevarán al servicio. Oye lo que voy á decirte: mañana á las nueve llevarás un ramo de flores á Florencia, y cuando salga á recibirlo, le pondrás en la mano esta carta. Pasarás en seguida á casa del señor D. Felipe Arana, y entregarás esta otra. Irás despues á casa del coronel Salomon, y entregarás tambien esta otra carta. Ten mucho cuidado de leer los sobres al entregar las cartas.

— No hay cuidado, Señor.

— Oye mas.

— Diga usted, Señor.

— De vuelta de tus diligencias, pasarás por lo de Marcelina.

— Aquella de....

— Aquella, sí; aquella á quien prohibiste que entrase de dia á mi casa, y que tuviste razon para ello: le dirás, sin embargo, que venga inmediatamente á verme.

— Está muy bien.

— A las diez de la mañana estarás de vuelta, y, si no me he levantado aun, me despertará tú mismo.

— Sí, Señor.

— Antes de salir, dá orden que se me despierte si viene alguien á buscarme, cualquiera que sea.

— Muy bien. Señor.

— Ahora, una sola palabra mas, y vete á acostar. ¿No adivinas qué palabra será esa?

— Ya sé, Señor, dijo Fermin con una marcada espresion de inteligencia en su fisonomía.

— Me alegro mucho que lo sepas y que no lo olvides jamas. Para merecer mi confianza y mi generosidad, se necesita no tener boca, ó tener una cabeza de hierro para libertarse de un momento de mal humor debido á alguna indiscrecion.

— No hay cuidado, Señor.

— Bien, véte ahora.

Y Daniel cerró la puerta de su aposento que daba al patio, á las tres y cuarto de la mañana, de esa noche en que su espíritu y su cuerpo habian trabajado mas que algunos otros hombres, de gran nombre, en el espacio de algunos años.

---

## CAPITULO IV.

### La hora de comer.

A la vez que ocurrían los sucesos que se acaban de conocer, en la noche del 4 de Mayo, otros de mayor importancia tenían lugar en una célebre casa en la calle del Restaurador. Pero á su mas completa inteligencia, es necesario hacer revivir en la memoria del lector, el cuadro político que representaba la república en esos momentos.

Era la época de crisis para la dictadura del general Rosas; y de ella debía bajar á su tumba, ó levantarse mas robusta y sanguinaria que nunca, segun el desenlace futuro de los acontecimientos.

De tres fuentes surgian los peligros que rodeaban á Rosas; de la guerra civil, de la guerra oriental, de la cuestion francesa.

La revolucion del Sur, acaecida seis meses ántes de la época con que da principio esta historia, habia concludido repentinamente á Rosas al mas eminente peligro de que se ha visto amenazado en su vida política. Pero, el desgraciado suceso de esa revolucion espontánea, sin plan y sin direccion, habia, como sucede en tales casos, dado mas vigor y petulancia al vencedor Rosas, á ese hijo predilecto de las casualidades, que debe su poder y su fortuna á las aberraciones de sus contrarios.

Dos fuertes golpes, sin embargo, hacian temblar desde su base el edificio de su poder: la derrota de su ejército en el Estado Oriental, y la empresa del general Lavalle sobre la provincia de Entre-Rios.

La victoria del Yerna lleva al general libertador á imprimir el movimiento revolucionario en Corrientes: y, en efecto, el 6 de Octubre de 1839, Corrientes se alza como un solo hombre, y proclama la revolucion contra Rosas.

Los derrotados en Cagancha se refugian, entre tanto, en la provincia de Entre-Rios, hácia la parte del Paraná, y, con los refuerzos precipitados que les envía Rosas, un nuevo ejército se organiza, donde se encontraba con sus orientales el ex-presidente D. Manuel Oribe.

El general Lavalle vuelve de la provincia de Corrientes, y con su ejército aumentado en número, en disciplina y en entusiasmo, da y gana la batalla de D. Cristóbal el 10 de Abril de 1840: y arrincona en la Bajada los restos de ese segundo ejército, á quien una tempestad de dos días, que sobrevino en la noche de la batalla, salvó de una total derrota sobre el campo mismo del combate.

De otra parte, la tempestad revolucionaria centellaba en Tucuman, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy.

La sala de representantes de Tucuman, en ley de 7 de Abril de ese año 1840, habia cesado de reconocer en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador D. Juan Manuel Rosas; y retirádole la autorizacion que, por parte de esa provincia, se le habia conferido para el ejercicio de las relaciones esterores.

El 13 de Abril, el pueblo salteño depone á su antiguo gobernador, elige otro provisoriamente, y desconoce á Rosas en el carácter de gobernador de Buenos Aires.

La Rioja, Catamarca y Jujuy, de un momento á otro, debian hacer igual declaracion que las provincias de Tucuman y Salta.

Así pues, de las catorce provincias que integran la república, siete de ellas estaban contra Rosas.

La provincia de Buenos Aires presentaba otro aspecto.

El sur de la campaña estaba debilitado por la copiosa emigracion que sucedió al desastre de la revolucion, y por las sangrientas venganzas de que acababa de ser victima.

Al norte, la campaña estaba intacta, y rebosaba de descontentos. Rosas lo conocia, y no podia, sin embargo, dar un golpe sobre ella; porque no habia allí caudillos ni campeones conocidos; habia ese rumor sordo, ese mal estar sensible que indica siempre la cercanía de las grandes conmociones públicas, y que tiene su origen en alguna situacion comun que pesa sobre todos.

Rosas queria atender á todas partes, pero en todas partes era mas pequeño que los sucesos que afrontaba, y solo su audacia le inspiraba confianza.

En los últimos dias de Marzo, el general La-Madrid habia sido enviado por Rosas á solidar su quebrantado poder en las provincias revolucionadas. Pero, casi solo, el valor personal del antiguo contendor de Quiroga, no era

suficiente para la empresa que se le confiaba, y tuvo que demorarse en Córdoba para reclutar algunos soldados.

Para ausiliar á Echagüe y á Oribe en la provincia de Entre-Rios, acaba Rosas por tirar el guante á la paciencia del pueblo de Buenos Aires; y, en los meses de Marzo y Abril, hace ejecutar esa escandalosa leva de ciudadanos de todas las clases, de todas las edades, de todas las profesiones, que no fuesen federales conocidos; y que debian elegir, entre marchar al ejército como soldados veteranos, ó dar en dinero el valor de dos, diez y hasta cuarenta personeros; debiendo, entretanto, permanecer en las cárceles, ó en los cuarteles.

Este primer anuncio de la época del terror, que comenzaba, por una parte; y por otra el entusiasmo, la fiebre patria que agitaba el espíritu de la juventud, al ruido de las victorias del ejército libertador y á la propaganda de la prensa de Montevideo, daban origen á la numerosa y distinguida emigracion, que dejaba las playas de Buenos Aires por entre los puñales de la Mashorca.

La ciudad estaba desierta. Los que huian de los personeros, se ocultaban; los que tenian valor y medios, emigraban.

Para resistir á Lavalle, vencedor en dos batallas, Rosas tenia apénas unos restos de ejército encajonados contra el Paraná, en la provincia de Entre-Rios.

Para contener las provincias, solo podia enviar en auxilio de sus partidarios en ellas, al general La-Madrid en el estado en que se ha visto.

Para la provincia de Buenos Aires, solo contaba con su hermano Prudencio, Granada, Gonzalez, Ramirez, al frente de pequeñas divisiones sin moral y sin disciplina.

Y para aterrorizar la capital, solo contaba con la Mas-horca.

Otros peligros todavía mayores le amenazaban aun, hasta la época en que nos encontramos.

El general Rivera, embelesado con su victoria de Cagancha, no hacia sino pasearse con su ejército de un punto al otro en la república Uruguaya, sin ir á buscar sobre el territorio de su enemigo los resultados provechosos de aquella accion. Pequeñeces de carácter quizá, que la historia sabrá revelar mas tarde, estorbaban la unidad de accion entre los dos generales á quienes la victoria acababa de favorecer Pero el pronunciamiento del pueblo oriental era inequívoco. Desde el primer hombre de estado hasta al último ciudadano, comprendian la necesidad de obrar enérgicamente contra Rosas; y el noble deseo de contribuir á la libertad argentina, no entusiasmaba ménos á los orientales en esos momentos, que á los mismos hijos de la república. Era solo el general Rivera el responsable de su inaccion. Pero aquella opinion tan pronunciada hacia esperar, que de un momento á otro se diese principio á la simultaneidad de las operaciones militares, y Rosas no podia ménos de creerlo así.

Últimamente, estaba el poder de la Francia delante del dictador.

Desde la ascension del general Rivera á la presidencia de la república, una alianza de hecho se habia establecido entre ese general y las autoridades francesas en el Plata, para resistir y hostilizar al enemigo comun.

Las concesiones mas importantes habian tenido lugar recíprocamente entre ambos; y, hasta ese momento, la buena fe y la lealtad eran los distintivos del gobierno de la república, y de aquellas autoridades, en sus operaciones contra Rosas.

La suceptibilidad nacional de los emigrados argentinos habíase alarmado al principio de la cuestion francesa. Creian de su deber, los mas moderados, man-tenerse neutrales en una cuestion internacional que se discutia con el gobierno de su país, fuese cual fuese el sistema interior de ese gobierno; y, los mas celosos de su

nacionalidad, como el cantor de Ituzaingó, por ejemplo, hablaban sin reserva, de la *audacia extranjera*.

Las repetidas y francas declaraciones del gobierno y los agentes de la Francia en el Plata, no tardaron, sin embargo, en traer el convencimiento á los emigrados, de que no se trataba de ofender á la dignidad de la nacion argentina; ni de querer atentar á ninguno de sus derechos permanentes; que se trataba solamente, de obligar á un déspota á respetar principios universalmente reconocidos: y empezó á establecerse entónces, primero la amistad, y despues una verdadera alianza de hecho, entre las autoridades francesas y los emigrados, contra el enemigo común.

La República Oriental, pues, la emigracion argentina, y el poder frances en el Plata, obraban de acuerdo en sus operaciones contra Rosas.

Pero á la época en que presentamos los sucesos de esta obra, la política francesa en el Plata empezaba á sufrir ciertas variaciones alarmantes.

Al Señor Roger habia reemplazado el Señor Buchet de Martigni, y al almirante Le-Blanc, el contra-almirante Dupotet.

Bajo el mando de este último, el bloqueo habia sido levantado de todo el litoral de Buenos Aires, fuera del Rio de la Plata, y limitádose á lo que quedaba dentro de su embocadura en el océano.

Esta medida debilitaba prodigiosamente los efectos del bloqueo. Y, durante el mando de aquel jefe, se sintieron los primeros síntomas de desconfianza en los enemigos de Rosas.

Desde la mediacion del comodoro americano Nicholson, en Abril de 1839, no se habia hablado de proposiciones de arreglo. Pero á bordo del buque de S. M. B. *La Acteon* tuvo lugar una entrevista, el 28 de Febrero de 1840, del Señor Mandeville, D. Felipe Arana y el contra-almirante frances. Y de este triunvirato nacieron

alarmantes sospechas. Sin embargo, el Señor Buchet de Martigni era el encargado de entenderse diplomáticamente con Rosas, y él no tenía instrucciones que pudieran hacer declinar las proposiciones del *ultimátum* de Mr. Roger. Y así se le vió, un mes despues de la entrevista en *La Acteon*, desechar las proposiciones atrevidas del dictador de Buenos Aires, sobre una transaccion. Y era el Señor Martigni, quien, á la vez que sabia defender intransigiblemente en estas regiones los derechos y el crédito de su país, cuyo gobierno les prestaba tan débil atencion, cooperaba y fomentaba, con indecible actividad y entusiasmo, las empresas de los aliados de la Francia contra Rosas.

Y él, poniendo en accion los elementos de la Francia en el Plata; la República Oriental, amenazando con la invasion de sus armas; el general Lavalle sobre el Paraná, precedido de dos victorias; al norte de la república, Tucuman, Salta y Jujuy: al oeste, hasta la falda de la Cordillera, Catamarca y la Rioja, en pié proclamando y sosteniendo la revolucion; él norte de la provincia de Buenos Aires, pronto á conmovirse á la aparicion del primer apoyo que se le presentase; la ciudad, hostigada por la opresion, y desbordándose sobre el Plata para emigrar á la ribera opuesta, eran todos estos los rasgos de ese inmenso cuadro de peligros que se ofrecia á los ojos del dictador. Todo el horizonte de su gobierno se encapotaba. Y solo alguna que otra palabra consoladora recibia de la Inglaterra, por boca del Caballero Mandeville, en lo que hacia relacion con el bloqueo frances. Pero la Inglaterra, á pesar de los mejores deseos hácia Rosas que animaban á su representante en Buenos Aires, no podia desconocer el derecho de la Francia para mantener su bloqueo en el Plata, aun cuando el comercio inglés se resentia de esa larga interdiccion que sufría uno de los mas ricos mercados de la América Meridional.

De una situacion semejante solo la fortuna podia libertar á Rosas; pues de aquella no se podia deducir lógica y naturalmente sino su ruina próxima.

El trabajaba sin embargo; acudia á todas partes con los elementos y los hombres de que podia disponer. Pero, se puede repetir, que solo esa reunion de circunstancias prósperas é inesperadas que se llama fortuna, era lo único con que podia contar Rosas en los momentos que describimos; pues tal era su situacion en la noche en que acaecieron los sucesos que se conocen ya. Y es durante ellos, es decir, á las doce de la noche del 4 de Mayo de 1840, que nos introducimos con el lector á una casa, en la calle del Restaurador.

En el zaguan de esa casa, completamente oscuro, habia, tendidos en el suelo, y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa, armados de tercerola y sable, como otros tantos perros de presa que estuviesen velando la mal cerrada puerta de la calle.

Un inmenso patio cuadrado y sin ningun farol que le diese luz, dejaba ver la que se proyectaba por la rendija de una puerta á la izquierda, que daba á un cuarto con una mesa en el medio, que contenia solamente un candelero con una vela de sebo, y unas cuantas sillas ordinarias, donde estaban, mas bien tendidos que sentados, tres hombres de espeso bigote, con el poncho puesto y el sable á la cintura, y con esa cierta expresion en la fisonomía que da los primeros indicios á los agentes de la policia secreta de Paris ó Londres, cuando andan á caza de los que se escapan de galeras, ó de forajidos que han de entrar en ellas.

Del zaguan doblando á la derecha, se abria el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta á la derecha, otra al fondo, y otra á la izquierda. Esta última daba entrada á un cuarto sin comunicacion, donde estaba sentado un hombre vestido de negro, y en una posicion meditabunda. La puerta del fondo del pasa-

dizo daba entrada á una cocina estrecha y enne-grecida; y la puerta de la derecha, por fin, conducía á una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitacion de mayores dimensiones, en la que se veía una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta de bayeta grana, unas cuantas sillas arrimadas á la pared, una montura completa en un rincon; y algo mas que describiremos dentro de un momento. Esta habitacion recibía las luces por dos ventanas cubiertas por celosías, que daban á la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como este á su vez con varias otras habitaciones que cuadraban el patio á la derecha. En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veía una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida, y cuyo traje abrochado hacia dificultosa su respiracion.

En el cuarto de la mesa cuadrada habia cuatro hombres en derredor de ella.

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente, alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo mas bien agradable pero chocante á la vista. Este hombre estaba vestido con un calzon de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y un sombrero de paja cuyas anchas alas le cubrian el rostro, á no estar en aquel momento enroscada hácia arriba la parte que daba sobre su frente.

Los otros tres hombres eran jóvenes de veinte y cinco á treinta años, vestidos modestamente, y dos de ellos excesivamente pálidos y ojerosos.

El hombre de sombrero de paja leía un monton de cartas que tenia delante, y los jóvenes escribian.

En un ángulo de esta habitacion se veía otra figura humana, y al parecer con vida. Era ella la de un viejecito

de setenta á setenta y dos años de edad, de fisonomía enjuta, escuálida, sobre la que caían los cadejos de un desordenado cabello casi blanco todo él, y cuyo cuerpo flaco, y algo contrahecho, por la elevacion del hombro izquierdo sobre el derecho, estaba vestido con una casaca militar de paño grana cuyas charreteras cobrizas, con sus canelones mas decrepitos que el portador de ellas, caían de los hombros, la una hácia el pecho y la otra hácia la espalda. Una faja de seda roja, rala y mugrienta como la casaca, le ataba á la cintura un espadín, que parecia heredado de los primeros cabildantes del vireinato; y un pantalon de color indefinible, y unas botas lustradas con barro, completaban la parte ostensible del vestido de aquel hombre, que solo mostraba señales de vida por las cabezadas que daba, en la terrible lucha que habia emprendido con el sueño.

En el ángulo opuesto, hácia espaldas del hombre del sombrero de paja, habia en el suelo el cuerpo de un hombre, enroscado como un boa. Era ese hombre un mulato gordo y bajo al parecer, pero indudablemente vestido con el manto de un sacerdote, y que dormia, tendido y pegando sus rodillas contra el pecho, un sueño profundísimo y tranquilo.

El silencio era sepulcral. Pero de repente uno de los escribientes levanta la cabeza y pone la pluma en el tintero

— ¿Acabó usted? dice el hombre de sombrero de paja dirigiéndose al jóven.

— Sí, Excelentísimo Señor.

— A ver, lea usted.

— En la provincia de Tucuman: Marco M. de Avelaneda, José Toribio del Corro, Piedrabuena (Bernabé), José Colombres. Por la provincia de Salta: Toribio Tedin, Juan Francisco Valdez, Bernabé López, Sola.

— ¿No hay mas?

— No, Excelentísimo Señor. Esos son los nombres de los salvajes unitarios que firman los documentos de 7 y 10 de Abril, de la provincia de Tucuman; y 13 del mismo, de la provincia de Salta.

— En que se me desconoce por gobernador de Buenos Aires, y se me despoja del ejercicio de las relaciones exteriores! dijo con una sonrisa indefinible ese hombre á quien daban el título de Excelentísimo, y que no era otro que el general D. Juan Manuel Rosas, dictador argentino.

— Lea usted los extractos de las comunicaciones recibidas hoy, continuó.

— De la Rioja, con fecha 15 de Abril, se comunica, que los traidores Brizuela, titulado Gobernador, y Francisco Ersilbengoa, titulado Secretario, en logia con Juan Antonio Carmona, y Lorenzo Antonio Blanco, titulados Presidente y Secretario de la Sala, se preparan á sancionar una titulada ley, en la cual se desconocerá en el carácter de Gobernador de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores, al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas; y todo esto por sugerencias de cabecilla unitario Marco Avellaneda, titulado Jefe de la Liga del Norte.

— Brizuela! Ersilbengoa! Carmona! Blanco! Repitió Rosas con los ojos clavados en la carpeta colorada, como si quisiera grabar con fierro en su memoria los nombres que acababa de oír y repetía.... Continúe usted, dijo despues de un momento de silencio.

— De Catamarca, con fecha 16 de Abril, comunican que el salvaje unitario Antonio Dulce, titulado Presidente de la Sala; y José Cubas, titulado Gobernador, se proponen publicar una titulada ley en la que se llamará tirano al Ilustre Restaurador de las Leyes, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

— Yo les daré *dulces!* exclamó Rosas, contrayendo sus labios, y dilatándose las ventanas de su nariz. A ver, continuó dirigiéndose á otro de los escribientes que acababa de poner la pluma sobre el tintero; á ver, déme usted la acta de Jujuy, de 13 de Abril. Muy bien; lea usted ahora la copia de los nombres que la firman.

Y el escribiente leyó los siguientes nombres, mientras Rosas hacia el cotejo con los que estaban en la acta que tenia en su mano: Roque Alvarado, Rufino Valle, Francisco N. Carrillo, Pedro José de Sarverri, Pedro Saens, Benito S. de Bustamante, José Ignacio de Guerrico, Ignacio Segarola, Isidro Graña, José Tello, Pedro Ferreira, Juan Arroyo, José Rodriguez, Pedro Gerez, Pascual Blas, Juan Bautista Perez, Manuel Sagardia, Mariano Fernandez, Manuel J. de Moral, José L. Villar, Hilarion Echenique, Blas Agudo, Pedro Antonio Gogénola, Pedro Alberto Puch, Restituto Zenarruz, Juan Manuel Gogénola, Tomas Games, Estanislao Echavarria, Gavino Perez, Policarpo del Morol, Jacinto Guerrote, Rafael Alvarado, Dr. Andres Zenarruza, Gabriel Marquieguy, José Cuevas Aguirre, Antonio Valle, Sandalio Ferreira, Prudencio Estrada, Natalio Herrera, José Pio Ramo, Pedro Antonio de Aguirre (Secretario), Carlos Aguirre.

— Está bien, dijo Rosas volviendo la acta al escribiente. ¿Bajo qué rótulo va usted á poner esto?

— «Comunicaciones de las provincias dominadas por los unitarios» como Vucelencia lo ha dispuesto.

— Yo no he dispuesto eso: vuelva usted á repetirlo.

— Comunicaciones de las provincias dominadas por los traidores unitarios, dijo el jóven empalideciendo hasta los ojos.

— Yo no he dicho eso; vuelva usted á repetirlo.

— Pero, Señor....

— Qué Señor! á ver, diga usted fuerte para que no se le olvide mas:

— «Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios.»

— «Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios», repitió el jóven con un acento nervioso y metálico que hizo abrir los ojos al viejecito de la casaca colorada, que en aquel momento se habia dormido profundamente.

— Así quiero que se llamen en adelante; así lo he mandado ya, *salvajes*, ¿oye usted?

— Sí, Excelentísimo Señor, salvajes.

— ¿Concluyó usted? preguntó Rosas dirigiéndose al tercer escribiente.

— Ya está. Excelentísimo Señor.

— Lea usted.

Y el escribiente leyó:

*¡Viva la Confederacion Argentina!*  
*¡Mueran los salvajes unitarios!*

«Buenos Aires, 4 del mes de América de 1840 —  
Año 31 de la Libertad,  
25 de la Independencia,  
y 11 de la Confederacion Argentina.

«El General Edecan de Su Excelencia al  
Comandante en Jefe del núm. 2, Coronel D. Antonio  
Ramirez.

«El infrascripto ha recibido órden del Excelentísimo Gobernador de la Provincia, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, para avisar á Usía que Su Excelencia ha dispuesto, que al comunicar Usía el número de tropas de que se compone la division, diga siempre el doble, debiendo informar que la mitad es de línea, y que toda se halla animada de un santo entusiasmo federal.

«Lo que deberá Usía tener muy presente en adelante.

«Dios guarde á Usía muchos años.»

— Eso es, dijo Rosas, tomando el oficio que le presentaba el escribiente. Eh! gritó en seguida dirigiendo sus ojos y su voz al lugar donde cabeceaba el viejo de la casaca grana, que, como tocado por una barra eléctrica, se puso de pié y se encaminó á la mesa, con el espadín hácia el espinazo, y una charretera sobre el pecho y la otra sobre la espalda. Ya se habia dormido, viejo flojo ¿no es verdad?

— Su Excelencia perdone...

— Déjese de perdon, y firme acá.

Y tomando el viejo la pluma que le presentaba Rosas, escribió al pié del oficio, y con una letra trémula:

«MANUEL CORVALAN.»

— Bien pudo aprender á escribir mejor cuando estuvo en Mendoza, dijo Rosas, riéndose de la letra de Corvalan, quien no le contestó una sola palabra, quedándose de pié como una estatua al lado de la mesa. Dígame, señor General Corvalan, continuó Rosas todavía sonriéndose, ¿qué le contestó Simon Pereira?

— Que los paños de tropa no se podian conseguir hoy al mismo precio que los anteriores, sino á un treinta por ciento mas.

— ¡Mire! dijo Rosas dándose vuelta en la silla y poniéndose cara á cara con Corvalan. Mañana á las doce vaya usted á verlo, y, delante de todos los que estén con él, hágale así de mi parte, repitiéndole en cada vez, que yo se lo mando. ¿Ha oido?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿A ver, como lo va á hacer?

— El Señor Gobernador le manda á usted esto. El Señor Gobernador le manda á usted esto.

El Señor Gobernador le manda á usted esto.

Y al fin de la oracion, Corvalan daba un golpe con la mano abierta sobre la mitad del brazo opuesto, con la mas profunda y respetuosa gravedad. Rosas soltó una carcajada; los escribientes sonrieron, pero el edecan de Su Excelencia permaneció con una fisonomía incommovible.

— ¿Dígame, General, á que horas vino el médico que está ahí?

— A las doce del dia, Excelentísimo Señor.

— ¿Ha pedido algo?

— Un vaso de agua una vez, y fuego dos veces.

— ¿Ha dicho algo?

— Nada, Señor.

— Bueno; llévele este oficio que me pasó ayer, y dígame que lo rehaga y ponga la raya marginal que le falta, y que otra vez no se olvide de las disposiciones del gobierno.

— ¿Y lo dejo retirarse?

— Sí, ya ha estado doce horas sin comer, y con miedo, para que aprenda á respetar otra vez lo que yo mando.

Y Corvalan salió á cumplir las órdenes recibidas con aquel hombre vestido de negro que encontramos en el cuarto á la izquierda del pasadizo.

— ¿Las comunicaciones de Montevideo están es-tractadas? preguntó Rosas á uno de los escribientes.

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Los avisos recibidos por la policía?

— Están apuntados.

— ¿A qué hora debia ser el embarque esta noche?

— A las diez.

— Son las doce y cuarto! dijo Rosas mirando su reloj y levantándose, habrán tenido miedo. Pueden ustedes retirarse. Pero ¿qué diablos es esto? exclamó reparando en el hombre que dormía enroscado en un rincon del cuarto, envuelto en un manto. ¡Ah! Padre Viguá! Recuérdese Su Reverencia, dijo, dando una

fuertísima patada sobre los lomos del hombre á quien llamaba Su Reverencia, que, dando un chillido espantoso, se puso de pié enredado en el manteo. Y los escribientes salieron uno en pos de otro, festejando con un semblante risueño la gracia de Su Excelencia el Gobernador.

Rosas quedó cara á cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas, de cabeza enorme, frente plana y estrecha, carrillos carnudos, nariz corta, y en cuyo conjunto de facciones informes estaba pintada la degeneracion de la inteligencia humana, y el sello de la imbecilidad.

Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertía.

Dolorido, y estupefacto el pobre mulato, miraba á su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reía al contemplarlo, cuando entró de vuelta el general Corvalan.

— Qué le parece á usted, Su Paternidad estaba durmiendo miéntras yo trabajaba.

— Muy mal hecho, contestó el edecan con su siempre inmóvil fisonomía.

— Y porque lo he despertado se ha puesto serio.

— Me pegó, dijo el mulato con voz ronca y quejumbrosa, y abriendo dos labios color de hígado, dentro los cuales se veían unos dientes chiquitos y puntiagudos.

— Eso no es nada, padre Viguá, ahora lo que comamos se ha de mejorar Su Paternidad. ¿Se fué el médico, Corvalan?

— Sí, Señor.

— ¿No dijo nada?

— Nada.

— ¿Como está la casa?

— Hay ocho hombres en el zaguan, tres ayudantes en la oficina, y cincuenta hombres en el corralon.

— Está bueno; retírese á la oficina.

— ¿Si viene el jefe de policía?

— Que le diga á usted lo que quiere.

— Si viene....

— Si viene el diablo, que le diga á usted lo que quiere, le interrumpió Rosas bruscamente.

— Está muy bien, Excelentísimo Señor.

— Oiga usted.

— ¿Señor?

— Si viene Cuitiño, avíseme.

— Está muy bien.

— Retírese.... ¿Quiere comer?

— Doy las gracias á Su Excelencia; ya he cenado.

— Mejor para usted.

Y Corvalan fuese con sus charreteras y su espadín á reunir con los hombres que estaban tendidos sobre las sillas, en aquel cuarto de la izquierda del patio, que ya el lector conoce, y al que el edecan de Su Excelencia acababa de dar el nombre de oficina; tal vez porque al principio de su administracion, Rosas habia instalado en ese cuarto la comisaría de campaña, aun cuando al presente solo servia para fumar y dormir los ayudantes de ese hombre, que como invertia los principios políticos y civiles de una sociedad, invertia el tiempo, haciendo de la noche dia para su trabajo, su comida y sus placeres.

— Manuela! gritó Rosas luego que salió Corvalan, entrando la cuarto contiguo donde ardía una vela de sebo, cuya pavesa carbonizada dejaba esparcir apénas una débil y amarillenta claridad.

— Tatita! contestó una voz que venia de una pieza interior. Un segundo despues apareció aquella mujer que encontramos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una jóven de veinte y dos á veinte y tres años, alta, algo delgada, de un talle y de unas formas graciosas, y con una fisonomía que podria llamarse bella, si la palabra interesante no fuese mas análoga para clasificarla.

El color de su tez era ese pálido oscuro que distingue comunmente á las personas de temperamento nervioso, y en cuyos seres la vida vive mas en el espíritu que en el cuerpo. Su frente poco espaciosa, era sin embargo fina, descarnada y redonda; y su cabello castaño oscuro, tirado tras de la oreja, dejaba descubrir los perfiles de una cabeza inteligente y bella. Sus ojos, algo mas oscuros que su cabello, eran pequeños pero animados é inquietos. Su nariz recta y perfilada, su boca grande pero fresca y bien rasgada, y por último una espresion picante en la animada fisonomía de esta jóven, hacia de ella una de esas mujeres á cuyo lado los hombres tienen ménos prudencia que amor, y mas placer que entusiasmo. Se ha observado generalmente, que las mujeres delgadas, pálidas, de formas ligeramente pronunciadas, y de temperamento nervioso, poseen cierto secreto de voluptuosidad instintiva que impresiona fácilmente la sangre y la imaginacion de los hombres; en contrario de esa impresion puramente espiritual, que reciben de las mujeres en quienes su tez blanca y rosada, sus ojos tranquilos, y su fisonomía candida revelan cierta lasitud de espíritu, por la cual los profanos las llaman indiferentes, y los poetas ángeles.

Su vestido de merino color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo, le delineaba un talle redondo y fino, y le dejaba descubiertos unos hombros, que sin ser los hombros poetizados de María Stuart, bien pudieran pasar por hombros tan suaves y redondos, que la sien del mas altivo unitario no dejaria de aceptarlos para reclinarse en ellos un momento, en horas de aquel tiempo en que la vida era fatigada por tantas y tan diversas impresiones.

Y fué así que se le presentó á Rosas esa mujer; esa mujer que era su hija; y á quien saludó diciéndola:

— Ya estabas durmiendo ¿no? Todavía te he de casar con Vigúá para que duerman hasta que se mueran. ¿Estuvo María Josefa?

- Sí, tatita, estuvo hasta las diez y media,  
 — ¿Y quién mas?  
 — Doña Pascuala, y Pascualita.  
 — ¿Con quién se fueron?  
 — Mancilla las acompañó.  
 — ¿Nadie mas ha venido?  
 — Picolet.  
 — Ah! el carcaman te hace la corte.  
 — A usted, tatita.  
 — ¿Y el gringo no ha venido?  
 — Ño, Señor. Esta noche tiene una pequeña reunion en su casa para oír tocar el piano no sé á quién  
 — ¿Y quiénes han ido?  
 — Creo que son ingleses todos.  
 — Bonitos han de estar á estas horas!  
 — ¿Quiere usted comer, tatita?  
 — Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió á las piezas interiores, mientras Rosas se sentó á la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus piés sin medias, tales como hablan estado entre aquellas; se agachó, sacó un par de zapatos debajo la cama, volvió á sentarse, y, despues de acariciar con sus manos sus piés desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubria el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro ó cinco minutos á los ménos; sintiendo con ello un verdadero placer, esa organizacion en quien predominan admirablemente todos los instintos animales

No tardó en aparecer la jóven hija de Rosas, a prevenir á su padre que la comida estaba en la mesa.

En efecto, estaba servida en la pieza inmediata, y se componia de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas, y un plato de dulce En cuanto á vi-

nos, habia dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pié para servir á la mesa.

Rosas llamó con un fuerte grito á Viguá, que habia quedado durmiéndose contra la pared del gabinete de Su Excelencia, y fué á sentarse con su hija á la mesa de su comida nocturna

— ¿Quieres asado? dijo á Manuela cortando una enorme tajada que colocó en su plato

— No, tatita

— Entónces come pato.

Y miéntras la jóven cortó un alon del ave y lo descarnaba, mas bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comia tajada sobre tajada de carne, roseando los bocados con repetidos tragos.

— Siéntese Su Paternidad, dijo á Viguá, que con los ojos devoraba las viandas, y que no esperó segunda vez la invitacion que se le hacia.

— Sírvelo, Manuela.

Y esta puso en un plato una costilla de asado, que pasó al mulato, quien al tomarla miró á Manuela con una espresion de enojo salvaje, que no pasó inapercibida de Rosas.

— ¿Qué tiene, padre Viguá? ¿porqué mira á mi hija con esa cara tan fea?

— Me da un hueso, contestó el mulato, metiéndose á la boca un enorme pedazo de pan.

— Cómo es eso! ¿tú no cuidas al que te ha de echar la bendicion cuando te cases con el Ilustrísimo Señor Gomez de Castro, fidalgo portugues, que le dió ayer dos reales á Su Paternidad? Has hecho muy mal, Manuela; levántate y bésale la mano para desenojarlo.

— Bueno, mañana le besaré la mano á Su Paternidad dijo Manuela sonriendo.

— No, ahora mismo.

— Qué ocurrencia, tatita! replicó la jóven entre séria y risueña, como dudando de la verdadera intencion de su padre.

— Manuela, dale un beso en la mano á Su Pater-nidad.

— Yo, no.

— Tú, sí.

— Tatita!

— Padre Viguá, levántese Su Reverencia y déle un beso en la boca.

El mulato se levantó, arrancando con los dientes un pedazo de carne de la costilla que tenia en sus manos, y Manuela clavó en él sus ojos chispeantes de altanería, de despecho, de rabia; ojos que habrian fascinado aquella máquina de estupidez y abyeccion, sin la presencia alentadora de Rosas. El mulato se acercó á la jóven, y ella, pasando de la primera inspiracion del orgullo al abatimiento de la impotencia, escondió su rostro entre sus manos para defenderle con ellas de la profanacion á que le condenaba su padre. Pero esta débil y pequeña defensa de su rostro, no alcanzaba hasta su cabeza, y el mulato, que tenia mas gana de comer que de besar, se contentó con poner sus labios grasientos sobre el fino y lustroso cabello de la jóven.

— Qué bruta es Su Reverencia! exclamó Rosas riéndose á carcajada suelta. Así no se besa á las mujeres. ¿Y tú? ¡bah! la mojjigata! Si fuera un buen mozo no le tendrías asco. Y se echó un vaso de vino á la garganta, miéntras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los párpados una lágrima que el despecho le hacia brotar por sus claros y vivísimos ojos.

Rosas comia entretanto con un apetito tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organizacion privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplían la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado comióse el pato, la fuente de natas, y el dulce.

Y siempre cambiando palabras con Viguá, á quien de vez en cuando tiraba una tajada, acabó por dirigirse á su hija que guardaba silencio con los labios, miéntras bien claro se descubria en las alteraciones fugitivas de su semblante, la sostenida conversacion que entretenia consigo misma.

— ¿Te ha disgustado el beso, no?

— ¿Y como podrá ser de otro modo? Parece que usted se complace en humillarme con la canalla mas inmunda. ¿Qué importa que sea un loco? Loco es tambien Eusebio, y por él he sido el objeto de la risa pública, empeñado que estuvo, como lo sabe usted, en abrazarme en la calle; sin que nadie se atreviese á tocarlo, porque era el loco favorito del Gobernador, dijo Manuela con un acento tan nervioso, y con una tal animacion de semblante y de voz, que ponía en evidencia el esfuerzo que habia hecho en sufrir sin quejarse la humillacion por que acababa de pasar.

— Sí, pero has visto ya que le he hecho dar veinte y cinco azotes, y que le tendré en Santos Lugares hasta la semana que viene.

— ¿Y qué importa? ¿Es por ese castigo que se olvidarán del ridículo en que me puso ese imbécil? ¿Porque usted le mande dar veinte y cinco azotes, dejarán, y con razon, de hacerme el objeto de las conversaciones y la burla? Yo bien comprendo que usted se divierte con sus locos; que son, puede decirse, las únicas distracciones que usted tiene; pero la libertad que usted les consiente conmigo en su presencia, les da la idea de que están autorizados para desmandarse donde quiera que me hallan. Yo consentiria en que me dijesen cuanto quisieran, pero ¿qué diversion halla usted en queme toquen y me irriten?

— Son tus perros que te acarician.

— Mis perros! exclamó Manuela, en quien la animación se aumentaba á medida que se desprendían las palabras de sus labios rojos como el carmin: los perros me obedecerían; un perro le sería á usted mas útil que ese estúpido, porque siquiera un perro cuidaría de la persona de usted, y la defendería si llegase ese caso horrible que todos se empeñan en profetizarme con palabras ambiguas, pero cuyo sentido yo comprendo sin dificultad.

Manuela cesó de hablar, y una nube sombría cubrió la frente de Rosas, con las últimas palabras de su hija.

— ¿Y quiénes te lo dicen? preguntó con calma despues de algunos instantes de silencio.

— Todos, Señor, contestó Manuela volviendo su espíritu á su natural estado, todos cuantos vienen á esta casa parece que se complotan para infundirme temores sobre los peligros que rodean á usted

— ¿De qué clase?

— Oh! nadie me habla, nadie se atreve á hablar de peligros de guerra, ni de política, pero todos pintan á los unitarios como capaces de atentar en cada momento á la vida de usted.... todos me recomiendan que le vele, que no le deje solo, que haga cerrar las puertas: acabando siempre por ofrecerme sus servicios, que sin embargo, nadie tiene quizá la sinceridad de ofrecérmelos con lealtad, pues sus comedimientos son mas una jactancia que un buen deseo.

— ¿Y porqué lo crees?

— ¿Porqué lo creo? ¿piensa usted que Garrigós, que Torres, que Arana, que Garcia, que todos esos hombres que el deseo de ponerse bien con usted trae á esta casa, son capaces de esponer su vida por ninguna persona de este mundo? Si temen que suceda una desgracia, no es por usted, sino por ellos mismos.

— Puede ser que no te equivoques, dijo Rosas, con calma, y haciendo girar sobre la mesa el plato que tenia

por delante, pero si los unitarios no me matan en este año, no me han de matar en los que vienen. Entre tanto, tú has cambiado la conversacion. Te has enojado porque Su Paternidad te quiso dar un beso, y yo quiero que hagas las paces con él. Fray Viguá, continuó dirigiéndose al mulato que tenia pegado el plato de dulce contra la cara, entreteniéndose en limpiarlo con la lengua: Fray Viguá, déle un abrazo y dos besos á mi hija para desenojarla.

— No, tatita! exclamó Manuela levantándose, y con un acento de temor y de irresolucion, difícil de definir porque era la espresion de la multitud de sentimientos que en aquel momento se agitaban en su alma de mujer, de jóven, de señorita, á la presencia da aquel objeto repugnante á cuya monstruosa boca queria su padre unir los labios delicados de su hija, solo por el sistema de no ver torcido un deseo suyo por la voluntad de nadie.

— Bésela, Padre

— Déme un beso, dijo el mulato dirigiéndose á Manuela.

— No, dice Manuela corriendo.

— Déme un beso, repite el mulato.

— Agárrela, Padre, le grita Rosas.

— No, no! exclamaba Manuela con un acento lleno de indignacion.

Pero en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecucion que hacia el mulato á su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huida, el rumor trepitoso que hacian sobre las piedras de la calle las herraduras de un crecido número de caballos, suspendió de improviso la accion y la atencion de todos.

## CAPITULO V.

### El comandante Cuitiño.

Los caballos pararon á la puerta de la casa de Rosas, y despues de un momento de silencio, Rosas hizo una seña con la cabeza á su hija, que comprendió al momento que su padre la mandaba á saber qué gente habia llegado. Y salió, en efecto, por el cuarto de escribir, alisando con sus manos el cabello de sus sienas, cual si quisiese con esa accion despejar su cabeza de cuanto acababa de pasar, para entregarse, como era su costumbre, á cuidar y velar por los intereses y la persona de su padre.

— ¿Quién es, Corvalan? le dijo al encontrarse con el edecan en el pasadizo oscuro que daba al patio.

— El comandante Cuitiño, Señorita.

Y volvió Manuela con Corvalan á donde estaba su padre.

— El comandante Cuitiño, dijo Corvalan luego que pisó la puerta del comedor.

— ¿Con quién viene?

— Con una escolta.

— No le pregunto eso. ¿Cree usted que soy sordo para no haber oido los caballos?

— Viene solo. Excelentísimo Señor.

— Hágalo entrar.

Rosas permaneció sentado en una cabecera de la mesa; Manuela se sentó á su derecha en uno de los costados de ella, dando la espalda á la puerta por donde habia salido Corvalan; Viguá frente á Rosas, en la cabecera opuesta; y la criada, poniendo otra botella de vino sobre la mesa á una señal que le hizo Rosas, se retiró para las habitaciones interiores.

La rodaja de las espuelas de Cuitiño se sintió bien pronto sobre el suelo desnudo del gabinete y de la alcoba

de Rosas; y este célebre personaje de la federacion apareció luego en la puerta del comedor, trayendo en la mano su sombrero de paisano con una cinta roja de dos pulgadas de ancho, luto oficial que hacia vestir el gobernador por su finada esposa; y cubierto con un poncho de paño azul, que no permitia descubrir su vestido sino de la rodilla al pié. Su cabello desgredado caia sobre su tostado semblante, haciendo mas horrible aquella cara redonda y carnuda, donde se veian dibujadas todas las líneas con que la mano de Dios distingue las propensiones criminales sobre las facciones humanas.

— Entre, amigo, le dijo Rosas examinándolo con una mirada fugitiva como un relámpago.

— Muy buenas noches. Con permiso de Vuecelencia.

— Entre. Manuela, ponle una silla al comandante. Retírese, Corvalan.

Y Manuela puso una silla en el ángulo de la mesa, quedando así Cuitiño entre Rosas y su hija.

— ¿Quiere tomar alguna cosa?

— Muchas gracias, Su Excelencia.

— Manuela, sírvele un poco de vino.

A tiempo que Manuela estendia su brazo para tomar la botella, Cuitiño sacó su mano derecha, doblando la halda del poncho sobre el hombro, y tomando un vaso, sin soltarlo, se lo presentó á Manuela para que le echase el vino, pero al poner sus ojos en el vaso, un movimiento nervioso le hizo temblar el brazo, y temblando hasta hacer golpear la botella contra el vaso, echó una parte de vino en este, y otra en la mesa: la mano y el brazo de Cuitiño estaban enrojecidos de sangre. Rosas lo echó de ver inmediatamente, y un relámpago de alegría animó súbito aquella fisonomía encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia. Manuela estaba pálida como un cadáver; y maquinalmente retiró su

silla del lado de Cuitiño cuando acabó de derramar el vino.

— A la salud de Vucelelencia y de Doña Manuelita! dijo Cuitiño haciendo una profunda reverencia y tomándose el vino, mientras Viguá se desesperaba haciendo señas á Manuela para que se fijase en la mano de Cuitiño.

— ¿Qué anda haciendo? preguntó Rosas con una calma estudiada, y con los ojos fijos en el mantel.

— Como Vucelelencia me dijo que volviese á verlo despues de cumplir mi comision.

— ¿Qué comision?

— Pues! como Vucelelencia me encargó....

— Ah! sí, que se diese una vuelta por el Bajo. Es verdad, Merlo le contó á Victorica no sé qué cosas de unos que se iban al ejército del salvaje unitario Lavallo, y ahora recuerdo que le dije á usted que vigilase un poco, porque este Victorica es buen federal, pero no puede negar que es gallego, y á lo mejor se echa á dormir.

— Pues!

— ¿Y usted anduvo por el Bajo?

— Fui por ese lado de la Boca, despues de haber convenido con Merlo lo que teníamos que hacer.

— ¿Y los halló?

— Sí, fueron con Merlo, y, á la seña que me hizo, los cargué!

— ¿Y los trae presos?

— Y que los traia! ¿no se acuerda Vucelelencia lo que me dijo?

— Ah! es verdad! Como estos salvajes me tienen la cabeza como un horno.

— Pues!

— Yo estoy ya cansado; no sé ya qué hacer con ellos. Hasta ahora no he hecho mas que arrestarlos, y tratarlos como un padre trata á sus hijos calaveras. Pero no escarmientan; y yo dije á usted que era preciso que los

buenos federales los tomasen por su cuenta, porque al fin, es á ustedes á los que han de perseguir si triunfa Lavalle.

— Qué ha de triunfar!

— Á mí no me harán sino un favor en sacarme del mando. Yo estoy en él porque ustedes me obligan.

— Su Excelencia es el padre de la federacion.

— Y, como le decia, á ustedes es á quienes toca ayudarme. Hagan lo que quieran con esos salvajes que no les asusta la cárcel. Ellos han de fusilar á ustedes si triunfan!

— Qué han de triunfar. Señor!

— Y ya le he dicho que esto mismo les diga, como cosa suya, á los demas amigos.

En cuanto nos reunamos, Su Excelencia.

— ¿Y eran muchos?

— Eran cinco.

— ¿Y los ha dejado con ganas de volver á embarcarse?

— Ya los llevaron en una carreta á la policía, pues Merlo me dijo que así se lo habia encargado el jefe.

— A eso se esponen. Yo bien lo siento; pero ustedes tienen razon: ustedes no hacen sino defenderse, porque si ellos triunfan los han de fusilar á ustedes.

— Estos no. Su Excelencia, dijo Cuitiño, vagando una satisfaccion feroz sobre su repulsiva fisonomía.

— ¿Los ha lastimado?

— En el pescuezo.

— ¿Y vió si tenian papeles? preguntó Rosas en cuyo semblante no pudo conservarse por mas tiempo la careta de la hipocresía, brillando en él la alegría de la venganza satisfecha, al haber arrancado con maña la horrible verdad que no le convenia preguntar de frente.

— Ninguno de los cuatro tenia cartas, respondió Cuitiño.

— ¿De los cuatro? ¿Pues no me dijo que eran cinco?

— Sí, Señor, pero como uno se escapó....

— Se escapó! exclamó Rosas hinchando el pecho, erguiendo la cabeza, y haciendo irradiar en sus ojos todo el rayo magnético de su poderosa voluntad, que dejó fascinados, como el influjo de una potestad divina, ó infernal, los ojos y el espíritu del bandido.

— Se escapó, Excelentísimo, contestó inclinando su cabeza porque sus ojos no pudieron soportar mas de un segundo la mirada de Rosas.

— ¿Y quién se escapó?

— Yo no sé quién era, Su Excelencia.

— ¿Y quién lo sabe?

— Merlo lo ha de saber, Señor.

— ¿Y dónde está Merlo?

— Yo no lo he visto despues que hizo la seña.

— ¿Pero cómo se escapó el unitario?

— Yo no sé.... Yo le diré á Su Excelencia.... Cuando cargamos, uno corrió hacía la barranca.... algunos soldados lo siguieron, ... echaron pié á tierra para atarlo: pero dicen que él tenia espada y mató á tres.... despues, dicen que lo vinieron á proteger.... y fué por ahí cerca de la casa del cónsul inglés.

— ¿Del cónsul?

— Allá por la residencia.

— Si; bien ¿y despues?

— Despues vino un soldado á dar aviso, y yo mandé en su persecucion por todas partes.... pero yo no lo ví cuando se escapó.

— ¿Y porqué no vió? dijo Rosas con un acento de trueno, y dominando con el rayo de sus ojos la fisonomía de Cuitiño, en que estaba dibujada la abyeccion de la bestia feroz en presencia de su domador.

— Yo estaba degollando á los otros, contestó sin levantar los ojos.

Y Víguá, que durante este diálogo habia ido poco á poco retirando su silla, de la mesa, no bien escuchó esas

últimas palabras, cuando dió tal salto para atrás, con silla y todo, que hizo dar silla y cabeza contra la pared. En tanto que Manuela, pálida y trémula, no hacia el menor movimiento, ni alzaba su vista por no encontrarse con la mano de Cuitiño, ó con la mirada aterradora de su padre.

El golpe que dió la silla de Viguá hizo volver hácia aquel lado la cabeza de Rosas, y esta fugitiva distraccion bastó, sin embargo, para que él imprimiese un nuevo giro á sus ideas, y una nueva naturaleza á su espíritu, que cambiaba, según las circunstancias, de ser, de animacion, y de espresion en el espacio de un segundo.

— Yo le preguntaba todo esto, dijo, volviendo á su anterior calma: porque ese unitario es el que ha de tener las comunicaciones para Lavallo, y no porque me pese que no haya muerto.

— Ah! si yo lo hubiera agarrado!

— Si yo lo hubiera agarrado! Es preciso ser vivo para agarrar á los unitarios. ¿A qué no encuentra al que se escapó?

— Yo lo he de buscar aunque esté en los infiernos, con perdon de Vuecelencia y de Doña Manuelita.

— Qué lo ha de hallar!

— Puede que lo encuentre.

— Sí, yo quiero que me encuentren ese hombre, porque las comunicaciones han de ser de importancia.

— No tenga cuidado Su Excelencia; yo lo he de hallar, y hemos de ver si se me escapa á mí.

— Manuela, llama á Corvalan.

— Merlo ha de saber cómo se llama; si Su Excelencia quiere ....

— Vayase á ver á Merlo. ¿Necesita algo?

— Por ahora, nada, Señor. Yo le sirvo á Vuecelencia con mi vida, y me he de hacer matar donde quiera. Demasiado nos da á todos Su Excelencia con defen-dernos de los unitarios.

— Tome, Cuitiño, lleve esto para la familia. Y Rosas sacó del bolsillo de su chapona un rollo de billetes de banco, que Cuitiño tomó ya de pié.

— Los tomo porque Vuecelencia me los da.

— Sirva á la federacion, amigo.

— Yo sirvo á Vuecelencia, porque Vuecelencia es la federacion, y tambien su hija Doña Manuelita.

— Vaya, busque á Merlo ¿no quiere mas vino?

— Ya he tomado suficiente.

— Entónces, vaya con Dios; y estendió el brazo para dar la mano á Cuitiño.

— Está sucia, dijo el bandido hesitando en dar su mano ensangrentada á Rosas.

— Traiga, amigo; es sangre de unitarios y, como si se deleitase en el contacto de ella, Rosas tuvo estrechada entre la suya, por espacio de algunos segundos, la mano de su federal Cuitiño.

— Me he de hacer matar por Su Excelencia.

— Vava con Dios, Cuitiño.

Y miéntras salía del cuarto, con una mirada llena de vivacidad é inteligencia, midió Rosas aquella guillotina humana que se movía al influjo de su voluntad terrible, y cuyo puñal, levantado siempre sobre el cuello del virtuoso y el sabio, del anciano y el niño, del guerrero y la virgen, caía, sin embargo, á sus plantas, al golpe fascinador y eléctrico de su mirada. Porque esa multitud oscura y prostituida que él habia levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la virtud y el talento, habia adquirido desde temprano el hábito de la obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y á la inteligencia dominatriz, cuando se emplean en lisonjearla por una parte, y en avasallarla por otra.

Ciencia infernal cuyos primeros rudimentos los enseña la naturaleza, y que las propensiones, el cálculo y el estudio de los hombres complementan mas tarde.

Ciencia única y exclusiva de Rosas, cuyo poder fué basado siempre en la explotación de las malas pasiones de los hombres, haciendo con los unos perseguir y anonadar á los otros, sin hacer otra cosa que azuzar los instintos y lisonjear las ambiciones de ese pueblo ignorante por educación, vengativo por raza, y entusiasta por clima.

Y si hubiera sido posible que en medio á la epopeya dramática de nuestra revolución, las utopías no hubiesen herido la imaginación de nuestros mayores, el porvenir les habría debido grandes bienes, si en vez de sus sueños constitucionales, y de su quimérica república, hubiesen consultado la índole y la educación de nuestro pueblo para la aceptación de su forma política de gobierno; y su ignorancia y sus instintos de raza, para la educación de moral y de hábitos que era necesario comenzar á darle. Español puro y neto, solo la religión y el trono habían echado raíces en su conciencia oscura; y las lanzas tumbando el trono, y la demagogia sellando el descrédito y el desprecio en los pórticos de nuestros templos católicos, dejaron sin freno ese potro salvaje de la América, á quien llamaron pueblo libre, porque había roto á patadas, no el cetro, sino la cadena del rey de España, no la tradición de la metrópoli, sino las imposiciones inmediatas de sus opresores: no por respirar el aire de libertad que da la civilización y la justicia, sino por respirar el viento libre que da la naturaleza salvaje.

Y así, ese mismo pueblo, ese mismo potro que se revuelca desde la Patagonia á Bolivia, dió de patadas á la civilización y á la justicia, desde que ellas quisieron poner un límite á sus instintos naturales. Rosas lo comprendió, y, sin la corona de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el monarca, y un ídolo imaginario con el nombre «federación», donde faltaban el predicador y el franciscano.

Pasar del siglo XVI de la España, á los primeros días del siglo XIX de la Francia, era mas bien un sueño

de poetas pastoriles, que una concepcion de hombres de estado; y los resultados de ese sueño están ahí vivos y palpitantes en la reaccion que representa Rosas: ese Mesías de sangre que esperaba la plebe argentina, hija fanática de la supersticion española, para entonar himnos de muerte en alabanza del absolutismo y la ignorancia: ahí está Cuitiño, la mejor espresion de esa plebe, y ahí está su mano ensangrentada, el mejor canto en loor de su rey, y en homenaje de su fanatismo!

---

## CAPITULO VI.

### Victorica.

— Buenas noches, Doña Manuelita! dijo Cuitiño á la hija de Rosas, encontrándola que entraba con Corvalan en el gabinete de su padre.

— Buenas, noches! dijo la jóven refugiándose al lado de Corvalan, cual si temiese el contacto de aquel demonio de sangre que pasaba junto á ella.

— Corvalan, dijo Rosas viéndole entrar con Manuela: vaya usted á llamar á Victorica.

— Acaba de entrar, y está en la oficina. En este momento me preguntaba si podria hablar con Vuecelencia.

— Que entre.

— Voy á llamarlo.

— Oiga usted.

— ¿Señor?

— Monte usted á caballo, vaya á lo del ministro inglés, hable con él, y dígame que lo necesito ahora mismo.

— ¿Si está durmiendo?

— Que se despierte.

Corvalan saludó, y, fué á cumplir sus comisiones, levantándose la faja de seda punzó que en aquel momento se le habia resbalado á la barriga, al peso del espadin que ya tocaba en tierra.

— ¿Qué miedo le ha tenido Su Paternidad á Cuitiño? Acérquese á la mesa, que está allí pegado á la pared como una araña. ¿De qué se asustó?

— De la mano, contestó Viguá acercándose con su silla á la mesa; y con aire de contentamiento al verse libre de Cuitiño que tan mal momento le habia dado

— No te has portado bien, Manuela.

— ¿Porqué, tatita?

— Porque has tenido repugnancia de Cuitiño.

— ¿Pero usted vió?

— Todo lo vi.

— ¿Y entónces ?

— Entónces! tú debes disimular. Oye: á los hombres como el que acaba de salir, es necesario darles muy fuerte, ó no tocarlos: un golpe recio los anonada: un alfilerazo los hace saltar como víboras.

— Pero tuve miedo, Señor.

— Miedo! .... A ese hombre lo mataria yo con solo mirarlo.

— Miedo de lo que habia hecho.

— Lo que habia hecho era por mi conservacion y por la tuya; y nunca te espliques de otro modo cuanto veas y oigas en derredor de mí. Yo les hago comprender una parte de mi pensamiento, aquella que únicamente quiero; ellos la ejecutan, y tu debes manifestarte contenta, y popularizarte con ellos; primero, porque así te conviene; y, segundo, porque yo te lo mando. Entre usted, Victorica, continuó Rosas, dando vuelta su cabeza hacia la puerta, al ruido que hacian las pisadas del que entraba.

Victorica era un hombre de cincuenta á cincuenta y dos años de edad, de estatura mediana, y regularmente formado. La tez quebrantada era algo cobriza; su cabello

negro, empezando á pintar en canas; su frente ancha pero carnuda hácia la parte de sus espesas cejas; sus ojos oscuros, pequeños y de una mirada encapotada y fuerte; dos líneas profundas le quebraban el rostro desde las ventanas de la nariz hasta las estremidades del labio superior; y una espresion dura y repulsiva estaba sellada en su rostro, donde se notaban mas el estrago que hacen las pasiones fuertes, que el que habian hecho los años; y se cuenta que sobre ese rostro se vió rara vez una sonrisa. El jefe de la policía de Rosas estaba vestido de pantalon negro, chaleco grana, y una chaqueta de paño azul con alamares negros de seda; y de uno de los ojales de ella, colgaba una divisa federal de doce pulgadas de largo. En la mano derecha traia colgado, en la muñeca, un rebenque de cabo de plata, y en la izquierda su sombrero de paisano, con el luto punzó por la finada esposa del Restaurador de las Leyes.

Despues de una reverencia profunda, pero sin afectacion, ocupó, á invitacion de Rosas, la misma silla en que habia estado Cuitiño

— ¿Viene usted de la casa de policía? le preguntó Rosas.

— En este momento.

— ¿Ha ocurrido algo?

— Han traído los cadáveres de los que iban á embarcarse esta noche; es decir, tres cadáveres y un hombre espirando.

— Y ese!

— Ya no existe. Me pareció que debia sufrir la suerte de sus compañeros.

— ¿Quién era?

— Lynch.

— ¿Tiene usted los nombres de los otros?

— Sí, Señor.

— ¿Y eran?

— Además de Lynch, se ha reconocido á un tal Oliden, á Juan Riglos, y al jóven Maisson.

— ¿Papeles?

— Ningunos.

— ¿Hizo usted firmar á Merlo la delacion?

— Sí, Señor, todas se firman, como Vuecelencia lo ha ordenado.

— ¿La trae usted?

— Aquí está, contestó el jefe de policía sacando del bolsillo exterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos uno que desdobló sobre la mesa.

— Léala usted, dijo Rosas. Y Victorica leyó lo siguiente:

«Juan Merlo, natural de Buenos Aires, de ejercicio carnicero, miembro de la Sociedad Popular Restauradora, enrolado en los abastecedores, con licencia temporal por recomendacion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, se presentó al Jefe de Policía en la tarde de 2 del corriente, y declaró: Que, sabiendo por una criada del salvaje unitario Oliden, con quien él tenia relaciones secretas, que aquel se preparaba á fugar para Montevideo, se presentó en la mañana siguiente al mismo salvaje unitario Oliden, á quien conocia desde muchos años, diciéndole que venia á pedirle quinientos pesos prestados porque queria desertar y pasar á Montevideo, no pudiendo efectuarlo sin tener aquella cantidad para pagar su pasaje en un bote de un conocido suyo, que hacia el negocio de conducir emigrados. Que con este motivo, Oliden le hizo muchas preguntas, acabando por convencerse que realmente queria fugar el declarante, comunicándole entónces el pensamiento que él y cuatro amigos mas tenian de emigrar, pero que no conocian ninguno de los hombres dueños de las balleneras que conducian emigrados: que entónces se le ofreció el declarante á arreglar la fuga de todos, mediante la cantidad de ocho mil pesos,

á lo que se convino aquel inmediatamente: que fingió muchas idas y venidas, acabando por citarlos para el día 4 á las diez de la noche; debiendo ir, el mismo día 4 á las seis de la tarde, á saber de Oliden el paraje, ó la casa en que se habian de reunir todos á la hora indicada.

«Lo que ponía en conocimiento de la policía para que se lo comunicase á Su Excelencia, como un fiel cumplimiento de sus deberes de defensor de la sagrada causa de la federacion; agregando, que en todo este asunto, habia tenido el cuidado escrupuloso de consultarlo con D. Juancito Rosas, el hijo de Su Excelencia, y aconsejádose de él.

«Y lo firmó en Buenos Aires á 3 de Mayo de 1840.

«JUAN MERLO.»

— Fué en virtud de esta declaracion, que recibí anoche de Vuecelencia las órdenes que debia dar á Merlo para que se entendiese con el comandante Cuitiño.

— ¿Cuándo volvió usted á hablar con Merlo?

— Hoy á las ocho de la mañana.

— ¿Y no le dijo á usted si sabia algunos de los nombres de los compañeros de Oliden?

— Hasta esta mañana, no conocia á ninguno.

— ¿Y hay algo de particular en el suceso de esta noche?

— Uno de los unitarios ha logrado escaparse, segun me han referido los que escoltaban la carreta.

— Sí, Señor, uno se ha escapado, y es forzoso hallarlo.

— Espero que lo hallaremos, Excelentísimo Señor.

— Sí, Señor, es preciso hallarlo, porque una vez que la mano del gobierno toque la ropa de un unitario, es necesario que el unitario no pueda decir que la mano del gobierno no sabe apretar. En estos casos, la cantidad de hombres poco importa; tanto mal hace á mi gobierno un

hombre solo que se burle de él, como doscientos, como mil.

— Vuelcelencia tiene mucha razon.

— Sé bien que la tengo. Además, según la relación que se me ha hecho, el unitario que se ha escapado, ha peleado, y, lo que es más, ha recibido protección de alguien; la una como la otra cosa no debe suceder, no quiero absolutamente que suceda. ¿Sabe usted por qué ha estado el país siempre en anarquía? Porque cada uno sacaba el sable para pelear con el gobierno el día que se le antojaba. Pobre de usted, y pobre de todos los federales, si yo doy lugar á que los unitarios los peleen cuando van á cumplir una orden mía!

— Es un caso nuevo! dijo Victorica que en realidad comprendía bien toda la importancia futura de las reflexiones de Rosas, y del suceso acaecido esa noche.

— Es nuevo; y es por eso que es necesario darle atención, porque en el estado actual yo no quiero que haya más novedades que las mías. Es nuevo, pero antes de mucho tiempo podrá ser viejo, si no se hace pronto un ejemplar.

— Pero Merlo debe haber ido con ellos, y ha de conocer al que se ha escapado.

— Eso falta saber.

— Lo haré buscar ahora mismo.

— No hay necesidad. Otro ha ido en su busca.

— Está bien, Señor.

— Otro se ha encargado de Merlo; y usted sabrá mañana si se conoce ó no el nombre que deseo saber. En uno ú otro caso tomará usted el camino que deba.

— Sin pérdida de tiempo.

— Vamos á ver, y si Merlo no sabe el nombre, ¿qué hará usted?

— ¿Yo?...

— Usted, sí, mi jefe de policía.

— Daré órdenes á los comisarios, y á los principales agentes de la policía secreta, para que ellos multipliquen entre sus subalternos la disposicion de encontrar un hombre que. . . .

— Un hombre unitario en Buenos Aires! dijo Rosas interrumpiendo á Victorica, con una sonrisa sardónica y despreciativa, que puso en confusion al pobre hombre, que creía estar desenvolviendo el mas perfecto plan inquisitorial para la persecucion de un hereje.

— Y va usted fresco! continuó Rosas; ¿todavía no sabe usted cuántos unitarios hay en Buenos Aires?

— Debe de haber. . . .

— Los que bastan para colgar á usted y á todos los federales, si no estuviera yo para trabajar por todos, haciendo hasta de jefe de policía.

— Señor, yo hago por Vucelencia cuanto puedo.

— Puede ser que haga usted cuanto puede, pero no cuanto conviene hacer; y si no véalo usted en este caso: quiere usted echarse á buscar un unitario por la ciudad, como si dijésemos un grano de trigo en una parva, y tiene en su bolsillo, si no el nombre del unitario, el camino mas corto de encontrarlo.

— Yo! exclamó Victorica cada vez mas turbado, pero dominándose fuertemente para conservar la serenidad de su semblante.

— Usted, sí, Señor.

— Aseguro á Vucelencia que no comprendo.

— Y es eso por que me quejo de tener que enseñarlo todo. ¿Por quién supo Merlo la proyectada fuga del salvaje unitario Oliden?

— Por una criada.

— ¿En dónde servía esa negra, mulata, o lo que sea?

— En la familia de Oliden segun la declaracion.

— En la familia del salvaje unitario Oliden, Señor D. Bernardo Victorica.

— Perdone Vuecelencia.

— ¿Con quién se iba á embarcar el que se ha escapado?

— Con el salvaje unitario Oliden, y con los demas salvajes que lo acompañaban.

— Y usted cree que Oliden salió á la calle á recoger los primeros salvajes que encontró, para embarcarse con ellos.

— No, Excelentísimo Señor.

— Entónces, ¿esos salvajes eran amigos de Oliden?

— Es muy natural, dijo Victorica, que empezaba á comprender el punto á donde se dirigia Rosas.

— Entónces, ¿si eran amigos se debian visitar?

— Sin duda.

— Entónces, la criada que delató á Oliden debe saber quiénes lo visitaban con mas frecuencia.

— Es muy cierto.

— ¿Quiénes estuvieron con él, hoy; ayer y ántes de ayer?

— Así es, debe saberlo.

— Estuvieron, tal y tal y tal; han muerto Maisson, Lynch y Riglos; entónces, rastree por los nombres que no sean esos, y si por ahí no da con lo que busca, no pierda el tiempo en incomodarse mas.

— El genio de Vuecelencia no tiene igual. Haré exactamente lo que Vuecelencia me indica.

— Mejor fuera que lo hiciese sin necesidad de indicaciones; que por no tener nadie que me ayude, tengo que trabajar por todos, respondióle Rosas.

Victorica bajó los ojos, en cuya pupila se habia clavado como una flecha de fuego la mirada imperatriz, y en ese momento despreciativa, de Rosas.

— ¿Y sabe usted, pues, lo que ha de hacer?

— Sí, Excelentísimo Señor.

— ¿Ha ocurrido alguna cosa particular esta noche?

— Una Señora, Doña Catalina Cueto, viuda, y de ejercicio costurera, ha ido á quejarse de haber dado Gaitan de rebencazos á un hijo de esa Señora, que paseaba á caballo por la plaza del Retiro.

— ¿Quién es el hijo?

— Un estudiante de matemáticas.

— ¿Y qué motivos le dió á Gaitan?

— Gaitan se acercó á preguntarle porque no usaba la testera federal en su caballo. El muchacho, de diez y seis ó diez y siete años, le respondió, que no la usaba porque su caballo era un buen federal que no necesitaba divisa; y Gaitan, entónces, le dió de rebencazos hasta voltearlo del caballo.

— Hoy son peores los unitarios muchachos! dijo Rosas reflexionando un momento.

— Ya se lo he dicho á Vuecelencia muchas veces: la universidad y las mujeres son incorregibles. No hay forma de que los estudiantes usen la divisa con letrado; me ven venir por una calle, y, casi á mi vista, desatan la cintita que llevan al ojal, y se la guardan en el bolsillo. Tampoco hay medio para que las mujeres usen el moño fuera de la gorra, y, aun sin gorra, la mayor parte de las unitarias, especialmente las jóvenes, se presentan en todas partes sin la divisa federal. Yo en lugar de Vuecelencia haria prohibir las gorras en las mujeres.

— Han de obedecer, dijo Rosas, con cierto acento de reticencia, cuya reserva solo él podía comprender: han de obedecer, pero no es tiempo todavía de hacer uso de ese medio que usted echa de ménos, y que yo sé cuál es. Gaitan ha hecho muy bien. Despache usted á la viuda, y dígame que se ocupe en curar á su hijo ¿Hay alguna otra cosa?

— Nada absolutamente, Señor. Ah! he recibido una presentacion de tres federales conocidos, pidiendo el permiso para la rifa de cedulillas en las fiestas Mayas.

— Que la rifa sea por cuenta de la policia.

— ¿Vuecelencia dispone algunas funciones particulares?

— Póngales los caballitos y la cucaña.

— ¿Nada mas?

— No me pregunte tonterías. ¿Usted no sabe que ese 25 de Mayo es el día de los unitarios? Es verdad que como usted es de España!

— Vuecelencia se equivoca, yo soy Oriental. ¿Dispone Vuecelencia alguna cosa particular esta noche?

— Nada, puede usted retirarse.

— Mañana cumpliré las órdenes de Vuecelencia relativas á la criada.

— Yo no le he dado órdenes: yo le he enseñado lo que no sabe.

— Doy las gracias á Vuecelencia.

— No hay de qué.

Y Victorica, haciendo una profunda reverencia al padre y á la hija, salió de aquel lugar despues de haber pagado, como todos los que entraban á él, su competente tributo de humillacion, de miedo, de servilismo; sin saber positivamente si dejaba contento ó disgustado á Rosas; incertidumbre fatigosa y terrible en que el sistemático dictador tenia constantemente el espíritu de sus servidores; porque el temor podria hacerlos huir de él, y la confianza podria engreirlos demasiado.

Un largo rato de silencio sucedió á la salida del jefe de policia, pues miéntras Rosas y su hija lo guardaban despiertos, absorto cada uno en bien distintas ideas, el repleto Viguá lo guardaba durmiendo profundamente, cruzados los brazos sobre la mesa, y metida entre ellos su cabeza.

— Véte á acostar, dijo Rosas á su hija.

— No tengo sueño, Señor.

— No importa, es muy tarde ya.

— Pero usted va á quedarse solo!

— Yo nunca estoy solo. Va á venir Mandeville y no quiero que pierda el tiempo en cumplimientos contigo: anda.

— Bien, tatita, llámeme usted si algo necesita.

Y Manuela se le acercó, le dió un beso en la frente, y, tomando una vela de sobre la mesa, entró á las habitaciones interiores.

Rosas se paró entónces, y, cruzando sus manos á la espalda, empezó á pasearse al largo de su habitacion, desde la puerta que conducia á su alcoba, por donde habian entrado y salido los personajes que hemos visto, hasta aquella por donde habia ídose Manuela.

Diez minutos habrian durado los paseos, en cuyo tiempo Rosas parecia sumergido en una profunda meditacion, cuando se sintió el ruido de caballos que se aproximaban á la casa. Rosas paróse un momento, precisamente al lado de Viguá, y luego que conoció que los caballos habian parado en la puerta de la calle, dió tan fuerte palmada sobre la nuca del mulato, que á no tener en aquel momento posada la frente sobre sus carnudos brazos, se habrian roto sus narices contra la mesa.

— Ay! exclamó el pobre diablo parándose lo mas pronto posible.

— No es nada; despiértese Su Paternidad que viene gente, y, oiga: cuidado como se vuelva á dormir; siéntese al lado del hombre que entre, y cuando se levante, déle un abrazo.

El mulato miró á Rosas un instante é hizo luego lo que se le habia ordenado, con muestras inequívocas de disgusto.

Rosas sentóse en la silla que ocupaba ántes, á tiempo que Corvalan entraba.

## CAPITULO VII.

### El caballero Juan Enrique Mandeville.

— ¿Vino el inglés? preguntó Rosas á su edecan, viéndole entrar.

— Ahí está, Excelentísimo Señor.

— ¿Qué hacia cuando llegó usted?

— Iba á acostarse.

— ¿La puerta de la calle estaba abierta?

— No, Señor.

— ¿Abrieron en cuanto se dió usted á conocer?

— Al momento.

— ¿Se sorprendió el gringo?

— Me parece que sí.

— Me parece! ¿para qué diablos le sirven á usted los ojos....? ¿preguntó algo?

— Nada. Oyó el recado de Vuestra Excelencia y mandó aprontar su caballo.

— Que entre.

El personaje que va á ser conocido del lector, es uno de esos que, en cuanto á su egoismo inglés, presenta con frecuencia la diplomacia británica en todas partes, pero que, respecto al olvido de su representacion pública y de su dignidad de hombre, solo se pueden encontrar en una sociedad cuyo gobierno sea parecido al de Rosas, y como esto último no es posible, se puede decir entónces, que solo se encuentran en Buenos Aires.

El Caballero Juan Enrique Mandeville, plenipotenciario inglés cerca del gobierno argentino, habia conseguido de Rosas lo que este mismo negó á su predecesor Mr. Hamilton; es decir, la conclusion de un tratado sobre la abolicion del tráfico de esclavos. Y de este triunfo sobre Mr. Hamilton, nacieron las primeras simpatías de Mr. Mandeville hácia la persona de Rosas. El no podia desconocer, sin embargo, que quien arrastraba al

dictador á la celebracion de aquel pacto el 24 de Mayo de 1839, era la necesidad de buscar en la amistad y proteccion del gobierno de S. M. Británica un apoyo que le era necesario desde el 23 de Setiembre de 1838. Pero cualesquiera que fuesen las causas, era ese tratado un triunfo para aquel plenipotenciario, recogido de las manos de Rosas.

Pero los hombres como Rosas, esas escepciones de la especie que no reconocen iguales en la tierra, jamas quieren amigos, ni lo son de nadie: para ellos la humanidad se divide en enemigos y siervos, sean estos de la nacion que sean, é invistan una alta posicion cerca de ellos, ó se les acerquen con la posicion humilde de un simple ciudadano.

El prestigio moral de los tiranos, esa fuerza secreta que fascina y enferma el espiritu de los hombres, en union con la voluntad intransigible del dictador argentino, empezaron por insinuarse, y acabaron por dominar el espiritu del enviado británico; que, fiado en sus buenas disposiciones personales hácia Rosas, no temió de cultivar y estrechar su relacion individual con él, sin alcanzar á preveer, que hay ciertos contactos en la vida, de que no se sale jamas sino postrado el ánimo y avasallada la voluntad.

Una vez dominado moralmente, todo lo demas era lo ménos; y las humillaciones personales vinieron luego á complementar la obra, haciendo del representante de la poderosa Inglaterra el mas sumiso federal, si no de la Mashorca, á lo ménos de la clase tribunicia de Rosas, cuya mision era propagar sus virtudes cívicas, dentro y fuera del país.

Instrumento ciego, pero al mismo tiempo poderoso y con medios eficaces, Rosas vió en él su primer caballo de batalla en la cuestion francesa; y, en obsequio de la verdad historica, es preciso decir, que si Rosas no sacó de él todo el provecho que esperaba sacar, no fué

por omision del Señor Mandeville, sino por la naturaleza de la cuestion, que no permitia al gabinete de San James obrar segun las insinuaciones de su ministro en Buenos Aires, á pesar de sus comunicaciones informativas sobre la preponderancia que adquiria la Francia en el Plata, y sobre los perjuicios que inferia al comercio isleño la clausura de los puertos de la república por el bloqueo frances.

La Europa tenia fija su atencion política en una cuestion actual que afectaba el sistema de equilibrio de sus grandes naciones; y ella era la cuestion de Oriente. La Rusia, la Prusia, el Austria, la Inglaterra, y la Francia, atendian á esa cuestion, no queriendo, por otra parte, en sus mas altas miras, sino la continuacion de la paz europea.

Esa cuestion era simplemente una querella hereditaria entre el Sultan y el Pachá de Egipto.

La Francia insistia en que se accediese á las pretensiones de Mehemet-Alí; y la Inglaterra resistia al pensamiento de la Francia, conviniendo solamente en que se agregase al bajalato de Egipto una parte de la Siria hasta el monte Carmelo. Pero, entretanto, la Rusia se declaraba protectora natural de Constantinopla contra todo enemigo que avanzase por el Asia Menor. «Obren la Francia y la Inglaterra contra Mehemet-Alí, y dejen á la Rusia que guarde á Constantinopla.» decia el emperador. Pero la Inglaterra, cuyo gabinete era dirigido por lord Palmerston, tenia la suficiente perspicacia política para no comprender todo el peligro que se corria en dejar el tulipan del Bósforo bajo la planta del Oso del Norte. Y entónces, velando con todos los adornos de la mas hábil diplomacia su negativa á las proposiciones del gabinete de San Petersburgo, lord Palmerston procuró convencerle, y logró reducirle, á que la proteccion que necesitaba Constantinopla se le diese por medio de una escuadra

rusa en el Bósforo, y de otra escuadra combinada anglo-francesa en los Dardanelos.

Así pues, el estado de la cuestion de Oriente, en los primeros meses del año 40, era el siguiente: la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia, habian convenido en que Me-hemet-Alí quedase reducido á la posesion hereditaria del Egipto; pero la Francia se negaba á consentir en esta resolucion. Todas las potencias, no obstante, estaban convenidas en proteger en combinacion á Constantinopla; sin dejar de observarse unas á otras, con esa desconfianza que marca siempre el carácter de la política internacional de la Europa, de que los Americanos no podemos aprender sino lecciones que, si enseñan la virtud de la circunspeccion, enseñan tambien el vicio de la mala fe, porque aquella no existiria en tan alto grado, si en tan alto grado no se temiesen los efectos del otro.

En tal estado de cosas, fácil es ahora comprender que la Inglaterra no estaba en disposicion de prestar grande atencion á sus mercaderes del Rio de la Plata, cuando tenia, por temor de la Rusia, que estrechar su alianza con la Francia, en presencia de la mas grave cuestion de la actualidad.

El Señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso. Y, decididamente en favor de los intereses personales de Rosas, trabajaba, cuanto le era posible en una posicion como la suya, por imprimir un movimiento contrario á los negocios del Plata; y obra suya fueron las proposiciones de Rosas á Monsieur Martigni, y obra exclusivamente suya la entrevista en *La Acteon*.

Rosas tenia en él una completa confianza; es decir, conocia que Mandeville sentia, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su inteligencia cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mas-horqueros cuando habia una víctima que sacrificar á su sistema.

Tal es el personaje que atraviesa el gabinete y la alcoba de Rosas, y que entra al comedor donde este le espera. Era un hombre todo vestido de negro; de sesenta años de edad; de baja estatura; de frente espaciosa y calva; de fisonomía distinguida; y de ojos pequeños, azules, pero inteligentes y penetrantes, y en ese momento algo encendidos, como lo estaba también el color blanquísimo de su rostro. Esto era natural, pues habían dado ya las tres de la mañana, hora demasiado avanzada para un hombre de aquella edad; y que poco ántes se había irritado al calor de una hirviente ponchera, con algunos de sus amigos.

— Adelante, Señor Mandeville! dijo Rosas levantándose de su silla, pero sin dar un solo paso á recibir al ministro, inglés, que en ese momento entraba al comedor.

— Tengo el honor de ponerme á las órdenes de Vuestra Excelencia, dijo el Señor Mandeville haciendo un saludo elegante y sin afectacion, y acercándose á Rosas para darle la mano.

— He incomodado á usted, Señor Mandeville! le dijo Rosas con un acento suave é insinuante, é indicándole con un movimiento de mano, que un frances llamaria *comme il faut*, la silla á su derecha en que debia á sentarse.

— Incomodarme! ¡Oh no, Señor general! Vuestra Excelencia me da, por el contrario, una verdadera satisfaccion cuando me hace el honor de llamarme á su presencia. ¿La Señorita Manuelita lo pasa bien?

— Muy buena.

— No lo pensé así, desgraciadamente.

— ¿Y porqué, Señor Mandeville?

— Porque siempre acompaña á Vuestra Excelencia á la hora de su comida.

— Cierto.

— Y no tengo en este momento el placer de verla.

— Acaba de retirarse.

— Ah! soy bastante desgraciado en no haber llegado unos minutos ántes!

— Ella lo sentirá tambien.

— Oh! ella es la mas amable de las argentinas!

— A lo ménos hace cuanto es posible por ser amable.

— Y lo consigue.

— Doy á usted las gracias por ella. Sin embargo, no tiene usted porque quejarse de esta noche.

— ¿Porqué no, general?

— Porque usted la ha pasado agradablemente en su casa.

— Vuestra Excelencia tiene razon, hasta cierto punto.

— ¿Cómo?

— Que Vuestra Excelencia tiene razon en decir que he pasado agradablemente algunas horas, pero yo no soy completamente feliz, sino cuando estóy en sociedad con las personas de la familia de Vuestra Excelencia.

— Es usted muy amable, Señor Mandeville, dijo Rosas con una sonrisa tan sutil y tan maliciosa que no habria podido ser distinguida de otro hombre ménos pers-picaz y acostumbrado al lenguaje de la acentuacion y de la fisonomía, que el Señor Mandeville.

— Si usted lo permite, continuó Rosas, daremos por concluidos los cumplimientos, y hablaremos de algo mas serio.

— Nada puede serme mas satisfactorio que ponerme en armonía con los deseos de Vuestra Excelencia, contestó el diplomático aproximando su silla á la mesa, y acariciando, mas bien por costumbre que por ocasion, los cuellos de batista de su camisa, no mas blancos que la mano que los tocaba, prolijamente cuidada, y cuyas uñas rosadas y perfiladas eran el mejor testimonio de la raza á que pertenecia el Señor Mandeville: esa raza sajona que

se distingue especialmente por los ojos, por los cabellos y por las uñas.

— ¿Para qué día piensa usted despachar el paquete? le preguntó Rosas cruzando su brazo sobre el respaldo de una silla.

— Por la legacion quedará despachado para mañana; pero si Vuestra Excelencia desea que se demore por mas tiempo. . . .

— Precisamente lo deseo.

— Entónces yo daré mis órdenes para que se demore todo el tiempo que necesite Vuestra Excelencia para concluir sus comunicaciones.

— Oh, mis comunicaciones han quedado concluidas desde ayer!

— ¿Vuestra Excelencia me permitirá hacerle una pregunta?

— Cuantas usted quiera.

— ¿Podría saber qué motivo hay para detener el paquete, no siendo para esperar comunicaciones de Vuestra Excelencia?

— Es bien sencillo, Señor Mandeville.

— ¿Vuestra Excelencia despacha algun ministro?

— No hay para qué.

— Entónces no alcanzo á comprender. . . .

— Mis comunicaciones están prontas, pero las de usted no lo están.

— ¿Las mías?

— Ya lo ha oido usted.

— Creo haber dicho á Vuestra Excelencia que están terminadas, hasta cerradas, desde ayer, y solo me faltan algunas cartas particulares.

— No hablo de cartas.

— Si Vuestra Excelencia se dignase explicarme. . . .

— Yo creo que la obligacion de usted es informar fielmente y con datos verdaderos al gobierno de Su Majestad, sobre la situacion en que quedan los negocios del

Río de la Plata á la salida del paquete para Europa. ¿No es así?

— Exactamente, Excelentísimo Señor.

— Pero usted no ha podido hacerlo porque carece de aquellos datos.

— Yo hablo á mi gobierno de las cuestiones generales, de los sucesos públicos, pero no puedo informarle de actos que pertenezcan á la política interior del gabinete argentino, porque me son totalmente desconocidos.

— Eso es muy cierto ¿pero sabe usted bien lo que valen esas cuestiones generales, Señor Mandeville?

— ¿Lo que valen? dijo el ministro repitiendo la frase para dar un poco de tiempo á sus ideas y no aventurar una respuesta, pues Rosas iba ya pisando su terreno habitual, es decir el campo de las ideas sólidas y desnudas de palabreo, con quienes se iba á fondo sobre el espíritu de los otros, cuando discutía alguna materia grave, ó cuando queria domeñar su inteligencia con golpes súbitos y recios.

— Lo que valen, sí Señor; lo que valen para ilustrar al gobierno á quien tales generalidades se escriben.

— Valen....

— Nada, Señor ministro.

— Oh!

— Nada. Ustedes los europeos abundan siempre en generalidades cuando quieren aparentar que conocen á fondo una cosa que totalmente ignoran. Pero ese sistema les da un resultado contrario del que se proponen, porque habitualmente generalizan sobre principios falsos.

— Vuestra Excelencia quiere decir....

— Quiero decir, Señor ministro, que habitualmente hablan ustedes de lo que no entienden, á lo ménos en mi país.

— Pero un ministro extranjero no puede saber las individualidades de una política en que no toma parte.

— Y es por eso que el ministro extranjero, si quiere informar con verdad á su gobierno, debe acercarse al jefe de aquella política y escuchar y apreciar sus esplicaciones.

— Esa es mi conducta.

— No siempre.

— A pesar mio.

— Puede ser.... vamos: ¿conoce usted el verdadero estado de los negocios actualmente? O mas bien, y hablando en las generalidades que gustan á usted tanto ¿cuál es el espíritu de las comunicaciones que dirige á su gobierno, respecto del mio?

— ¿El espíritu?

— Justamente; ó, con mas claridad ¿en esas comunicaciones me determina usted en buena ó mala situacion? ¿espera, usted el triunfo de mi gobierno, ó el triunfo de la anarquía?

— Oh, Señor.

— Eso no es contestar.

— Ya lo veo.

— ¿Luego?

— ¿Luego que? Excelentísimo Señor.

— Luego que me responde usted.

— ¿Sobre la situacion en que se encuentra el gobierno de Vuestra Excelencia en la actualidad?

— Precisamente.

— Me parece....

— Hable usted con franqueza.

— Me parece que todas las probabilidades están por el triunfo de Vuestra Excelencia.

— ¿Pero ese parecer lo funda usted en algo?

— Sin duda.

— ¿Y es en qué, Señor ministro?

— En el poder de Vuestra Excelencia.

— Bah! esa es una frase muy vaga en el caso de que nos ocupamos!

— Vaga. Señor!

— Indudablemente, pues si yo en efecto tengo poder y medios, tambien poder y medios tienen los anarquistas. ¿No es verdad?

— Oh! Señor!

— Por ejemplo: ¿Sabe usted el estado de Lavalle en el Entre-Rios?

— Sí, señor: está imposibilitado para moverse despues de la batalla de D. Cristóbal, en que las armas de la confederacion obtuvieron tan completo triunfo.

— Sin embargo, el general Echagüe está en inaccion por falta de caballos.

— Pero Vuestra Excelencia, que todo lo puede, hará que el general tenga los caballos que le faltan.

— ¿Sabe usted el estado de Corrientes?

— Creo que, derrotado Lavalle, la provincia de Corrientes volverá á la liga federal.

— Entretanto, Corrientes está en armas contra mi gobierno, y ya son dos provincias.

— En efecto, son dos provincias, pero....

— ¿Pero qué?

— Pero la confederacion tiene catorce.

— Oh! no tantas!

— ¿Decia vuestra Excelencia? ....

— Que hoy no son catorce; porque no pueden contarse como provincias federales las que están en sublevacion con los unitarios.

— Cierto, cierto, Excelentísimo Señor, pero el movimiento de esas provincias no es de importancia, en mi opinion á lo ménos.

— No dije á usted que sus generalidades habian de estar fundadas sobre datos falsos!

— ¿Lo cree Vuestra Excelencia?

— Yo creo lo que digo, Señor ministro. Tucuman, Salta, la Rioja, Catamarca y Jujuy son provincias de la mayor importancia; y ese movimiento de que usted ha

hablado, no es otra cosa que una verdadera revolucion con muchos medios y con muchos hombres.

— Seria un cosa lamentable!

— Como usted lo dice. Tucuman, Salta y Jujuy me amenazan por el norte hasta la frontera de Bolivia; Catamarca y la Rioja, por el oeste hasta la falda de la Cordillera. Corrientes y Entre-Rios por el litoral, y todavía ¿quién mas, Señor ministro?

— ¿Quién mas?

— Sí, Señor, eso pregunto; pero yo lo diré, ya que usted tiene miedo de nombrar á mis enemigos: á mas de aquellos, me amenaza Rivera.

— Bah!

— No vale tan poco como usted piensa, pues hoy tiene un ejército sobre el Uruguay.

— Que no pasará.

— Es probable: pero es preciso creer que ha de pasar; y entónces me ve usted rodeado por todas partes de enemigos, alentados, favorecidos y protegidos por la Francia.

— En efecto, la situacion es grave! dijo el Señor Mandeville, soltando palabra por palabra, en una verdadera perplejidad de ánimo, no pudiendo esplicarse el objeto que se proponia Rosas con descubrir él mismo los peligros que le amenazaban, cosa que en la astucia del dictador no podia ménos que tener alguna segunda intencion muy importante.

— Es muy grave! repitió Rosas, con un aplomo y una sangre fria que acabó de intrigar el espíritu del diplomático. Y despues que conoce usted los elementos de ese peligro, continuó Rosas, querrá usted decirme ¿en qué fundará ante su gobierno la esperanza de mi completo triunfo sobre los unitarios, porque no dude usted que yo habré de obtener ese completo triunfo?

— Pero en qué mas. Excelentísimo Señor, que en el poder, en el prestigio, en la popularidad de Vuestra Excelencia que le han dado su renombre y su gloria?

— Bah! Bah! Bah! exclamó Rosas riéndose naturalmente como hombre que compadece ó que desprecia á otro por su ignorancia.

— Yo no sé, Señor general, dijo Mandeville descompuesto al ver el inesperado resultado de su cortesana lisonja, ó mas bien, de la espresion de sus creencias, en cuál de las palabras que acabo de tener el honor de pronunciar está el origen desgraciado de la risa de Vuestra Excelencia!

— En todas, Señor diplomático de Europa, respondió Rosas con ironía descubierta.

— Pero, Señor!

— Oígame usted, Señor Mandeville; todo cuanto acaba usted de decir está muy bueno para repetirlo entre el pueblo, pero muy malo para escribirselo á lord Palmerston, á quien llaman los unitarios de Montevideo el *eminente* ministro.

— ¿Me haria el honor Vuestra Excelencia de explicarme el porqué?

— A eso voy. He detallado á usted todos los peligros que en la actualidad rodean a mi gobierno, es decir, al órden y á la paz de la confederacion argentina. ¿No es cierto?

— Muy cierto, Excelentísimo Señor.

— ¿Y sabe usted porqué acabo de enumerarle esos peligros? ¡Oh! usted no lo ha comprendido, no se ha dado cuenta de la causa de mi franqueza que lo ha dejado vacilante y perplejo! pero yo se la explicaré. He dicho á usted lo que ha oido, porque sé bien que de esta entrevista estenderá un protocolo que enviará luego á su gobierno; y esto es precisamente lo que yo mas deseo.

— Vuestra Excelencia quiere eso! dijo el Señor Mandeville mas admirado ahora, que intrigado ántes.

— Lo quiero, y la razon es, que me conviene que el gobierno inglés sepa aquellos detalles por mí mismo, ántes que por los órganos de mis enemigos, ó á lo ménos, que lo sepa al mismo tiempo por ambos. ¿Entiende usted ahora mi pensamiento? ¿Qué haria, qué ganaria yo con ocultar al gobierno inglés una situacion que él habrá de saber pública y oficialmente por mil distintos conductos? Ocultarla, sería descubrir temores de mi parte, y no temo, absolutamente no temo á mis actuales enemigos.

— Es por eso que dije á Vuestra Excelencia que con su poder....

— Dále con el poder, Señor Mandeville!

— Pero si no es con el poder.... si Vuestra Excelencia no tiene poder....

— Tengo poder, Señor ministro, le interrumpió Rosas bruscamente, con lo que acabó el Señor Mandeville de perder la última esperanza de comprender en aquella noche á Rosas; y sin saber que le convenia decir, pronunció la palabra:

— Entónces!....

— Entónces! Entónces! Una cosa es tener poder, y otra es contar con el poder para libertarse de una mala situacion. ¿Cree usted que lord Palmerston no sabe sumar y restar? ¿Cree usted que si suma el número de enemigos y elementos que, con el poderoso ausilio de la Francia, amenazan el gobierno y el sistema federal del país, el ministro *eminente* tenga mucha confianza en el triunfo mio, aun cuando le presente usted una igual suma de poder á mis órdenes? ¿Y cree usted, entónces, que se tomase mucho empeño en apoyar á un gobierno cuya situacion no le ofrecia probabilidades de existencia mas allá de algunos meses, de algunas semanas? ¿Piensa usted que se anda mas pronto, dado el caso que su gobierno quisiera protegerme contra mis enemigos auxiliados por la Francia, de Lóndres á Paris, y de Paris á Buenos Aires, que de Entre-Rios al Retiro, y de Tucuman á Santa Fe, y

que esto no lo conocería lord Palmerston? Bah, Señor Mandeville. yo nunca he esperado gran cosa del gobierno inglés en mi cuestion con la Francia, pero ahora espero ménos, desde que las informaciones que van á ese gobierno son escritas por usted sobre los cálculos de mi poder!

— Pero, Señor general, dijo Mandeville, desesperado, porque cada vez comprendia ménos el pensamiento de Rosas, oculto entre aquella nube de ideas, que, al parecer, la daba vida el mismo Rosas para anunciar con ella la tempestad que lo rodeaba y que debía quebrantarlo y postrarlo, — si no es con el poder, con los ejércitos, con los federales, en fin, con quién piensa Vuestra Excelencia vencer á los unitarios?

— Con ellos mismos, Señor Mandeville, dijo Rosas con una flema alemana, fijando su mirada escudriñadora en la fisonomía de aquel, para observar la impresion causada al levantar de súbito el telon de boca que cubria el misterioso escenario de su pensamiento.

— Ah! exclamó el ministro, dilatándosele los ojos cual acababa de expandirse su imaginacion en el inmenso circulo que habíanle trazado aquellas tres palabras, en cuyas veía la esplicacion de todas las reticencias y paradojas que un momento ántes no podia explicarse, á pesar de su esperiencia y talento de gabinete con que de vez en cuando solia adivinar las reservas de Rosas.

— Con ellos mismos, continuó este tranquilamente. Y ese es hoy mi principal ejército, mi poder mas irresistible, ó mejor dicho, mas destructor de mis enemigos.

— En efecto, Vuestra Excelencia me conduce á un terreno en el que, francamente, yo no habia pensado.

— Ya lo sé, contestóle Rosas, que no perdonaba ocasion de hacer sentir á los otros sus errores ó su ignorancia. Los unitarios, continuó, no han tenido hasta hoy, ni tendrán nunca lo que les falta para ser fuertes y

poderosos, por mas que sean muchos y con tan buen apoyo. Tienen hombres de gran capacidad, tienen los mejores militares de la república, pero les falta un centro de accion comun: todos mandan, y por lo mismo, ninguno obedece. Todos van á un mismo punto, pero todos marchan por distinto camino, y no llegarán nunca. Ferrer no obedece á Lavalle, porque es el gobernador de una provincia, y Lavalle no obedece á Ferrer, porque es el general de los unitarios, el general *Libertador*, como ellos le llaman. Lavalle necesita de la cooperacion de Rivera, porque Rivera entiende nuestras guerras, pero su amor propio le hace creer que él solo se basta, y desprecia á Rivera. Rivera necesita obrar en combinacion con Lavalle, porque Lavalle es un jefe del país, y sobre todo, porque la oficialidad de este no la tiene Rivera, pero Rivera desprecia á Lavalle porque no es montonero, y lo aborrece porque es porteño. Los hombres de pluma, los hombres de gabinete, como ellos se llaman, aconsejan á Lavalle; Lavalle quiere seguir esos consejos, pero los hombres de espada que le acompañan desprecian á los que no están en el ejército, y Lavalle, que no sabe mandar, da oidos á la griteria á sus subalternos, y por no disgustarlos, se pone en anarquía con los hombres de saber que hay en su partido. Todos los nuevos unitarios de las provincias, por lo mismo que son unitarios, están enfermos del mismo mal que aquellos, es decir, cada uno se cree un jefe, un ministro, un gobernador, y nadie quiere creerse ni soldado, ni empleado, ni ciudadano. Entónces, Señor ministro de Su Majestad la Reina inglesa, cuando se tienen tales enemigos, el modo de destruirlos es darles tiempo á que se destruyan ellos mismos, y eso es lo que hago yo.

— Oh! muy bien! ¡es un magnífico plan! dijo alborozado el Señor Mandeville.

— Permítame usted, que no he concluido, dijo Rosas con la misma flema. Cuando se tiene tales

enemigos, decia, no se les cuenta por el número, sino por el valor que representa cada fraccion, cada círculo, cada hombre; y comparando esas fracciones luego con el poder contrario, sólido, organizado, donde nadie manda sino uno solo, y donde todos los demas obedecen como los brazos á la voluntad, se deduce entónces que el triunfo de este último poder es seguro, infalible aun cuando aparezca mas pequeño comparado con el total de sus enemigos en masa. ¿Está usted enterado ahora del modo cómo se debe apreciar la situacion de mis enemigos y la mia? preguntó Rosas, que no habia perdido ni un momento el aplomo con que habia empezado á desenvolver su original plan de campaña, que era el resultado de ese estudio prolijo que, en su vida pública, habia hecho de los enemigos que lo habian combatido, y que, queriendo destruirlo, le dieron esa grandeza de poder y de medios que lo hicieron tan respetable á los ojos del mundo, y que él por sí solo no tuvo nunca, ni el talento, ni el valor de conquistarla.

— Oh! lo comprendo, lo comprendo, Excelentísimo Señor! dijo el ministro frotándose sus blancas y cuidadas manos, con esa satisfaccion viva que tiene todo hombre que acaba de salir venturosamente de una incertidumbre, ó de un conflicto. Reformaré mis comunicaciones y haré que el pensamiento de lord Palmerston se fije ilustradamente en la situacion de los negocios, bajo el punto de vista que tan hábil, tan acertadamente acaba de determinar Vuestra Excelencia.

— Haga usted lo que quiera. Lo único que yo deseo es que se escriba la verdad, dijo Rosas con cierto aire de indiferencia, al traves del cual el Señor Mandeville, si hubiese estado con ménos entusiasmo en ese momento, habria descubierto que la escena del disimulo comenzaba.

— El saber la verdad, en el gabinete inglés importa hoy tanto, como á Vuestra Excelencia el que se haga saber esa verdad.

— ¿A mí?

— Cómo! ¿Vuestra Excelencia no miraria como el mas grande apoyo posible el ausilio de la Inglaterra?

— ¿En qué sentido?

— Por ejemplo, si la Inglaterra obligase á la Francia la terminacion de su cuestion en el Plata, ¿no seria para Vuestra Excelencia la mitad del triunfo sobre todos sus enemigos?

— Pero esa interposicion de la Inglaterra ¿no me la ha ofrecido usted desde el comenzamiento del bloqueo?

— Es muy cierto, Excelentísimo Señor.

— Y de paquete á paquete, ¿no se ha pasado el tiempo sin recibir usted las instrucciones que siempre pide y que nunca le llegan?

— Cierto, Excelentísimo Señor, pero esta vez, á la menor insinuacion del gobierno inglés, el gobierno de Su Majestad el Rey de los Franceses despachará un plenipotenciario que arregle con Vuestra Excelencia esta malhadada cuestion. Hoy no puedo ponerlo en duda.

— ¿Y porqué?

— El gobierno frances se encuentra hoy en una posicion terrible, Excelentísimo Señor. En la Algeria la guerra se ha encendido con mas vigor que nunca; Abdel-kader se presenta hoy como un enemigo formidable. En la cuestion de Oriente, la Francia sola tiene pretensiones diferentes y contrarias á las otras cuatro grandes potencias que se interponen entre el Sultan y el Pachá de Egipto; quince navíos, cuatro fragatas, y otros buques menores han sido enviados por el gobierno frances á los Dardanelos, y si él insiste en sus pretensiones, ó si la Rusia se sostiene en proteger á Constantinopla, dentro de poco el rey Luis Felipe tendrá necesidad de enviar todas sus

escuadras al Bósforo y á los Dardanelos. En el interior, la Francia no está mas tranquila, ni mas segura. La tentativa de Strasburgo ha puesto en accion á todos los napoleonicistas, y los antiguos partidos empiezan á levantar su bandera parlamentaria. El ministerio Soult, si no ha caido ya, caerá pronto, y la oposicion mina y trabaja por colocar en la presidencia del consejo á alguno de sus miembros eminentes. En tal situacion, la Francia necesita consolidar mas que nunca su alianza con la Inglaterra; y por una cuestion, para ella de tampoco interes, como es la del Plata, el gabinete frances no querrá hacer á lord Palmerston un desaire bien peligroso en estas circunstancias.

— Hágalo ó no lo haga, para mí es indiferente, Señor ministro. Yo no corro peligro en Constantinopla, ni en Africa, y por lo que hace al bloqueo, no es á mí á quien mas perjudica, como usted lo sabe.

— Ya lo sé, ya lo sé, Excelentísimo Señor: es el comercio británico el que sufre por este prolongado bloqueo.

— ¿Sabe usted qué capital ingles está encerrado en Buenos Aires porque la escuadra francesa no lo deja salir?

— Dos millones de libras en frutos del país que se deterioran cada día.

— ¿Sabe usted cuánto es el gasto mensual que se hace por el cuidado de esos frutos?

— Veinte mil libras, Excelentísimo Señor.

— Exactamente.

— Todo eso acabo de comunicarlo á mi gobierno.

— ¿Sabe usted qué capital británico en manufacturas ha sido interrumpido en su tránsito y depositado la mayor parte en Montevideo?

— Un millon de libras. Tambien lo he comunicado á mi gobierno.

— Me alegro que lo sepa, ya que quiere sufrir esos perjuicios. Son ustedes los interesados. Por lo que hace á mí yo sé cómo defenderme del bloqueo.

— Yo he repetido muchas veces que Vuestra Excelencia lo puede todo, dijo el ministro con una sonrisa la mas insinuativa y cortesana, pero al mismo tiempo con la espresion de una verdad sentida.

— No todo, Sr. Mandeville, dijo Rosas echándose para atras en su silla y fijando sus ojos como dos flechas sobre la fisonomía de aquel en quien al parecer iba á estudiar el fondo de su conciencia, no todo, por ejemplo, cuando algun ministro extranjero abre las puertas de su casa á un unitario perseguido por la justicia y me lo oculta, yo no puedo contar con la franqueza de él para que venga á darme cuenta de tal suceso, y pedirme una gracia que yo concederia sin esfuerzo.

— Cómo! ¿Ha sucedido tal cosa? Por mi parte yo no sé á qué ministro se refiere Vuestra Excelencia.

— ¿Usted no lo sabe, Señor Mandeville? dijo Rosas acentuando una por una sus palabras, con sus ojos clavados, sin pestañear, en la fisonomía de Mandeville.

— Doy á Vuestra Excelencia mi palabra de....

— Basta, lo interrumpió Rosas, que ántes de que hablase Mandeville se habia convencido de que en efecto ignoraba aquello que á él le interesaba saber, y porque únicamente lo habia llamado á su presencia. Basta, repitió, y se levantó para no descubrir en su rostro el sentimiento de rabia que en aquel momento le conmovia.

Mandeville habia vuelto á sus perplejidades anteriores cerca de aquel hombre de quien jamas otro alguno podia estar, ni retirarse satisfecho y tranquilo.

Rosas acababa de dar un paseo por la habitacion cuando de repente paróse, y poniendo su mano sobre el respaldo de la silla de Viguá, que habia estado batallando horriblemente con el sueño durante esta larga conversacion de que no habia entendido una sola palabra, quedó

en la actitud de un hombre que reconcentra en su oído toda la sensibilidad de su alma. El motivo era ya perceptible: un caballo á todo galope se sentía venir del oeste por la calle del Restaurador; y en un minuto, el ruido de sus cascos vibraba en la cuadra de la casa de Rosas.

— Algun parte de la policía, dijo el Señor Mandeville que queria de algun modo anudar la conversacion tan bruscamente rota, y que comprendía la atencion de Rosas.

Rosas lo bañó con una mirada de desprecio, y le dijo:

— No, Señor ministro inglés: ese caballo viene de la campaña, y el hombre que lo ha sentado contra la puerta de mi casa, no es celador, ni comisario de policia, sino un buen gaucho.

El ministro hizo un ligero movimiento de hombros y se levantó.

A ese tiempo, el general Corvalan entró al comedor con un pliego en la mano.

Rosas lo abrió, y no bien hubo leído las primeras líneas cuando una espresion de furor salvaje inundó su rostro, pero tan súbita que el Señor Mandeville, que habia percibidola con facilidad, quedó en duda si habia sido acaso una ilusion de óptica, ó una realidad.

— Con que, Señor Mandeville, usted se retira, dijo Rosas interrumpiendo la lectura del pliego, y estendiendo la mano al Señor Mandeville que ya estaba con el sombrero en la suya.

— Vuestra Excelencia descanse en sus amigos.

— ¿Cuándo piensa usted despachar el paquete? preguntó Rosas sin haber oido siquiera las palabras del ministro

— Pasado mañana, Excelentísimo Señor.

— Es mucho tiempo. Haga usted trabajar bien á su secretario, y que el paquete salga mañana á la tarde, ó

mas bien, hoy á la tarde porque ya son las cuatro de la mañana.

— Saldrá á las seis de la tarde, Excelentísimo Señor.

— Buenas noches, Señor Mandeville.

Y se retiró este ministro despues de tres ó cuatro profundas reverencias

— Corvalan, que acompañen al Señor, y vuelva usted.

— Señor! Señor! ¿qué le hago al gringo? dijo Viguá.

Pero Rosas sin oírle se sentó, estendió el pliego sobre la mesa, y, apoyando la frente sobre sus dos manos, continuó leyendo, miéntras á cada palabra sus ojos se inyectaban de sangre, y pasaban por su frente todas las medias tintas de la grana, del fuego y de la palidez.

Un cuarto de hora despues, el mismo habia cerrado la puerta exterior de su gabinete y se paseaba por él á pasos agitados, impelido por la tormenta de sus pasiones que se hubieran podido definir y contar en los visibles cambios de su fisonomía

---

## CAPÍTULO VIII.

### El amanecer.

El alba del 5 de Mayo habia despedido al fin aquella triste noche testigo de la ejecucion de un crimen horrible y de la combinacion de otros mayores.

La blanca luz de esa beldad pudorosa de los cielos que asoma tierna y sonrosada en ellos para anunciar la venida del poderoso rey de la naturaleza, no podia secar, con el tiernísimo rayo de sus ojos, la sangre inocente que

manchaba la orilla esmaltada de ese río, de cuyas ondas se levantaba, cubierta con su velo de rosas, su bellísima frente de jazmines. Pero argentaba con él las torres y los chapiteles de esa ciudad á quien los poetas han llamado: «La Emperatriz del Plata; la Aténas, ó la Roma del Nuevo Mundo.»

Dormida sobre esa planicie inmensa en que reposa Buenos Aires, la ciudad de las propensiones aristocráticas por naturaleza, parecía que quisiera resistir las horas del movimiento y la vigilia que le anunciaba el día, y conservar su noche y su molicie por largo tiempo aun. En sus calles espaciosas y rectas, se escondía aun, bajo los cuadrados edificios, alguna de esas medias tintas del claro-oscuro de los crepúsculos, que ponen en trepidación á los ojos, y en cierto no sé qué de disgustamiento al espíritu.

Una de esas brisas del sur, siempre tan frescas y puras en las zonas meridionales de la América, purificaba á la ciudad de los vapores húmedos y espesos de la noche, que el sol no había logrado levantar aun del lodo de las calles. Porque el invierno de 1840, como si hasta la naturaleza hubiese debido contribuir en ese año á la terrible situación que comenzaba para el pueblo, había empezado sus copiosas lluvias desde los primeros días de Abril. Y aquella brisa, embalsamada con las violetas y los jacintos que alfombran en esa estación las arenosas paraderas de Barracas, derramaba sobre la ciudad un ambiente perfumado y sutil que se respiraba con delicia.

Todo era vaguedad y silencio, tranquilidad y armonía.

Al oriente, sobre el horizonte tranquilo del gran río el manto celestino de los cielos se tachonaba de nácares y de oro á medida que la aurora se remontaba sobre su carro de ópalo, y las últimas sombras de la noche amontonaban en el occidente los postrimeros restos de su deshecho imperio.

Oh! porqué ese velo lúgubre y misterioso de las tinieblas no se sostenía suspendido del cielo sobre la frente de esa ciudad, de donde la mirada de Dios se había apartado! Si la maldicion terrible habia descendido sobre su cabeza en el rayo tremendo del enojo de la Divinidad, ¿porqué, entónces, la tierra no rodaba para ella sin sol y sin estrellas para que el escándalo y el crimen no profanasen esa luz de Mayo, cuyo rayo habia templado, treinta años ántes, el corazon y la espada de los regeneradores de un mundo?... Pero la naturaleza parece hacer alarde de su poder rebelde á las insinuaciones humanas, cuanto mas la humanidad busca en ella alguna afinidad con sus desgracias. Bajo el velo de una oscura noche, una mano régia abria una ventana de palacio y hacia, en Paris, la señal de la San Bartolomé, y al siguiente dia un sol magnífico quebraba sus rayos de oro sobre las charcas de sangre de las víctimas, cuyo último gemido habia demandado de Dios la venganza de tan horrible crimen. Y ante el crepúsculo de una tarde lánguida y perfumada, cuando la luna y las estrellas empezaban á rutilar su luz de plata sobre los cielos de la Italia, y la campana de *vísperas* llamaba al templo de Dios la alma cristiana, en las calles de Sicilia, una jóven dió la señal tremenda que debia fijar en un rio de sangre el recuerdo de una criminal venganza!

Como la naturaleza, la humanidad tambien debia aparecer indiferente á las desgracias que se acumulaban sobre la cabeza de ese pueblo inocente, que, como fué solo en las victorias y en la grandeza, solo y abandonado debia sufrir la época aciaga de su infortunio. Porque, por una estraña coincidencia de los destinos humanos, ese pueblo argentino que surgió de las florestas salvajes para dar libertad é imprimir el movimiento regenerador en diez naciones, parece destinado á ser tan grande en la victoria como en la derrota, en la virtud como en el crimen; pues que hasta los crímenes por que ha

derramado un mar de lágrimas y sangre, tienen una fisonomía original é imponente, que las eleva sobre la vulgaridad de los delitos que conmueven y ensangrentan la vida civil y política de los pueblos.

Solo, abandonado, él comprendía, sin embargo, cuál era su situación actual, y presagiaba por instinto, por esa voz secreta de la conciencia que se anticipa siempre á hablarnos de las desgracias que nos amenazan, que un golpe nuevo y mas terrible aun que aquellos que lo habian postrado, estaba próximo á ser descargado sobre su cabeza por la mano inapiadable de la tiranía; y para contenerla él, el pueblo de Buenos Aires no tenia, ni los medios, ni siquiera el espíritu para procurarlos.

El *terror*, — esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la mas terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, segun la expresion de Victor Hugo, empezaba á introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, y llenaba de desconfianzas el ánimo de todos.

El triunfo de los libertadores era la oracion que cada uno elevaba á Dios desde el santuario secreto de sus pensamientos. Pero era tal la idea que se tenia de que los últimos parasismos de la dictadura serian mortales para cuantos vivían al alcance de su temible mano, que sus mas encarnizados enemigos deseaban que aquel triunfo fuese una obra pronta, instantánea, que hiriese en la cabeza al tirano, con la rapidez y prepotencia del rayo, para no dar lugar á la ejecucion de las terribles venganzas que temian. Y cuando para conseguir esto se ofrecian á sus ojos los obstáculos de tiempo, de distancia y de cosas, aquellos, los mas concienzudos enemigos del dictador, temblaban en secreto de la hora en que se aproximase el triunfo. Tal

era el primer síntoma con que se anunciaba el terror sobre el espíritu!

Así era la situación moral del pueblo de Buenos Aires en los momentos en que comenzamos nuestra historia.

Y en esos instantes en que el alba asomaba sobre el cielo, según el principio de este capítulo, y en que el silencio de la ciudad era apenas interrumpido por el rodar monótono de algunos carros que se dirigían al mercado; un hombre alto, flaco, no pálido, sino amarillo, y ostentando en su fisonomía unos cincuenta, ó cincuenta y cinco años de edad, caminaba por la calle de la Victoria afirmandose magistralmente en su baston; marchando con tal mesura y gravedad, que no parecía sino que había salido de su casa á esas horas para respirar el aire puro de la mañana, ó para mostrar al rey del día, ántes que ninguno otro porteño, el inmenso chaleco colorado con que se cubría hasta el vientre, y las divisas federales que brillaban en su pecho y en su sombrero. Este hombre, sin embargo, fuera por casualidad ó intencionalmente, tenía la desgracia de que la hermosa caña de la India con puño de marfil que llevaba en su mano se le cayera dos ó tres veces en cada cuadra, rodando siempre hácia tras de su persona, cuyo incidente le obligaba á retroceder un par de pasos para cogerla, y, como era natural, á echar una mirada sobre las cuadras que había andado, es decir, en dirección al campo; porque este individuo venía del lado del oeste, enfilando la calle de la Victoria, con dirección á la plaza.

Al cabo de veinte ó veinte y cinco caídas del baston, se paró delante de una puerta que ya nuestros lectores conocen: era aquella por donde Daniel y su criado habían entrado algunas horas ántes.

El paseante se reclinó contra el poste de la vereda, quitóse el sombrero y empezó á levantar los cabellos de su frente, como hacen algunos en lo mas riguroso del

estío. Pero por casualidad, por distraccion, ó no sabemos por qué sumergió sus miradas á derecha é izquierda de la calle, y despues de convencerse que no habia alma viviente en una longitud de diez ó doce cuabras á lo ménos, se acercó a la puerta de la calle y llamó con el picaporte, desdeñando, no sabemos porqué, hacer uso de un leon de bronce que servia de estrepitoso llamador.

---

## CAPITULO IX.

### El angel y el diablo.

No será largo el tiempo que sostengamos la curiosidad del lector sobre el nuevo personaje que acaba de introducirse en nuestros asuntos. Pero entretanto, separándonos algo bruscamente de la calle de la Victoria, y pidiendo á nuestro buen viejo Saturno el permiso de no seguirlo esta vez en su mesurada carrera, daremos un salto desde el alba hasta las doce del día, de uno de esos días del mes de Mayo, en que el azul celeste de nuestro cielo es tan terso y brillante que parece, propiamente hablando, un cortinaje de encajes y de raso; y apresurémonos á seguir un coche amarillo, tirado por dos hermosos caballos negros, que dejando la casa del general Mancilla, marcan á gran trote sus gruesas herraduras sobre el empedrado de la calle de Potosí. Y por cierto que no seremos únicamente nosotros los que nos proponemos seguirle, pues no es difícil que la curiosidad se incite, y las imaginaciones de veinte años florezcan mas improvisamente que la primavera, cuando el pasaje fugitivo de ese coche da tiempo, sin embargo, á mirar por uno de los postigos abiertos una mano de mujer, escondida entre un luciente guante de cabritilla color paja, que

mas bien parece dibujado que calzado en ella, y un puño de encajes blancos como la nieve, que acarician con sus pequeñas ondas aquella mano, cuya delicadeza no es difícil adivinar. Pero la mujer á quién pertenece, reclinada en un ángulo del carruaje, no quiere tener la condescendencia que su mano, y la mirada de los paseantes no puede llegar hasta su rostro.

El coche dobló por la calle de las Piedras, y fué á parar tras de San Juan, en una casa cuya puerta parecia sacada del infierno, tal era el color de llamas rojas que ostentaba.

Entónces una jóven bajó del coche, ó mas bien salvó los dos escalones del estribo, poniéndolo ligeramente su mano sobre el hombro de su lacayo. Y su gracioso salto dió ocasion por un momento á que asomase, de entre las anchas aldas del vestido, un pequeñito pié, preso en un botin color violeta. Y era esta jóven de diez y siete á diez y ocho años de edad, y bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan etérea comparacion. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caian sobre un rostro que parecia haber robado la lozanía y colorido de la mas fresca rosa. Frente espaciosa é inteligente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y mas oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi trasparente, y con esa ligerísima curva, apénas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginacion y del ingenio; y por último, una boca pequeña, y rosada como el carmin, cuyo labio inferior la hacia parecer á las princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al labio superior, completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que cada faccion, revelaba delicadezas de alma, de organizacion y de raza, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

Agregád á esto un talle de doce pulgadas de circunferencia, sosteniendo un delicado vaso de alabastro en que parecia colocada, como una flor, aquella bellísima cabeza, y tendréis una idea medianamente aproximada de la jóven del coche, vestida con un traje de seda color jacinto, y un chal de cachemira blanco, con guardas color naranja.

Habia algo de aéreo, de vaporoso en esta criatura, que esparcia en torno suyo un perfume que solo era perceptible al alma — al alma de los que tienen el sentimiento de la belleza. Fisonomía de perfiles, formas ligerísimamente dibujadas por el pincel delicado de la naturaleza, mas parecia la idealizacion de un poeta, que un ser viviente en este prosaico mundo en que vivimos. La jóven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir á toda la fuerza de su espíritu, y á su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porcion de hombres vestidos de colorado de los piés á la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, mas ó ménos tarde, destinados á la horca, que cuajaba el zaguan y parte del patio de la casa de Doña María Josefa Ezcurra, cuñada de D. Juan Manuel Rosas, donde la bella jóven se encontraba.

No con poca dificultad llegó hasta la puerta de la sala, y, tocando ligeramente los cristales, entró á ella esperando hallar alguien á quien preguntar por la dueña de casa. Pero la jóven no encontró en esa sala sino dos mulatas, y tres negras que, cómodamente sentadas, y manchando con sus piés enlodadas la estera de esparto blanca con pintas negras que cubria el piso, conversaban familiarmente con un soldado de chiripá punzó, y de una fisonomía en que no podia distinguirse donde acababa la bestia y comenzaba el hombre.

Los seis personajes miraron con ojos insolentes y curiosos á esa recién venida en quien no veían de los distintivos de la federación, de que ellos estaban cubiertos con exuberancia, sino las puntas de un pequeñito lazo de cinta rosa, que asomaba por bajo el ala izquierda de su sombrero.

Un momento de silencio reinó en la sala.

— ¿La Señora Doña María Josefa está en casa? preguntó a la jóven, sin dirigirse directamente á ninguna de las personas que se acaba de describir.

— Está, pero está ocupada; respondió una de las mulatas, sin levantarse de su silla.

La jóven vaciló un instante; pero tomando luego una resolución para salir de la situación embarazosa en que se hallaba, llegóse á una de las ventanas que daban á la calle, abrióla, y llamando á su lacayo, dióle orden de entrar á la sala.

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala le dijo la jóven:

— Llama á la puerta que da al segundo patio de esta casa, y dí que pregunten á la Señora Doña María Josefa si puede recibir la visita de la Señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta orden y ese prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe, cualquiera que sea la situación en que están colocadas, cuando saben sostenerse á la altura de su condición, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, por una ficción repugnante de los sucesos de la época, osaban creerse, con toda la clase á que pertenecían, que la sociedad había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamándose la sociedad entera en una sola familia.

Florencia, — en quien ya habrán conocido nuestros lectores al ángel travieso que jugaba con el corazón de Daniel, — esperó un momento.

No tardó en efecto, en aparecer una criada regularmente vestida, que la dijo, tuviese la bondad de esperar un momento.

En seguida anunció á las cinco damas de la federacion allí sentadas, que la Señora no podia oirlas hasta la tarde, pero que no dejasen de venir á esa hora. Ellas obedecieron en el acto; pero al salir, una de las negras no pudo ménos de echar una mirada de enojo sobre la que causaba aquel desaire que se les acababa de hacer; mirada que perdióse en el aire, porque, desde su entrada á la sala, Florencia no se dignó volver sus ojos hácia aquellas tan estrañas visitas de la hermana política del gobernador de Buenos Aires, ó mas bien, á aquellas nubes preñadas de aire mal sano que hacian parte del cielo rojo-oscuro de la federacion.

La criada salió; pero el soldado, que no habia recibido órden ninguna para retirarse, y que estaba allí por llamamiento anterior, creyóse bien autorizado para sentarse, cuando ménos en el umbral de la puerta del salon, y Florencia quedó al fin completamente sola.

Al instante sentóse en el único sofá que allí habia, y oprimiendo sus lindos ojos con sus pequeñas manos, quedóse de ese modo por algunos segundos, como si quisiesen reposar su espíritu y su vista del rato desagradable y violento por que acababan de pasar.

Entretanto, Doña María Josefa se daba prisa en una habitacion contigua á la sala, en despachar dos mujeres de servicio con quienes estaba hablando, mientras ponía una sobre otras veinte y tantas solicitudes que habian entrado ese día acompañadas de sus respectivos regalos, en los que hacian no pequeña parte los patos y las gallinas del zaguán, para que por su mano fuesen presentadas á su Excelencia el Restaurador, aun cuando su Excelencia el Restaurador estaba seguro de no ser importunado con ninguna de ellas. Y se apresuraba, decíamos, porque la Señorita Florencia Dupasquier, que se le

había anunciado, pertenecía por su madre á una de las mas antiguas y distinguidas familias de Buenos Aires, relacionada desde mucho tiempo con la familia de Rosas; aun cuando en la época presente, con pretexto de la ausencia de Mr. Dupasquier, su Señora y su hija aparecian muy rara vez en la sociedad.

El lector querria saber qué clase de negocios tenia Doña María Josefa con las negras y las mulatas de que estaba invadida su casa. Mas adelante lo sabremos. Baste decir, por ahora, que en la hermana política de D. Juan Manuel Rosas, estaban refundidas muchas de las malas semillas, que la mano del genio enemigo de la humanidad arroja sobre la especie, en medio de las tinieblas de la noche, segun la fantasía de Hoffmann. Los años 33 y 35 no pueden ser esplicados en nuestra historia, sin el auxilio de la esposa de D. Juan Manuel Rosas, que sin ser malo su corazon, tenia, sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu para la intriga política; y 39, 40 y 42 no se entenderian bien si faltase en la escena histórica la accion de Doña María Josefa Ezcurra.

Esas dos hermanas son verdaderos personajes políticos de nuestra historia, de los que no es posible prescindir, porque ellas mismas no han querido que se prescinda; y porque, ademas, las acciones que hacen relacion con los sucesos públicos, no tienen sexo.

La naturaleza no predispuso la organizacion de la hermana política de Rosas para las impresiones especiales de la mujer. La actividad y el fuego violento de pasiones políticas debían ser el alimento diario del alma de esa Señora. Circunstancias especiales de su vida habian contribuido á desenvolver esos gérmenes de su naturaleza. Y la posicion de su hermano político, y las convulsiones sangrientas de la sociedad argentina, le abrian un escenario vasto, tumultuario y terrible, tal cual su organizacion lo requería. Sin vistas y sin talento, jamas un ser oscuro en la vida del espíritu ha prestado servicios mas

importantes á un tirano que los que a Rosas la mujer de que nos ocupamos; por cuanto la importancia de los servicios para Rosas, estaban en relacion con el mal que podia inferir á sus semejantes; y su cuñada, con un teson, una perseverancia y una actividad inauditas le facilitaba las ocasiones en que saciar su sed abrasadora de hacer el mal.

Esta Señora, sin embargo, no obraba por cálculo, no; obraba por pasion sincera, por verdadero fanatismo por la federacion y por su hermano; y ciega, ardiente, tenaz en su odio á los unitarios, era la personificacion mas perfecta de esa época de subversiones individuales y sociales, que habia creado la dictadura de aquel. Epoca que no ha sido estudiada todavía, y que causará asombro cuando se haga conocer en ella todo cuanto puede relajarse la moral de una sociedad jóven, cuando á esa relajacion es impelida por una mano poderosa que se empeña en ello; encontrando por resistencia apénas la moral y la virtud privada que se dejan arrastrar indefensas y fácilmente en el torbellino de los cataclismos públicos, porque les falta la potencia irresistible de la asociacion de ellas mismas. La asociacion de las ideas, de las virtudes, de los hombres, en fin, no existia en ese pueblo que creia con el candor del niño, que bastaba para ser libre, grande y poderoso, el haber sido valiente en las batallas.

Desasociados los hombres, aislados los sentimientos de la justicia y de la moral, de la virtud y del decoro, fueron aniquilados al empuje violento del crimen asociado y organizado por un gobierno, cuyo objeto era ese únicamente, y que explotaba para conseguirlo todos los malos instintos de una plebe ignorante y apasionada, que buscaba el momento de reaccionarse contra un órden de cosas civilizado, que empezaba a oprimir en ella la expansion de sus habitudes salvajes.

La puerta contigua á la sala abrióse al fin, y la mano de la elegante Florencia fué estrechada entre la mana

descuidada de Doña María Josefa: mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliñado y canoso, donde flotaban las puntas de un gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta y ocho años de vida estaban notablemente aumentados en su rostro por la acción de las pasiones ardientes.

— Qué milagro es este! ¿porqué no ha venido también Doña Matilde? preguntó sentándose en el sofá á la derecha de Florencia.

— Mamá se halla un poco indispuesta, pero no pudiendo saludar á V. personalmente, me manda ofrecerla sus respetos.

— Si yo no conociera á Doña Matilde y su familia, creería que se había vuelto unitaria; porque ahora se conocen á las unitarias por el encerramiento en que viven. ¿Y sabe usted porqué se encierran esas locas?

— Yo? no, Señora. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

— Pues se encierran por no usar la divisa como está mandado, ó porque no se las peguen con brea, lo que es una zoncería, porque yo se las remacharía con un clavo en la cabeza para que no se la quitasen ni en su casa; y... pero también usted, Florencita, no la trae como es debido.

— Pero al fin la traigo, Señora.

— La traigo! la traigo! pero eso es como no traer nada. Así la traen también las unitarias; y aunque usted es la hija de un francés, no por eso es inmunda y asquerosa como son todos ellos. Usted la trae, pero....

— Y eso es cuanto debo hacer, Señora, dijo Florencia interrumpiéndola y queriendo tomar la iniciativa en la conversación para domar un poco aquella furia humana, en quien la avaricia era una de sus primeras virtudes.

— La traigo, continuó, y traigo también esta pequeña donación que, por la respetable mano de usted,

hace mamá al hospital de mujeres, cuyos recursos están tan agotados, según se dice. Y Florencia sacó del bolsillo de su vestido una carterita de marfil en donde había doblados cuatro billetes de banco que puso en la mano de Doña María Josefa, y que no era otra cosa, que ahorros de la mensualidad pare limosnas y alfileres que desde el día de sus catorce años le pasaba su padre.

Desdobló los billetes, y dilató sus ojos para contemplar la cifra 100, que representaba el valor de cada uno; y enrollándolos y metiéndolos entre el vestido negro y el pecho, dijo, con esa satisfacción de la avaricia satisfecha, tan bien pintada por Molière:

— Esto es ser federal! Dígale usted á su mamá que le he de avisar á Juan Manuel de este acto de humanidad que tanto la honra; y mañana mismo mandaré el dinero al Señor D. Juan Carlos Rosado, ecónomo del hospital de mujeres, y apretaba con su mano los billetes, como se temiera si convirtiéndose en realidad la mentira que acababa de pronunciar.

— Mamá quedaria bien recompensada con que tuviese usted la bondad de no referir este acto, que para ella es un deber de conciencia. Sabe usted que el Señor Gobernador no tiene tiempo para dar su atención á todas partes. La guerra le absorbe todos sus momentos; y, si no fuesen usted y Manuelita, difícilmente podría atender á tantas cargas como pesan sobre él.

La lisonja tiene mas acción sobre los malos que sobre los buenos, y Florencia acabó de encantar á la Señora con esta segunda ofrenda que la hacia.

— Y bien que le ayudamos al pobre! contestó arrellanándose en el sofá.

— Yo no sé cómo Manuelita tiene salud. Pasa en vela las noches, según se dice, y esto acabará por enfermarla, dijo Florencia con un tono el mas condolido del mundo.

— Por supuesto que acabará por enfermarla. Anoche por ejemplo, no se ha acostado hasta las cuatro de la mañana.

— ¿Hasta las cuatro?

— Y dadas ya.

— Pero ahora, felizmente creo que no tenemos ocurrencias ningunas.

— Bah! cómo se conoce que no está usted en la política. Ahora mas que nunca.

— Cierto. Yo no puedo estar en unos secretos que solo usted y Manuelita poseen muy dignamente; pero pensaba que estando tan léjos el Entre-Ríos, donde es el teatro de la guerra, las unitarios de aquí no molestarían mucho al gobierno.

— Pobre criatura! Usted no sabe sino de sus gorras y de sus vestidos ¿y los unitarios que quieren embarcarse?

— Oh! eso no se les podrá impedir! La costa es inmensa!

— ¿Qué no se les puede impedir?

— Me parece que no.

— Bah! Bah! Bah! y soltó una carcajada infernal mostrando tres dientes chiquitos y amarillos, únicos que le habían quedado en su encía inferior. ¿Sabe usted á cuántos se agarraron anoche? preguntó.

— No lo sé, Señora, contestó Florencia, ostentando la mas completa indiferencia.

— A cuatro, hija mia.

— ¿A cuatro?

— Justamente.

— Pero esos ya no podrán irse, porque supongo que estarán presos á estas horas.

— Oh! de que no se irán yo le respondo á usted, porque se ha hecho con ellos algo mejor que ponerlos en la cárcel.

— Algo mejor! exclamó Florencia como admirada, disimulando que sabia ya la suerte de aquellos infelices;

pues que acababa de estar con la Señora de Mancilla, y saber ya las desgracias de la noche anterior, aun cuando ni una palabra sobre el que habia tenido la dicha de libertarse de la muerte.

— Mejor; por supuesto. Los buenos federales han dado cuenta de ellos; los han..... los han fusilado.

— Ah! los han fusilado!

— Y muy bien hecho; ha sido una felicidad aunque con una pequeña desgracia.

— Oh! pero usted dice que es pequeña, Señora, y las cosas pequeñas no dan mucho que hacer á las personas como usted.

— A veces. Uno logró escaparse.

— Entónces no tendrán mucho que molestarle para encontrarle, porque la policía es muy activa segun creo.

— No mucho.

— Dicen que en ese ramo el Señor Victorica es un genio, insistió la traviesa diplomática, que queria picar el amor propio de Doña María Josefa.

— Victorica! no diga usted disparates — yo, yo y nadie mas que yo lo hace todo.

— Así lo he creido siempre, y en el caso actual casi estoy segura que será usted mas útil que el Señor jefe de policía.

— Puede usted jurarlo.

— Aunque por otra parte, las muchas atenciones de usted le impedirán acaso ....

— Nada, nada me impiden. Yo no sé muchas veces cómo me basta el tiempo. Hace dos horas que salí de lo de Juan Manuel, y ya sé mas sobre el que se ha fugado que lo que sabe ese Victorica que tanto ponderan.

— Es posible!

— Lo que usted oye.

— Pero eso es increíble....en dos horas.... una Señora!

— Lo que usted oye, repitió Doña María Josefa cuyo flaco era contar sus hazañas, criticar á Victorica y procurar que la admirasen los que la oían.

— Lo creeré porque usted lo dice, Señora, continuó Florencia que iba entrando á carrera por la cueva en que aquella fanática mujer guardaba mal velados sus secretos.

— Oh! créamelo usted como si lo viera.

— Pero habrá puesto usted cien hombres en persecucion del prófugo.

— Nada de eso. Qué! Mandé llamar á Merlo que fué quien los dolató, vino, pero ese animal no sabe ni el nombre ni las señas del que se ha escapado. Entónces mandé llamar á varios de los soldados que se hallaron anoche en el suceso; y allí está sentado en la puerta de la sala el que me ha dado los mejores informes. Y .... ¡verá usted que dato! Camilo! gritó y el soldado entró á la sala y se acercó á ella con el sombrero en la mano.

— Dígame usted, Camilo, continuó aquella, ¿qué señas puede usted dar del inmundo asqueroso salvaje unitario que se ha escapado anoche?

— Que ha de tener muchas marcas en el cuerpo, y que una de ellas yo sé dónde está, contestó con una espresion de alegría salvaje en su fisonomía.

— ¿Y dónde? preguntó la vieja.

— En el muslo izquierdo.

— ¿Con qué fué herido?

— Con sable, es un hachazo.

— ¿Está usted cierto de lo que dice?

— Y qué no estaba cierto! Yo fuí quien le pegué el hachazo, Señora.

Florencia se echó atras, hácia el ángulo del sofá.

— ¿Y lo conocería usted si lo viera? continuó Doña María Josefa.

— No, Señora, pero si lo oigo hablar le he de conocer.

— Bien, retírese usted, Camilo.

— Ya lo ha oído usted, prosiguió la hermana política de Rosas dirigiéndose á la Señorita Dupasquier que no habia perdido una sola palabra de la declaracion del bandido; ya lo ha oído usted! herido en un muslo! ¡Oh es un descubrimiento que vale algunos miles! ¿No le parece á usted?

— A mí! Yo no alcanzo, Señora, de qué importancia pueda serle á usted el saber que el que se ha escapado tiene una herida en el muslo izquierdo.

— ¿No lo alcanza usted?

— Ciertamente que no; pues supongo que el herido á estas horas estará curándose en su casa ó en alguna otra, y no se ven las heridas al traves de las casas.

— Pobre criatura! exclamó Doña María Josefa riéndose, alzando y dejando caer su mano descarnada y huesosa sobre la rodilla de Florencia, pobre criatura! esa herida me da tres medios de averiguacion.

— Tres medios!

— Justamente. Oígalos usted y aprenda algo: los médicos que asistan á un herido; los boticarios que despachen medicamentos para heridas; y las casas en que se note asistencia repentina de un enfermo. ¿Qué le parece á usted?

— Si usted los halla buenos, Señora, así serán; pero en mi opinion no es gran cosa lo que se podrá adelantar con esos medios.

— Oh! pero tengo otro de reserva para cuando con esos no logre nada.

— ¿Otro medio mas?

— Por supuesto! Los que he indicado son para las diligencias de hoy y de mañana; pero el lunes ya tendré cuando ménos una pluma del pájaro.

— Me parece que ni el color de las plumas ha de ver usted, Señora, respondióle Florencia con una sonrisa llena de picantería y de gracia, calculada para irritar y dar

movimiento á aquella máquina de cuchillos que tenia á su lado.

— Qué no! Ya verá usted el lunes.

— ¿Y porqué el lunes y no otro día cualquiera?

— ¿Porqué? ¿usted cree, Señorita, que las heridas de los unitarios no vierten sangre?

— Sí, Señora, vierten sangre como las de cualquier otro; quiero decir, deben verterla; porque yo no he visto jamas la sangre de ningun hombre.

— Pero los salvajes unitarios no son hombres, niña.

— ¿No son hombres?

— No son hombres; son perros, son fieras, y yo andaria pisando sobre su sangre sin la menor repugnancia.

Un estremecimiento nervioso conmovió toda la organizacion de la jóven, pero se dominó.

— ¿Conviene usted, pues, en que sus heridas vierten sangre? continuó Doña María Josefa.

— Sí, Señora, convengo.

— Entónces, ¿convendrá usted tambien en que la sangre mancha las ropas con que se está vestido?

— Sí, Señora, tambien convengo en ello.

— ¿Que mancha las vendas que se aplican á las heridas?

— Tambien.

— ¿Las sábanas de la cama?

— Así debe ser.

— ¿Las toallas en que se secan las manos los asistentes del enfermo?

— Tambien puede ser.

— ¿Cree usted todo esto?

— Si, Señora, lo creo, pero todas esas cosas me intrigan, y lo que mas puedo asegurar á usted es, que no entiendo una palabra de lo que quiere usted decirme. — Y en efecto, Florencia, con toda la vivacidad de su imagi-

nacion hacia vanos esfuerzos por alcanzar el pensamiento maldito á que precedian aquellos preám-bulos.

— Toma! Vamos á ver. ¿Qué dia reciben la ropa sucia las lavanderas?

— Generalmente el primer dia de la semana.

— A las ocho ó las nueve de la mañana, y á las diez van con ella al rio, ¿entiende usted ahora?

— Sí, contestó Florencia asustada de la imaginacion endemoniada de aquella mujer, que le sugeria recursos que no habrian pasado por la suya en todo el curso de su vida.

— La lavandera no ha de ser unitaria, y aunque lo fuese, ella ha de lavar la ropa delante de otras, y yo daré mis órdenes á este respecto.

— Ah! es un plan excelente, dijo la jóven que ya hacia un gran esfuerzo sobre sí misma para soportar la presencia de aquella mujer cuyo aliento le parecia que estaba tan envenenado como su alma.

— Excelente! y sé que no se le habria ocurrido á Victorica en un año.

— Lo creo.

— Ni mucho ménos á ninguno de esos unitarios fatuos y botarates que creen que todo lo saben y que para todo sirven.

— De eso no me cabe la mínima duda, exclamó la Señorita Dupasquier con tal prontitud y alegría, que cualquiera otra persona que Doña María Josefa, habria comprendido la satisfaccion que animó á la jóven al hacer esa justicia á los unitarios: á esa clase distinguida á que ella pertenecia por su nacimiento y educacion.

— Oh! Florencita, no vaya usted á casarse con ningun unitario! Ademas de inmundos y asquerosos, son unos tontos, que el mas ruin federal se puede jugar con todos ellos. Y, á propósito de casamiento ¿cómo está el Señor D. Daniel, que no se deja ver en parte alguna de algun tiempo á aqui?

— Está perfectamente bueno de salud, Señora.

— Me alegro mucho. Pero cuidado, abra usted los ojos; mire usted que le doy un buen consejo.

— Que abra los ojos! ¿Y para ver qué, Señora? interrogó Florencia, cuya curiosidad de mujer amante no habia dejado de picarse un poco.

— ¿Para qué? Oh! usted lo sabe bien. Los enamorados adivinan las cosas.

— ¿Pero qué quiere usted que yo adivine?

— Toma! ¿no ama usted á Bello?

— Señora!

— No me oculte usted lo que yo sé muy bien.

— Si usted lo sabe....

— Si yo lo sé, debo prevenir que hay moros en la costa; que tenga cuidado de que no la engañen, porque yo la quiero á usted como á una hija.

— Engañarme! ¿quién? Aseguro á usted, Señora, que no la comprendo, replicó Florencia algo turbada, pero haciendo esfuerzos sobre sí misma para arrancar de Doña María Josefa el secreto que le indicaba poseer.

— Pues es gracioso! ¿y á quien he de referirme sino al mismo Daniel?

— Oh! eso es imposible, Señora; Daniel no me ha engañado jamas, contestó con altivez Florencia.

— Yo he querido creerlo así, pero tengo datos.

— ¿Datos?

— Pruebas. ¿No ha pensado usted en Barracas mas de una vez? Vamos, la verdad: á mí no me engaña nadie.

— Alguna vez hablo de Barracas, pero no veo qué relacion tenga Barracas conmigo.

— Con usted, indirecta: con Daniel, directamente.

— ¿Lo cree usted?

— Y mejor que yo, lo sabe y lo cree una cierta Amalia, prima hermana de un cierto Daniel, conocido y algo mas de una cierta Florencia. ¿Comprende usted

ahora, mi paloma sin hiel? dijo la vieja riéndose y acariciando con su mano sucia la espalda tersa y rosada de Florencia.

— Comprendo algo de lo que usted quiere decirme, pero creo que hay alguna equivocación en todo esto, contestó la joven con fingido aplomo, pues que su corazón acababa de recibir un golpe para el cual no estaba preparado, aun cuando le era perfectamente conocida la maledicencia de la persona con quien hablaba; ¡qué mujer no está pronta siempre á creerse engañada y olvidada del ser á quien consagra su corazón y sus amores!

— No me equivoco, no, Señorita. ¿A quién ve esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su quinta? á Daniel solamente. ¿Qué ha de hacer Daniel, joven y buen mozo, al lado de su prima joven, linda y dueña de sus acciones? no han de ponerse á rezar segun me parece. ¿De qué proviene la vida retirada que hace Amalia? Daniel lo sabrá porque es el único que la visita. ¿Qué se hace Daniel que no se le ve en ninguna parte? es porque Daniel va todas las tardes á ver á su prima, y á la noche á ver á usted. Esta es la moda de los mozos de ahora: dividir el tiempo con cuantas pueden. Pero ¿qué es eso? ¡Se pone usted pálida!

— No es nada, Señora, dijo Florencia que en efecto estaba pálida como una perla, porque toda su sangre se detenía en su corazón.

— Bah! exclamó Doña María Josefa, soltando una carcajada estridente. Bah! Bah! Bah! Y eso que no le digo todo; lo que son las muchachas!

— Todo! exclamó Florencia.

— No, no quiero poner mal á nadie, y seguía riéndose á carcajada tendida, gozando de los tormentos con que estaba torturando el corazón de su víctima.

— Señora, yo me retiro, dijo Florencia levantándose casi trémula.

— Pobrecita! Tírele bien las orejas; no se deje engañar, y sin levantarse soltaba de nuevo sus malignas carcajadas, y era la risa del diablo la que estaba contrayendo y dilatando la piel gruesa, floja y con algunas manchas amorotadas de la fisonomía de esa mujer, que en ese momento hubiera podido servir de perfecto tipo para reproducir las brujas de las leyendas españolas.

— Señora, yo me retiro, repitió Florencia estendiendo la mano á quien acababa de enturbiar en su alma el cristal puro y trasparente de su felicidad, con la primera sombra de una sospecha horrible sobre la fidelidad de su amante.

— Bien, mi hijita, adios. Memorias á mamá y que se mejore para que nos veamos pronto. Adios, y abrir los ojos! eh! y riéndose todavía acompañó á la Señorita Dupasquier hasta la puerta de la calle.

La infeliz jóven subió á su carruaje, y tuvo que desprender los broches del vestido que oprimia su cintura de sílfide, para poder respirar con libertad, pues en ese momento estaba á punto de desmayarse. En Florencia habia una de esas organizaciones desgraciadas que carecen de esa triste consolacion del llanto, que indudablemente arrebatara en sus gotas una gran parte de la opresion física en que ponen al corazon las impresiones improvisas y dolorosas.

La reflexion, esa facultad que levanta al hombre á la altura de la Divinidad que lo ha creado, y que, sin embargo, suele servirnos muchas veces para dar amplificacion á los males de que queremos libertarnos con ella, vino á llenar de sombras el espíritu impresionable de aquella jóven.

— En efecto, se decia Florencia, Daniel monta á caballo con frecuencia; nunca he sabido dónde pasa las tardes. Muchas noches, la de ayer por ejemplo, se ha retirado de mi casa á las nueve. Nunca me ha ofrecido la relacion de su prima. Por otra parte; esta mujer que lo

sabe todo: que tiene á su servicio todos los medios que le sugiere su espíritu perverso para saber cuanto pasa, y cuanto se dice en Buenos Aires. Esta mujer que me ha hablado con tal seguridad; que posee pruebas, segun me ha dicho. Esta mujer que no tiene ningun motivo para aborrecerme y engañarme ¡Oh! es cierto! ¡es cierto, Dios mio! exclamaba Florencia, oprimiendo con una de sus manos su perfilada frente cuyo color de rosa huia y reaparecia en cada segundo. Y su cabeza se perdia en un mar de recuerdos, de reflexiones y de dudas, sin tener el vigor necesario para sacudirse de esa especie de vértigo que la anonadaba, porque en ella la sensibilidad, el corazon, como se dice vulgarmente, era mas poderoso y activo que su viva y brillante inteligencia, y la absorbia toda en las situaciones en que un pesar ó una felicidad profunda la conmovian.

Agitada, pálida, no pensando ya sino en las conversaciones de Daniel relativas á Amalia, en que tantas veces habia ponderado su belleza, su talento y la delicadeza de sus gustos, Florencia llegó á su casa á la una y media de la tarde, decidida á referir á su madre cuanto acababa de oir, porque Florencia no habia tenido en la vida mas amor que el de Daniel, ni mas amistad que la de su madre. Felizmente la Señora Dupasquier acababa de salir y Florencia se encontró sola en su salon, en tanto que se aproximaba el momento de recibir la visita de Daniel, segun la hora que le habia anunciado en su carta de la mañana.

## CAPITULO X.

### Una agente de Daniel.

A las nueve de la mañana Daniel se vestía tranquilamente ayudado por su fiel Fermin, que habia cumplido ya todas las comisiones de que habia sido encargado por su Señor.

— ¿Florenxia misma recibió las flores? le preguntó mientras pasaba la escobilla por su cabello castaño oscuro y por su patilla rala que se abría artificialmente en la barba, según las prescripciones federales de la época.

— Ella misma, Señor.

— ¿Y la carta?

— Junto con las flores.

— ¿Observaste si estaba contenta?

— Me parece que sí, pero se sorprendió cuando le di la carta. Me preguntó si habia ocurrido alguna novedad.

— Pobrecita! Vamos á ver ¿cómo estaba vestida? cuéntame todo: pero primero, lo que estaba haciendo cuando llegaste.

— Estaba bajo la planta de jazmines que hay en el patio, desenvolviendo los papelitos de los rizos.

— De sus rizos de oro, de sus rizos cuyas hebras tienen atado mi corazón al suyo! continúa, dijo Daniel, acabando de atar con negligencia una corbata de seda negra á su cuello.

— No hacia nada más.

— Pero te he preguntado cómo estaba vestida.

— Con un vestido blanco con listas verdes, todo abierto por delante y atado á la cintura.

— ¡Bellísima descripción! Eso se llama un batón de mañana, Fermin. ¡Qué linda estaría! Y bien ¿qué más?

— Nada más.

— Eres un tonto.

— Pero, Señor, si no tenía otro vestido.

— Sí, pero tenía zapatos ó botines, tenía algun pañuelo, alguna cinta, alguna otra cosa en fin que tú has debido ver para contármelo todo.

— ¡Y cuándo iba á fijarme en todo eso, Señor! respondió el criado de Daniel con esa calma y esa espresion burlona en la fisonomía, peculiares al gaucho; porque Fermin lo era por su primera educacion, aun cuando los hábitos de la ciudad habian corregido mucho aquellos de su niñez.

— Peor para tí. Vamos á otra cosa. ¿Quiénes están ahí?

— La mujer á quien fuí á llamar de parte de usted, y Don Cándido.

— Ah! mi maestro de palotes; el genio de los adjetivos y de las digresiones! ¿Y qué motivo lo trae por esta casa? ¿Sabes algo de eso, Fermin?

— No, Señor. Me ha dicho que tiene precision de hablar á usted; que hoy á las seis vino y halló la puerta cerrada; que volvió á las siete, y desde esa hora está esperando á que usted se levante.

— Diablo! mi antiguo maestro de escritura no ha perdido la costumbre de incomodarme, y habria querido que me levantase á las seis de la mañana! Hazlo entrar á mi escritorio, pero despues que se haya retirado doña Marcelina, y esta puede entrar ya, dijo Daniel poniéndose una bata de tartan azul, que hacia resaltar la blancura de sus lindas manos, porque eran en efecto manos que podrian dar envidia á una coqueta.

— ¿La hago entrar aquí? preguntó Fermin como dudando.

— Aquí, mi casto Señor Don Fermin. Me parece que no hablo en griego. Aquí, á mi alcoba, y ten cuidado de cerrar la puerta del escritorio que da á la sala, y tambien la de este aposento cuando entre esa mujer.

Un momento despues un ruido como el que hace el papel de una pandorga cuando acaba de secarse al sol,

y el niño lo sacude para ver si está en estado de pegarse al armazon, anunció á Daniel que las enaguas de Doña Marcelina venian caminando á par de ella por el gabinete contiguo.

Ella apareció en efecto, con un vestido de seda color borra de vino y un pañuelo de merino amarillo con guardas negras, del cual la punta del inmenso triángulo que formaba á sus espaldas la caia regiamente sobre el tobillo izquierdo. Un pañuelo blanco de mano, muy almidonado y tomado por el medio para que las cuatro puntas pudiesen mostrar libremente unos cupidos de lana color rosa que resplandecian en ellas; y un gran moño de cinta colorada en la parte izquierda de la cabeza, completaban la parte visible de los adornos de esa mujer en cuyo semblante moreno y carnudo, donde lo mejor que habia eran unos grandes ojos negros que debieron ser bellos cuando conservaban su primitivo brillo, estaban muy claramente definidos y sumados unos cuarenta y ocho inviernos con sus correspondientes tempestades; declaracion que se empeñaban en disimular en vano dos gruesos rulos que caian hasta la barba, de un cabello grueso, áspero, y cuyo color estaba apostando á que no lo distinguirian entre el chocolate y el café aguado. Agregando á esto una estatura mas bien alta que baja, un cuerpo mas bien gordo que flaco, donde lo mas notable era un pecho que parecia un vientre, ya se podrá tener una idea aproximada de Doña Marcelina, á quien Daniel saludó sin levantarse del sillón, y con esa sonrisa que nada tiene de familiar, aun cuándo mucho de animador, que es un atributo de las personas de calidad acostumbradas á tratar con inferiores.

— La necesito á usted, Doña Marcelina, la dijo haciéndola señas de que ocupase una silla frente á él.

— Siempre estoy á las órdenes de usted, Señor D. Daniel, contestó la recién venida sentándose y estirando el vestido por los lados, tomándolo con la punta de los

dedos, como si fuese á bailar el circunspecto y gentil mi-nuet de nuestros padres; haciendo que la silla desapareciese bajo tan voluminosa nube.

— Ante todas cosas ¿cómo va la salud y cómo están en casa? preguntó Daniel que era hombre que jamas pisaba fuerte sin haber tanteado ántes el terreno, aun cuando sobre él hubiese caminado la vispera.

— Aburrida, Señor; hoy se hace una vida en Buenos Aires capaz de purgar todos los pecados que una tenga.

— Eso habrá adelantado usted para cuando pase á la vida eterna, respondiÓla Daniel mirando sus manos y como si ellas solas le preocupasen.

— Otros tienen mas pecados que yo y ganarán el cielo, dijo doña Marcelina meneando la cabeza.

— Por ejemplo?

— Por ejemplo, los que usted sabe.

— Hay ciertas cosas que yo las olvido con facilidad.

— Pues yo no, y si viviera doscientos años no dejaria un dia de recordarlas.

— Mal hecho; perdonar á nuestros enemigos es un precepto de nuestra religion.

— Perdonarlos! ¿Perdonarlos despues del bochor-no que me hicieron sufrir, despues de haberme hecho perder mi reputacion, confundíndome con las mujeres publicas? Jamas. Yo tengo un corazon de Capuleto.

— Bah! exclamó Daniel conteniendo la risa al oír la comparacion de Doña Marcelina, usted exagera siempre cuando habla de esas cosas.

— ¿Qué dice usted? exagerar! pues no es nada! meterme en una carreta junta con las demas; confundirme con ellas; querer mandarme al Arroyo Azul; á mí que jamas habia recibido en mi casa sino la flor y nata de Buenos Aires! No, no crea usted que fué por mi conducta; fué una venganza política, porque mis opi-niones

eran conocidas de todos. Mis primeras relaciones fueron con unitarios. Me visitaban ministros, abogados, poetas, médicos, escritores; lo mejor que habia en Buenos Aires; y por eso el tirana de Perdriel me puso en lista, cuando Tomas Anchorena decretó el destierro de las mujeres públicas; ese viejo tartufo y usurero que bien hacian en decirle:

El inmortal macuquino,  
Gran sacerdote apostólico,  
No gastará un real en vino  
Aunque reviente de cólico.

— Hermosos versos, Doña Marcelina.

— Magníficos. Eran los que le componian el año 33. Ah! ese insulto lo recibí en tiempo de la primera administracion de este gaucho asesino que me hizo víctima de mis opiniones políticas, y quizá tambien de mi amor á la literatura, porque este salvaje proscribió á todos los que nos dedicábamos á ella. Todos mis amigos fueron desterrados. Ah! época fausta de los Varelas y Gallardos! pasó, pasó á la nada, come dice.... Acuérdesse usted, Señor D. Daniel, acuérdesse usted! y Doña Marcelina que empezaba á sudar despues de su discurso, se pasó el pañuelo con pinos por la frente, y se echó á los hombros el que le cubria el pecho.

— Fué una injusticia atroz, la respondió Daniel con una cara en cuya grave y magistral seriedad estaba pintada la mas franca espresion de la risa que estaba agitando su espíritu.

— Atroz!

— Y de que solo las relaciones de usted pudieron salvarla.

— Así fué, ya se lo he referido á usted muchas veces; me salvó uno de mis mas respetables amigos que se condolió de la inocencia ultrajada por la barbarie, que es lo mas inhumano, como dice Rousseau, exclamó con

énfasis Doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias, y cuyo fuerte eran las citas de otra especie.

— Rousseau tuvo razon en escribir esa admirable novedad, dijo Daniel conteniendo la risa que le hervia en el pecho al oír aquel nombre y aquella citacion en los labios de Doña Marcelina.

— Pues eso fué lo que dijo. Oh! si supiese usted la memoria que tengo! sabia la Argia y la Dido, verso por verso, al otro día de representarse por la primera vez.

— Admirable memoria!

— Pues así es. ¿Quiere usted que le recite el sueño de Dido, ó el delirio de Creon. que tiene unas diez páginas y que empieza así:

«Triste fatalidad! Dioses supremos.....»

— No, no, gracias; la dijo Daniel interrumpiéndola, temblando de que quisiera continuar hasta el fin aquel eterno delirio, que hace delirar de fastidio en la tragedia del poeta clásico de los unitarios.

— Muy bien, como usted quiera.

— ¿Y ahora qué lee usted, Señora Doña Marcelina?

— Ahora estoy leyendo el Hijo del Carnaval, para luego leer la Lucinda, que está concluyendo mi sobrina Tomasita.

— Excelentes libros! ¿Y quién le presta á usted esa escogida coleccion de obras? preguntóla Daniel reclinándose en un brazo del sillón y fijando sus ojos tranquilos y penetrantes en la fisonomía de aquella desahogada mujer.

— A mí no me los prestan; es á mi sobrinita Andrea á quien se los lleva el Señor Cura Gaete.

— El Cura Gaete! dijo Daniel no pudiendo ya contener la risa á que dió salida libremente.

— Y yo se lo agradezco mucho; porque las personas que tienen instrucción, saben que es necesario que las jóvenes lean lo malo como lo bueno para que no las engañen en el mundo.

— Perfectamente pensado, Doña Marcelina. Pero lo que no entiendo es cómo una persona con los principios políticos de usted acepta la amistad de ese honrado sacerdote que es hoy la más brillante joya de la federación.

— ¡Qué! Si á él mismo le canto la cartilla todos los días!

— ¿Y la sufre á usted?

— La echa de tolerante. Se ríe, me da la espalda, y se va al cuarto de Gertruditas á leerle los libros que lleva.

— Gertruditas! ¿También tiene usted otra joven de ese nombre en su casa?

— Es una sobrina mía á quien he recogido hace un mes.

— Santa Bárbara! tiene usted más sobrinas que nietos tuvo Adán por la línea de Seth, hijo de Caín y de Ada! ¿Ha leído usted la Biblia, Doña Marcelina?

— No.

— ¿Pero habrá leído usted á Don Quijote?

— Tampoco.

— Pues ese Don Quijote, que era un buen hombre, muy parecido en la figura y en otras cosas á Su Excelencia el general Oribe, declaraba que no podía haber una república bien constituida sin cierto empleo, y ese empleo es el que usted ejerce dignamente.

— ¿El de protectora de mis sobrinas desgraciadas, querrá usted decir?

— Exactamente.

— Hago por ellas lo que puedo.

— Pero ¿qué haría usted, si el reverendo Cura de la Piedad hallase en casa de usted lo que yo encontré el día que por primera vez entré en ella, bajo la recomendación de Mr. Douglas?

— Oh! Dios mio, seria perdida! Pero el Cura Gaete no será tan curioso como lo fué el Señor Don Daniel Bello, dijo Doña Marcelina con cierto aire de reconvenccion cariñosa.

— Tiene usted razon, y yo la tengo tambien. Fuí á su casa para entregarle una carta que debia llevar usted á donde yo se lo indicase. La pedí un tintero para poner la direccion de la carta; á ese tiempo llamaron á la puerta; me dijo usted que me ocultase en la alcoba y que en la mesa hallaria un tintero; lo busqué sin hallarlo, abrí el cajon y....

— Usted no debió haber leído lo que allí habia, picaruelo, dijo interrumpiéndolo Doña Marcelina con un tono cada vez mas cariñoso, que tomaba siempre cuando Daniel hablaba de este asunto, cosa que sucedia cada vez que se veían.

— ¿Y cómo resistir á la curiosidad? ¡Periódicos de Montevideo!

— Que me mandaba mi hijo como se lo he dicho á usted.

— Sí, pero la carta!

— Ah! sí, la carta! Por ella me habrian fusilado sin compasion estos bárbaros. Qué imprudencia la mia! ¿Y qué ha hecho usted de esa carta, mi buen mozo, la conserva usted siempre?

— Oh! eso de decir usted que les habia de cortar la trenza á todas las mujeres de la familia de Rosas cuando entrase Lavalle, eso es muy grave, Doña Marcelina!

— Qué quiere usted! El entusiasmo! las ofensas recibidas! pero ¡qué! Yo soy incapaz de hacerlo! ¿Y la carta la conserva usted, tunante? preguntó de nuevo Doña Marcelina, haciendo un notable esfuerzo para sonreirse.

— Ya le he dicho á usted que tomé esa carta para librarle de un peligro.

— Pero usted debió romperla.

— Y habria hecho una inaudita bestialidad.

— ¿Pero para qué la conserva usted?

— Para tener un documento con que hacer valer el patriotismo de usted, si alguna vez sufren un cambio las cosas. Yo quiero que los servicios que suele prestarme sean bien recompensados mas tarde.

— ¿Para ese solo objeto la guarda usted?

— No me ha dado usted motivos hasta ahora de mudar de idea, respondió Daniel marcando pausadamente sus palabras.

— Ni los daré jamas! exclamó la pobre mujer descargando sus pulmones de una inmensa columna de aire que se habia comprimido en ellos durante la conversacion de la carta, que era su pesadilla diaria.

— Así lo creo. Y ahora vamos á lo que tenemos que hacer. ¿Ha visto usted á Douglas?

— Hace tres dias que lo vi. Ante noche embarcó á cinco individuos, de los cuales dos le fueron proporcionados por mí.

— Muy bien. Hoy tiene usted que volver á verlo.

— ¿Hoy?

— Ahora mismo.

— Iré en el acto.

Daniel pasó á su escritorio, levantó su tintero de bronce, tomó la carta que habia escrito y guardado bajo de él la noche anterior; púsole en seguida una nueva cubierta, y tomando una pluma volvió á su aposento.

— Ponga usted el sobre de esta carta.

— ¿Yo?

— Sí, usted: á Mr. Douglas.

— ¿Nada mas?

— Nada mas.

— Ya está, dijo la tia de todas las sobrinas despues de haber escrito aquel nombre, sirviéndole de mesa su maciza rodilla.

— Irá usted á lo de Mr. Douglas, le hablará á solas y le entregará esa carta de mi parte.

— Así lo haré.

— Guarde usted la carta en el seno.

— Ya está. No tenga usted el mínimo cuidado.

— A otra cosa.

— Lo que usted ordene.

— Necesito estar solo en casa de usted, mañana ó pasado mañana á la tarde, por media hora solamente.

— Por el tiempo que usted quiera. Saldré con las muchachas á pasear; pero ¿y las llaves?

— Hoy mismo hará usted hacer otra igual, y me la mandará mañana temprano determinándome el día y la hora en que saldrá usted; prefiero que sea á la oracion, porque quiero evitar el que me vean.

— Oh! la calle de mi casa es un desierto! Solo en verano, como está la casa á media cuadra del rio, suele pasar alguna gente á bañarse.

— Quiero tambien que deje usted abiertas las puertas interiores.

— Hay poco que robar.

— Algun dia habrá mas. No exijo de usted sino discrecion y silencio; la menor imprudencia, sin costarme á mí un cabello, le costaria á usted la cabeza.

— Mi vida está en manos de usted hace mucho tiempo, Señor Don Daniel; pero aunque así no fuera yo me haria matar por el último de los unitarios.

— Aquí no se habla de unitarios, ni yo le he dicho á usted nunca lo que soy. ¿Está usted informada de todo?

— No hay dos que tengan la memoria que yo, respondió Doña Marcelina que se hallaba algo turbada por el tono tan serio con que Daniel acababa de hablarla.

— Bien: hágase usted cargo que la he enseñado un trozo de versos, y despedámonos.

Y Daniel entrando á su gabinete abrió su escritorio y sacó un billete de quinientos pesos.

— Ahí tiene usted para la llave y para comprar dulces en el paseo que hará con las sobrinas.

— Vale usted un Perú! exclamó la recitadora de la Argia. En sola una vez, y sin interes, es usted mas generoso, continuó, que el fraile Gaete en todo un mes con mi sobrina Gertrudis.

— Sin embargo, guárdese usted de indisponerse con él; y hasta mas ver.

— Hasta siempre, Señor Don Daniel, y haciendo un saludo que no dejaba de tener cierto airecillo de buen tono, salió Doña Marcelina moviéndose como una polacra hamburguesa cuando navega con viento en popa.

---

## CAPÍTULO XI.

### **Donde aparece el hombre de la caña de la India.**

Apénas Doña Marcelina estuvo fuera de la sala, cuando Fermin introdujo al hombre del paseo matinal, en el gabinete de su Señor.

Con el sombrero en la mano izquierda y la caña de la India en la derecha, entró con paso magistral, poniendo luego sombrero y baston en una silla, y dirigiéndose á Daniel con la mano estirada.

— Buenos dias, mi Daniel querido y estimado. Por ser el dia en que mas he necesitado hablarte parece que se me han puesto mayores dificultades para conseguirlo, ¡já mí, á tu primer maestro! Pero en fin, ya estoy á tu lado, y, con tu permiso, me siento.

— Sabe usted, Señor, que yo me levanto tarde generalmente.

— Siempre tuviste esa costumbre intrínseca, ese instinto innato; mas de una vez te puse en penitencia

severa por haber faltado á las horas improrogables de clase.

— Y con todas las penitencias, no logró usted enseñarme á escribir, que es lo peor que pudo sucederme, mi querido Señor D. Cándido.

— De lo que yo me lisonjeo mucho.

— Es posible! Mil gracias, Señor.

— En los treinta y dos años que he ejercido la noble, ardua y delicada tarea de maestro de primeras letras, he observado que solo los tontos adquieren una forma de escritura hermosa, clara, fácil, limpia, en poquísimos tiempo; y que todos los niños de grandes y brillantes esperanzas, como tú, no aprenden jamas una escritura regular, mediana siquiera.

— Gracias por la lisonja, pero declaro á usted que yo me avendria mucho con tener ménos talento y mejor letra.

— Pero eso no obsta á que me tengas cariñoso y sincero afecto, ¿no es verdad?

— Cierto que no, Señor; respeto á usted como á todas las personas que dirigieron mi infancia.

— ¿Y me prestarías un servicio el dia que tuviese necesidad de tí?

— En el acto, si estaba en mi mano. Hábleme usted con franqueza.

— ¿Sí?

— Hoy los quebrantos en la fortuna, por ejemplo, son casi generales. Nada mas comun que los apuros de dinero en épocas como la que atravesamos. Hábleme usted con franqueza, le repitió Daniel cuya delicadeza habia querido ahorrar á su maestro el disgusto de amplificar la situacion pública en cuanto al estado de las fortunas, por si acaso era asunto de dinero el que le traía á su casa.

— No, no es dinero metálico, ni en papel moneda lo que necesito; felizmente con mis ahorros junté un pequeño capital de cuya renta vivo pasablemente,

cómodamente. Es otra cosa de mayor importancia la que quiero de tí. Hay épocas terribles en la vida. Epocas de calamidad, de trastornos, cuando las revoluciones nos ponen en peligro á inocentes y á culpables. Porque las revoluciones son como las tormentas desatadas, furiosas, que al bajel que toman en alta y procelosa mar lo ponen á pique de zozobrar, con todos los hombres que lleva adentro, buenos ó malos, judíos ó cristianos. Recuerdo un viaje que hice á las Vacas. ¡Qué viaje! Iba con nosotros un padre franciscano. ¡Excelente hombre! Porque mira, Daniel, por mas que se diga de los sacerdotes, los hay ejemplares; los hemos tenido aquí mismo que eran un modelo de caridad y de virtud. Hay otros malos, es verdad; pero todo es así en la vida, y....

— Perdone usted, Señor, creo que usted se ha distraído de su asunto especial, le dijo Daniel, que conocia prácticamente ser el hombre con quien hablaba uno de aquellos que no acabarían jamás sus digresiones, si no se les cortase el discurso.

— A eso voy.

— Lo mejor de este mundo, Señor, es empezar las cosas por el principio y marchar de prisa en línea recta para llegar pronto á donde vamos. Al asunto, pues, insistió Daniel que á pesar de que solía divertirse algunas veces con la multitud de adjetivos, extravagantes los mas, con que amenizaba las digresiones su antiguo maestro de escritura, ese día no tenia su espíritu para juegos, ni tiempo para perder.

— Bien: voy á hablarte como á un hijo tierno, cariñoso, discreto y racional.

— Con lo último, basta, Señor; adelante.

— Yo sé bien que tú estás á buenas anclas, prosiguió Don Cándido, en quien los circunloquios formaban, juntos con los adjetivos, el carácter distintivo de su oratoria.

— No entiendo.

— Quiero decir que tus relaciones encumbradas, tus amigos distinguidos, tus lazos estrechos y continuamente rozados por el trato frecuente, familiar y poderoso de tus asuntos propios, y las recomendaciones de tu Señor padre....

— Por el amor de Dios, Señor: créame usted que no está en mi organizacion el resistir mucho tiempo á ciertas situaciones. ¿Qué es lo que quiere usted decirme?

— A eso iba, genio de pólvora. Lo mismo, lo mismo eras cuando te sentabas á mi derecha con tus rizos hasta los hombros y tu polaquita azul. En cuanto te mandaba escribir, si encontrabas la puerta abierta, dejabas la gorrita y echabas á correr hasta la casa. Decia pues, que tu posicion distinguida á que te han abierto camino dilatado, llano y florido, las amistades de tu padre honrado, generoso y patriota, como á la vez tu talento esquisito y tu gusto estremado por el trato franco y cordial de los hombres ....

— Muy bueno ¿y qué puedo hacer por usted?

— Oyeme.

— Oigo.

— Yo sé que á medida que los sucesos apuran, que las circunstancias apremian es mejor....

— ¿Pero no es mucho mejor que me diga usted lo que quiere?

— A ello voy.

— Paciencia! dijo Daniel entre sí mismo, dominándose como era su costumbre despues de algunos años.

— ¿Tú tienes relaciones?

— Muchas, adelante.

— Y entre ellas la del Señor jefe de policia Don Bernardo Victorica. ¿No es verdad?

— Es cierto, y ¿qué es lo que usted quiere?

— Oyeme, Daniel. Yo te he enseñado á escribir, yo te quise como á un hijo por lo vivo, alegre, travieso, inteligente, activo ....

— Gracias, gracias, Señor.

— Tú eres casi el único de mis discípulos antiguos cuya amistad cultivo al presente; á este desgraciado presente que envuelto en la nube iracunda, tormentosa y fosfórica de las convulsiones ocultas, de las pasiones desencadenadas, hace ó está para hacer, la desgracia completa irremisible y fatal de mi existencia.

— Con que ¿qué es lo que usted deseaba? Preguntóle Daniel mordiéndose los labios, pero sin dejar asomar á su fisonomía la mas leve señal de la impaciencia que le agitaba.

— Deseaba pues, que me hicieras un grande y no ménos importante servicio, Daniel.

— Pero eso es lo mismo que me dijo usted al empezar la conversacion, Señor.

— Despacio, vamos por partes.

— Vamos como usted quiera, vamos.

— ¿Tú tienes relaciones?

— Sí, Señor.

— ¿Poderosas?

— Sí, Señor.

— ¿Y con Victorica tambien?

— Sí, Señor.

— Entónces Daniel, hazme ...

— ¿Qué?

— Daniel, en nombre de tus primeras planas que yo corregia con tanto gusto, hazme.... ¿estamos solos?

— Perfectamente solos, le contestó Daniel algo sorprendido al ver que Don Cándido se ponía pálido á medida que hablaba.

— Entónces, Daniel querido y estimado, hazme....

— ¿Qué? por todos los santos del cielo.

— Hazme poner en la cárcel, Daniel, dijo Don Cándido, pegando su boca á la oreja de su discípulo, que se dió vuelta, y con toda la fuerza de su alma, clavó los ojos en su fisonomía para ver si descubria algo que le convenciera que realmente su maestro estaba loco.

— ¿Te sorprendes? continuó Don Cándido, sin embargo, yo exijo de tí ese servicio eminente, como el mas valioso, importante y caro que puedo recibir de hombre nacido.

— ¿Y qué objeto se propone usted con estar en la cárcel? interrogó Daniel que no podía formarse una idea que lo calmase sobre el estado moral de su interlocutor.

— ¿Qué objeto? vivir con seguridad, tranquilo, descansado miéntras para la tormenta espantosa y horrisona que nos amenaza.

— ¿La tormenta?

— Sí, jóven, tú no comprendes nada todavía de las terribles y sangrientas revoluciones de los hombres, y sobre todo, de las equivocaciones fatales que hay comúnmente en ellas. El año 20, en aquel terrible año en que todos parecían locos en Buenos Aires, yo fuí preso dos veces por equivocacion; y estoy temblando de que en el año 40, en que todos parecen demonios, me corten la cabeza por equivocacion tambien. Yo sé lo que hay, sé lo que va á suceder, y quiero estar en la cárcel por alguna causa civil, por alguna causa que no sea política.

— ¿Pero qué hay? ¿Qué va á suceder? preguntó Daniel, empezando á traslucir alguna cosa de importancia en el pensamiento de Don Cándido.

— Qué hay! ¿No lees la *Gaceta*? ¿No lees todos los dias esas terríficas amenazas del furor popular, de sangre, de esterminio, de muerte?

— Pero eso es contra los unitarios, y segun creo usted no ha contraido compromisos políticos.

— Ningunos; pero esas amenazas aterrantes fulmíneas é incendiarias, no son contra los unitarios, sino contra todos; y ademas yo tiemblo de las equivocaciones.

— Aprensiones, Señor!

— Aprensiones! No ves esos hombres de aspecto tremebundo y sangriento, que de algunos meses á aquí han salido, creo que de los infiernos, y que se encuentran en los cafés, en las calles, en las plazas, en las puertas sacras y purificas de los templos, con sus inmensos puñales á la cintura, afilados como el perfil de la A mayúscula?

— ¿Y bien? ¿Usted no sabe que el puñal ha sido y será siempre la espada de la federacion?

— Pero esos son los síntomas primeros, atronadores y centellantes de la tempestad que he profetizado. El momento faltaba, pero el momento va á llegar.

— ¿Y porqué va á llegar ese momento? Hable usted, Señor.

— Oh! ese es el secreto que traigo en el pecho como una rueda de puñales desde hoy á las cuatro de la mañana.

— Señor, confieso á usted que si no me habla con claridad y sin secretos en el pecho, no podré entenderle una palabra, y tendré el disgusto de decirle que tengo una forzosa diligencia que hacer á estas horas.

— No, no te irás. Oye.

— Oigo, pues.

Don Cándido se levantó, fué á la puerta del gabinete que daba á la sala, miró por la boca llave, y despues de convencerse que no habia nadie del otro lado de la puerta, volvió á Daniel y le dijo al oido con tono misterioso:

— La-Madrid se ha declarado contra Rosas!

Daniel dió un salto en la silla; un relámpago de alegría brilló en su semblante, pero que súbitamente apagóse al influjo de la poderosa voluntad de ese jóven, que

se ejercia especialmente sobre las revelaciones con que el semblante humano hace traicion con frecuencia, á las situaciones del espíritu.

— Usted delira, Señor, le respondió volviendo á sentarse tranquilamente.

— Cierto, Daniel, cierto como que los dos estamos ahora conversando juntos y solos. ¿No es verdad que estamos solos?

— Y tanto, que si usted no me refiere cuanto dice saber, creeré que todavía me reputa como á un niño y que se burla de mí. Y los ojos de Daniel bañaron con su lumbre activa toda lo fisonomía de aquel hombre que iba á ser observado hasta en lo mas secreto de su pensamiento.

— No te incomodes, mi Daniel querido y estimado. Oyeme y te convencerás de lo que digo. Tú sabes que despues que dejé la clase de escritura, es decir, hace cuatro años, me retiré á mi casa á vivir tranquilamente del fruto de mi pequeño capital. Y, para que cuidase de la casa y de mi ropa, conservé á mi servicio una mujer de edad, blanca, arribeña; muy buena mujer, aseada, prolija, económica....

— Pero Señor, ¿qué tiene que ver esa mujer con el general La-Madrid?

— Ya lo verás. Esa mujer tiene un hijo, que despues de diez años trabajaba de peon en Tucuman; hijo excelente, jamas deja de mandarle una parte de sus ahorros á su madre! Habiéndote dicho esto ¿lo has oido bien?

— Demasiado bien, señor.

— Entónces vamos á lo que hace á mí. Mi casa tiene una puerta de calle. Ah! se me olvidaba decirte, que el hijo de la mujer que me sirve vino de chasque á mediados del año pasado ¿estás?

— Estoy.

— Mi casa pues tiene una puerta de calle, y el cuarto de mi sirvienta una ventana sin reja que da á la

calle. Despues de estos últimos meses, en que todos vivimos temblando en Buenos Aires, el sueño ha huido fugitivo de mis ojos, y no es dormir sino estar en pesadilla lo que yo hago. Yo concurría á una tertulia de malilla, en casa de unos amigos antiguos, honrados, leales, que no hablan jamas de la recóndita política de nuestro tiempo adverso, desgraciado y calamitoso; pero ya no concurreo, y desde la oracion me encierro en mi casa.

— Válgame dios, Señor! pero ¿qué tiene que ver la tertulia de malilla con....

— A eso voy.

— ¿A dónde? ¿á la tertulia de malilla?

— No, al acontecimiento

— Al de La-Madrid.

— Sí.

— Gracias á Dios!

— A noche, a las cuatro de la mañana, estaba yo desvelado como de costumbre, cuando de repente siento que un caballo para á la puerta, y que el ruido de un laton decia claramente, que el hombre que se desmontaba era un oficial, ó un soldado. Yo no soy hombre de armas; tengo horror á la sangre, y, te lo confesaré todo, mi cuerpo se puso á temblar y un sudor frio me bañó de los piés á la cabeza, la cosa no era para ménos ¿no es verdad?

— Prosiga usted, Señor.

— Prosigo. Me tiré de la cama, abrí sin hacer ruido el postigo de la ventana; despues una rendija de esta; la noche estaba oscura, pero distinguí que al otro lado de la puerta en la ventana de Nicolasa mi sirvienta, el hombre de á caballo estaba llamando sin mucho ruido, y que en seguida, y despues de cambiadas algunas palabras que no oí, la ventana se abrió y el hombre entró en el cuarto. Mis ideas se confundieron, mi cabeza era un horno volcanizado y ardiente, me creí vendido, y sin perder un momento salí descalzo al patio, y fuí á mirar por el ojo de la

llave en el cuarto de Nicolasa. Y ¿á quien te parece que reconocí?

— Dígalo usted, y lo sabré con mas propiedad.

— Al hijo obediente, sumiso y cariñoso de Nicolasa, que la estaba abrazando. Sin embargo, yo no me retiré por eso, quise convencerme bien de que no me amenazaba ningun peligro eminente, y escuché atento. Nicolasa ofreció hacerle una cama, pero él rehusó, diciéndola que tenia que volver en el acto á la casa del gobernador, que venia de chasque de la provincia de Tucuman, y hacia un momento que habia entregado los pliegos.

— Prosiga usted, pero sin olvidar cosa alguna, le dijo Daniel, á quien ya no importaban los adjetivos, los episodios, ni los circunloquios.

— Todas las palabras las tengo en la memoria como grabadas con candente fierro. La dijo, que los pliegos eran de unos señores muy ricos de Tucuman, en que le anunciarian al gobernador, proplablemente, lo que habia hecho el general La-Madrid. Nicolasa curiosa, indagadora, como toda mujer, le hizo preguntas á este respecto, y el hijo, conjurándola á que guardase el mas profundo silencio, la refirió, que luego de llegar La-Madrid á Tucuman se pronunció públicamente contra Rosas, que todo el pueblo lo habia recibido en fiesta, y que el gobierno lo habia nombrado, y hecho reconocer, general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, como tambien por jefe del estado mayor al coronel D. Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del órden al coronel D. Mariano Acha. Imagínate, hijo mio, la impresion que todo esto me causaria, desnudo como estaba yo en la puerta de Nicolasa!

— Sí, sí, prosiga usted, dijo Daniel, que estaba devorando palabra por palabra cuantas salian de la boca de D. Cándido, que hubiese querido pagar con toda su fortuna, y que, sin embargo, no obraban la menor alteracion en su exterior, pues que estaba oprimiendo los movi-

mientos de su fisonomía, con la potencia irresistible de su voluntad.

— ¿Qué he de proseguir, que mas necesitamos saber? Todo lo que en seguida contó á su madre, no fué sino sobre fiestas, sobre alegría, y sobre movimientos militares en las provincias, declarándose casi todas contra Rosas.

— Pero pronunciaria algun otro nombre, alguna cosa especial.

— Ninguna. Estuvo apénas diez minutos con su madre; y se fué despues de darla algun dinero y de besarla la mano, prometiéndola que hoy volveria, si no lo despachaban de madrugada; porque ese hijo ¡oh! te voy á contar toda la historia...

— ¿Qué edad tiene ese hombre?

— Es jóven, veinte y dos ó veinte y tres años á lo mas; alto, rubio, nariz aguileña, buen mozo, gallardo, fuerte, varonil.

— A los veinte y dos años un hombre no es comúnmente malo. Un hijo que atiende á su madre desde léjos, es un hombre de corazon. No tenia interes ninguno en engañar á su madre. Don Cándido no ha mentido en una palabra de cuanto me ha dicho, luego el suceso es cierto. ¡Providencia divina! dijo Daniel para sí mismo, sin dar atencion á los últimos adjetivos de Don Cándido.

— Y bien, continuó, será muy cierto cuanto usted me dice del general La-Madrid, pero no alcanzo la consecuencia personal que saca usted para sí mismo.

— ¿Para mí? Para todos, debes decir. Mira, hablemos con franqueza: á pesar de todas las apariencias, es imposible que seas amigo del gobierno, que quieras los desórdenes y la sangre. ¿No es verdad?

— Señor, yo tendré mucho honor en recibir todas las confianzas que quiera usted hacerme, dando á usted la mas completa seguridad en mi secreto, pero no es esta

una ocasion que me inspire la necesidad de hacer confianzas sobre mis opiniones políticas.

— Bien, bien, esa es prudencia, pero yo sé lo que me digo; y te decia tambien, ó queria decirte, que el suceso del general La-Madrid va á irritar exuberantemente al señor gobernador; que su irritacion sanguínea va á comunicarse rápida y sutilmente á todos esos caballeros á quienes ni tú, ni yo tenemos el honor de conocer, y que no debes tener la menor duda que han sido mandados por el diablo. Quiero decir tambien, que todas las amenazas de la *Gaceta* van á cumplirse; que van á herir y matar á diestra y siniestra; y que aunque tenga yo la conviccion profunda, religiosa y santa de mi inocencia, no tengo la seguridad de que no me maten por equivocacion cuando ménos. Y es esto lo que es preciso evitar; lo que es preciso que evites tú, mi Daniel querido y estimado. ¿Estás ahora?

— Lo único que pienso es que, con tales temores, lo mejor que podrá usted hacer, será no salir de su casa mientras llega y se acaba la tormenta horrisona, como usted la llama.

— Y ¿qué sacamos con eso? Se entrarán á mi casa por entrarse á la del vecino, y por matar á Juan de los Palotes y matarán á Don Cándido Rodriguez, antiguo maestro de primeras letras, hombre honrado, pacífico, caritativo y moral.

— Oh! pero eso seria una cosa horrible!

— Sí, señor, horrible para mí, espantosa, cruel, pero que no por eso dejaria yo de sufrirla inocente y doloridamente.

— ¿Pero qué hacer entónces?

— Evitarla, impedirle, estorbarla, repelerla, escaparla, huirla.

— ¿Y cómo?

— Escucha. Entrando en la cárcel, no por orden del señor gobernador, sino por alguna otra orden subal-

terna, el gobernador que no me conoce y que no sabrá nada, porque no se me pondrá preso por causas políticas, no dará orden ninguna contra mi persona. La cárcel no ha de ser invadida, y si lo fuese, el alcaide tendrá tiempo de informar sobre los motivos de mi prision. Viviré en la cárcel tan felizmente como en mi casa una vez que viva tranquilo. Los soldados no me asustarán, al contrario, ellos serán mi garantía contra todo asalto de la sociedad popular, sobre todo contra toda equivocacion.

— Todo eso no pasa de ser un desatino, pero suponiendo que fuese una cosa muy racional ¿cómo quiere usted, Señor Cándido, que lo haga yo poner en la cárcel? ¿de qué pretesto valerme?

— Pero eso es lo mas fácil! Yo te lo diré: te vas á ver ahora mismo á Victorica y le dices que yo te acabo de insultar groseramente, y que miéntras entablas tu accion criminal, pides mi prision en el dia; me llevan preso, yo no reclamo, tú no das paso alguno, y héme aquí en la cárcel, hasta que yo te pida que me saques de ella.

— Pero señor, no es costumbre entre nosotros, que los hombres de mi edad vayan á quejarse á las autoridades cuando reciben un insulto privado. Sin embargo la situacion de usted me interesa, continuó Daniel cuya cabeza preocupada con la noticia importante que acababa de recibir tan accidentalmente, no dejaba, empero, de calcular el partido que podria sacarse de aquel hombre enfermado por el terror, que á todo se prestaría con la mayor docilidad, á cambio de adquirir un poco de confianza sobre los peligros que su imaginacion le creaba.

— Oh! yo bien sabia que te interesarias por mí, tú el mas noble, bondadoso, y fino de mis antiguos discípulos. Me salvarás, ¿no es verdad?

— Creo que sí. ¿Se contentaria usted con un empleo privado al lado de una persona cuya posicion política en la actualidad es la mejor recomendacion de federalismo para los individuos que la sirven?

— Ah! ese serie el colmo de mis deseos. Yo nunca he sido empleado, pero lo seré. Y ademas, seré empleado sin sueldo. Cedo desde ahora mis emolumentos al objeto que quiera mi noble y distinguido patron, á quien desde ahora tambien profeso el mas íntimo, profundo y leal respeto. Tú me salvas Daniel!

Y Don Cándido se levantó y abrazó á su discípulo, con una efusion de cariño á que él habria llamado entusiástica, ardiente, espontánea y simpática.

— Retírese usted tranquilo, Señor Don Cándido, y tenga usted la bondad de volver á verme mañana.

— Sin falta, sin falta!

— No siendo á las seis de la mañana, bien entendido.

— No, vendré á las siete.

— Tampoco. Venga usted á las diez de la mañana.

— Bien; vendré á las diez, seré exacto y puntual á la cita.

— Una palabra: guarde usted el mas profundo silencio sobre el asunto del general La-Madrid.

— He determinado no dormir esta noche para no hablar de él soñando. Te lo juro á fe de honrado y pacífico ciudadano.

— Nada de juramentos, señor, y hasta mañana, dijo Daniel sonriendo, dando la mano, y acompañando á su maestro hasta la puerta del gabinete.

— Hasta mañana, mi Daniel querido y estimado, el mas bueno y generoso de mis antiguos discípulos. Hasta mañana.

Y D. Cándido Rodriguez salió de la casa de Daniel, con su caña de la India bajo el brazo, sin tomar las precauciones que á su entrada en ella, por cuanto pocas horas faltaban para que fuese empleado cerca de un gran señor de la federacion de 1840.

— Son las doce, Fermin. Pronto, un frac ó un levita, cualquier cosa, dijo Daniel á su criado que entró al gabinete en el momento de salir D. Cándido.

— Han venido de casa del coronel Salomon, le dijo Fermin.

— ¿Han traído una carta?

— No, señor. El coronel Salomon mandó decir á usted, que no le contestaba por escrito porque no hallaba el tintero en ese momento, pero que hoy á las cuatro de la tarde se iba á reunir la sociedad, y que esperaba á usted á las tres y media.

— Bien, dáme la ropa.

---

## CAPITULO XII.

### Florencia y Daniel.

Pocos minutos faltaban para que el gran reloj del cabildo marcase las dos horas de la tarde, cuando Daniel Bello dejó la casa del señor ministro de relaciones exteriores, D. Felipe Arana, en la calle de Representantes, por la cual siguió en direccion al sur, hasta encontrarse con la calle de Venezuela que cruza la ciudad de este á oeste; y doblando por ella, en direccion al Bajo, caminó hasta la calle de la Reconquista.

Daniel no habia adelantado nada en aquella visita sobre lo que hacia relacion con su amigo Eduardo, ó mas bien, mucho habia ganado en contentamiento desde que se impuso de que el señor ministro Arana no sabia una palabra de los sucesos de la noche anterior, aun cuando, al llegar Daniel, el señor ministro venia de dejar la casa de Su Excelencia el Gobernador, y puesto de su parte todos los medios que estaban á su alcance para saber, ántes que

Victorica, lo que habia ocurrido en el Bajo de la residencia, segun las propias palabras del señor ministro.

Y era esto precisamente cuanto Daniel deseaba en lo demas, es decir, una ignorancia completa, ó una confusion de relaciones en todos aquellos á quienes se habia dirigido, y cuyos informes debia recoger en el resto de ese dia.

Ya sabia que el ministro estaba ajeno de cuanto habia pasado. Iba á saber, por la linda boca de su Florencia, lo que hablaban Doña Augustina Rosas de Mancilla y Doña María Josefa Ezcurra sobre aquel incidente, cuya relacion que de él hicieran, debia provenir directamente de la casa de Rosas, á donde habrian afo-cándose los informes de Victorica y sus agentes, y á donde esas señoras concurrían todas las mañanas; y por último, esa tarde sabia lo mas ó ménos informada que estaba la sociedad popular y su presidente, sobre las ocurrencias de la noche anterior, con lo cual habria tornado entónces todos los caminos oficiales y semi-oficiales por donde podia andar, mas ó ménos oculta, en la capital de Buenos Aires, una noticia de la clase de aquella que tanto le interesaba saber.

Entretanto, él no habia perdido el tiempo en su ministerial visita, pues habia conseguido que el señor ministro Arana se envolvese en una red, primorosamente tejida por las manos de ese jóven que, casi solo, sin mas armas que su valor, y sin mas auxiliares que su talento, en una época en que todos los vínculos y todas las consideraciones de honor y de amistad empezaban á ser relajadas prodigiosamente por el terror en ese pueblo sorprendido por la tiranía; pero en el cual, es preciso decirlo, no habia desenuéltose nunca ese espíritu de asociacion que sus necesidades morales reclamaron siempre; por ese jóven decíamos que era una especie de conspiracion viva contra Rosas, admirable por su temeridad, aun cuando reprehensible por su petulancia al querer

trastornar, con la sola potencia de su espíritu, un orden de cosas constituido mas bien por la educacion social del pueblo argentino, que por los esfuerzos y los planes del dictador.

Don Felipe Arana, que tenia grande respeto á los talentos de Daniel, á quien mas de una vez consultaba sobre alguna redaccion de fórmula, ó alguna traduccion del frances, cosas ambas de muy grave importancia y de no menor dificultad para el señor ministro de relaciones exteriores, habia consentido en aceptar un consejo de Daniel, con la candidez que le era característica, y con aquella inocencia que empezó á revelarse en él desde el año de 1804, en que se afilió en la hermandad del santísimo sacramento, y cubierto con su pelliza de terciopelo punzó, y con la campanilla en la mano, marchaba delante de la custodia, cuando en el primer domingo de cada mes salia de la santa iglesia catedral la procesion que se llamaba de la renovacion, por ser el dia en que se renovaba la hostia consagrada.

Y aquella aceptacion de aquel consejo iba á convertirse en un árbol de escelentes frutos para aquel jóven, á quien solamente faltaba apoyo para ser uno de los actores principales del drama revolucionario por que pasaba el pueblo de Buenos Aires, y en cuya cabeza, á pesar de su aislamiento, se desenvolvia, despues de algunos meses, un plan todo el de conspiracion activa contra Rosas, que irá conociéndose mas tarde, á medida que los acontecimientos sobrevengan; como dentro de poco habrá ocasion tambien de saberse algo sobre esa tan importante concesion que acababa de conseguir de D. Felipe Arana.

Y entretanto, diremos que Daniel habia doblado por la calle de la Reconquista, y caminaba con ese aire negligente, pero elegante, que la naturaleza y la educacion regalan á los jóvenes de espíritu y de gustos delicados, y que los elegantes por artificio no alcanzan á reproducir

jamás. Con su levita negra abotonado, y sus guantes blancos, en la edad mas bella de la vida de un hombre, y con su fisonomía distinguida, y ese color americano que sirve á marcar tan bien las pasiones del alma y la fuerza de la inteligencia, Daniel era acreedor muy privilegiado á la mirada de las mujeres, y á la observacion de los hombres de espíritu, que no podian ménos de reconocer un igual suyo en aquel jóven en cuyos hermosos ojos chispeaba el talento, y que revelaba la seguridad y la confianza en sí mismo, propiedad esclusiva de las organizaciones privilegiadas, en su aire medio altanero y medio descuidado.

Llegado á la calle de la Reconquista, nuestro jóven no tardó mucho en pisar la casa de la bien amada de su corazón.

De pié junto á la mesa redonda que habia en medio del salon, y sus ojos fijos en un ramo de flores que habia en ella, colocado en una hermosa jarra de porcelana, Florencia no veia las flores, ni sentia la impresion de sus perfumes, aletargada por la influencia de su propio pensamiento, que la estaba repitiendo, palabra por palabra, cuantas acababa de oír salir de boca de Doña María Josefa: al mismo tiempo que dibujaba á su capricho la imágen de esa Amalia á quien creia estar viendo bajo sus verdaderas formas.

La abstraccion de su espíritu era tal, que solo conoció que habian abierto la puerta del salon, á cuya daba la espalda, y entrado alguien en él, cuando la despertó de su enajenamiento el calor de unos labios que imprimieron un tierno beso sobre su mano izquierda, apoyada en el perfil de la mesa.

— Daniell! exclamó la jóven volviéndose y retrocediendo súbitamente.

Y ese movimiento fué tan natural, y tan marcada la espresion, no de enojo, sino de disgusto, que asomó á su semblante, y tan notable la palidez de que se cubrió, en

vez de esos ramos de rosas con que asoma el pudor á las mejillas de una jóven en tales casos, que Daniel quedó petrificado por algunos instantes.

— Caballero, mi mamá no está en casa, dijo luego Florencia con un tono tranquilo y lleno de dignidad.

— Mi mamá no está en casa! ¡Caballero! repitió Daniel como si le fuera necesario decirse él mismo esas palabras para creer que salian de los labios de su querida. Florencia, continuó, juro por mi honor, que no comprendo el valor de esas palabras, ni cuanto acabo de ver en tí.

— Quiero decir, que estoy sola, y que espero querrá usted usar para conmigo de todo el respeto que se debe á una señorita.

Daniel se puso Colorado hasta las orejas.

— Florencia, por el amor de Dios, díme que estás jugando conmigo, ó díme si es verdad que yo he perdido la cabeza.

— La cabeza no, pero ha perdido usted otra cosa.

— ¿Otra cosa?

— Sí.

— ¿Y cuál, Florencia?

— Mi estimacion, señor.

— Tu estimacion! ¿yo?

— Y que le importa á usted el cariño, ni la estimacion mia! dijo Florencia con una fugitiva sonrisa, y marcando ese gesto de desden que era el mas bello juguete de su pequeña boca.

— Florencia! exclamó Daniel dando un paso hácia ella.

— Quietos! caballero, dijo la jóven sin moverse de su puesto; y alzando su cabeza y estendiendo su brazo hácia Daniel que casi tocaba con sus labios la palma de la linda mano de su amada. Pero fué tal la dignidad y la resolucion que acompañaron la palabra y la accion de la señorita Dupasquier, que Daniel quedó como clavado en

el lugar que pisaba. Y en seguida retrocedió algunos pasos, y afirmó su brazo izquierdo sobre el respaldo de una silla, mientras Florencia apoyaba su mano sobre la mesa redonda.

Los dos amantes se estuvieron mirando algunos segundos, creyendo tener cada uno el derecho de esperar esplicaciones. La escena empezaba á cambiar.

— Creo, señorita, dijo Daniel rompiendo el silencio, que si he perdido la estimacion de usted, á lo ménos me queda el derecho de preguntar por la causa de esa desgracia.

— Y yo, señor, si no tengo el derecho, tendré la arbitrariedad de no responder á esa pregunta, repuso Florencia con esa altanería régia que es una peculiaridad de las mujeres delicadas cuando están, ó creen estar, ofendidas por su amado, miéntras poseen la conciencia de no tener él nada que reprocharlas.

— Entónces, señorita, me tomaré la libertad de decir á usted, que si en todo esto no hay una burla que ya se prolonga demasiado, hay una injusticia que está ofendiendo á usted en el concepto mio, replicó Daniel con seriedad.

— Lo siento, pero me conformo.

Daniel se desesperaba.

Otro momento de silencio volvió á reinar.

— Florencia, si anoche me retiré á las nueve, fué porque en asunto importante reclamaba mi presencia léjos de aquí.

— Señor, es usted muy libre para entrar á mi casa, y retirarse de ella á las horas que mejor le plazca.

— Gracias, señorita, dijo Daniel mordiéndose los labios.

— Gracias, caballero.

— ¿De qué, señorita.

— De vuestra conducta.

— De mi conducta!

— ¿Se ha levantado usted sordo, caballero? repite usted mis palabras como si las estuviera aprendiendo de memoria, dijo Florencia riéndose y bañando á Daniel con una mirada la mas desdeñosa del mundo.

— Hay ciertas palabras que yo necesito repetir las para entenderlas.

— Es un trabajo inútil esa repetición.

— ¿Puedo saber porque, señorita?

— Porque bien tiene obligación de oír lo que se le dice, y comprender las cosas, aquel que tiene dos oídos, dos ojos y dos almas.

— Florencia! exclamó Daniel con voz irritada: aquí hay una injusticia horrible, y yo exijo una explicación ahora mismo.

— Exijo, ha dicho usted?

— Sí, señorita, lo exijo.

— ¿Me hace usted el favor de volver á repetirlo?

— Florencia!

— ¿Señor?

— Oh! basta, esto ya es demasiado.

— ¿Le parece á usted?

Me parece, señorita, que esto ó es una burla indigna, ó es buscar un pretexto de rompimiento, bien incompatible con personas de nuestra clase; y tres años de constancia y de amor me dan derecho á interrogar por la causa de un procedimiento semejante; y á pedir la razón del modo porque así se me trata.

— Ah! ya no exige usted, *pide*, ¿no es verdad? Eso es otra cosa, mi apreciable señor, dijo Florencia midiendo á Daniel de piés á cabeza con una mirada la mas altiva y despreciativa posible.

Toda la sangre de Daniel subió á su rostro. Su amor propio, su honor, la conciencia de su buena fe, todo acababa de ser herido por la mirada punzadora de Florencia.

— Exijo ó pido, como usted quiera; pero quiero ¿entiendo usted, señorita? quiero una esplicacion de esta escena, dijo volviendo á apoyar su mano en el respaldo de la silla.

— Calma, señor, calma: necesita usted mucho de su voz, y hace mal en gastarla alzándola tanto. Supongo no querrá usted olvidar que es á una mujer á quien está hablando?

Daniel se estremeció. Esa reconvenccion le era mas amarga todavía que las anteriores palabras de Florencia.

— Yo estoy loco, debo estar loco, Dios mio! Esclamó bajando la cabeza y apretando sus ojos con la mano.

Un momento de silencio volvió á reinar en la sala. Daniel lo interrumpió al fin.

— Pero, Florencia, el proceder de usted es injusto, inaudito, ¿me negará usted el derecho que tengo para solicitar una esplicacion?

— Una esplicacion! ¿y de qué, señor? ¿De mi proceder injusto?

— Eso es lo que pido, señorita.

— Bah! Eso es pedir una necesidad, caballero. En la época en que vivimos no se piden esplicaciones de las injusticias que se reciben.

— Sí, pero eso será muy bueno cuando se trate de asuntos de política, pero creo que ahora.....

— ¿Qué cree usted?

— Que no tratamos de política

— Usted se engaña.

— Yo!

— Cierito. Creo que conmigo son los únicos asuntos que le conviene á usted tratar; á lo ménos, tengo mis razones de creer que son los únicos para que le sirvo á usted.

Daniel comprendió que Florencia le echaba en cara el servicio que la habia pedido en su carta de la

víspera, y este golpe dado en su delicadeza agitó visiblemente sus facciones, mientras que Florencia lo miraba con una espresion mas bien de lástima que de resentimiento.

— Yo pensaba que la señorita Florencia Dupasquier, dijo Daniel con sequedad, tenia algun interes en el destino de Daniel Bello, para tomarse alguna incomodidad por él cuando algun peligro amenazaba la existencia de sus amigos, ó la suya propia quiza.

— Oh! esto último, caballero, no puede inquietar mucho á la señorita Dupasquier.

— De veras!

— Desde que la señorita Dupasquier sabe perfectamente que si algun peligro amenaza al señor Bello, no le faltará algun lugar retirado, cómodo y lleno de felicidad, donde ocultarse y evitarlo.

— Yo!

— Me parece que es con usted con quien estóy hablando.

— Un paraje lleno de felicidad donde ocultarme, repitió Daniel cada vez mas estraviado en aquel laberinto.

— ¿Quiere usted que hable en frances, señor, ya que en español parece que hoy no entiende usted una palabra? He dicho en muy buen castellano y lo repito, un paraje lleno de felicidad, una gruta de Armida, una isla de Ednido, un palacio de Hadas; ¿no sabe usted dónde es esto, Señor Bello?

— Esto es insufrible.

— Por el contrario, señor, esto es muy ameno. Le estoy á usted hablando de lo que mas le interesa en este mundo.

— Florencia, por Dios!

— Ah! no le ha parecido á usted bien la comparacion de la gruta de Armida y la isla de Ednido? Vamos, compararé entónces su lugar encantado con la isla de Calipso; usted será su Telémaco ¿le parece á usted bien?

— Por el cielo, ó por el infierno; ¿dónde es ese paraje á que está usted haciendo esas alusiones insoportables?

— ¿De veras?

— Florencia, esto es horrible!

— No tal; es bien divertido.

— ¿Qué?

— Hablo de la gruta. ¿Son muy bellos los jardines, señor?

— ¿Pero dónde, dónde?

— En Barracas, por ejemplo, y diciendo estas palabras, la jóven dió la espalda á Daniel y empezó á pasearse por la sala con el aire mas negligente del mundo, miéntras en su inesperto corazon ardía la abrasadora fiebre de los celos; esa terrible enfermedad del amor cuyos mayores estragos se obran á los diez y ocho y á los cuarenta años en la vida de las mujeres.

— En Barracas! exclamó Daniel dando precipitadamente algunos pasos hácia Florencia.

— Y bien ¿no estaria usted perfectamente allí? continuó la jóven volviéndose á Daniel. Además, continuó, moviendo la cabeza y repitiendo su gesto favorito, usted tendria cuidado de que no le hiriesen, para evitar el que su retiro fuese descubierto por los médicos, los boticarios ó las lavanderas.

— En Barracas! herido! Florencia, me matas si no te esplicas.

— Oh! no se morirá usted; á lo ménos hará usted lo posible por no morir en la época mas venturosa de su vida. Ni siquiera temo que se deje usted herir en el muslo izquierdo, que debe ser una terrible herida cuando es hecha por un sable enorme.

— Son perdidos, Dios mio! exclamó Daniel cubriéndose el rostro con sus manos.

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos jóvenes que, amándose hasta la adoracion, estaban sin

embargo torturándose el alma, al influjo del genio perverso que había soplado la llama de los celos en el corazón de una mujer joven y sin experiencia.

Pero ese silencio cesó pronto. Sin dar tiempo á que Florencia lo evitase, Daniel se precipitó á sus piés, y, de rodillas, oprimió entre sus manos su cintura.

— Por el amor del cielo, Florencia, la dije alzando los ojos hácia ella, pálido como un cadáver, por tí, que eres mi cielo, mi dios y mi universo en este mundo, espícame el misterio de tus palabras. Yo te amo. Tú eres el primer amor, el último amor de mi existencia. Ella te pertenece como tu alma, luz de mi vida, encanto angelicado de mi corazón. Mujer ninguna es en el mundo mas amada que tú. Pero ¡oh Dios mio! no es el amor lo que debe ocuparnos en este momento solemne en que está pendiente la muerte sobre la cabeza de muchos inocentes, y quizá yo entre ellos, alma del alma mia. Pero no es mi vida, no, lo que me inquieta; hace mucho tiempo que la juego en cada hora del dia, en cada minuto; mucho tiempo que sostengo un duelo á muerte contra un brazo infinitamente superior al mio; es la vida de..... Oye, Florencia, porque tu alma es la mia, y yo creo hacerlo en Dios cuando deposito en tu pecho mis secretos y mis amores; oye: es la vida de Eduardo y la de Amalia la que peligra en este momento; pero la sangre de ellos no puede correr sino mezclada con la mia, y el puñal que atravesase el corazón de Eduardo ha de llegar tambien hasta mi pecho.

— Daniel! exclamó Florencia inclinándose sobre su amante y oprimiéndole la cabeza con sus manos, como si temiera que la muerte se lo arrebatase en ese momento. La espontaneidad, la pasión, la verdad estaban reflejándose en la fisonomía y en las palabras de Daniel, y el corazón de Florencia empezaba á regenerarse de la presión de los celos.

— Sí, continuó Daniel teniendo siempre oprimida con sus manos la cintura de Florencia, Eduardo ha debido ser asesinado anoche; yo pude salvarlo moribundo, y era preciso ocultarlo porque los asesinos eran agentes de Rosas. Pero ni mi casa, ni la de él podían servirnos.

— Eduardo asesinado! Dios mio! ¡qué día espantoso es este para mi corazón! ¿pero no morirá, no es cierto?

— No, está salvado. Oye; oye todavía: era necesario conducirlo á alguna parte y lo conduje á lo de Amalia. Amalia, que es el único resto de la familia de mi madre; Amalia, la única mujer á quien despues de tí quiero en el mundo, como se quiera á una hermana, como se debe querer á una hija. ¡Gran Dios, yo la habré precipitado á su ruina, á ella que vivía tan tranquila y feliz!

— Su ruina! ¿y porqué, Daniel? ¿porqué? y Florencia agitaba con sus manos los hombros de Daniel, porque su palidez y sus palabras imprimían el miedo en su corazón.

— Porque para Rosas la caridad es un crimen. Eduardo está en Barracas, y tú has nombrado ese lugar, Florencia; Eduardo está herido en el muslo izquierdo, y....

— Nada saben, nada saben! exclamó Florencia radiante de alegría, y palmeándose sus pequeñitas manos, nada saben, pero pueden saberlo todo; oye!

Y Florencia, que ya no se acordaba de sus celos desde que tantas vidas estaban pendientes de sus palabras, levantó ella misma á su querido, y sentándolo, y ella á su lado, en las primeras sillas que encontró, refirióle en cinco minutos su conversacion con la señora de Mancilla y Doña María Josefa. Pero á medida que iba llegando al punto de la conversacion sobre Amalia, su semblante se descomponia, y sus palabras iban siendo mas marcadas.

Daniel la oyó hasta el fin sin interrumpirla, y en su semblante no apareció la mínima alteracion el escuchar el

episodio sobre sus visitas á Barracas, lo que no escapó á la penetracion de la jóven.

— Infames! exclamó luego que aquella habia concluido su narracion. Toda esa familia es una raza del infierno. Toda ella, y todo el partido que pertenece á Rosas, tiene veneno en vez de sangre, y cuando no mata con el puñal, habla y mata el honor con el aliento. Infame! Complacerse en torturar el corazon de una criatura!

— Florencia! continuó Daniel volviéndose á esta, yo te insultaria si creyese que puedes poner en competencia mis palabras con las de esa mujer. Cuanto te ha dicho, no es mas que una calumnia con que ha querido martirizarte; porque el martirio de los demas es el placer de cuantos componen la familia de Rosas. Es una calumnia, lo repito; y yo creo que no puedes poner en balanza la palabra de esa mujer y la mia.

— Así es en general; pero en este caso, Daniel, lo mas que puedo hacer es suspender mi juicio. Florencia no dudaba ya; pero ninguna mujer confiesa que ha procedido con ligereza en una acusacion hecha á su amante.

— ¿Dudas de mí, Florencia?

— Daniel, yo quiero conocer á Amalia, y ver las cosas por mis propios ojos.

— La conocerás.

— Quiero frecuentar su relacion.

— Bien.

— Quiero que sea en esta semana el primer dia en que nos veamos.

— Bien ¿quieres mas? contestó Daniel con seriedad.

— Nada mas, respondió Florencia, y estendió su mano á Daniel que la conservó entre las suyas. En cualquiera otra ocasion habria impreso un millon de besos en esa mano tan querida, pero en esta, fuerza es decirlo, su espíritu estaba preocupado con los peligros que amenazaban á sus amigos de Barracas. ¿Estás segura que

el bandido no dió ninguna seña particular de Eduardo? la preguntó Daniel.

— Cierta; ninguna.

— Necesito retirarme, Florencia mia, y, lo que es mas cruel, hoy no podré volver á verte.

— ¿Ni á la noche?

— Ni á la noche.

— ¿Acaso irá usted á Barracas?

— Sí, Florencia y no regresaré hasta muy parte. ¿Crees tú que no debo estar al lado Eduardo, velar por su vida y por la suerte de mi prima, á quien he comprometido en este asunto de sangre? ¿Que debo abandonar á Eduardo, á mi unico amigo, á tu hermano, como tú le llamas?

— Anda, Daniel, contestó Florencia levantándose de la silla y bajando los ojos cuyo cristal acababa de empañarse por una lágrima fugitiva, cosa rarísima en esa jóven.

— ¿Dudas de mí, Florencia?

— Anda, cuida de Eduardo; es cuanto hoy puedo decirte.

— Toma, no nos veremos hasta mañana y quiero que quede en tí lo que jamas se ha separado de mi pecho, y Daniel se quitó del cuello una cadena tejida con los cabellos de su madre y que Florencia conocia bien. Este rasgo de la nobleza de su amante hizo vibrar la cuerda mas delicada de la sensibilidad de su alma; y cubriéndose el rostro mientras Daniel le colocaba la cadena, las lágrimas aliviaron al fin las angustias que acababan de oprimir su tierno corazon. Ya no dudaba; ya no tenia sino amor y ternura por Daniel; porque un instante despues de haber llorado en una tierna reconciliacion, una mujer ama doblemente á su querido.

Dos minutos despues, Florencia, sentada en un sofa, besaba la cadena de pelo, y Daniel volvía á tomar la calle de Venezuela.

### CAPITULO XIII.

#### El presidente Salomon.

En la vereda en frente al costado derecho de la pequeña iglesia de San Nicolas, donde se cruzan las calles de Corrientes y del Cerrito, se encontraba una casa antigua, de pequeñas ventanas muy salientes, puerta de calle de una sola hoja, con umbral de madera á media vara del nivel del suelo, donde todas las tardes á la oracion era cosa segura que se hallaria sentado en él al habitante y propietario de aquella casa, en mangas de camisa, con los calzones levantados hasta mas arriba de las botas, con un cigarro de papel en la mano derecha, y en la izquierda un mate cuya agua se renovaba cada dos minutos por el espacio de una hora. Era este hombre como de cincuenta y ocho á sesenta años de edad, alto, y de un volúmen que podria muy bien poner en celos al mas gordo buey de los que se presentan en las esposiciones anuales de los Estados-Unidos: cada brazo era un muslo, cada muslo un cuerpo, y su cuerpo diez cuerpos.

Hijo de un antiguo español pulpero de Buenos Aires, él y su hermano Jenaro, recibieron por herencia de su padre la pulpería contigua á la casa que se acaba de conocer, y el oscuro apellido de Gonzalez.

Jenaro, que era el mayor de los dos hermanos, se puso al frente del establecimiento de pulpería, y la tradicion no cuenta por qué ocurrencia los muchachos del barrio le daban el sobrenombre de Salomon. Pero lo que hay de positivo es que á este nombre nuestro D. Jenaro se ponía furioso como una pantera, y que en sus arrebatos hizo prodigios de puño y de leñazos con aquellos que, por mas ó ménos vino ó aguardiente, le daban en su cara aquel ilustre nombre de la Biblia.

Este D. Jenaro era, al mismo tiempo que pulpero, capitan de milicias, y tuvo la desgracia de morir fusilado

allá por los años 22 ó 23, por complicacion en un motin militar, dejando en prematura viudedad á su esposa Deña María Riso, y en horfandad á su hija Quintina.

A su muerte, quedó dueño de la pulperia su hermano menor Julian Gonzalez. Y por un rasgo de filosofía popular, ó acaso porque el nombre de Salomon sonaba mejor á su oido que el de Gonzalez, desde la muerte de su hermano Jenaro, el D. Julian empezó á firmarse y hacerse llamar por todos sus amigos *Julian Gonzalez Salomon*.

Y hé ahí desde entónces adherido á su nombre de bautismo el nombre ilustre que solia fermentar la bÍlis de su hermano mayor, el padre de Quintina.

Este D. Julian empezó á crecer en volúmen como en nombre, y en dignidades como en nombre y volúmen, pues que, de pulpero empezo á elevarse con diferentes grados en la milicia cívica, sin que las ocupaciones de uno y otro destino le impidiesen por las tardes su rato de solaz en el umbral de la puerta de su casa; pues D. Julian Gonzalez Salomon y el hombre en mangas de camisa que hemos descrito tomando mate, era un solo viviente verdadero é indivisible.

La ráfaga que levantó el polvo argentino á la entrada del general Rosas al gobierno, fué demasiado fuerte para que encontrase pesado aquel enorme terron de carne y barro, y, desde el umbral de su puerta, lo levantó á la altura de coronel de milicias, y mas tarde á la de presidente de la sociedad popular restauradora, de quien la union de sus miembro fué simbolizada por una mazorca de maíz, á imitacion de una antigua sociedad española, cuyo símbolo era aquel, y cuyo objeto era la propaganda de *Mas-borca* equívoco de pronunciacion que servía para determinar el símbolo y la idea, y que fué aplicado tambien á la sociedad popular de Buenos Aires.

A las cuatro de la tarde del día en que han ocurrido los anteriores sucesos, toda la cuadra de la casa del

coronel Salomon estaba obstruida por caballos vestidos de federales, es decir, con sobrepuestos punzóes; testeras de pluma ó de lana color rosa, y baticolas con borlas del mismo color, con lucientes sobrepuestos de plata en las cabezadas del recado y en el pretal; y riendas y cabezadas del freno con pasadores de ese mismo metal. Y á pesar de ser este un espectáculo muy comun en aquel paraje, todo el vecindario de San Nicolas estaba como de fiesta en las azoteas y ventanas.

La sala de la casa de Salomon estaba cuajada por los jinetes á quienes pertenecian aquellos caballos, y todos ellos uniformemente vestidos en lo mas ostensible de su traje, es decir, sombrero negro con una cinta punzó de cuatro dedos de ancho, chaqueta azul oscuro con su correspondiente divisa de media vara, chaleco colorado, y un enorme puñal á la cintura, cuyo mango salia por sobre la chaqueta un poco hácia el costado derecho: espada de la federacion, como lo llama Daniel. Y, del mismo modo que el traje, las caras de aquellos hombres parecian tambien uniformadas: bigote espeso; patilla abierta por bajo de la barba, y fisonomía de esas que solo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado ántes en ninguna parte de la tierra.

Sentados unos en las sillas de madera y de paja que habia desordenadamente colocadas en la sala, otros en el banco de las ventanas, y otros en fin sobre la mesa de pino cubierta con una bayeta punzó donde solia echar su firma el señor presidente Salomon, haciendo traer ántes un tarrito de pomada que servia de tintero en la heredada pulpería, cada uno de esos señores era un incensario de tabaco que estaba despidiendo una densa nube, al traves de cuyos celajes se descubrian sus tostados y repulsivos semblantes. Pero su ilustre presidente no estaba entre ellos. Estaba en la pieza contigua á la sala, sentado á los piés de un gran catre que le servia de cama, aprendiendo

de memoria una especie de discurso en veinte palabras que le repetía por la vigésima vez un hombre que era precisamente el antítesis en cuerpo y alma del coronel Salomon: y este hombre era Daniel y el diálogo el siguiente:

— ¿Cree que ya estoy?

— Perfectamente, coronel. Tiene usted una memoria prodigiosa.

— Pero mire: usted me hará el favor de sentarse á mi lado, y cuando se me olvide algo, me lo dice despacio.

— Ya habia pensado pedirle á usted eso mismo. Pero usted no se olvide, coronel, que tiene que presentarme á nuestros amigos, y advertirles lo que le he dicho.

— Eso corre de mi cuenta. Vamos á entrar.

— Espere usted un momento. Luego que usted se siente, haga que el secretario lea la lista de los presentes, porque es preciso, coronel, que demos á nuestra sociedad federal el mismo orden que hay en la sala de representantes.

— Si ya se lo he dicho á Boneo, pero es un haragan que no sabe mas que hablar.

— No importa, vuelva usted á decírselo, y lo hará.

— Bueno, entremos.

Y el presidente Salomon, y Daniel Bello, vestido con su misma levita negro abotonado, pero con una divisa algo mas larga y sin sus guantes blancos, entraron en la sala de la sesion.

— Buenas tardes, señores, dijo Salomon con el tono mas serio y magistral del mundo, encaminándose á ocupar la silla que habia delante de la mesa de pino.

— Buenas tardas, presidente, coronel, compadre, &c., contestó cada uno de los presentes, segun el título que acostumbraba dar á Don Julian Salomon; lanzando todos á la vez una mirada sobre aquel hombre que acompañaba al presidente y en el que echaban de ménos

los principales atributos federales en el vestido, y hallaban de mas una cara y unas manos demasiado finas.

— Señores, dijo Salomon, el señor es Don Daniel Bello, hijo del hacendado Don Antonio Bello, patriota federal, á quien yo le debo muchos servicios. El señor, que es tan buen federal como su padre, quiere entrar en nuestra sociedad restauradora, y está esperando que llegue su padre para incorporarse con él, y entretanto quiere venir algunas veces á participar de nuestro entusiasmo federal. ¡Viva la federacion! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos asquerosos Franceses! ¡Muera el rey guarda-chanchos Luis Felipe! ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios, vendidos al oro inmundo de los Franceses! ¡Muera el pardejon Rivera!

Y esas exclamaciones, lanzadas por la atronadora voz del presidente Salomon, fueron repetidas en coro por todos los asistentes que, á par que gritaban, hacian círculos por sobre su cabeza con el puñal que desenvainaron desde el primer grito de su presidente; y esta grita que se oía en cuatro cuadras á la redonda, fué repetida por la turba que transitaba la calle; no cuidándose mucho en decir ¡Viva! cuando Salomon gritaba ¡Muera! y vice-versa.

Calmado el huracan, Salomon se sentó en su silla, su secretario Boneo á su izquierda, y nuestro jóven Daniel á su derecha.

— Señor secretario, dijo Salomon echándose hácia atras. en el respaldo de su silla, lea usted la lista de los señores presentes.

Boneo tomó el primer papel de unos que habia sobre la mesa, y leyó en voz alta los nombres que habia apuntado ántes con un lápiz, dijo así:

— Presentes: Los señores, Presidente, Cuitiño, Parra, Parra (hijo), Maestre, Alen, Alvarado, Moreno, Gaetano, Larrazabal, Merlo, Moreira, Diaz, Amoroso, Viera, Amores, Maciel, Romero, Boneo.

— ¿No hay mas? preguntó Salomon.

— Son los presentes, señor presidente.

— Lea usted la lista de los ausentes.

— ¿De toda la sociedad?

— Sí, señor. ¿Pues que somos ménos que los representantes? Somos tan buenos federales como ellos y debemos saber los que están y los que no están, como se hace en la sala de representantes. Lea usted la lista.

— Socios ausentes, dijo Boneo, y leyó la lista de la sociedad popular restauradora, que constaba de 175 individuos de todas las jerarquías sociales.

— Bravo! Ahora ya nos conocemos todos, aun cuando en esa lista hay hombres por fuerza, dijo Daniel para sí mismo, luego que el secretario concluyó la lectura de los socios; y en seguida dió un tironcito de los anchos calzones de Salomon.

— «Señores, dijo entónces el presidente de la sociedad popular, la federacion es el Ilustre Restaurador de las Leyes; luego nosotros nos debemos hacer matar por nuestro Ilustre Restaurador, porque somos las columnas de la santa causa de la federacion.

— Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! gritó uno de los socios federales á quien todos los demas hicieron coro.

— ¡Viva su digna hija la señorita Manuelita de Rosas y Ezcurra!

— ¡Viva el héroe del desierto, Restaurador de las Leyes, nuestro padre, y padre de la federacion!

— ¡Mueran los Franceses inmundos, y su rey guarda-chanchos!

— «Señores, continuó el presidente, para que nuestro Ilustre Restaurador pueda salvar la federacion del .. pueda salvar la federacion del .. para que nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes pueda salvar la federacion del....

— Del eminente peligro, le dijo Daniel casi al oído.

— «Del eminente peligro en que se halla, debemos perseguir á muerte á los unitarios, luego todo unitario debe ser perseguido á muerte por nosotros. »

— ¡Mueran los inmundos salvajes asquerosos unitarios! gritó otro de los socios populares que se llamaba Juan Manuel Larrazabal, á cuyas palabras todos los socios hicieron coro con el puñal en la mano.

— «Señores, es presiso que persigamos á todos sin compasion.»

— Hembras y machos, gritó el mismo Juan Manuel Larrazabal, que parecia el mas entusiasta de los concurrentes.

— «Nuestro Ilustre Restaurador no puede estar contento de nosotros porque no lo servimos como debemos», continuó Salomon.

— Ahora entra lo de anoche, le dijo Daniel haciendo que se limpiaba el rostro con el pañuelo.

— «Ahora entra lo de anoche», repitió Salomon, como si esa advertencia fuera parte de su discurso.

Daniel le pegó un fuerte tiron de los calzones.

— «Señores, continuó Salomen, ya sabemos todos que anoche han querido escaparse unos salvajes unitarios, y no lo han conseguido porque el señor comandante Cuitiño se ha portado como buen federal; pero entretanto, uno se ha escondido no sé en dónde, y así ha de ir sucediendo todos los días, si no nos portamos como defensores de la santa causa de la federacion. Yo he llamado á ustedes para que juremos otra vez perseguir á los inmundos salvajes unitarios que quieren fugar para Montevideo y unirse al pardejon Rivera y venderse al oro asqueroso de los Franceses. Esto es lo que quiere nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes! He dicho, y ¡viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! y mueran todos los enemigos de la santa causa de la federacion!»

— Mueran á puñal los salvajes inmundos unitarios! gritó otro de los entusiastas federales, y este grito y todos

los de costumbre se repitieron por diez minutos tanto en la sala de sesion, como en la calle donde habia apiñada á las ventanas una multitud tan entusiasta y honrada como la que daba la fiesta en la casa del coronel Salomon.

— Pido la palabra, dijo el comandante Cuitiño levantándose.

— Tiene la palabra, contestó Salomon, deshaciendo el tabaco de un cigarrillo en la palma de su inmensa mano.

— «Yo anoche he cenado con el Restaurador de las Leyes y su hija Doña Manuelita Rosas y Ezcurra. El Restaurador es mas que Dios porque es el padre de la federacion, y cuantos unitarios caigan en mis manos les ha de suceder lo mismo que á los que agarré anoche. Es verdad que uno se escapó, pero va bien marcado, y ya esta mañana le mandé un hombre á Doña María Josefa que le ha de dar buenas señas, porque hombres y mujeres, siendo federales, todos debemos ayudar á Su Excelencia que es el padre de todos. Para ser buen federal, es preciso mostrar esto.» Y Cuitiño sacó su puñal, y con el dedo índice de la mano izquierda señalaba en la lámina de acero algunas manchas de sangre, de aquella en que se habia empapado la noche anterior.

A esta accion todos los mashorqueros contestaron desvainando el puñal y prorumpiendo en alaridos espantosos contra los unitarios, contra los Franceses, contra Rivera, y especialmente contra Luis Felipe, el rey guarda-chanchos, segun lo llamaban, por inspiracion de Rosas.

En toda esta escena, Daniel era el único de los personajes en cuya fisonomía no hubiera podido distinguirse por nadie la mínima alteracion, la mínima espresion, ni de entusiasmo, ni de miedo, ni de afeccion, ni enojo. Frio, tranquilo, imperturbable, él observaba hasta lo íntimo del pensamiento y la conciencia de cuantos le

rodeaban, sin dejar de calcular las ventajas que podría sacar del frenesí de los otros.

Apagada la tormenta de gritos, Daniel pidió la palabra al presidente con el aire más resuelto del mundo, y obtenida, dijo:

— «Señores, yo no tengo todavía el honor de pertenecer á esta ilustre y patriótica sociedad, aun cuando espero incorporarme á ella dentro de poco tiempo; pero mis opiniones y amistades son conocidas de todos, y espero con el tiempo poder prestar á la federacion y al Ilustre Restaurador de las Leyes, servicios tan distinguidos como los que le prestan los miembros de la sociedad popular restauradora, que ya son conocidos tanto en la república como en toda la América.

Nuevos aplausos y nuevos gritos siguieron á este tan lisonjero exordio.

— «Pero, señores, continuó Daniel, es á las personas presentes á las que yo debo dar las enhorabuenas que se merecen de todo buen federal, porque, sin querer negar á los demás socios su entusiasmo por nuestra santa causa, yo veo que sois vosotros los que dais la cara de frente para sostener al Ilustre Restaurador de las Leyes, mientras que los demás no asisten á las sesiones federales. La federacion no reconoce privilegios. Abogados, comerciantes, empleados, todos aquí somos iguales, y cuando haya sesion, ó cuando haya algo que hacer en beneficio de Su Excelencia, todos deben concurrir al llamamiento del presidente, ó á donde haya peligros, sin dejar á unos pocos los compromisos y los trabajos. Todos serán muy buenos federales, pero á mi me parece que los que están aquí no son unitarios para que se desdeñen de juntarse con ellos. Esto lo digo, porque yo creo que esta debe ser la opinion de Su Excelencia el Ilustre Restaurador, la cual debemos hacer que sea más respetada en adelante.»

Daniel no dió su golpe en falso. El entusiasmo producido por este discurso sobrepasó á lo que el mismo

habia osado esperar. Todos los miembros de la sociedad allí presentes gritaron, juraron y blasfemaron contra todos aquellos que no habian asistido á la sesion y cuyos nombres habia leído el secretario Boneo. Empezaron á circular nombres de los inasistentes, no ya como tales, sino como unitarios disfrazados, y Daniel aprobaba estas clasificaciones con sonrisas maliciosas ó movimientos de cabeza.

— Así, así; mas os he de azuzar en adelante, mis lebreles, para que os devoréis unos á otros, decia Daniel para sí mismo.

El presidente Salomon volvió á proclamar á los socios para que vigilasen mucho á los unitarios, y sobre todo los lugares del rio por donde era presumible que se embarcasen; y despues de nuevo entusiasmo y nuevos gritos, dió por concluida la sesion á las cinco y media de la tarde.

Daniel recibió apretones de mano y abrazos federales, y se despidió de todos, siendo acompañado hasta la puerta de la calle por el presidente Salomon que no cabia en la inmensa epidérmis que lo cubria, despues de su portentoso discurso, cuya satisfaccion le inspiraba los mas amables comedimientos por el hijo de Don Antonio Bello.

Nada sabian sobre Eduardo. Daniel salió contento; dobló por la calle de las Artes y en la esquina de la de Cuyo encontró á Fermin que lo esperaba con un caballo de la brida. La calle estaba llena de gente, y sin mirar al criado, Daniel le dijo al montar estas solas palabras:

— A las nueve.

— ¿Allá?

— Sí.

Y el magnífico caballo blanco sobre que acababa de montar Daniel, tomó el trote por la plaza de las Artes en direccion á Barracas. Llegó luego á la calle del Buen

Orden, que es la prolongacion de aquella, y llegó á la barranca de Balcarce en el momento en que empezaban á apagarse los últimos crepúsculos del día.

El jóven, cuyo espíritu habia pasado por tantas impresiones en el curso de ese día como en la noche que habia precedídole, no pudo ménos de parar su caballo y estasiarse desde aquella altura en contemplar el bellissimo panorama que se desenvolvía á sus piés, matizado con los últimos rayos de la tarde. Porque á los veinte y cinco años de la vida el corazon del hombre se encadena mágicamente á los espectáculos poéticos de la naturaleza, que descubren en su imaginacion fértil y robusta todo el poder de atraccion que Dios le ha impreso ante lo que se muestra bello y armónico á sus ojos. Porque los valles floridos de Barracas, al fin de ellos el gracioso riachuelo, y á la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las mas bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce.

Ya Daniel empezaba á descender por esa barranca cuando sintió hácia atras una voz que lo llamaba por su nombre, y dando vuelta la cabeza conoció á veinte pasos de él á su benemérito maestro de escritura que venia á gran carrera, faltándole ya las fuerzas para proseguir en ella, con su caña de la India en una mano y su sombrero en la otra.

Llegado que fué al estribo, se agarró del muslo de su discípulo y permaneció así dos ó tres minutos sin poder hablar, tal era la opresion de sus pulmones.

— ¿Qué hay, qué le pasa á usted, Señor Don Cándido? le preguntó al fin Daniel, alarmado de la palidez de su semblante.

— Es una cosa horrible, bárbara, atroz, sin ejemplo en los anales del crimen.

— Señor, estamos en un camino público; dígame usted lo que quiere, pero que sea pronto.

— ¿Recuerdas del bueno, del noble y generoso hijo de mi antigua y hacendosa sirvienta?

— Sí

— Recuerdas que vino anoche y....

— Sí, sí. ¿Qué le ha sucedido al hijo ?

— Lo han fusilado, mi Daniel querido y estimado, lo han fusilado.

— ¿A qué horas?

— A las siete. Tan luego como se supo que había salido anoche de casa del gobernador. Temieron sin duda....

— Que revelase ó que hubiera revelado lo que sabía; le ahorro á usted las palabras.

— Pero yo estoy perdido, sentenciado. ¿Qué hago? Daniel querido? ¿qué hago?

— Preparar sus plumas para entrar mañana á ocupar el empleo de copista privado del señor ministro de relaciones exteriores.

— ¿Yó? Daniel! y en su arrebató de alegría Don Cándido llenó de besos la mano de su discípulo.

— Ahora, tome usted cualquier otra calle y retírese á su casa.

— Sí. yo fui á la tuya á tiempo que salía Fermin con tu caballo, le seguí, despues te seguí á ti y....

— Bien, otra cosa: ¿tiene usted alguna persona de su íntima confianza, hombre ó mujer, donde alguna vez haya usted pasado lo noche?

— Sí.

— Pues ahora mismo vaya usted á convenir con ella, en que usted ha pasado en su compañía la noche de ayer, por lo que pueda suceder. Adios, Señor.

Y Daniel picó el caballo, y, corriendo un gran riesgo, bajó á galope la barranca de Balcarce. y tomó la calle Larga cuando ya estaba oscura por la sombra de los edificios ó de los árboles, en cuyas copas morían desmayadas las últimas claridades de la tarde.

Era ese el mismo camino por donde diez y ocho horas ántes habia pasado con el cuerpo exangüe de su amigo: y era á la casa de la hermosa Amalia, en que habia recibido hospitalidad y vuelto á la vida, donde ahora se dirigia el valiente y generoso Daniel.

---



## PARTE SEGUNDA.

---

### CAPITULO I.

#### **Amalia Sáenz de Olabarrieta.**

«Tucuman es el jardín del universo, en cuanto á la grandeza y sublimidad de su naturaleza», escribió el capitán Andrews en su «Viaje á la América del Sur», publicada en Lóndres en 1827; y el viajero no se alejó mucho de la verdad con esa metáfora al parecer tan hiperbólica

Todo cuanto sobre el aire y la tierra puede reunir la naturaleza tropical de gracias, de lujo y poesía se encuentra confundido allí, como si la provincia de Tucuman fuese la mansion escogida de los genios de esa desierta y salvaje tierra que se estiende desde el Estrecho hasta Bolivia, y desde el Andes al Uruguay.

Suave, perfumada, fértil, y rebosando gracias y opulencia de luz, de pájaros y flores, la naturaleza armoniza allí el espíritu de sus creaturas, con las impresiones y perspectivas poéticas en que se despierta y desenvuelve su vida.

El corazon especialmente es en el hombre la obra perfecta de su clima, á quien despues la educacion aumen-

ta o desfigura el grabado de su primitivo molde. Y en Tucuman, como en todas esas latitudes privilegiadas, entibiadas por la luz de los trópicos, el corazón participa con el aire, con la luz, con la vegetación, de esa abundancia de calor y de vida, de armonía y de amor, que exhala allí superabundante la naturaleza.

Y es entre ese jardín de pájaros y flores, de luz y perspectivas, que se repite con frecuencia ese fenómeno fisiológico de que los Ingleses se rien y los Alemanes dudan, como dice el novelista Bulwer, que acontece bajo el tibio cielo de la Italia, y entre los pueblos mas meridionales de la península española: es decir, esas pasiones de amor que nacen, se desenvuelven y dominan en el espacio de algunas horas, de algunos minutos tambien, decidiendo luego del destino futuro de toda una existencia.

Y entre ese jardín de pájaros y flores, de luz y perspectivas nació Amalia, la generosa viuda de Barracas, con quien el lector hizo conocimiento en los primeros capítulos de esta historia: y nació allí como nace una azucena ó una rosa, rebosando belleza, lozanía y fragancia.

El coronel Sáenz, padre de Amalia, murió cuando esta tenia apenas seis años: y en uno de los viajes que su esposa, hermana de la madre de Daniel Bello, hacia á Buenos Aires sucedió esa desgracia.

Amalia aspiró hasta en lo mas delicado de su alma todo el perfume poético que se esparce en el aire de su tierra natal, y cuando á los diez y siete años de su vida dió su mano, por insinuación de su madre, al señor Olabarrieta, antiguo amigo de la familia, el corazón de la jóven no habia abierto aun el broche de la purísima flor de sus afectos, y los hálitos de su aroma estaban todavia velados entre las lozenas hojas mal abiertas.

Mas que un esposo, ella tomó un amigo, un protector de su destino futuro.

Pero el de Amalia parecia ser uno de esos destinos predestinados al dolor que arrastran la vida á la desgracia, fija, poderosa, irremediamente, como la voragine de Moskoe á los impotentes bajeles.

El coronel Sáenz amaba á su pequeña hija con un amor que rayaba en idolatría, y el coronel Sáenz bajó á la tumba cuando su hija aun no habia salido de la niñez!

El señor Olabarrieta amaba á Amalia como su esposa, como su hermana, como su hija, y el señor Olabarrieta murió un año despues de su matrimonio, es decir, año y medio ántes de la época en que comienza esta historia!

Ya no le quedaba á Amalia sobre la tierra otro cariño que el de su madre; cariño que suple á todos cuantos brotan del corazon humano; único desinteresado en el mundo y que no se enerva ni se estingue sino con la muerte; y la madre de Amalia murió en sus brazos tres meses despues de la muerte del señor Olabarrieta!

Los espíritus poéticos, en quienes la sensibilidad domina prodigiosamente la organizacion y la vida, tienen en sí mismos el gérmen de una melancolía innata que se desenvuelve en el andar del tiempo y los sucesos, y llega á enseñorearse tanto de aquellos espíritus, que, sin saberlo ellos, llegan á ser melancólicos hasta en los sueños ó en las realidades de su propia felicidad.

Sola, abandonada en el mundo, Amalia, como esas flores sensitivas que se contraen al roce de la mano ó á los rayos desmedidos del sol, se concentró en sí misma á vivir con las recordaciones de su infancia, ó con las creaciones de su imaginacion alumbradas con los rayos diáfanos y dorados de las ilusiones, que de vez en cuando se escapan de la luz íntima de los espíritus poetizados y cruzan por ese mundo sin forma, ni color, que los sentidos no palpan, pero que existe, sin embargo, para la imaginacion y para el alma.

Sola, abandonada en el mundo, quiso tambien abandonar su tierra natal donde hallaba á cada instante los tristísimos recuerdos de sus desgracias, y vino á Buenos Aires á fijar en ella su residencia.

Ocho meses hacia que se encontraba allí, tranquila si no feliz, cuando nos la dieron á conocer los acontecimientos del 4 de Mayo. Y veinte dias despues de aquella noche aciaga, volvemos á encontrarnos con ella en su misma quinta de Barracas.

Eran las diez de la mañana, y Amalia acababa de salir de un baño perfumado.

La luz de la mañana entraba al retrete, que los lectores conocen ya, al traves de las dobles cortinas de tul celeste y de batista, é iluminaba todos los objetos con ese colorido suave y delicado que se esparce sobre el oriente cuando despunta el dia.

La chimenea estaba encendida, y la llama azul que despedia un grueso leño que ardía en ella, se reflectaba, como sobre el cristal de un espejo, en las láminas de acero de la chimenea; formándose así la única luz brillante que allí habia.

Los pebeteros de oro colocados sobre las rinconeras, exhalaban el perfume suave de las pastillas de Chile que estaban consumiendo; y los jilgueros, saltando en los alambres dorados que les aprisionaban, hacian oír esa música vibrante y caprichosa con que esos tenores de la grande ópera de la naturaleza hacen alarde del poder pulmonar de su pequeña y sensible organizacion.

En medio de este museo de delicadezas femeniles, donde todo se reproducia al infinito sobre el cristal, sobre el acero, y sobre el oro, Amalia, envuelta en un peinador de batista, estaba sentada sobre un sillón de damasco caña, delante á uno de los magníficos espejos de su guarda-ropas; su seno casi descubierto, sus brazos desnudos, sus ojos cerrados, y su cabeza reclinada sobre el respaldo del sillón, dejando que su espléndida y ondeada

cabellera fuese sostenida por el brazo izquierdo de una niña de diez años, linda y fresca como un jazmin, que, en vez de peinar aquellos, parecía deleitarse en pasarlos por su desnudo brazo para sentir sobre su cútis la impresion cariñosa de sus sedosas hebras.

En ese momento, Amalia no era una mujer: era una Diosa de esas que ideaba la poesía mitológica de los Griegos. Sus ojos entre-dormidos, su cabello suelto, sus hombros y sus brazos descubiertos, todo contribuía á dar mayor realce á su belleza. Era así, dormida y cubierta por un velo mas descuidado que ella misma, que algunos escritores de Roma antigua describen á Lucrecia, cuando se ofreció por primera vez á los ojos de Sextus, de quien el bárbaro crímen debía perder la mujer y salvar la patria, 509 años ántes de Cristo. Y cuando Cleópatra llegó hasta su vencedor, en su galera con *popa de oro, con velas de púrpura y remos de plata*, venía dormida sobre cojines egipcios, sirviendo de velo á su seno de *alabastro*, sus cabellos negros *como la noche*, y Antonio olvidó á Roma y sus legiones y se hizo el esclavo de la *Diosa dormida*. Así, en ese momento, y de ese modo, Amalia, repetimos, no era una mujer, sino una Diosa.

Habia algo de resplandor celestial en esa criatura de veinte y dos años, en cuya hermosura la naturaleza habia agotado sus tesoros de perfecciones, y en cuyo semblante perfilado y bello, bañado de una palidez ligerísima, matizada con un tenue rosado en el centro de sus mejillas, se dibujaba la espresion melancólica y dulce de una organizacion amorosamente sensible.

En ese momento no era el sueño quien cerraba los párpados de Amalia, entrelazando sus largas y pobladas pestañas; no era el sueño, era un éstasis delicioso que embriagaba de amor aquella naturaleza armoniosa é impresionable, bajo la tibia temperatura que la acariciaba, y en medio á los perfumes, á la música, y á los rayos

blancos y celestinos de luz que la inundaban blandamente.

Imágenes blancas y fugitivas, como esas mariposas del trópico que vuelan y sacuden el polvo de oro de sus alas sobre las flores que acarician, parece que volaban jugueteando por el jardín de su fantasía; pues dos veces su fisonomía animóse y la sonrisa entreabrió sus labios, que cerráronse luego como dos hojas de rosa á quien halaga y conmueve el aliento fugaz que se escapa de los labios de un amante que pone un beso sobre ella, en recordacion de la mano que se la envía.

De repente, Amalia hizo un ligero movimiento con su cabeza, huyendo como un perfume un ligero suspiro de su pecho, y Luisa, la pequeña compañera de Amalia, mas que su ayuda de tocador, viendo llegar el momento en que iba á concluirse su placer, mas bien que su tarea, dejó caer suavemente los cabellos sobre el respaldo del sillón, los miró todavía un instante, y, deslizándose como una sombra sobre el tapiz del retrete, puso nuevas pastillas en los pebeteros, agitó sus manecitas junto á las jaulas de los jilgueros, y corrió una pantalla de raso verde en la boca de la chimenea. La luz, entónces, quedó completamente amortiguada; los pájaros trinaron mas alegres, y un ambiente dulce y perfumado se esparció de nuevo al rededor de Amalia.

Luisa conocia, por la práctica, la organizacion de su señora, y al acercarse á ella, despues de sus rápidas y silenciosas operaciones, la miró con una sonrisa encantadora de triunfo, y comenzó á pasar su mano, casi imperceptiblemente por las sienes y los cabellos de la Diosa dormida, acabando así de magnetizarla sin saberlo: porque en Amalia habia una de esas organizaciones perfectas y sensibles en quienes la armonía de la naturaleza ó del espíritu obra esa influencia magnética y voluptuosa que postra el alma bajo el imperio de un encantamiento indefinible y misterioso, en los momentos

en que está conmovida por impresiones simpáticas con su organizacion.

Luisa acababa de formar una corona con los cabellos de Amalia en torno de su bellísima cabeza, cuando la hija del jardín argentino abrió los ojos y derramó de ellos, húmedos y melancólicos, un mar de luz parecida á la que vierten los crepúsculos de una tarde lánguida del mes de enero.

Sus labios, rojos como la flor del granado, se abrieron para dejar libertad á un suspiro aromado con las esencias de su corazon, que acababa de despertarse entre el jardín de las ilusiones.

Sus brazos, que habrian dado envidia al cincel que labró la Vénus de los Medicis, y cuya encarnacion casi transparente solo habría podido imitarse en alguna veta privilegiada del mármol de Carrara, desnudos hasta los hombros, sobre los que habia apénas una pulgada de encaje para sostener el cambrey que coqueteaba sobre su seno, se estendian descuidados sobre los del sillón; y su pequeño pié, desnudo, entre una chinela de cabritilla, se escapaba del peinador de batista, de cuyas ondas, semejantes á una tenue neblina, se podría decir:

«Porem nem tudo esconde, nem descobre»

como de la gasa que cubria á la hermosa *Dione* del príncipe de los poetas Lusitanos.

Sin embargo, en aquel modelo de perfecciones mujeriles, radiante en aquel momento de cuanto puede animar la voluptuosidad humana, se reflejaba algo que los sentidos no alcanzaban á comprender, porque pertenecia á lo mas ideal de la poesía y del amor.

Aquella fisonomía tan dulce á par de bella estaba bañada por una luz tenue de melancolía y sentimiento; y en el cristal límpido de aquellos ojos que se entreabrian en medio de un éstasis del alma, habia mas de ilusion que

de mirada mundanal; mezcla indefinible de abstraccion de la vida y de esa claridad sobrenatural que se difunde en la pupila cuando el espíritu está mas arriba de la tierra, y absorbe, en sus raptos de poesía, los destellos de la luz del cielo. Y puede decirse que en ese raudal de luz que se desprendia de sus ojos, las gracias, la belleza material de esa mujer, se espiritualizaban á su vez: sublimándose de ese modo cuanto la naturaleza tiene de mas perfecto y encantador en los pinceles con que delinea y pinta ese hermoso ángel de tentacion que se llama mujer.

En la mujer, los encantos físicos dan resplandor, colorido, vida á las bellezas y gracias de su espíritu; y las riquezas de este á su vez dan valor á los encantos materiales que la hermocean. Y es de esta union armónica del alma y los sentidos, que resalta siempre la perfeccion de una mujer, ante quien los sentidos entónces dejan de ser audaces por respeto á su alma, y el amor deja de ser una espiritualizacion estravagante por respeto á la belleza material que lo fomenta, si no precisamente lo origina.

Y era Amalia pues, una de esas privilegiadas creaturas que reunen en sí aquella doble herencia del cielo y de la tierra. que consiste en las perfecciones físicas, y en la poesia ó abundancia de espíritu en el alma.

Perezosa como una azucena del trópico á quien mueve blandamente la brisa de la tarde, su cabeza se inclino á un lado del respaldo del sillón, fijó sus ojos tiernos en la pequeña Luisa, y con una sonrisa encantadora la pregunto:

— ¿He dormido, Luisa ?

— Sí, señora, le contestó la niña sonriendo á su vez.

— ¿Mucho tiempo?

— Mucho tiempo no, pero mas que otras veces.

— ¿Y he hablado?

— Ni una palabra; pero ha sonreido usted dos veces.

— Es verdad; sé que no he hablado, y que me he sonreído.

— Cómo! Lo que hace usted dormida, lo recuerda cuando se despierta?

— Pero yo no duermo cuando tú lo piensas, Luisa mia, contestóle Amalia mirando con una espresion llena de cariño á su inocente compañera.

— Oh! sí que duerme usted! replicó la niña sonriendo otra vez.

— No, Luisa, no. Yo estóy perfectamente despierta cuando tú crees que duermo. Pero una fuerza superior á mi voluntad cierra mis párpados, me domina, me desmaya; no sé nada de cuanto pasa en derredor de mí, y, sin embargo, no estóy dormida. Veo cosas que no son realidades; hablo con seres que me rodean, siento, gozo, ó sufro segun las impresiones que me dominan, segun los cuadros que me dibuja la imaginacion, y, sin embargo, no estoy soñando. Vuelvo de esa especie de éstasis y recuerdo perfectamente cuanto ha pasado en mí; aun mas: conservo por mucho tiempo el influjo poderoso que me ha dominado y creo estar aun en medio á las imágenes que acaba de crear mi fantasía; como en este momento, por ejemplo, creo verlo como hace un instante lo estaba siendo aquí, aquí á mi lado...

— Viendo! ¿á quién, señora? preguntó la niña que no podía esplicarse lo que acababa de oír.

— ¿A quién?

— Sí, señora; aquí no ha habido nadie mas que nosotras, y usted dice que lo *estaba viendo*.

— A mi espejo.... contestó Amalia sonriendo y mirándose por primera vez en el espejo que tenia delante.

— Ah! pues si no veia usted mas que el espejo!.....

— Sí, Luisa, solamente á mi espejo.... vísteme pronto.... y, entretanto, díme: ¿qué me referiste al despertarme?

— ¿Del señor Don Eduardo?

— Sí; eso era; del señor Belgrano.

— Pero señora, todo lo olvida usted! es esta la cuarta vez que voy á hacer la misma relacion.

— Ah! la cuarta vez! bien, mi Luisa, despues de la quinta yo no te lo preguntaré mas, dijo Amalia parada delante de su espejo ajustándose un baton de merino color violeta con guarniciones de cisne.

— Vaya, pues! prosiguió Luisa. Cuando salí al patio, fuí, como me ha ordenado usted que lo haga todas las mañanas, á preguntar el criado como se hallaba su señor; pero ni el uno ni el otro estaban en sus habitaciones. Yo me volvia cuando al traves de la verja los descubrí en el jardin. El señor Don Eduardo, cogia flores y hacia un ramillete cuando me acerqué á el. Nos saludámos y estuvimos hablando mucho rato de....

— ¿De quién?

— De usted, señora, casi todo el tiempo; porque ese señor es el hombre mas curioso que he visto en mi vida. Todo lo lo quiere saber; si usted lee de noche, que libros lee, si usted escribe, si le gustan mas las violetas que los jacintos, si usted misma cuida de sus pajaros, si.... qué se yo cuántas cosas!

— ¿Y de todo eso hablaron hoy?

— De todo eso.

— Y de la salud de él no hablastes nada, tontuela

— Pues! Tonta seria si le hubiese preguntado sobre lo mismo que estaba viendo con mis ojos.

— ¿Viendo?

— Solo que estuviese ciega! Me parece que hoy cojea mas que ayer que fué el primer día que salió al patio; y á veces al asentar la pierna izquierda se conoce que sufre horriblemente

— Oh! Dios mio! si no debe caminar todavia! es terco!... es terco! exclamó Amalia como hablando consigo misma y dando un golpe con su preciosa mano sobre el brazo aterciopelado del sillón. Y quiere salir! continuó

Amalia despues de un momento de silencio. Este Daniel quiere perderlo, y quiere enloquecerme, está visto! Acaba, Luisa, acaba de vestirme y despues....

— Y despues tomará usted su vaso de leche azucarada, porque está usted muy pálida. Ya se ve, está usted en ayunas y ya es tan tarde!

— Pálida! ¿Te parezco muy mal, Luisa? preguntó Amalia delante de su espejo, mirándose de piés á cabeza miéntras sujetaba con una cinta azul el cuello de encajes con que pretendia velar el delicado alabastro de su garganta.

— ¿Mal? no, señora, hoy está usted tan bella como siempre. Está usted un poco pálida y nada mas.

— ¿De veras?

— Cierito que sí, señora; y esta noche....

— Ah! no me hables de esta noche!

— ¿Cómo? ¿no le gustará á usted el estar bien para esta noche?

— Por el contrario, Luisa, querria estar enferma.

— Enferma!

— Como lo oyes.

— Pues, señora, cuando yo tenga mas edad y me conviden para un baile, desearé estar muy buena, y muy buena moza.

— Ya lo ves, hija mia, dijo Amalia sonriendo de la ingenuidad de Luisa. Ya lo ves, tu desearias estar buena, y yo deseo estar enferma.

— Ah, eso yo sé porque es!

— ¿Tú?

— Yo, sí, señora, ¿piensa usted que yo no la conozco?

— ¿Tú sabes porque deseo enfermarme?

— Toma! ¿á que acierto?

— A ver, dilo.

— Por no ponerse la divisa ¿acerté?

Amalia se rió, y dijo:

— En la mitad has acertado.

— Bien que acierto en la otra mitad?

— Vamos á ver.

— Porque no va usted á poder tocar su piano á las doce, como lo hace todas las hocheś ántes de acostarse ¿es eso?

— No.

— ¿No?

— No has acertado.

— Entónces.... no importa; pero usted está lindísima que es lo que mas interesa.

— Gracias, mi Luisa, gracias, dijo Amalia pasando su mano por la cabeza de la niña. Sin embargo, yo quiero creer lo que me dices, porque por la primera vez de mi vida tengo la pueril ambicion de parecer bien á los demas.... pero, y como arrepintiéndose al momento de lo que acababa de pronunciar, prosiguió:

— No hablemos de estas tonterías, Luisa. ¿Sabes una cosa?

— ¿Qué, señora?

— Que estóy enojada contigo, respondió Amalia mirando los jilgueros.

— Será la primera vez, replicó Luisa, entre cierta y dudosa de las palabras de su señora, que jamas la habia reconvenido.

— ¿La primera vez? es verdad, pero es porque esta es la primera vez que mis pájaros no tienen agua.

— Ah! exclamó Luisa, dándose una palmadita en la frente.

— Y bien ¿confiesas que tengo razon?

— No, señora.

— ¿Pues no ves?

— No, señora, no tiene usted razon.

— Pero; ¿y la copa con el agua?

— No está en la jaula.

— Luego.

— ¿Luego qué, señora?

— Luego tú tienes la culpa.

— No, señora; la tiene el señor D. Eduardo.

— ¿Belgrano? estás loca, Luisa.

— No, señora, estoy en mi juicio.

— Explícate entónces.

— Es muy fácil. Esta mañana cuando fui á saber de la salud del enfermo, llevaba las copitas para limpiarlas, y como ese señor es tan curioso, quiso saber de quién y para qué eran, y luego que le dije la verdad. las tomó, se puso él mismo á limpiarlas, y ahora recuerdo que miéntas su criado traia agua, él las puso junta á una planta de jacintos. En esto fué que sentó la campanilla, vine, y olvidé las copitas.

— ¿Ves? dijo Amalia, sin saber lo que decia, pues miéntas sus dedos de rosa y leche jugaban con las alas de sus pájaros, su imaginacion se habia preocupado de mil ideas diversas, y que solo Dios y su espíritu podrian esplicarnos, al escuchar la sencilla relacion de Luisa.

— Ves, ¿qué? señora, insistió esta. Si el señor Don Eduardo no hubiera sido tan curioso, yo no hubiera olvidado....

— Luisa.

— ¿Señora?

— Oye.

— Me va usted á retar por otra cosa.

— No.... oye.... ¿qué horas son?

— Las once.

— Bien, irás á decir al señor Belgrano, que dentro de media hora tendré mucha satisfaccion en recibirle, si le es posible llegar hasta el salon.

## CAPITULO II.

**Como una sola puerta tenia tres llaves.**

Acababan de dar las cinco de la tarde en el reloj de San Francisco; y el sol, próximo á su ocaso, no prometia por mucho tiempo ese recuerdo de su pasado esplendor que se llama crepúsculo, porque la tarde estaba nebulosa, cargado el aire de esos vapores densos y húmedos tan comunes en Buenos Aires, en la estacion del invierno, que en el año de 1840 habia anticipado sus rigores desde los últimos dias del mes de Abril.

La calle de Comercio, donde no hay, sin embargo, comercio ni comerciantes, estaba casi desierta en ese momento, y de las pocas personas que la transitaban eran dos hombres que venian caminando á prisa en direccion al rio: uno de ellos cubierto con una capa azul, corta y sin cuello como la que usaban los antiguos caballeros españoles y los nobles venecianos; y el otro vestia un sobre todo blanco que le llegaba hasta el tobillo

— De prisa, mi querido maestro, de prisa, porque la tarde se nos va, dijo el personaje de la capa azul á su compañero de leviton blanco.

— Si hubiéramos salido mas temprano, no tendríamos que andar á este paso fatigoso, precipitado, incómodo que llevamos, contestó aquel último, poniendo bajo su brazo izquierdo una larga caña de la India con un puño de marfil que llevaba en su mano, y siguiendo el paso ligero de su compañero.

— No tengo yo la culpa; esta naturaleza del Plata mas veleidosa que sus hijos, es la que me ha engañado: hace dos horas que el cielo estaba limpio; contaba con media hora de crepúsculo, y de repente el cielo se ha cargado, se ha embozado el sol, y he perdido en mi cálculo; pero no importa, ya estamos cerca y trabajará usted de prisa.

— Trabajaré usted de prisa.

— Eso he dicho.

— ¿Pero en qué especie de ocupacion?

— Adelante, mi querido maestro, adelante.

— ¿Quieres que te diga una cosa, mi estimado y querido Daniel?

— Pero sin pararnos.

— Sin pararnos.

— Sin digresiones.

— Sin digresiones.

— ¿A ver, qué cosa?

— Que tengo un miedo justísimo, razonable, profundo.

— Ah! señor, usted tiene dos cosas que lo acompañan siempre.

— ¿Y cuáles, mi Daniel querido y amado?

— Un caudal inagotable de adjetivos, y una dosis de miedo entre el cuerpo, que no acabará usted de digerirla en su vida.

— Bien, bien: de lo primero hago alarde, porque eso no prueba otra cosa que los vastos estudios que he hecho en nuestro rico, fecundo y elocuente idioma. En cuanto á lo segundo, te diré que yo no he tomado la dosis, si no cuando, poco mas ó ménos, todos nos hemos enfermado de un mismo mal en Buenos Aires, y...

— Silencio y despacio, dijo el individuo de la capa, en quien los lectores habrán reconocido á su amigo Daniel, como en su interlocutor al antiguo maestro de primeras letras, empleado en otro tiempo por la comision topográfica, segun la hoja de sus servicios públicos.

— Silencio y despacio, habia dicho Daniel al llegar con su acompañante á la prolongacion de la calle de Balcarce cuya línea irregular son los tres últimos ángulos de las calles de San Lorenzo, de la Independencia y de Lujan, segun se llamaban entónces.

Los dos personajes siguieron por ella en direccion á Barracas muy tranquilamente; llegaron á la de Cochabamba, y, siendo Daniel quien dirigia la marcha, doblaron hácia el rio y se pararon á la puerta de una casa, al principio de esa calle de Cochabamba, á la derecha.

— Dé usted vuelta con precaucion y vea si alguien viene, dijo Daniel á su compañero en el momento de llegar á la puerta.

La caña de la India cayó al suelo inmediatamente, como ora la costumbre del señor D. Cándido Rodriguez, cuando á costa del puño de marfil, policeaba con sus ojos el camino que acababa de andar.

— Nadie, mi querido Daniel.

Y el jóven, con la mayor calma y sangre fria, abrió la puerta con una llave que traía en su bolsillo; hizo entrar á su acompañante, y, cerrando otra vez la puerta, volvió á guardar su llave en el bolsillo.

D. Cándido, entretanto, se habia puesto mas blanco que la alta y almidonada corbata de estopilla, tan adherida siempre á su persona como su caña de la India.

— ¿Pero qué es esto? qué casa misteriosa y recóndita es esta á que me conduces, mi querido Daniel?

— Es una casa como otra cualquiera, mi querido señor, dijo Daniel levantando el picaporte de una puerta al zaguan y entrando á una pieza que servia de sala, yendo el señor D. Cándido casi pegado á los pliegues de la capa de su discípulo.

— Espere usted aquí, le dijo Daniel, pasando á una habitacion contigua á la sala donde habia una de esas camas de matrimonio que necesitan una escalera para su ascension. Daniel levantó la colcha de zaraza que la cubria, se convenció de que no habia nadie oculto bajo aquella mole inmensa; pasó en seguida á otras dos habitaciones en que repitió la misma operacion que con la colcha de la cama, en cuatro catres de lona muy pobremente cubiertos, pero con mucho aseo y con algu-

nas mallas en las fundas, últimos restos de una pasada opulencia en la reina de aquella Roma; registró en fin todo cuanto en aquella casa podía ocultar una persona, y, saliendo al pequeño patio, afirmó á la pared una escalera de mano, y subió á la azotea: no quedaba ya sino un cuarto de hora ó veinte minutos de claridad.

Daniel recorrió con una mirada de águila toda la estension que descubria desde aquel punto. No habia en derredor de él ninguna eminencia que dominase el lugar en que se encontraba. Al frente de la casa se descubria una hermosa quinta; al fondo, el hueco y las casuchas de donde comienza la calle de San Juan; á la derecha, unos cuartos en ruina; á la izquierda, una casa antigua y vacía que daba á la barranca, y á la cual se abria una pequeña ventana en la cocina de la casa. Daniel examinó todo esto en un minuto y descendió al patio.

— Mi querido y estimado y bien amado Señor D. Cándido! gritó desde allí.

— ¿Daniel? contestó con voz trémula desde la sala el maestro de primeras letras.

— Ha llegado el momento de trabajar, le dijo el discípulo, y sobre todo, de no tener miedo, continuó al verlo pálido como un cadáver.

— Pero Daniel, esta casa! Esta soledad! Este misterio! En las circunstancias en que vivimos!... Mi posicion de empleado secreto de Su Excelencia el Señor Ministro y....

— Señor D. Cándido, usted ha desparramado la noticia de la rebelion del general La-Madrid.

— Daniel! Daniel!

— Es decir, me lo dijo usted á mi, y tanto vale decir estas cosas á uno solo, como á mil.

— Pero tú no me perderás, Daniel, exclamó el pobre D. Cándido próximo á caer de rodillas delante del jóven.

— Al contrario, para salvar á usted le hice dar un empleo que hoy comprarían con cien mil pesos muchos otros.

— Es por eso que yo te daría mi borrascosa, huérfana y trémula existencia, exclamó D. Cándido abrazando fuertemente á Daniel.

— Bien, eso era lo que yo quería que usted me repitiera; vamos ahora al trabajo: trabajo de cinco minutos solamente.

— De un año, de dos, no importa.

— Suba usted, dijo Daniel señalando la escalera á D. Cándido.

— ¿Subo?

— Hasta la azotea.

— ¿Y qué quieres que haga en la azotea?

— Suba usted.

— Pero nos van á ver!

— Suba usted con mil...

— Ya estoy en la azotea.

— Y yo tambien, dijo el jóven poniéndose en tres saltos al lado de su compañero, ahora sentémonos en el suelo.

— Pero hombre....

— Señor D. Cándido!

— Ya estoy, Daniel.

El jóven sacó del bolsillo de su levita un pliego de papel marquilla, un compas, un lápiz; desdobló el papel, lo extendió sobre el piso de la azotea, y dijo con una voz que no admitía réplica:

— Señor D. Cándido: un cróquis de todos los alrededores de esta casa, en diez minutos, porque no tenemos sino quince de luz.

— Pero....

— A grandes líneas: no necesito detalles: distancias y límites solamente. Dentro de diez minutos baje usted á la sala donde me encontrará.

Un sudor frio inundaba la frente de D. Cándido, porque a medida que la escena se hacia mas misteriosa, creía ver mas cerca de sí el cuchillo de la Mashorca. Pero de otro lado estaba la mirada fascinadora de Daniel, su influencia moral que le dominaba en cuerpo y alma, y el secreto de su imprudente revelacion.

D. Cándido era un vulgar ingeniero, pero lo que se le exigia en ese momento era una cosa demasiado fácil, y ántes de los diez minutos todo su trabajo estaba perfectamente concluido. Las distancias eran tan cortas, que la vista pudo suplir la falta de instrumentos.

Concluido el cróquis, descendió D. Cándido cuando empezaba á apagarse la luz del crepúsculo en el cielo, y cuando, por consiguiente, todo el interior de la casa empezaba á estar en tinieblas. Con la caña de la India, el plano, el lápiz y el compas en las manos, el buen hombre no pudo ménos de llamar á su querido Daniel ántes de decidirse á entrar en las habitaciones oscuras.

— ¿Está hecho? le pregunto aquel saliendo á recibirlo al patio.

— Ya, ya está. Pero es necesario ponerlo en limpio, arreglarlo y....

— Concluir todo lo que haya que hacer en él; en el curso de esta noche para entregármelo mañana ántes de las diez.

— Bien, mi querido Daniel. Pero ahora nos iremos de esta casa ¿no es verdad?

— Ya no tenemos nada que hacer en ella, dijo Daniel encaminándose el zaguan, completamente oscuro.

Pero en el momento de ir á poner la llave en la cerradura, otra llave entró en ella por la parte exterior de la puerta, y la abrió con tanta prontitud que apenas dió tiempo á Don Cándido para pegarse como una sombra á la pared del zaguan, y á Daniel para retroceder dos pasos y llevar su mano á uno de los bolsillos de su levita. Esta accion fué instintiva sin embargo, porque Daniel hacia

algunos minutos ya que esperaba por momentos sentir abrir aquella puerta, pero él esperaba ver entrar por ella una mujer, varias mujeres quizá, pero no un hombre. Entretanto, era un hombre el que entró, y Daniel sacó entónces de su bolsillo aquel mismo instrumento mortífero con que salvó á Eduardo en la noche del 4 de Mayo, y que todavía no hemos podido ver á clara luz para dar su nombre ó su definicion.

El individuo recién llegado hizo la misma operacion que habia hecho Daniel, es decir, cerró por dentro la puerta y se guardó la llave.

Don Cándido temblaba de piés á cabeza y hacia esfuerzos inauditos por rarificar su cuerpo contra la pared: pero todo esto eran flores.

El zaguan estaba oscurísimo.

Al darse vuelta el recién llegado y caminar el primar paso hácia adentro, rozó su brazo contra el pecho de Don Cándido, y dando un salto hácia el ángulo de la puerta:

— ¿Quién esta ahí? exclamó con una voz pujante, tirando al mismo tiempo de un cuchillo de quince pulgadas, cuya aguzada punta fué á tocar el hombro de Don Cándido al estirarse el brazo que la dirigia.

La oscuridad era sepulcral, y un silencio profundo sucedió á la interrogacion del desconocido.

— ¿Quién está ahí? repitió, conteste usted ó le mato por unitario, porque solo los unitarios hacen emboscadas á los defensores de la federacion....

Nadie respondió.

— ¿Quién es? conteste porque le mato, repitió el amable interrogador que, sin embargo, léjos de querer dar un paso hácia adelante, se perfilaba lo mas que le era posible en el ángulo de la puerta, estendiendo el brazo, armado de su cuchillo, hácia adelante.

— Servidor de usted, mi distinguido y estimado señor, á quien no tengo el honor de conocer, pero á quien

aprecio muchísimo, contestó Don Cándido con una voz tan trémula y meliflua que inspiró al desconocido todo el valor que le faltaba y de que había querido hacer alarde un momento ántes.

— ¿Pero quién es usted?

— Un humilde servidor suyo.

— ¿Su nombre?

— ¿Tiene usted la bondad de abrirme la puerta y dejarme pasar, mi distinguido y apreciable señor?

— Ah, no quiere usted decir su nombre, porque es algun unitario, algun espía ¿eh?

— Señor de toda mi estimacion, yo soy capaz de hacerme ahorcar en servicio del Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador y capitan general de la provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones esterioras de la confederacion, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas, marido de su difunta esposa la señora heroína Doña Encarnacion Ezcurra de Rosas que en paz descanse, padre de la señorita federal Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra, hermano del señor ilustre federal Don Prudencio, Don Gervasio, Don....

— Acabe usted con todos los diablos ¿cómo se llama le he preguntado?

— Y tambien soy capaz de hacerme ahorcar en servicio de usted y de su amable familia ¿tiene usted familia, mi estimado señor?

— Yo le voy á dar familia: a ver...

— A ver qué, preguntó Don Cándido yerto y ya sin fuerza para sostenerse sobre sus piernas.

— A ver: bata usted las manos.

— ¿Que bata las manos, mi querido señor?

— Pronto, porque si no le mato.

Nuestro Don Cándido no esperó oír segunda vez esta amenaza, y se puso á batir las manos sin saber lo que aquella pantomima significaba.

Luego que el desconocido comprendió que no tenía armas en las manos, se lanzó sobre él, y poniéndole al pecho la punta del cuchillo:

— Confíeseme usted, le dijo, por cuál de ellas viene, o le clavo contra la pared.

— ¿Yo?

— Sí, usted.

— ¿Por cuál de ellas?

— Sí; ¿viene usted por Andrea?

— ¿Por misia Andreita? Señor!....

— Acabe usted ¿viene por Gertrudis?

— Pero señor, si yo no conozco á misia Gertrudis ni á misia Andrea, ni á su digna y respetable familia, ni....

— Confiese: confiese, ó le mato.

— Confíeseme usted por cuál de ellas viene, ó le astillo el cráneo, dijo junto al desconocido la voz de un hombre que con una mano le tenía sujeto por el brazo derecho, y con la otra le martillaba suavemente en la cabeza con una cosa durísima y pesada; hombre que, como se comprende, no era otro que nuestro Daniel que había presenciado tranquilo la cómica escena entre el desconocido y Don Cándido, hasta que vió llegado el momento de tomar parte en ella para darla fin.

— Socorro!

— Silencio ú os mando á los infiernos, le dijo Daniel dando un poco mas fuerte con su instrumento; cosa que dejó aturdido por un momento á quien recibió el golpe.

— Piedad! piedad! soy un sacerdote, el mejor federal, el cura Gaete! No cometáis el sacrilegio de derramar mi sangre!

— Soltád el cuchillo, mi reverendo padre.

— Dádmelo á mí, exclamó Don Cándido buscando á tientas el brazo que tanto le había hecho temblar y recogiendo de él el formidable puñal.

— Soltád.

— Ya lo he dado, ya lo he dado! exclamó el cura Gaete, segun que este era el nombre que acababa de darse. Soltádmehora! continuó, haciendo esfuerzos por desasirse de la mano de fierro de Daniel. Soltádmehora! ya os he dicho que soy un sacerdote.

— ¿Y por cuál de ellas viene á esta casa, reverendo padre? dijo Daniel parodiando la pregunta que habia hecho el dignísimo cura de la piedad á Don Cándido.

¿Yo?

— Usted, mal sacerdote federal inmundo, hombre canalla: usted á quien yo deberia ahora mismo pisarlo como á un reptil ponzoñoso y libertar de su aspecto á la sociedad de mi país, pero cuya sangre me repugna derramar porque me parece que su olor me infectaria. Os siento temblar, miserable, miéntras mañana levantaréis vuestra cabeza de demonio para buscar sobre todas las otras la que no podéis ver en este momento, y que sin embargo es bastante fuerte por sí sola, pues que os hace temblar: á vos que subís á la cátedra del Espíritu Santo con el puñal en la mano, y lo mostráis al pueblo para excitarlo al esterinio de los unitarios, de quienes el polvo de su planta es mas puro y limpio que vuestra conciencia...

— Piedad! piedad! soltádmehora! exclamó el fraile á quien mas arredraba la entonacion de la voz y las palabras de Daniel, que caian como gotas de plomo derretido sobre su cancerosa conciencia, que el peligro material de su posicion entre las manos de aquel hombre á quien no conocia, y que, como un juez terrible, tenia en sus palabras el sello de la inexorabilidad y la justicia.

— De rodillas, miserable! exclamó Daniel tomando al cura Gaete por el cuello, inclinándolo hácia el suelo y consiguiendo ponerlo de rodillas sin dificultad.

— Así, dijo despues de una breve pausa. Así! Sacrilego; ministro de ese culto de sangre con que hoy profanan en mi patria la libertad y la justicia. En mi persona,

pide perdon á los buenos del mal que les haces, y sea el anatema que descargo sobre tu cabeza, un presagio del que te espera en el cielo! Así, de rodillas; y representa en este momento la imágen de la horda maldita á que perteneces, cuando esté de rodillas en el cadalso pidiendo misericordia á Dios, misericordia á los hombres, misericordia al verdugo; y Dios vuelva su vista, y los hombres cierren sus oídos, y el verdugo descargue el golpe de la justicia humana sobre la cabeza de los bandidos heroificados en ese reino de sangre y de delitos que llamáis federacion. De rodillas, así, como estará ante la historia desde el primero hasta el último de cuantos de vosotros habeis contribuido á la desgracia de la patria, y al extravío de las generaciones todavía. Así, fraile apóstata, de rodillas. Y Daniel sacudió con fuerza la cabeza del cura Gaete, que se apoyó maquinalmente sobre el jóven, porque un vértigo terrible estaba próximo á desmayarle.

— Ahora, otra cosa, dijo Daniel alzándolo de la ropa como un fardo.

— No! no mas! Piedad! exclamó con voz desfallecida.

— ¿Piedad? la tenéis vosotros, sacerdotes ensangrentados de esa herejía política á que llamáis federacion? ¿Qué habeis dejado sin ofender? ¿Qué habeis dejado sin humillar y ensangrentar? ¿Qué piedra no os ha pedido piedad en la terrible noche de delitos que habeis levantado sobre el cielo de vuestra patria?

— Piedad! piedad!

— En pié, miserable, en pié, dijo Daniel sacudiendo á Gaete y arrimándolo contra la pared.

— Señor!...

— La llave de esta puerta que tenéis en vuestro bolsillo, dijo Daniel con una voz que no admitia réplica, y en el acto la llave empezó á martillar sobre su brazo, pues que la mano que la entregaba temblaba horriblemente.

Daniel tomó la llave, arrastró á Gaete hácia la puerta de la sala que daba al zaguan, la abrió y dióle á su reo un empujon tal, que le hizo ir rodando y caer estrepitosamente en medio de la pieza. Cerró la puerta y:

— Pronto, ahora.... ¿Dónde está usted? dijo.

— Aquí, contestó Don Cándido desde el medio del patio.

— Venga usted con mil diablos.

— Salgamos de esta casa, dijo Don Cándido haciéndose á su discípulo y tomándose de su brazo.

Daniel tocaba ya la puerta de la calle y buscaba la cerradura para abrirla, cuando de la parte exterior otra llave entró en ella y abrióse la puerta.

— Santos y querubines del cielo! exclamó Don Cándido abrazándose de la cintura de Daniel.

— Afuera, afuera, dijo Daniel casi al oido de la persona que acababa de abrir la puerta, á quien habia conocido á la escasa claridad de la noche, como á tres otras mas que venían con ella: las cuatro eran mujeres. Y arrastrando hácia la vereda á Don Cándido, cerró la puerta, y dando la llave á la persona primera á quien habia hablado:

— Es necesario que no entre usted á su casa hasta dentro de un cuarto de hora: el cura Gaete está en la sala, le dijo.

— El cura Gaete! Dios mio! Una tragedia en mi estancia

— No sabe quien soy; pero si se le abre la puerta podrá seguirme.

— Dioses inmortales!

— Sostendrá usted, continuó Daniel embozándose en la capa y hablando quedo para no ser visto ni oido de las otras mujeres, que no sabe ni quién soy, ni como he entrado: un solo mal rato sobre mí lo comprará usted bien caro, Doña Marcelina, pero, como hemos de ser siempre buenos amigos, miéntras el reverendo cura

descansa en la sala, vuelva usted á las tiendas y compre algo á las niñas, dijo Daniel poniendo un rollo de billetes de banco en la mano de Doña Marcelina, y en seguida atravesó la calle, se reunió á Don Cándido que lo esperaba en la vereda opuesta, y, tomándolo del brazo, se sumergió en la oscura y solitaria calle de Cochabamba.

---

### CAPITULO III.

#### Treinta y dos veces veinte y cuatro.

— Despacio, Daniel, mas despacio porque me ahogo! dijo Don Cándido al llegar á la esquina de la calle de Chacabuco.

— Adelante, adelante, le contestó Daniel, doblando por esa calle, tomando en seguida la de San Juan, y enfilando luego la de las Piedras.

— Bien, dijo entónces Daniel, acortando el paso, ya hemos maniobrado en cuatro calles, y es demasiado gordo el buen fraile para que no hubiera reventado ya, en caso que el diablo le hubiera hecho salir por la boca-llave de la puerta.

— Qué fraile! Daniel, qué fraile! exclamó Don Cándido, aspirando todo el aire que podía caber en sus pulmones, y apoyándose, al caminar, en su inseparable caña de la India.

— Oh, mi buen amigo, usted no lo conoce todavía!

— Y Dios me libre de conocerlo jamas.

— ¿Un sacerdote con cuchillo, eh?

— Sí, Daniel; pero convendrás en que nos hemos portado maravillosamente.

— Pues!

— Yo me he desconocido.

— ¿Cómo?

— Decía que me he desconocido.

— Pero usted siempre se portará lo mismo, mi querido amigo.

— No, mi amado, mi protector, mi salvador Daniel: no, porque en cualquiera otra ocasion me habria caido muerto al sentir la punta del puñal contra mi pecho.

— Bah!

— Créelo, créelo. Daniel. Es efecto de mi organizacion sensible, delicada, impresionable. Tengo horror á la sangre; y ese demonio de fraile....

— Despacio.

— ¿Qué hay? preguntó Don Cándido girando su cabeza á todos lados.

— Nada, no hay nada; pero las calles de Buenos Aires tienen oidos.

— Sí, sí: mudemos de conversacion, Daniel. Iba á decirte solamente que....

— ¿Qué?

— Que tú tienes la culpa del peligro en que me he encontrado.

— ¿Yo?

— Pues, ¿y quién?

— Sea, pero no le debo á usted nada.

— ¿Cómo?

— Decía que si lo puse á usted en tal peligro, he sido al mismo tiempo quien le ha salvado de él.

— Es cierto. Daniel, y eres ya desde hoy mi amigo, mi protector, mi salvador.

— Amen.

— ¿Pero crees que el fraile?

— Silencio, y andemos, dijo Daniel doblando por la calle de los Estados Unidos, luego por la de Tacuarí, en seguida por la del Buen Orden, por donde caminó hasta llegar á la de Cangallo. Paróse en la esquina de ella, reclinó

su codo en un poste, y mirando, con una espresion picante de burla y de cariño la pálida fisonomía de Don Cándido, alumbrada en aquel momento por la claridad de uno de los faroles de la calle, soltó la risa en las barbas de su respetable maestro de primeras letras.

— ¿Te sonríes, Daniel?

— No, señor, me rio con todas ganas, como lo ve usted.

— ¿Y de qué?

— De ver atribuirle á usted empresas amorosas, mi querido maestro.

— ¿A mí?

— ¿Pues no se acuerda usted de la pregunta de su rival?

— Pero tú sabes....

— No, señor, no sé, y es por eso que me he parado aquí.

— ¿Cómo? ¿No sabes que no conozco á nadie en esa casa?

— Ya lo sé.

— ¿Y que es, pues, lo que no sabes?

— Una cosa que va usted á decirmela ya, le contestó Daniel que se entretenia en las perplejidades de D. Cándido, y á la vez descansaba un momento su fatigado cuerpo, pues que acababa de andar con su compañero mas de media legua por las calles mas pésimas de la ciudad.

— ¿Qué puedo yo negarte, Daniel? Habla, interroga.

— Una cosa muy simple quiero saber: y es, en cuál de estas calles inmediatas está la casa de usted.

— ¿Ah! querrias hacerme el honor de venir á mi casa?

— Precisamente; ese es mi deseo.

— Oh! nada mas fácil, estamos á dos cuadros de ella solamente.

— Sí, yo sabía que era por este barrio ¿quiere usted guiarme?

— Por acá, dijo D. Cándido atravesando la plaza de las Artes y entrando en la calle de Cuyo.

A pocos pasos, llamó á la puerta de una casa cuyo aspecto le daba un respetable carácter de antigüedad, revelando que si no era hija, era cuando mas nieta de las que allí empezaron á edificarse desde el miercoles 11 de Junio del año de gracia de 1580, en que el teniente de gobernador D. Juan de Garay, fundó la ciudad de la Trinidad y Puerto de Buenos Aires, haciendo el repartimiento de la traza de esa ciudad en ciento cuarenta y cuatro manzanas; de los cuales tocó á D. Juan de Basualdo aquella en que estaba la casa de nuestro D. Cándido Rodriguez.

Una mujer, á quien no haremos injusticia en atribuirle cincuenta inviernos, pues que las primaveras no se distinguian en ella, y á quien un buen español llamaria ama de llaves, pero á quien nosotros, buenos americanos, distinguiremos con el nombre de señora mayor; alta, flaca, y arrebozada en un gran pañuelo de lana, abrió la puerta, y echó sobre Daniel su correspondiente mirada de mujer vieja: es decir, mirada sin egoismo, pero curiosa.

— Hay luz en mi cuarto, Doña Nicolasa, la pregunto D. Cándido.

— Desde la oracion está encendida, le contestó la buena mujer con esa entonacion acentuada, peculiar á los hijos de las provincias de Cuyo, que no la pierden jamas, pasen los años que pasen léjos de ellas, pues que es al parecer, un pedazo de su tierra que traen en la garganta.

Doña Nicolasa atravesó el patio, y D. Cándido entró con Daniel á una sala en cuyo suelo desnudo, embaldosado con esos ladrillos que nuestros antiguos maestros albañiles sabian escoger para divertirse en formar con ellos miniaturas de precipicios y montañas, dió Daniel un par de excelentes tropezones, aun cuando sus

piés de porteño estaban habituados á las calles de la Muy Heroica Ciudad, donde las gentes pueden sin el menor trabajo romperse la cabeza, á pesar de todos los títulos y condecoraciones de la orgullosa libertadora de un mundo, ménos de ella.

Todo lo demas de la sala correspondia naturalmente al piso; y las sillas, las mesas y un surtido estante de obras en pergamino, pero esencialmente históricas y monumentales, confesaban, sin ser interrogadas, que la ocupacion de su dueño era, ó habia sido, la de enseñar muchachos, quienes lo primero que aprenden es el modo de sacar astillas de los asientos, y escribir sobre las mesas con el cortaplumas, ó con la tinta derramada.

Sin embargo, la mesa revelaba que D. Cándido no era un hombre habitualmente ocioso, sino, por el contrario, dedicado á los trabajos de pluma: se veia en ella mucho papel, algunos croquis, un enorme diccionario de la lengua, un tintero y un arenillero de estaño. y todo en ese honroso desórden de los literatos, que tienen las cosas como tienen generalmente la cabeza.

— Siéntate, descansa, reposa, Daniel, dijo D. Cándido, echándose en una gran silla de baqueta, mueble tradicional y hereditario, colocado delante de la mesa.

— Con mucho gusto, señor secretario, le contestó Daniel sentándose al otro lado de la mesa.

— ¿Y porqué no me dices como siempre, mi querido maestro?

— Toma! porque hoy tiene usted una posicion mas esclarecida.

— De que yo reniego todos dias.

— Y que, sin embargo, es preciso que usted la conserve.

— Oh! sin duda, hoy es mi áncora de salvacion! Ademas, yo tengo buenos pulmones, fuertes, vigorosos, y no me ha de cansar el señor doctor D. Felipe Arana.

— Ministro de relaciones exteriores del gobierno de la Confederacion Argentina.

— Eso es, Daniel. Sabes de memoria todos los títulos de Su Excelencia.

— Oh! Yo tengo mejor memoria que usted, señor secretario!

— Esa es ironia, eh? ¿A dónde vas con ella?

— A una friolera: á decir á usted que en ocho días de secretaría, no me ha mostrado usted, sino dos notas del señor D. Felipe, que bien poco valian á fe mia.

— Pero no ha sido por olvido, Daniel. Te he dicho yo que D. Felipe me ocupa actualmente en poner en limpio las cuentas que debe presentar al gobierno sobre consumos hechos en sus estancias por tropas de la provincia, pero nada, nada absolutamente de política, despues de las dos notas que te mostré bajo la mas completa reserva. Pero, á proposito, Daniel, ¿qué empeño tienes tú, qué interes en tomar parte en los secretos de estado? Mira, oye, Daniel: entrometerse en la política en tiempos calamitosos y aciagos, es esponerse á lo que me paso á mí el año 20. Salía yo de casa de una comadre mia, natural de Córdoba, donde se hacen las mejores empanadas y los mejores confites de este mundo, y donde mi padre aprendió el latin. ¡Qué hombre tan instruido era mi padre, Daniel! Sabia de memoria la gramática de Quintiliano, el Ovidio, al cual un día, siendo yo muchacho, le eché encima un tintero que tenia mi padre por herencia de mi abuelo, que vino....

— Que vino de cualquier parte; es lo mismo.

— Bien; no quieres que prosiga; ya te conozco. Te preguntaba pues qué interes tienes en saber los secretos de D. Felipe?

— Bah! curiosidad de hombre desocupado, nada mas.

— ¿Nada mas?

— Cierto. Pero soy tan intolerante cuando no se satisface á mi curiosidad, que suelo olvidarme de todos los vínculos que me ligan á los que me irritan. Además, beneficio por beneficio ¿no es esto justo, mi querido maestro? dijo Daniel dominando con su fuertísima mirada el pobre espíritu de D. Cándido, como era su costumbre cuando le veía hesitar.

— Oh! justo, muy justo, le contestó el secretario de D. Felipe, apresurándose con una sonrisa paternal á borrar la mala impresión que hubiera podido hacer con sus últimas palabras en el ánimo de aquel jóven cuya influencia lo avasallaba tanto; le había dado un puerto de seguridad en la borrasca que empezaba á correr en el pueblo de Buenos Aires, y que era poseedor al mismo tiempo de algunas indiscreciones suyas, cuya revelación le traería infaliblemente su ruina.

— Estamos de acuerdo entónces, prosiguió Daniel, y como prenda de nuestra firme alianza, tenga usted la bondad, mi buen amigo, de tomar la pluma de su tintero, y darme á mí un pliego de papel.

— ¿Que yo tome una pluma y te dé á tí papel?

— Eso es.

— ¿Y vamos á escribir?

— A escribir.

— Pues, hijo, con una mesa de por medio, tú con el papel, y yo con la pluma, te juro que será un verdadero prodigio nuestra escritura; sin embargo, ahí tienes el papel.

Daniel se reía, y empezó á doblar y multiplicar los dobleces en el papel que le dió D. Cándido. En seguida, tomó un cortaplumas y cortó el papel por todos los dobleces, formando pequeños cuadros, poco más ó ménos del tamaño de una carta de visita. Y contando de ellos hasta el número 32, tomó ocho papelitos y se los dió á D. Cándido, que lo estaba mirando y devanándose los sesos por comprender la ocupación de su discípulo.

— ¿Y bien, qué hago con esto?

— Una cosa muy fácil y muy sencilla. ¿Es esa la mejor pluma del tintero?

— Está cortada para perfiles, le contestó el antiguo maestro de escuela levantando la pluma á la altura de sus ojos.

— Bien; ponga usted en cada uno de esos papeletos el número 24, en forma de escritura inglesa.

— El número 24 es un mal numero, Daniel.

— ¿Porqué, señor.

— Porque era el máximum de los palmetazos que han llevado de mi mano todos los muchachos remolones; muchachos que ya hoy son hombres de gran valía en la actualidad, por lo mismo que no me dieron grandes esperanzas en nada, y que pueden querer vengarse de mí, y sin embargo....

— Escriba usted 24, Señor D. Cándido.

— ¿Y nada mas?

— Nada mas.

— 24. 24. 24.... ya está, dijo D. Cándido despues de haber escrito y repetido ocho veces aquella cifra.

— Muy bien; ahora, escriba usted en el reverso del papel: Cochabamba.

— Cochabamba!

— ¿Qué hay, señor? le preguntó Daniel con mucha calma, al oír la exclamacion de D. Cándido.

— Que esta palabra me recordará siempre la casa de esta tarde, y, como las ideas se ligan instantáneamente, ese nombre me recordó la calle, luego la casa, y con la casa ese fraile impío, renegado, asesino y....

— Escriba usted, Cochabamba, mi querido maestro.

— Cochabamba, Cochabamba, Cochabamba... ya están los ocho.

— Tome usted la pluma mas gruesa del tintero.

— Pere si esta está excelente, superior.

- Tome usted la mas gruesa.
- Vaya pues. Aquí está una de rayar.
- Perfectamente. Escriba usted con escritura española el mismo número, y la misma palabra en estos otros papelitos, y Daniel dió á D. Cándido ocho papeles mas.
- ¿Es decir que quieres que desfigure la letra?
- Justamente.
- Pero, Daniel, eso está prohibido.
- ¿Señor D. Cándido, me hace usted el favor de escribir lo que le dicto?
- Bien; ya está, dijo D. Cándido despues de haber escrito con la pluma gruesa, y en forma española el número y la palabra.
- ¿Tiene usted tinta de color?
- Aquí hay punzó de la mejor clase, superior, brillante.
- Usela usted pues, para estos otros papeles.
- ¿El mismo número?
- Y la misma palabra.
- ¿En qué escritura?
- Francesa.
- La peor de todas las escrituras posibles, ya está.
- Ahora; los últimos ocho papelitos.
- ¿Con qué tinta?
- Moje usted en la negra la pluma que ha usado con la punzó.
- ¿En qué forma?
- En forma *sui generis*; es decir, en forma de letra de mujer.
- ¿Todo de mismo?
- Exactamente.
- Ya está; y son treinta y dos papelitos,
- Eso es: treinta y dos veces veinte y cuatro.
- Y treinta y dos Cochabambas, dijo Don Cándido que no podia despreocuparse de este nombre.

— Doy á usted repetidísimas gracias, mi querido amigo, dijo Daniel contando y guardando los papeles dentro de su cartera.

— ¿Es algun juego de prendas, Daniel?

— Esto es lo que es, mi buen señor, y nada mas.

— Esto me huele á alguna intriga amorosa, Daniel, cuidado, hijo mio, cuidado! Buenos Aires está perdido en ese sentido, como en muchos otros!

— Amen. Y para que la perdicion no se estienda hasta mi antiguo maestro y mi presente amigo, usted me hará el favor de olvidarse para siempre jamas de lo que acaba de escribir.

— Palabra de honor, Daniel, dijo Don Cándido apretando la mano de su discípulo que acababa de levantarse y se disponia á retirarse. Palabra de honor, yo he sido jóven, y sé lo que importa el honor de las mujeres y la reputacion de los hombres. Palabra de honor. Véte tranquilo, y sé feliz, favorecido, acatado, como bien lo mereces.

— Gracias mil, amigo mio. Pero miétras yo sigo sus consejos de cuidarme, usted no olvidará mi recomendacion del plano. ¿No es verdad?

— ¿No me has dicho que para mañana no necesitas?

— Para mañana.

— No habrán dado las doce del dia, cuando lo tendrás en tu poder.

— Llevado por usted mismo, bien entendido.

— Por mí mismo.

— Entónces, buenas noches, mi querido maestro.

— Adios, mi Daniel, mi amigo, mi Salvador, hasta mañana!

Y Don Cándido acompañó hasta la puerta de calle á aquel discípulo de primeras letras, que mas tarde debia ser su protector y Salvador, como acababa de llamarlo. Y Daniel, embozado en su capa, siguió tranquilamente por

la calle de Cuyo, preocupado en el recuerdo de ese hombre que, mucho mas allá de la mitad de su vida, conservaba, sin embargo, la candidez y la inesperienza de la infancia, y que reunia al mismo tiempo cierto caudal de conocimientos útiles y prácticos en la vida: uno de esos hombres en quienes jamas tienen cabida, ni la malicia, ni la desconfianza, ni ese espíritu de accion y de intriga, de inconsecuencia y de ambicion, peculiar á la generalidad de los hombres, y que forman esa especie escepcional, muy diminuta, de seres inofensivos y tranquilos, que viven niños siempre, y que no ven en cuanto les rodea sino la superficie material de las cosas.

---

#### CAPITULO IV.

##### Quinientas onzas.

Reflexionando iba Daniel sobre las raras condiciones de su primer maestro, mas que sobre otros asuntos de mayor importancia que le preocupaban despues de algunos dias, en la vida agitada á que lo conducia su organizacion, á la vez que su entusiasta patriotismo. Este jóven reunia dos condiciones morales, opuestas diametralmente, y que, á pesar de eso, se hallan reunidas alguna vez en un mismo individuo; es decir, habia en él el talento y la circunspeccion de un grande hombre, y el espíritu frívolo y sutil de un jóven comun. Y así se le veia en las circunstancias mas difíciles, en los trances mas apurados, mezclar á lo serio la ironía, á lo triste la risa, y lo mas grave, aquello que era la obra misma de su alta inteligencia, picarlo un poco con los alfileres del ridículo.

En este momento acababa por ejemplo de guardar una sentencia de muerte contra su vida en los treinta y

dos papелitos que llevaba en su pecho, pues cualquiera que fuese el objeto que se proponía con ellos, el mismo misterio que encerraban, habría sido en aquella época un asunto de pena capital. Y sin embargo, Daniel caminaba reflexionando y riéndose de D. Cándido sin acordarse de tales papелitos. Organización rara: corazón frío y valiente en los peligros; débil y ardiente para el amor; imaginación altísima para las más vastas concepciones; sutil y ligera para encontrar siempre los contrastes del sello de las cosas.

Ni más, ni menos que como un joven indolente, embriagado por esa voluptuosidad del alma y los sentidos á los veinte y cinco años de la vida, que nos hace perezosos esteriormente, porque toda nuestra actividad se concentra entónces en los deseos y en los recuerdos, Daniel llegó á su casa en la calle de la Victoria, en cuya puerta encontró á su fiel Fermin que le esperaba con impaciencia, porque eran ya las ocho y media de la noche, es decir, una hora más tarde de aquella en que Daniel volvía á su casa generalmente, á ponerse en estado, como decía, de no ser satirizado por su Florencia; verdadero afecto, única ilusión amorosa en su corazón; único hálito de felicidad que refrescaba el alma de ese joven, abrasada por la fiebre de la desgracia pública, y de la cual él no había conocido aun el más terrible de sus estragos, y por que habían pasado ya millares de hombres de la generación á que él pertenecía: y tal era la separación repentina y sin término del objeto amado.

A esa época de la dictadura, la mayor, parte de los jóvenes argentinos en esa edad en que la vida rebosa su sensibilidad y su energía en las fuentes secretas de los afectos, había tenido que decir un ¡adios! á alguna mujer querida, á alguna realización bella de los sueños dorados de su juventud; y al sentimiento de la patria, de la familia, del porvenir, se mezclaba siempre la ausencia de una mujer amada en esa segunda generación que se levantó

contra la dictadura, y que, para combatirla, tuvo que dejar de improviso las playas de la patria.

La mano de Rosas interrumpla en el corazon de esos jóvenes el curso natural de las afecciones mas sentidas: la de la patria y la del amor. Y en la peregrinacion del destierro, en los ejércitos, en el mar, en el desierto los emigrados alzaban su vista al cielo para mandar en las nubes un recuerdo á su patria y un suspiro de amor á su querida.

A la época que atravesamos, las esperanzas del triunfo radiaban en la imaginacion de los emigrados; pero por halagüeña que sea una promesa, si posible es tener la paciencia de esperar su logro en la edad mas inquieta de la vida, cuando esa promesa hace relacion con la política, no es lo mismo cuando ella hace parte de la vida de nuestro corazon, porque entónces cada hora es un siglo que pesa lleno de fastidio y zozobra sobre el alma, así con el dolor de la proscricion los emigrados sufrían, en su mayor parte, los terribles martirios del amor en la ausencia de la mujer amada.

Pero en este sentido Daniel era feliz. El, el mas devorado por el deseo de la libertad de su patria, el mas dolorido por sus desgracias, el mas activo por su revolucion, podia, sin embargo, á los veinte y cinco años de su vida, respirar paz y felicidad en el aliento de su amada, y ver á su lado esa luz divina, recuerdo ó revelacion del paraíso, que se derrama en la mirada tierna y amorosa de ese ángel de purificacion y de armonía que se encarna en la mujer amada de nuestro corazon.

Así Daniel entró contento á su casa; pues pronto debia salir de ella para volar al lado de su Florencia.

— ¿Ha venido alguien? preguntó Daniel dirigiéndose á sus habitaciones.

— Sí, señor, hay un caballero en la sala.

— ¿Y quién es ese caballero? prosiguió Daniel sin manifestar la menor curiosidad y entrando á su escritorio por la puerta que daba al patio.

— El señor Don Lúcas Gonzalez, respondió Fermín entrando al escritorio junto con su señor.

— Ah, ah, el señor Don Lúcas Gonzalez! Por ahí debias haber comenzado, tonto: los hombres honrados, y sobre todo, los amigos de mi padre, no deben hacerme antesala mucho tiempo, dijo Daniel, dirigiéndose á su sala de recibo, pasando por su alcoba y dos habitaciones mas, todas iluminadas, y adornadas con sencillez pero con elegancia.

— Cuánto siento, señor, que se haya usted incomodado en esperarme. Rara vez falto de mi casa á las siete, pero hoy una ocurrencia imprevista me ha detenido fuera de ella, dijo el jóven dando la mano á un hombre anciano y de un aspecto noble y respetable á quien colocó á su derecha en uno de los sofás de la sala.

— Hace apénas algunos minutos que he llegado, y de ningun modo me incomodaba el esperar á usted, Señor Bello, contestó con amabilidad el señor Don Lúcas Gonzalez, antiguo vecino de Buenos Aires, español, hombre acaudalado y de una honradez y buena fe conocidas.

— Es justo que los hijos hereden las afecciones de los padres; y yo siento, señor, perder un minuto de sociedad con aquellos hombres á quienes estima el mio, y que yo sé que son bien dignos de esa estimacion.

— Gracias, Señor Don Daniel. Yo tambien tengo por el señor Don Antonio una verdadera estimacion: fué de los primeros argentinos que conocí en Buenos Aires. Y ¿cuándo viene á la ciudad?

— No lo sé, señor. Sin embargo, me parece que para Setiembre ú Octubre tendré el placer de darle un abrazo; y espero entónces que tendremos el honor de ver á usted con mas frecuencia en esta casa.

— Oh! sí, sí! Yo salgo poco. Pero por el señor Don Antonio se hacen excepciones con gusto. Somos antiguos amigos. Y, fiado en esta amistad, es que vengo á pedir al hijo una disculpa.

— ¿A mí, señor? Los hombres como usted no se ven nunca en el caso de pedir disculpas.

— Sin embargo, me hallo en ese caso, dijo el anciano con cierta espresion de disgusto.

— Veamos, señor, ¿qué falta es esa de que habla la escrupulosa delicadeza de usted?

— Sabe usted, Señor Bello, que he respondido á usted por los ciento cuarenta y cinco mil pesos que importan las tropas de ganado vendidas al abastecedor Nuñez.

— Es cierto, señor, y en el acto de recibir la carta de usted, di órden para que fuese entregado el ganado.

— Es verdad, pero el plazo se vence mañana.

— No lo recuerdo ciertamente.

— Sí, mañana; mañana 19 de Mayo.

— ¿Y bien, Señor?

— Es el caso, que Nuñez no ha reunido el dinero, que recién me lo avisa hoy, y que no tengo en caja esa cantidad, que no podré realizarla ántes de una semana.

— ¿Y qué necesidad que sea en una semana? ¿Porqué no decir ocho, diez, veinte semanas, las que usted quiera? Al presente no tengo ninguna letra urgente de mi padre, y aun cuando así no fuera, sabe usted que los señores Anchorenas la cubrirían en el acto. No me fije usted tiempo, Señor Gonzalez. Su palabra de usted me vale tanto como si aquella cantidad estuviese en mis gavetas.

— Gracias, amigo mio, dijo el señor Gonzalez con una espresion marcada de ese reconocimiento que es peculiar en los corazones sanos, cuando reciben un servicio, yo tenia en mi caja, continuó, quinientas onzas de oro. Podia con ellas cubrir á usted; pero antiyer me he

encontrado en uno de esos compromisos.... de esos compromisos de esta época.... pues.... de que un hombre no sabe cómo libertarse.

— Ya! exclamó Daniel, que al oír compromiso y época, olvidó el respeto que debía guardar á los asuntos privados de un estraño, y quiso, por el contrario, incitarlo á su esplicacion. Ya! tanta suscripcion, tanto donativo á hospitales, espósitos, universidad, guerra! Sobre todo; tantos préstamos, de que un hombre pacífico no puede eximirse por la posicion de los que piden.

— Pues! Eso mismo es lo que acaba de sucederme.

— Préstamos que no vuelven, continuó Daniel echándose hácia un brazo del sofá, como si solo quisiera hablar de las generalidades de la época.

— No; felizmente, creo que esto no me sucederá esta vez, porque Mancilla me hipoteca su casa.

— Oh! es una hermosa finca! dijo Daniel, que al oír el nombre de Mancilla conoció que el asunto era mas interesante de lo que al principio creyó.

— Hermosísima! Pero de todos modos, es dinero parado, porque ni pagará intereses, ni yo le haré vender la finca cuando llegue el plazo.

— Oh! y hará usted muy bien! Usted conoce la posicion del general Mancilla: con el préstamo usted se hace de él un buen apoyo; con el reclamo se haria usted de él un mal enemigo quizá: los hombres colocados muy alto, no gustan de que les reclamen nada.

— Ha acertado usted, Señor Bello. La amistad de Mancilla me cuesta ya mucho, como la de otros señores; pero me daré por bien servido con tal de que me dejen vivir tranquilo, gozando con mi familia de esa poca ó mucha fortuna que tengo y que es el fruto del trabajo personal de toda mi vida.

— Triste estado por cierto, Señor Gonzalez: tener que comprar como un favor lo que se nos debe en

justicial! ¡Pero cómo ha de ser! no se puede hacer de otro modo, y es muy prudente lo que usted hace.

— Así lo creo.

— Sin embargo, si las sumas se multiplican en esa proporción de quinientas onzas, la cosa irá muy mal al fin de algún tiempo. ¿No es usted de mi opinión?

— ¿Y qué he de hacer? Sin embargo esta vez me garanto á lo ménos con una hipoteca.

— ¿Se ha estendido ya?

— Todavía no.

— ¿Pero, ha entregado usted el dinero?

— Antiyer: una sobre otra, quinientas onzas de oro.

— Y no habria sido mejor que antiyer se hubiera estendido la escritura de hipoteca, y dar despues una sobre otra las quinientas onzas de oro al general Mancilla?

— Esa era mi idea. Pero fué á casa; el dinero me lo pidió para cubrir un compromiso del momento, y quedó conmigo, en que ayer se labraria la hipoteca.

— ¿Y se hizo así?

— No, no le he visto la cara en todo el día de ayer.

— ¿Y hoy?

— Tampoco.

— Entónces, Señor Gonzalez, siento decir á usted que mañana sucederá lo mismo que ayer y que hoy.

— Cómo! ¿ Cree usted....

— Yo creo muy pocas cosas en la vida, señor; pero dudo de muchas.

— Ah! Entónces duda usted que Mancilla....

— No dudo del general; dudo de la época: época esencialmente escepcional, todas las acciones deben serlo.

— Pero....

— Eso es lo único de que dudo, señor. Pero, no es sino una idea mía que puede ser estravagante.... qué sé yo!.... tantas veces nos equivocamos al cabo del día.

— Hombre ¡por Dios! Si Mancilla hiciera eso, sería una ingratitud, una felonía indigna de un hombre decente, dijo el honrado español esforzándose en persuadirse que el jóven Bello se excedía en sus dudas, porque, mas que la pérdida de sus quinientas onzas, le lastimaba la idea de ser burlado por un hombre á quien prestaba un servicio.

— Señor Gonzalez, usted es un anciano respetable; un hombre lleno de probidad y de esperiencia; y yo no soy otra cosa que un jóven que comienza la vida; sin embargo, yo le hablo á usted con la lealtad que uso siempre con aquellos que la merecen: haga usted lo posible porque se firme esa escritura; pero si encuentra usted resistencia, no lleve usted adelante este negocio: hágase usted cargo que ha perdido aquella cantidad en cualquiera especulacion.

— ¿Pero qué resistencia puede haber?

— No pregunte usted eso, Señor Gonzalez. Racionemos sobre los hechos, y no preguntemos si deben ó no suceder; bástenos saber que suceden. ¿Cree usted que un cuñado de Rosas se deje demandar impunemente? ¿No cuenta usted por nada el orgullo de los hombres, nunca mas resentido que cuando les hieren en su altanería?

— Con que entónces, si le quitan á uno....

— Y bien, Señor Gonzalez; usted quiere decir que si le quitan á uno lo suyo, uno tiene el derecho de quejarse?

— Claro está.

— Pues no, señor, no está claro, sino muy oscuro. Por ejemplo, pongámonos en el caso, que el general Mancilla no le hipoteca á usted la casa.

— Pero si ya ha recibido las quinientas onzas.

— Bien, bien, Señor Gonzalez, pero pongámonos en ese caso

— ¿En el de que no me estienda la escritura?

— Justamente.

— En ese caso habria.....

— En ese caso habria cometido una mala accion ¿no es eso?

— Hombre.....

— Sí, eso es lo que quiso usted decir..... ¿Pero no estamos rodeados de ejemplos de esa naturaleza de cinco años á esta parte, dados por el gobierno, por el clero, por los diputados, y por todos, señor, cuantos viven á la sombra de Rosas?

— ¿Y bien? La autoridad haria entónces que se me extendiera la escritura.

— La autoridad judicial, puede ser; pero la autoridad popular tiene tambien sus trámites muy espeditivos, y hay noventa y nueve probabilidades contra una, á que tomaria la parte del cuñado de Su Excelencia. ¿Entiende usted ahora todo lo que tiene de grave este asunto, Señor Gonzalez?

— Sí.

— ¿Perfectamente bien?

— Sí, contestó el anciano bajando la cabeza como avergonzado de no poder alzarla á la altura de sus derechos.

— Entónces repito á usted, señor, que si no nace del general Mancilla el cumplimiento de su obligacion, no se presente á la autoridad, ni le hostilice.

— Respetaré ese consejo, dijo el anciano algo pálido y descompuesto su rostro, al descubrir en las palabras de Daniel cierta reserva que no podia ménos de alarmarle, en aquella época en que la confianza y la seguridad estaban espirando, y comenzando á nacer la incertidumbre y el terror.

— Si no es un consejo, á lo ménos, es una opinion de un buen amigo.

— Gracias, Señor Bello, gracias. Yo respeto mucho la opinion de los hombres de bien, sean viejos ó

jóvenes. Los ciento cuarenta y cinco mil pesos los tendrá usted la semana que viene, dijo el anciano levantándose.

— El día que usted quiera, señor.

Y Daniel acompañó hasta la puerta de la calle al señor Don Lucas Gonzalez, antiguo amigo de su padre, y cuyo nombre, por desgracia, debia inscribirse muy pronto en el martirologio de 1840.

Daniel dió algunos paseos en el patio, y, despues de haber conversado consigo mismo, aquella cabeza jamas tranquila plegó sus alas, y dejó un poco de tiempo á la vida del corazon, que en aquella organizacion febriciente estaba en continua lucha con la vida de la inteligencia.

— Un frac, Fermin, dijo Daniel entrando á su aposento donde lo esperaba, tranquilo como buen hijo de la Pampa, el gauchito civilizado en quien depositaba toda su confianza, porque realmente la merecia.

— Bien! continuó Daniel despues de vestirse su frac y de guardar en su escritorio su cartera con los treinta y dos papelitos, de acepillarse su cabello castaño, y de calzarse un par de guantes de cabritilla blanca.

— ¿Lleva usted la capa?

— No

— ¿Saco lo que está en el levita?

— No, no habrá necesidad de él.

— ¿Las pistolas?

— Tampoco; dame un baston solamente.

— ¿Las llevo luego?

— Sí: á las once, me llevarás tambien mi caballo y mi poncho.

— ¿Lo he de acompañar á usted?

— Sí, vendrás conmiigo á Barracas..... A las once en punto.

— A lo de Doña Florencia, señor.

— ¿Y á qué otra casa, tonto? dijo Daniel disgustado de ver que alguien ponía en duda, que sus únicas

horas de recreo pudieran ser pasadas al lado de otra mujer que de aquella tan bien amada de su corazón.

---

## CAPITULO V.

### La rosa blanca.

Ahora el lector tendrá la bondad de volver con nosotros á nuestra conocida quinta de Barracas, en la mañana del 24 de Mayo, y una hora despues de aquella en que dejámos á la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta acabando de arreglar su traje de mañana en su primoroso tocador.

Ella es, otra vez, la primera que se nos presenta.

Está sentada en un sofá de su salon, donde los dorados rayos de nuestro sol de Mayo penetran tibios y descoloridos al traves de las celosías y las colgaduras.

Está sentada en un sofá; su rostro mas encendido que de costumbre, y fijos sus ojos en una magnífica rosa blanca que tiene en su mano, y á quien acaricia distraida con sus manos mas blancas y suaves que sus hojas.

A su izquierda está Eduardo Belgrano, pálido como una estatua, con sus ojos negros, rasgados y melancólicos, jaspeados sus párpados por una sombra azul que los circunda; contrastando con la palidez de su semblante, sus ojos, su patilla, y cabellos renegridos y rizados, que caen sobre sus sienas descarnadas y redondas con que la naturaleza descubre la finura del espíritu de aquel jóven, como en su ancha frente la fuerza de su inteligencia.

—¿Y bien, señora? preguntó Eduardo con una voz armoniosa y tímida, despues de algunos momentos de silencio.

— Y bien, señor, usted no me conoce, dijo Amalia levantando su cabeza y fijando sus ojos en los de Eduardo.

— ¿Cómo señora?

— Que usted no me conoce; que usted me confunde con la generalidad de las personas de mi sexo, cuando cree que mis labios puedan decir lo que no sienta mi corazón, o, mas bien, porque no hablamos del corazón en este momento, lo que no es la expresión de mis ideas.

— Pero yo no debo, señora...

— Yo no hablo de los deberes de usted, le interrumpió Amalia con una sonrisa encantadora, hablo de *mis deberes*: he cumplido para con usted una obligación sagrada que la humanidad me impone, y con la cual mi organización y mi carácter se armonizan sin esfuerzo. Buscaba usted un asilo, y le he abierto las puertas de mi casa. Entró usted á ella moribundo, y le he asistido. Necesitaba usted atención y consuelos, y se los he prodigado.

— Gracias, señora!

— Permítame usted, no he concluido. En todo esto, no he hecho otra cosa que cumplir lo que Dios y la humanidad me imponen. Pero yo cumpliría á medias estos deberes, si consintiese en la resolución de usted: quiere usted retirarse de mi casa, y sus heridas se volverán á abrir, mortales, porque la mano que las labró volverá á sentirse sobre su pecho en el momento que se descubra el misterio que la casualidad y el desvelo de Daniel han podido tener oculto.

— Usted sabe, Amalia, que no han podido conseguir ni indicios del prófugo de aquella fatal noche.

— Los tendrán. Es necesario que usted salga perfectamente bueno de mi casa; y quizá será necesario que emigre usted, dijo Amalia bajando los ojos al pronunciar

estas últimas palabras. Y bien, continuó volviendo á levantar su preciosa cabeza, yo soy libre, señor, perfectamente libre; no debo á nadie cuenta de mis acciones, sé que cumplo, y sin el mínimo esfuerzo, un riguroso deber que me aconseja mi conciencia, y sin prohibirlo, porque no tengo derecho para ello, digo á usted otra vez, que será contra toda mi voluntad si usted se aleja de mi casa como lo desea, sin salir de ella perfectamente bueno y en seguridad.

— Como lo deseo! Oh! no, Amalia, no! exclamó Eduardo aproximándose á la seductora beldad que se empeñaba en retenerlo; no, yo pasaria una vida, una eternidad en esta casa. En los veinte y siete años de mi existencia yo no he tenido vida, sino cuando he creído perderla; mi corazon no ha sentido el placer, sino cuando mi cuerpo ha sido atormentado por el dolor; no he conocido en fin la felicidad, sino cuando la desgracia me ha rodeado. Amo de esta casa el aire, la luz, el polvo de ella, pero temo, tiemblo por los peligros que usted corre. Si hasta ahora la providencia ha velado por mí, ese demonio de sangre que nos persigue á todos, puede descubrir mi paradero y entónces.... oh!

Amalia, yo quiero comprar con mi felicidad el sosiego de usted, como compraria con toda la sangre de mi cuerpo cada momento de la tranquilidad de su alma!

— ¿Y qué habria de noble y de grande en el alma de una mujer, si no arrostrase tambien algun peligro por la salvacion del hombre á quien.... á quien ha llamado su amigo?

— Amalia! exclamó Eduardo tomando entusiasmado una de las manos de la jóven.

— ¿Cree usted, Eduardo, que bajo el cielo que nos cubre no hay tambien mujeres que identifiquen su vida y su destino á la vida y el destino de los hombres? Oh! Cuando todos los hombres han olvidado que lo son en la patria de los argentinos, deje usted á lo ménos que las

mujeres conservemos la generosidad de nuestra alma y la nobleza de nuestro carácter. Si yo tuviera un hermano, un esposo, un amante; si fuese necesario huir de la patria, yo le acompañaría en el destierro; si peligraba en ella, yo interpondría mi pecho entre el suyo y el puñal de sus asesinos; y si le fuese necesario subir al cadalso por la libertad, en la tierra que la vió nacer en la América, yo acompañaría á mi esposo, á mi hermano ó á mi amante, y subiría con él al cadalso.

— Amalia! Amalia! Yo seré blasfemo: yo bendeciré las desgracias de nuestra patria desde que ellas inspiran todavía bajo su cielo el himno mágico que acaba de salir de las inspiraciones de vuestra alma! exclamó Eduardo oprimiendo entre sus manos la de Amalia. Perdon, yo la he engañado á usted; perdon mil veces. Yo habia adivinado todo cuanto hay de noble y generoso en su corazon; yo sabia que ningun temor vulgar podria tener cabida en él. Pero mi separacion es aconsejada por otra causa, por el honor.... Amalia, ¿nada comprende usted de lo que pasa en el corazon de este hombre á quien ha dado una vida para conservarla en un delirio celestial que jamas hubo sentido?

— ¿Jamás?

— Jamas, jamas.

— Oh! repítalo usted, Eduardo, exclamó Amalia oprimiendo á su vez entre las suyas la mano de Belgrano, y cambiando con los ojos de él esas miradas indefinibles, magnéticas, que transmiten los fluidos secretos de la vida entre las organizaciones que se armonizan, cuando, en ciertos momentos, están templadas en el mismo fuego divinizado del alma.

— Cierto, Amalia, cierto. Mi vida no habia pertenecido jamas á mi corazon, y ahora...

— ¿Ahora? le preguntó Amalia agitando convulsiva entre las suyas la mano de Eduardo.

— Ahora, vivo en él: ahora, amo, Amalia. Y Eduardo, pálido, trémulo de amor y de entusiasmo, llevó á sus labios la preciosa mano de aquella mujer en cuyo corazon acababa de depositar, con su primer amor, la primera esperanza de felicidad que habia conmovido su existencia; y durante esa accion precipitada, la rosa blanca se escapó de las manos de Amalia, y, desliziéndose por su vestido, cayó á los piés de Eduardo.

A las últimas palabras del jóven el semblante de Amalia se coloreó radiante de felicidad; pero instantáneo, rápido como el pensamiento, ese relámpago de su alma evaporóse, y la reaccion del rubor vino despues á inclinar, como una hermosa flor abatida por la brisa, la espléndida cabeza de la tucumana.

Las manos de los jóvenes no se separaron, pero el silencio, ese elocuente emisario del amor, á quien se debe tanto en ciertos momentos, vino á hacer que el corazón saborease en secreto las últimas palabras de los labios.

— Perdon, Amalia! dijo Eduardo sacudiendo su cabeza y despejando las sienes de los cabellos que las cubrian, perdon, he sido un insensato: pero no, yo tengo orgullo de mi amor y lo declararia á la faz he Dios: amo y no espero, hé ahí mi defensa si la he ofendido á usted.

Dulces, húmedos, aterciopelados, los ojos de Amalia bañaron con un torrente de luz los ojos ambiciosos de Eduardo. Esa mirada lo dijo todo.

— Gracias, Amalia, exclamó Eduardo arrodillándose delante de la Diosa de su paraíso hallado. Pero, en nombre de Dios, una palabra, una sola palabra que pueda yo conservar eterna en mi corazon.

— Oh! levántese usted, por Dios! exclamó Amalia obligando á Eduardo á volver al sofá.

— Una palabra solamente, Amalia.

— ¿Sobre qué, señor? dijo Amalia colorada como un carmin; pretendiendo retrogradar en un terreno en que se habia avanzado demasiado.

— Una palabra que me diga lo que mi corazón adivina, continuó Eduardo volviendo á tomar entre las suyas la mano de Amalia.

— Oh, basta, señor, basta! dijo la jóven retirando su mano, y cubriéndose los ojos. Su corazón sufría esa terrible lucha que se establece en las mujeres, en ciertos momentos en que su corazón quiere hablar, y sus labios se empeñan en callarse.

— No, prosiguió Eduardo, déjeme usted al ménos por la primera, por la última vez quizá hacer á sus piés el juramento santo de la consagración de mi vida al amor de la única mujer que ha inspirado en mi alma, con mi primer pasión, la primera esperanza de mi felicidad en la tierra. Amo, Amalia, amo y Dios es testigo que mi corazón es estrecho para la extensión de mi cariño.

Amalia puso la mano sobre el hombro de Eduardo. Sus ojos estaban desmayados de amor. Sus labios, rojos como el carmin, dejaron escurrir una fugitiva sonrisa. Y tranquila, sin volver sus ojos de la contemplación estática en que estaban, su brazo estendióse, y el índice de su mano señaló la rosa blanca que se hallaba en el suelo.

Eduardo volvió los ojos al punto señalado, y....

— Ah! exclamó, recogiendo la rosa y llevándola á sus labios. No, Amalia, no es la beldad la que ha caído á mis piés, soy yo quien viviré de rodillas; yo que tendré su imagen en mi corazón, como tendré esta rosa!, lazo divino de mi felicidad en la tierra.

— Hoy no! dijo Amalia arrebatando la rosa de la mano de Eduardo. Hoy necesito esta flor, mañana será de usted.

— Pero esa flor es mi vida ¿porqué quitármela, Amalia?

— Vida, Eduardo? basta, ni una palabra mas, por Dios, dijo Amalia retirándose del lado de Eduardo. Sufro, prosiguió, esta flor, caída en el momento que se me habla

de amor, ya ha sido interpretada. Bien, se ha interpretado la verdad; pero en mi espíritu supersticioso acaba de pasar una idea horrible. Basta, basta ya.

— ¿Y quién estorbaría hoy nuestra felicidad en el mundo...?

— Cualquier locura, cosa muy fácil de hacer por ciertas personas en ciertos estados de la vida, sobre este mundo, el mejor de los mundos posibles, como decía no sé quién, dijo Daniel Bello que entraba á la sala sin que le hubieran sentido venir por las piezas interiores.

— No hay que incomodarse, continuó, al ver el movimiento que hizo Eduardo para retirarse un poco del lugar tan inmediato á Amalia que ocupaba en el sofá. Pero ya que me dejas espacio, me sentaré en medio de los dos.

Y como lo dijo, Daniel sentóse en el sofá en medio de su prima y su amigo, y tomando la mano de cada uno, dijo:

— Empiezo por confesar á ustedes que no he oído mas que las últimas palabras de Eduardo, y que tanto valdría que no las hubiera oído, porque hace muchos días que me las estaba imaginando. He dicho. Y saludó con una gravedad llena de burla á su prima colorada como un carmin, y á Eduardo que fruncia el entrecejo.

— Ah! Como ustedes no me quieren contestar, prosiguió Daniel, seré yo el que continúe hablando. Cómo dispone usted, mi señora prima: ¿vendrá el coche de la señora Dupasquier á buscar á usted, ó irá usted en el suyo á casa de la señora Dupasquier?

— Iré yo, dijo Amalia sonriendo con esfuerzo.

— Gracias á Dios que veo una sonrisa! Ah! y usted también, Señor D. Eduardo? Alabado sea Baco, santo de la alegría! Yo pensaba que de veras se habían enojado porque yo hubiese oído un poquito de lo mucho que naturalmente tienen ustedes que decirse en este solitario palacio encantado, donde, aunque sea un año, he de venir

á habitarlo algun dia con mi Florencia. ¿Me le prestará usted, Señora Doña Amalia?

— Concedido.

— Enhorabuena. Recapitulemos pues. Horas fijas, como hacen los ingleses, que jamas yerran sino en la América: á las diez ¿te parece buena esa hora?

— Preferiria mas tarde.

— ¿A las once?

— Mas todavía, contestó Amalia.

— ¿A las doce?

— Bien, á las doce.

— Enhorabuena. A las doce de la noche, pues, estarás en casa de Florencia, para conducirla al baile, pues la señora Dupasquier solo de este modo consiente en que vaya su hija.

— Eso es.

— ¿Quién te acompañará en el coche?

— Yo, dijo Eduardo precipitadamente.

— Despacio, despacio, caballero. Usted se guardará muy bien de andar acompañando á nadie hoy á las doce de la noche.

— ¿Y cómo ha de ir sola?

— ¿Y cómo ha de ir usted con ella, en la noche del 24 de Mayo? contestó Daniel mirando fijamente á Eduardo y recargando la voz sobre las palabras *veinte y cuatro*.

Eduardo bajó los ojos, pero Amalia que con su vivísima imaginacion habia comprendido que aquellas palabras encerraban algun misterio, se dirigió á su primo con esa prontitud de las mujeres, cuando les hieren alguna de las cuerdas de esa harpa de celosos afectos que se llama su corazon, y le preguntó:

— ¿Puedo saber, porqué no es lo mismo la noche del 24 de Mayo que otra cualquiera, para que el señor me haga el honor de acompañarme?

— Es justísima tu interrogacion, mi querida Amalia, pero hay ciertas cosas que los hombres tenemos que reservar de las señoras.

— Pero aquí hay algo de política, ¿no es verdad?

— Puede ser.

— Yo no tengo ningun derecho para exigir de este caballero el que me acompañe; pero á lo ménos, creo tenerlo sobre él y sobre tí para recomendarles un poco de prudencia.

— Yo te respondo de Eduardo.

— De los dos, se apresuró á decir Amalia.

— Bien, de los dos. Quedamos pues, en que á las doce irás á lo de Florencia. Pedro te servirá de cochero, y el criado de Eduardo de lacayo. Una vez en casa de Madama Dupasquier, montarás con ella en su coche para ir al baile; y el tuyo volverá á buscarte á las cuatro de la mañana.

— Oh; es mucho! cuatro horas! una solamente.

— Es muy poco.

— Me parece que para el sacrificio que hago, es demasiado.

— Lo sé, Amalia; pero es un sacrificio que haces por la seguridad de tu casa, y con ella por la tranquila permanencia de Eduardo. Te lo he dicho diez veces: no asistir á este baile dado á Manuela, en que recibes una invitacion de ella, solicitada por Agustina, es esponerte á que lo consideren como un desaire, y estamos mal entónces. Agustina tiene un especial empeño en tratarte, y ha buscado este medio. Entrar al baile y salirte de él ántes que ninguna otra, es hacerte notable en mal sentido á los ojos de todos.

— ¿Y qué me importa de esa gente? dijo Amalia con un acento marcado de desprecio.

— Muy cierto; á esta señora, ni le deben dar cuidado los resentimientos de esa gente, ni he sido nunca de

tu opinion, Daniel, de que le haga el honor de concurrir á su baile, dijo Eduardo dirigiéndose á su amigo.

— Bravo! Superior! exclamó Daniel saludando á Amalia y á Eduardo sucesivamente. Estáis inspirados y me habéis convencido, continuó, es una locura que mi querida prima vaya al baile. Que no vaya, pues. Pero hará muy bien en empezar á quemar sus colgaduras celestes, para no ofender los delicados ojos de la Mashorca, cuando tenga el honor de recibir su visita dentro de algunos días.

— Esa canalla en mi casa! exclamó Amalia, resplandeciendo sus ojos con todo el brillo de su orgullo, é irguiendo su cabeza que parecia en aquel momento querer reclamar la majestad de una corona. Y bien, prosiguió, mis criados harán con ella lo que se hace con los perros: la echarán á la calle.

— Superior! Sublime! exclamó Daniel frotándose las manos; y, echando luego su cabeza hácia el respaldo del sofá y mirando al cielo-raso, preguntó con una calma glacial:

— ¿Cómo van las heridas, Eduardo ?

Un estremecimiento nervioso y súbito como el que ocasiona el golpe eléctrico, conmovió la organizacion de Amalia. Eduardo no respondió. El y ella habian comprendido en el acto todo el horrible recuerdo que encerraba la interrogacion de Daniel, y todo cuanto, al mismo tiempo, queria presagiarles con ella.

— Iré al baile, Daniel, dijo Amalia, humedecidos sus ojos por una lágrima brotada de su orgullo.

— Pero es terrible que yo sea la causa! dijo Eduardo levantándose y paseándose precipitadamente por la sala, sin sentir el dolor agudísimo que le ocasionaban esos violentos pasos en su pierna izquierda, que apenas podía ase afirmar en tierra.

— Vamos! Por amor de Dios! dijo Daniel levantándose, tomando del brazo á Eduardo y volviéndole al

sofá, vamos, tengo que hacer con vosotros como con dos niños. ¿Puedo tener otro objeto en lo que hago, que vuestra propia seguridad? ¿No he hecho lo mismo, no he puesto el mismo empeño en que Madama Dupasquier asista con mi Florencia á este baile? ¿Y porqué, Amalia? ¿porqué, Eduardo? Por despejar en algo el porvenir de todos de esas prevenciones, de esas sospechas que hoy fermentan el rayo sobre la cabeza en que se amontonan. La muerte se cierne sobre la cabeza de todos; el acero y el rayo están en el aire, y á todos es preciso salvar. A trueque de estos pequeños sacrificios yo proporciono la única garantía para todos, y á la sombra de ellos tambien me garanto yo mismo. Yo, que hoy necesito la libertad, la garantía, la estimacion, puedo decir, de esa gente, para mas tarde, de un día, de un momento á otro, poder arrancar la máscara de mi semblante, y.... pero, estamos convenidos ¿no es verdad? dijo Daniel interrumpiéndose á sí mismo, y, á merced de aquella potencia admirable que ejercia sobre su espíritu, haciendo vagar la risa en su semblante, un momento ántes grave y serio, por no acabar de descubrir á su prima algo de los misterios de su vida política.

— Convenido, sí, dijo Amalia. A las doce á casa de Madama Dupasquier; de estas nuevas amigas que tú me has dado, y que pareces tener empeño en que las sea importuna desde temprano.

— Bah! la señora Dupasquier es una santa señora, y Florencia está encantada de tí, desde que sabe que no eres su rival....

— Y Agustina, Agustina, ¿qué motivos, qué interes tiene para querer tratarme? ¿tambien es por celos?

— Tambien.

— ¿De tí?

— No; desgraciadamente.

— ¿Y de quién?

— De tí.

- ¿De mí?
- Sí, de tí; ha oído hablar de tu belleza, de tus muebles y trajes esquisitos, y la reina de la belleza y los caprichos quiere conocer á su rival en ellos: hé ahí todo.
- Bah! Pero, ¿y Eduardo?
- Me lo llevo.
- ¿Tú?
- Yo.
- ¿Ahora mismo?
- Ahora mismo. ¿No hemos convenido en que me lo prestariais por hoy?
- Pero salir de día! Tú me habias hablado de llevarlo esta noche por algunas horas á tu casa.
- Ciertísimo, pero no podré volver á esta casa hasta mañana.
- ¿Y bien?
- Y bien, Eduardo no saldrá sino conmigo.
- ¿De día?
- De día; ahora mismo.
- Pero, le verán.
- No, señora, no le verán: mi coche está á la puerta.
- Ah! no lo habia sentido llegar, dijo Amalia.
- Ya lo sabia.
- ¿Tú?
- Yo.
- ¿Tienes tambien el don de segunda vista como los escoceses?
- No, mi linda prima, no; pero tengo la ciencia de las fisonomías, y cuando entré á esta sala ...
- Señora, me hace usted el favor de mandar callar á su primo para que no nos diga algun disparate, dijo Eduardo cortando la frase de Daniel, y acompañando á sus palabras con una sonrisa la mas inteligible para Amalia.

— Toma! nuestro querido Eduardo, Amalia mia, cree que yo iba á cometer el desatino de repetir lo que él probablemente te estaria diciendo al entrar yo, pues que ha clasificado de disparate la frase que me dejó entre la boca.

— Hola! Tambien es usted mordaz, caballero, dijo Amalia acompañando sus palabras con una mímica poco agradable para Daniel; es decir, arrancándole dos ó tres hebras de sus lacios cabellos, sin que Eduardo lo notase y con tal prontitud que obligó á Daniel á hacer una exclamacion.

— ¿Qué hay? preguntó Amalia con la cara mas séria del mundo, y fijando sus bellísimos ojos en los de su primo.

— Nada, hija, nada. Me imaginaba en este momento, que tú y Florencia serán las mas lindas mujeres de esta noche.

— Gracias á Dios, que te oigo decir una cosa razonable! dijo Eduardo.

— Gracias, y para que sean dos, te diré que es hora de que pidas tu sombrero y me acompañes.

— ¿Ya?

— Sí, ya.

— Pero es temprano aun.

— No, señor; por el contrario, es tarde.

— Bien, ahora.

— No, ya.

— Oh!

— ¿Qué?

— Nada.

— Cáspita, el huésped parece sueco, pues segun el vulgo, donde entran allí se quedan los compatriotas de Carlos XII, actuales súbditos del bravo Bernadotte, cuya mirada cuentan que nadie puede resistir. ¡Hace veinte dias que está de visita en esta casa, y todavía le parece poco!

— Daniel, ¿me haces el favor de visitar temprano á Florencia? dijo Amalia.

— ¿Y para qué, señora?

— Para recibir tu audiencia de despedida.

— ¿Cómo? ¿cómo?

— Tu audiencia de despedida.

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— ¿Despedirme, Florencia?

— Justamente.

— Ha hablado con ella Doña María Josefa.

— No.

— ¿Entónces?

— Entónces, seré yo quien hable, yo.

— ¿Para decirla que me despida?

— Eso es.

— Diablo!

— ¿No te parece bien?

— No por cierto, ni en broma.

— Pues lo haré.

— ¿Quieres decir?

— Quiero decir: que esta noche haré ver á esa pobre criatura todo lo que la espera con marido tan insufrible.

— Ah! ¡Bueno! Tomarás la revancha. Eduardo, ¿me haces el favor de despedirte de Amalia?

— Es irresistible, señora, dijo Eduardo levantándose y tomando la mano que le estendia Amalia.

— Bah! Esa es condicion de todos los de mi familia: somos irresistibles, dijo Daniel sonriéndose y dando un paseo del sofá á las ventanas, miéntras las manos de Amalia y Eduardo parecian querer estar despidiéndose todo el dia.

Ni él, ni ella se dijeron una sola palabra; sus ojos habian pronunciado largos discursos. Cuando Daniel dió

vuelta, Eduardo se dirigia á la puerta, y los ojos de Amalia estaban clavados sobre su rosa blanca.

— Mi Amalia, dijo Daniel, solo ya con su prima, nadie en el mundo velará por Eduardo mas que yo. Yo velo por todos, miéntras á mi solo me guarda la providencia. Nadie tampoco desea mas que yo tu felicidad en este mundo. Todo lo adivino y todo lo apruebo. Dejádme hacer. ¿Quedas contenta ?

— Sí, dijo Amalia con los ojos llenos de lágrimas.

— Eduardo te ama, y yo tambien estoy contento de eso.

— ¿Lo crees tú?

— ¿Lo dudas tú?

— ¿Yo?

— Sí, tú.

— Dudo de mí.

— ¿No eres feliz con ese amor?

— Sí, y no.

— Es como no decir nada.

— Y sin embargo, digo cuanto siento en mi alma.

— ¿Le amas y no le amas entónces?

— No; le amo, le amo, Daniel.

— ¿Y entónces, Amalia?

— Entónces, soy feliz, con el amor que le profesó, y tiemblo, sin embargo, de que él me ame.

— Supersticiosa!

— Puede ser: pero la desgracia me ha enseñado á serlo.

— La desgracia suele conducirnos á la felicidad, amiga mia.

— Bien, anda, te espera Eduardo.

— Hasta luego! dijo Daniel poniendo sus labios sobre la frente de su prima.

Un momento despues, los dos amigos subieron al coche, y, á tiempo de romper á gran trote los caballos,

alzóse una de las celosías de las ventanas del salon de Amalia, y dos miradas se cambiaron un espresivo adios.

---

## CAPÍTULO VI.

### Veinte y cuatro.

El sol del 24 de Mayo de 1840 habia llegado á su ocaso, y precipitado en la eternidad aquel dia que recordaba en Buenos Aires la víspera del aniversario de su grandiosa revolucion. Treinta años ántes se habia despedido de la tierra, viendo desaparecer para siempre la autoridad del último de nuestros vireyes, de quien, en tal dia como ese en 1810, el cabildo de la ciudad habia hecho un presidente de una junta gubernativa, y cuya autoridad limitada descendió mas, pocas horas despues, contra la voluntad del cabildo, pero por la voluntad del pueblo.

La noche habia velado el cielo con su manto de estrellas, y del palacio de los antiguos delegados del rey de España se esparcia una claridad que sorprendia los ojos del pueblo bonaerense, habituados despues de muchos años, á ver oscura é imponente la fortaleza de su buena ciudad, residencia de sus pasados gobernantes, antes y despues de la revolucion, pero abandonada y convertida en cuartel y caballeriza, despues del gobierno destructor de Don Juan Manuel Rosas.

Los vastos salones en que la señora marquesa de Sobre-Monte daba sus espléndidos bailes, y sus alegres tertulias de revesino, radiantes de lujo en tiempo de la presidencia, y testigos de intrigas amorosas y de disgustos domésticos en tiempo del gobernador Dorrego, derruidos y saqueados en tiempo del Restaurador de las Leyes, habian sido barridos, tapizados con las alfombras de San

Francisco, y amueblados con sillas prestadas por buenos federales para el baile que dedicaba al señor gobernador y á su hija su guardia de infantería, al cual no podría asistir Su Excelencia, por cuanto en ese día honraba la mesa del caballero H. Mandeville, que celebraba en su casa el natalicio de su soberana. Y la salud de Su Excelencia podría alterarse pasando indiscreta-mente de un convite á un baile, por lo que estaba convenido que la señorita su hija lo representase en la fiesta.

Las luminarias de la plaza de la Victoria, la iluminacion interior del palacio, que al traves de sus largas galerías de cristales proyectaba su claridad hasta la plaza del 25 de Mayo, la rifa pública, los caballitos, y sobre todo, la aproximacion de ese 25 que jamas deja de obrar su influencia mágica en el espíritu de sus hijos, arrastraban en oleadas hácia á las dos grandes plazas á ese pueblo porteño que pasa tan fácilmente del llanto á la risa, de lo grave á lo pueril, y de lo grande á lo pequeño: pueblo de sangre española y de espíritu frances, aunque no era esta la opinion de Dorrego, cuando desde la tribuna gritó á la barra que le interrumpia: «silencio, pueblo italiano;» pueblo en fin cuyo estudio sicológico seria digno de hacerse, si alguien pudiera estudiar en las páginas desencuadernadas del libro sin método y sin plan que representa su historia.

Los coches que se dirigian á las casas de los convidados al baile, empezaban á correr con dificultad por las calles paralelas á las plazas de la Victoria y de 25 de Mayo; los cocheros tenian que contener los caballos; y los lacayos, que habérselas con esos muchachos de Buenos Aires que parecen todos discípulos del diablo; y que se entretienen en asaltar á aquellos y disputarles su lugar, en lo mas rápido del andar del coche.

De repente, uno de los coches que venia del Retiro hácia la plaza de la Victoria, pasa sus ruedas por encima de una especie de confitería ambulante colocada bajo la

vereda de la catredal, y una grito espantosa se alza en derredor del coche, acusando al cochero de haber muerto media docena de personas; porque para el pueblo no hay una cosa mas divertida que tener á quien acusar en los momentos en que todo lo que le rodea es inferior á la potencia soberana que representa.

Los vigilantes acudieron. El coche estaba entre un mar de pueblo. Se buscan los muertos, los heridos; no se halla nada de esto, sin embargo; pero las mujeres lloran, los muchachos gritan, los vigilantes regalan cintarazos á derecha é izquierda y el coche no puede moverse.

— Adelante! Rompe por el medio de todos. Rompe la cabeza á cuantos halles, pero anda, con mil demonios, dice al cochero uno de los personajes que conducia el carruaje.

— Señor vigilante, dice otro de los que estaban dentro, sacando la cabeza por uno de los postigos del coche, y dirigiéndose á uno de los agentes de policía, que en ese momento hacia mas heroicidades sobre las espaldas de los pobres diablos que allí habia, que las que hizo Eneas en la terrible noche. Señor vigilante, creo que no se ha hecho mal á nadie; reparta usted este dinero entre los que hayan perdido algunas frutas, y haga usted que podamos pasar, pues que vamos de prisa.

— Sí eso mismo decia yo. Es gritería nada mas! dijo el servidor del señor Victorica guardando los billetes en su bolsillo; campo, señores, gritó en seguida, campo, que son buenos federales y puede que vayan en servicio de la causa.

La trompeta de Josué tuvo ménos magia para derribar las murallas de Jericó, que las palabras de nuestro hombre para arrinconar la multitud contra las paredes del templo, y despejar en un minuto la boca-calle de la plaza.

— Dobla por la calle de la Federacion, y toma en seguida la de Representantes, dijo al cochero el primero de los que habian hablado.

Momentos despues, el coche pasaba libremente por la puerta de Su Excelencia el señor D. Felipe Arana, en la calle de Representantes, y á los diez minutos de marcha, se paró en el ángulo donde se cruzan las calles de la Universidad y de Cochabamba.

Cuatro hombres bajaron del carruaje, y de uno de ellos recibió orden el cochero, de estar en ese mismo lugar á las diez y media de la noche.

En seguida los cuatro desconocidos, embozados en sus capas, siguieron en direccion al rio por la misma calle de Cochabamba, oscura en esos momentos, y solitaria como el desierto.

Marchaban de dos en dos, cuando, al desembocar la última calle que les faltaba para llegar á la casa aislada que se encontraba sobre la barranca, se hallaron de manos á boca con tres hombres, encapados tambien, que venian en la direccion de la calle de Balcarce.

Las dos comitivas se pararon instantáneamente, y, contemplándose sin duda, guardaron por algun tiempo un profundo silencio.

— Es preciso salir de esta posicion; en todo caso somos cuatro contra tres, dijo á sus compañeros uno de los hombres que habian bajado del coche. Y con su última palabra dió su primer paso hácia los tres desconocidos.

— ¿Puedo saber, señores, si es por nosotros que se han tomado ustedes la molestia de interrumpir su camino?

Una carcajada en trino fué la respuesta que recibió el que habia hecho aquella paladina interrogacion.

— Al diablo con todos vosotros! No ganamos para sustos! dijo el mismo que habia hablado ántes, á quien ya se habian reunido sus compañeros, pues que todos se habian reconocido recíprocamente por la voz y por la risa: todos eran unos. Y todos marcharon en direccion al rio.

A pocos pasos llegaron á una puerta que nuestros lectores recordarán, aun cuando un poco ménos que el maestro de primeras letras de Daniel.

Ninguno de los siete golpeó la puerta; pero uno de ellos puso sus labios en la boca-llave, y pronunció las palabras: *Veinte y cuatro*.

La puerta abrióse en el acto, y cerróse luego de pasar por ella el último de los recién venidos.

Algunos minutos despues, las mismas palabras fueron pronunciadas en el mismo paraje, y dos individuos mas entraron á la casa. Y, sucesivamente por un cuarto de hora, fueron llegando comitivas de á dos, y de á tres individuos, usando todos de las mismas palabras y de las mismas precauciones.

---

## CAPITULO VII.

### Escenas de un baile.

Entretanto, desde las nueve de la noche, los convidados al baile dedicado á Su Excelencia el Gobernador, y á su hija, empezaban á llegar al palacio de gobierno, y á las once los salones estaban llenos, y la primer cuadrilla se acababa.

El gran salon estaba radiante. El oro de las casacas militares, y los diamantes de las señoras resplandecian á luz de centenares de bujías, malísimamente dispuestas, pero que al fin despedian una abundante claridad.

Un no sé qué, sin embargo, se encontraba allí de ajeno al lugar en que se daba la fiesta, y á la fiesta misma; es decir se veian con excesiva abundancia esas caras nuevas, esos hombres duros, tiesos y callados que revelan francamente que no se hallan en su centro, cuando se

encuentran confundidos con la sociedad á que no pertenecen; esas mujeres que no hacen sino abanicarse, no hablar nada, y levantar muy sérias y duras la cabeza, cuando quieren dar á entender que están muy habituadas á ocupar asientos en las sociedades de gran tono, sintiendo, empero, lo contrario de lo que quieren indicar. Todo esto, en cuanto al lugar del baile, pues que en esos salones no se habian encontrado nunca sino las personas de esa sociedad elegante de Buenos Aires, tan democrática en política, y tan aristocrática en tono y en maneras. Y en cuanto al contraste con la fiesta misma, habia allí ese silencio exótico, que en las grandes concurrencias revela siempre algo de ménos, ó algo de mas.

Se bailaba en silencio.

Los militares de la nueva época, reventando dentro de sus casacas abrochadas, doloridas las manos con la presion de los guantes, y sudando de dolor á causa de sus botas recién puestas, no podian imaginar que pudiera estarse de otro modo en un baile que muy tiesos y muy graves.

Los jóvenes ciudadanos, salidos de la nueva jerarquía social, introducida por el Restaurador de las Leyes, pensaban con la mejor buena fe del mundo, que no habia nada de mas elegante, ni cortés, que andar regalando yemas y bizcochitos á las señoras.

Y por último, las damas, unas porque allí estaban á ruego de sus maridos, y estas eran las damas unitarias; otras, porque estaban allí enojadas de no encontrarse entre las personas de su sociedad solamente, y estas eran las damas federales, todas estaban con un malísimo humor: las unas despreciativas, y celosas las otras.

La señorita hija del gobernador acababa de llegar, y estruendosos aplausos federales la acompañaron por las galerías y salones.

Su asiento en la testera del salon quedó al punto rodeado por una espesa muralla de buenos defensores de

la santa causa, que alentados con la presencia de la hija de su Restaurador, empezaron á sacarse los guantes que habian encarcelado por tanto tiempo sus manos habi-tuadas al aire puro de la libertad.

Las buenas hijas de la restauracion, unas en pos de otras, se acercaban á cumplimentar al primer eslabon de su cadena social.

Otras de las damas, se les ocurría pasar al tocador, al entrar la señorita Manuela, otras dar un paseo por las salas, otras, on fin, ménos disimuladas, se dejaban estar graciosamente en sus sillas, sin cuidarse de la entrada de nadie.

Manuela, sin embargo, ni se fijaba en el despego de las unas, ni se envanecía con las adulaciones de las otras.

Amable con todos, comunicativa y sencilla, Manuela se atraía tambien las miradas y el aprecio de los pocos hombres que allí habia capaces de juzgar sin pasion esa pobre y primera víctima de su padre.

Vistiendo un traje de tul blanco sobre otro de raso color rosa, con adornos de cintas del mismo color en su cabeza y en su seno, ella no radiaba de lujo como otras, pero estaba elegante y *buena moza*, como se dice para definir ese término medio entre lo bello y lo regular.

A pocos minutos de la llegada de Manuela, se presentó la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla; y todas las miradas se volvieron á ella. Aquí no era el temor, ni la adulacion, era la espresion franca de la admiracion por la belleza, lo que inspiraba entusiasmo á los hombres, y admiracion á las damas.

Aquí debemos especializar la ligerísima observacion que estamos haciendo, porque el objeto bien merece la pena de escribirse y de leerse.

«Doña Agustina Rosas de Mancilla fué la mujer mas bella de su tiempo» es necesario que escriba la crónica contemporánea, para que algun dia lo repita la historia de

nuestro país, fiada en la verdad de escritores independientes é imparciales, y de bastante altura de espíritu para descender á animosidades pequeñas por afiliaciones de partido ó de creencias políticas. Y hemos nombrado la historia, porque ella no podrá prescindir de ocuparse de toda la familia de Don Juan Manuel Rosas cuyos miembros han figurado, mas ó ménos en los diversos cuadros y episodios del gran drama de su gobierno. Y la misma Agustina, si bien es verdad que á la época de los acontecimientos que narramos, vivia completamente ajena á la política, embebida en su vida misma, rodeada de admiradores, y de lujo, pasó á ser, mas tarde, cuando el gobierno de su hermano se dió una esterioridad diplomática y régia, uno de los personajes mas espectables de la época, y cuyo nombre, como el de Manuela, ocupó los libros, los diarios, y la conversacion de cuantos trataron de los asuntos del Plata, grandes ó pequeños, amigos ó enemigos.

A la época que describimos, la hermana menor de Rosas, esposa del general Don Lucio Mancilla, no tenia la mínima importancia política, ni se ocupaba un instante de unitarios ni de federales. Y á esa época tambien su espíritu, ó por falta de ocasion, ó por un tardío desenvolvimiento, no habia manifestado toda la actividad y estension con que mas tarde se hizo remarcable, en la nueva faz del gobierno de su hermano que comenzó con Palermo y con las complicaciones esterores.

La importancia de esa jóven, en 1840, no se la daba su hermano, ni su marido, ni nadie en la tierra; se la habia dado Dios.

En 1840 tenia apénas 25 años. La naturaleza, pródiga, entusiasmada de su propia obra, habia derramado sobre ella una lluvia de sus mas ricas gracias, y á su influjo habia abierto sus hojas la flor de una juventud que radiaba en todo el esplendor de la belleza. De una belleza de estatuario, de pintor, y á quien ni el uno, ni el otro podrian imitar exactamente. El cinced quebraria los deta-

lles del mármol ántes de dar á la estatua los contornos del seno y de los hombros de esa mujer; y el pincel no encontraría cómo combinar en las tintas el color indefinible de sus ojos, brillantes y aterciopelados unas veces, y otras con la sombra indecisa de la media luz de ese color; ni dónde hallar tampoco el carmin de sus labios, el esmalte de sus dientes, y el color de leche y rosa de su cutis. Rebozando en ella la vida, la salud, la belleza, esa flor del Plata ostentaba la lozanía de su primera aurora, y debía ser, y lo era en efecto, el encantamiento de las miradas, de los hombres, y aun de las mismas mujeres, que, con sus ojos perspicaces, y tan interesadas en este caso, no podían señalar otro defecto en Agustina, sino que sus brazos eran algo mas gruesos de lo que debían ser, y no bien redonda su cintura.

Pero, magnífica Diana para la escultura; espléndida Rebeca para el lienzo, la belleza de Agustina no estaba sin embargo en armonía con el bello poético del siglo XIX: habia en ella demasiada bizarría de formas, puede decirse, y muy pocas de esas líneas sentimentales, de esos perfiles indefinibles, de esa espresion vaga y dulce, tierna y espiritual que forma el tipo de la fisonomía propiamente bella en nuestro siglo, en que el espíritu y el sentimiento campean tanto en las condiciones del gusto y del arte: tal era Doña Agustina Rosas de Mancilla en 1840, y que entraba al baile que se describe aquí, resplandeciente de belleza y de lujo. Sus brazos, su cuello y su cabeza, estaban cubiertos de diamantes; y la presion que sufría su talle, daba al rosado subido de su rostro una animacion que solo á las unitarias pareció chocante. Pero habituada la mayor parte de los que se encontraban en los salones, especialmente los hombres, á mirar en Agustina la reina de las bellezas porteñas, creyó que en esa noche conquistaba Agustina, y para siempre, aquel indisputable rango.

Su vestido era de blonda blanca sobre raso del mismo color, y su peinado á la griega daba lugar, no á que resaltasen los perfiles ó la redondez de su bella cabeza, sino un lazo de diamantes que sujetaba su moño federal.

La maga paseaba los salones, sin haber tomado asiento todavía, al brazo de su esposo el general Mancilla, que en esos momentos parecia recuperar algo de su perdida juventud, al influjo del aire gentil y elegante que este antiguo caballero habia aprendido y ostentado en la culta sociedad que habia frecuentado, cuando pertenecia en alma y cuerpo al partido unitario.

Las miradas seguian á Agustina; la seguian, la devoraban. Pero, de repente un murmullo sordo se escucha en todos los ángulos del salon. Las miradas se vuelven hácia la puerta; y la misma Agustina, arrebatada por la impresion general, lanza los rayos de sus lindos ojos hácia el centro comun de la mirada universal: dos jóvenes, del brazo, una de la otra, acababan de entrar al salon: la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, y la señorita Florencia Dupasquier.

La primera, siguiendo la rigorosa etiqueta de la viudedad, vestia un traje de raso color lila muy bajo, ó mas bien color torcaz, y sobre él, otro de blonda negra mas corto que el primero. Su talle, redondo y fino como el de la estatua griega, estaba ajustado por una cinta del mismo color que el viso, cuyas puntas tocaban con la orilla del vestido negro. Su escote era tambien de blonda; y en el centro del pecho, un pequeño lazo de cinta igual á la del talle completaban los adornos de su sencillo y elegante traje. Sus cabellos estaban rizados, y sus rizos finos y lucientes caian hasta su cuello de alabastro; y entre ellos, en su sien derecha, estaba colocada una linda rosa blanca. El resto de sus hermosos cabellos castaños circundaba la parte posterior de su cabeza, en una doble trenza que parecia, sujeta solamente por un alfiler de oro á cuyo estremidad se veia una magnifica perla; y bajo

la trenza, en el lado izquierdo de la cabeza, se descubria apénas la punta de la cintita roja, adorno oficial impuesto bajo terribles penas por el Restaurador de las libertades argentinas.

Florencia vestia un traje de crespon blanco con alforzas, adornado con dos guirnaldas de pequeños pimpollos de rosa, que, bajando de la cintura en forma de delantal, hasta tocar en la última alforza, daban vuelta en derredor de ella por todo el vestido. Las mangas de este eran estremadamente cortas; y un escote de finísimo encaje era cerrado en medio del pecho por una rosa punzó.

Los cabellos de la jóven, partidos en medio de la frente, caian, como los de Amalia, en flexibles rizos sobre la mejilla; y su trenza, entretejida con hilos de perlas, daba tres vueltas sobre su cabeza, y dos hilos de aquellas se escapaban de la trenza é iban á adornar la blanca y casta frente de la jóven; y un ramito de pimpollos, semejantes á los del vestido, estaba colocado, bella y maliciosamente, en el lado izquierdo de la cabeza; para que el lindo adorno de la naturaleza hiciera las veces del repulsivo símbolo de la federacion.

Agustina estaba perdida. Acababa de caer de su trono al impulso de una revolucion obrada en la admiracion universal por la belleza de Amalia.

La señorita Dupasquier estaba encantadora, pero era una belleza conocida ya, en tanto que Amalia era la primera vez que se presentaba en público. Y la novedad, esta reina despótica de la sociedad, hacia alianza con la radiante hermosura de Amalia para cautivar la mirada y el entusiasmo de todos.

La misma Agustina no pudo prescindir de contemplarla y admirarla largo tiempo.

Varios jóvenes se apresuraron á ofrecer su brazo á las recién llegadas y conducir las á los asientos que eligie-

ran; porque en ese baile ninguna señora hacia los honores del recibimiento.

Pero, fuera casualidad, ó la obra de ese instinto pocas veces equivocado entre las personas de una misma clase para encontrar sus iguales sin conocerlos, Amalia fué á sentarse con Florencia en un ángulo del salon, donde habíanse reunido todas las damas que allí habia por la voluntad de sus maridos, tan poco federales como ellas, pero, en obsequio de la verdad, con mucho mas miedo que sus nobles esposas.

Florencia fué levantada en el acto por un jóven amigo de Daniel para las cuadrillas que comenzaban en aquel momento. Pero Amalia, sin ser olvidada, no fué invitada á las cuadrillas; sucede generalmente que á la primera impresion que hace una mujer bella y desconocida al presentarse en un baile, se apodera del espíritu de los hombres cierto temor, cierta desconfianza de solicitar su compañía en la danza, porque no pueden imaginarse que tal mujer no tenga veinte compromisos para esa noche, y temen recibir una negativa en la primera solicitud.

Pero la pobre Amalia no conocia á nadie, con nadie estaba comprometida, los jóvenes se chasquearon, y ella quedó sola al lado de una señora anciana, con todos los aires de una de aquellas viejas marquesas del tiempo de Luis XIII en Francia, ó del virey Pezuela en la ciudad de los Incas.

— Ha venido usted muy tarde, señorita, dijo á Amalia la señora anciana, haciéndola uno de esos saludos casi imperceptibles, pero elegantes, que solo saben hacer las personas de calidad, que han aprendido desde niñas el manejo de los ojos y de la cabeza.

— En efecto, pero me ha sido imposible venir ántes, contestó Amalia volviendo el saludo á su vecina, en cuya fisonomía y en cuyo traje descubrió al momento una persona de distincion, como al mismo tiempo su poca

exaltacion por la causa federal, en el moño pequenísimo que traia, casi oculto, entre un adorno de blondas negras en su cabeza. Porque, hasta los días en que estamos del año de 1840, el mas ó ménos federalismo se calculaba por el mayor ó menor tamaño de las divisas; y dos personas que se encontraban, sabian perfectamente la opinion á que ambas pertenecian, con solo mirarse el ojal de la casaca, si eran hombres, ó la cabeza, si eran señoras.

— Creo que es esta la primera vez que tengo el honor de ver á usted. ¿Acaso ha llegado usted de Montevideo?

— No, señora, resido en Buenos Aires hace algun tiempo.

— Algun tiempo! ¿Entónces no es usted de Buenos Aires?

— No, señora, soy tucumana.

— Ah! Bien me lo decia yo, era imposible que usted no hubiera llamado mi atencion, si fuera usted mi compatriota!

— Sin embargo, creo que tengo el honor de ser compatriota de usted, señora.

— Sí, sí; en cuanto á argentina; quise decir, de Buenos Aires.

— Es cierto, soy provinciana, como nos llaman aquí, dijo Amalia con una sonrisa tan amable que acabó de seducir á la buena señora, que desde ese momento conoció que tenia por interlocutora á una persona de espíritu y de clase.

— Conozco mucho, la dijo, á la madre de Florencia. ¿Acaso será usted parienta de ella?

— No, señora. Tengo el honor de ser su amiga solamente; me llamo Amalia Sáenz de Olabarrieta, dijo Amalia anticipándose á satisfacer la curiosidad de su compañera, en quien ya habia descubierto la propension de hablar y preguntar que nunca es mas comun que en

los bailes entre ciertas señoras que ya han perdido la esperanza de danzar en ellos.

— Ah! ¿es usted la señora viuda de Olabarrieta? Tengo mucho gusto en conocer á usted. He oido su nombre muchas veces; y por cierto que en cuanto he oido, no hay nada de exagerado.

— Yo creia, señora, que en Buenos Aires habia sobradas cosas de que ocuparse para hacer á una pobre viuda el honor de acordarse de ella.

— Una pobre viuda, que no tiene rival en belleza, y que, segun dicen, ha hecho de su casa un templo de soledad y de buen gusto! Ah, señora! Si usted supiera qué pocas son las cosas bellas y de buen gusto que nos han quedado en Buenos Aires, no se resentiria entónces la modestia de usted!

— Pero, señora, contestó Amalia, yo veo aquí el ejemplo contrario de lo que usted me dice.

— ¿Aquí?

— Aquí, sí, señora.

— ¿Aquí? ¿De buen gusto? ¡Por Dios, no me haga usted perder parte de la admiracion que me ha causado! dijo la señora, con una sonrisa la mas picante y despreciativa del mundo. El buen gusto, prosiguió, hace muchos años que ha desaparecido de Buenos Aires. ¡Oh! si usted hubiera visto nuestros bailes de otro tiempo! ¡Qué hombres! ¡que mujeres! ¡Oh! eso era elegancia y buen gusto, señora! Pero hoy!

— ¿Podria saber, señora, si no es indiscrecion, con quién tengo el honor de hablar?

— Soy la señora de N....

— Ah! me felicito por esta ocasion en que tengo el honor de saludar á la señora de N....

— Parece que usted quedó admirada sobre mi juicio respecto á este baile, ¿no es verdad? prosiguió la señora de N.... que al parecer estaba empeñada en criticar cuanto allí habia.

— Confieso á usted que yo no echo de ménos ese buen tono que estraña usted, la respondió Amalia, que todo quería oír, sin decir nada.

— Oh, por Dios!

— Cómo! ¿No halla usted de buen tono la concurrencia de esta noche? le preguntó Amalia que empezaba á encontrar que su vecina podría distraerla del mal humor que sentía.

— Buen tono! dijo la señora riéndose, echando negligentemente su brazo al respaldo de la silla, y aproximándose á Amalia. ¿Conoce usted, continuó, ciertas calidades físicas en los hombres, que revelan perfectamente su buena ó su mala raza?

— Quizá.

— Fíjese usted un momento en el pié de los hombres.

— ¿Y bien? Ya está.

— ¿Qué nota usted?

— ¿Qué noto?

— Sí; con franqueza.

— Nada.

— No es cierto.

— Pues, señora, no comprendo.

— Yo se lo explicaré á usted: son hombres de piés anchos y botas cortas ¿se ríe usted?

— De la ocurrencia, señora.

— Pues esa es la primera señal de la clase á que esos hombres pertenecen. Oh, de esos no había por cierto en nuestros pasados bailes! Botas en un baile! ¿Ve usted aquel frente del salón? ¿Ve usted la primera cuadrilla?

— Sí, todo lo veo.

— Pues las señoras sentadas, y las que están bailando, son esposas ó hermanas de estos modernos caballeros.

— ¿De manera, señora, que usted tiene la suerte de conocer á todos?

— En general los distingo por clases; en particular conozco á algunos.

— Ah! es una verdadera fortuna! ¡Yo que estoy aquí como si me hallara en Constantinopla!

— Tanto mejor.

— Tanto peor, señora, porque siquiera usted puede saber con quién habla, cuando alguna de esas damas, ó caballeros se le acerquen.

— ¿Pero qué, no tiene usted ningun pariente en Buenos Aires? preguntó la señora, fijando sus ojos como para conocer la verdad de la respuesta que iba á recibir.

— Ninguno al servicio, ó en la amistad del gobierno, contestó Amalia, comprendiendo que la señora buscaba seguridades.

— Ah! pues entónces, solo ganaria usted una cosa con conocer lo que desea.

— Y cuál es, señora?

— Un poco de risa.

— Es algo.

— En esta época especialmente. ¿Qué le parece á usted aquel caballero que está recostado contra el marco de aquella puerta estirándose su hermoso chaleco colorado?

— Me parece bien.

— No, señora, le parece á usted mal.

— ¿Mal?

— Sí, mal, yo quiero defender á usted contra usted misma.

— Vaya, pues, señora; me parecerá mal, si usted se empeña.

— Ese es el señor D. Pedro Ximeno, comandante interino del puerto.

— ¿Ah! ese es el señor Ximeno?

— El mismo. Uno de los hombres mas afortunados en su carrera.

— Es posible!

— Figúreselo usted: en 1821 fué mozo de servicio en el café de la Victoria.

— Ah!

— Sí, señora, mozo de café.

— Por algo se empieza en este mundo, señora.

— Y despues se va adelante ¿no es cierto?

— Así es en general.

— Pues eso mismo le pasó á Ximeno.

— ¿Ascendió á la capitania?

— No; de mozo de café, ascendió á mercachifle.

— Hola! la casa va en progreso, dijo Amalia sin poder contener su risa.

— Oh! Pero ascendió todavía.

— ¿En el mismo orden?

— Oigalo usted: de mercachifle pasó á ser empleado en nuestro teatro viejo.

— Hola! se hizo cómico!

— Méenos que eso.

— ¿Apuntador?

— Méenos que eso.

— ¿Méenos que apuntador?

— Sí, señor.

— ¿Entónces, qué fué?

— Uno de los peones encargados de levantar el telon de boca.

— Oh! es admirable la carrera de ese señor! ¿Y cómo ha llegado hasta el lugar donde se halla?

— Muy sencillamente: el general Zapiola lo empleó de escribiente en la capitania del puerto, y la federacion lo hizo comandante de ella.

— Y aquel otro caballero que en este momento conversa con el señor Ximeno, ¿quién és?

— Ese es el señor general Mancilla.

— Ah! el general Mancilla!

— Uno de los mas furiosos unitarios que ocuparon un banco en el congreso constituyente. ¿Ve usted ese otro personaje que se les acerca?

— Sí ¿quien és?

— Torres, Don Lorenzo Torres. Dios los cria y ellos se juntan!

— ¿Porqué dice usted eso, señora?

— Porque Torres tambien fué unitario hasta mucho despues de la revolucion de Lavalle, contestó la señora de N.... que parecia saber de memoria la biografía política de todo el mundo.

— De suerte, dijo Amalia, que hoy hay muchos federales que no lo han sido siempre?

— Cierito. Sin embargo, aquí hay algunos que lo han sido toda su vida. Por ejemplo, allí tiene usted uno, dijo la señora de N.... señalando á un caballero de cuarenta años poco mas ó ménos, de tez morena y de ceño zonzo.

— Y ese caballero ¿quién es? preguntó Amalia.

— Ese es Don Baldomero García, federal toda su vida; hombre de carácter mas duro que su figura, y tan tartamudo de ideas como de lengua. ¡Hola! ¡Hola! Y se da la mano con un escelente personaje de la actualidad. ¿Lo ve usted?

— Sí, pero no conozco á ese señor.

— Por Dios, que usted no conoce á nadie! Ese es Juan Manuel Larrazabal. Dios me libre de creerlo! pero dicen que es un espía del señor gobernador.

— Voces de partido quizá, dijo Amalia, fijando sus ojos rápidamente en un hombre que hacia rato la estaba contemplando con unas miradas trasversales, pues que salian de dos ojos al sesgo.

— Y podrá usted decirme, preguntó Amalia á la señora de N.... ¿quién es aquel caballero que está hacien-

do molinete con un guante blanco, y que se distingue por el tamaño exagerado de su divisa punzó?

— Cómo! Pues que no lee usted la *Gaceta*?

— La *Gaceta*!

— Sí, la *Gaceta Mercantil*.

— No la leo jamas, pero aun cuando así fuera....

— Si así fuera, habia comprendido usted que aquel caballero no podria ser otro que el redactor de la *Gaceta*. Se llama Nicolas Mariño. Es el que predica el degüello de los unitarios. El 1.º de Diciembre de 1828, lo vi desde los balcones de mi casa andar por las calles prodigando abrazos á los revolucionarios. Despues entró de oficial en el ministerio Guido, bajo la administration Biamont. En 1833, escribió algunos mamarrachos en el *Clasificador*. Despues escribió el *Restaurador de las Leyes*. A esa época ya no abrazaba sino á los federales. Ahora escribe la *Gaceta*, y abraza al diablo. Qué ojos! ¿Le ha reparado usted los ojos?

— Sí, señora, contestó Amalia riendo de la pregunta, del calor y de las indiscreciones de la señora de N.... una de aquellas intransigibles unitarias, con quienes la dictadura no pudo jamas, y que las súplicas y el llanto de sus maridos arrastraba á las fiestas federales, donde ellas se desquitaban de la violencia que se hacian en estar en ellas midiendo con su inflexible rigorismo las categorías de la nueva época que se presentaban á sus ojos.

— ¿Y sabe usted una cosa? continuó la señora de N....

— ¿Qué cosa, señora?

— Que observo que Nicolas Mariño la mira á usted demasiado, y que la mira con los ojos que él tiene, que es lo peor que puede sucederle á una jóven de la belleza de usted.

— Gracias, señora.

— Y sobre todo, de sus principios, porque ¿no es verdad que usted no haría á ese hombre el honor de recibirle en su casa.

— Yo tengo formadas ya mis relaciones, y con dificultad contraería otras nuevas, respondió Amalia esquivando el dar una contestación directa.

— Y sobre todo, la de este hombre, prosiguió la señora de N... Y la mira, la mira á usted, no hay duda. Oh! y es un honor! ¡El redactor de la *Gaceta*! ¡El comandante del ilustre cuerpo de serenitas! Pero ¡vaya! al fin la esposa lo distrae de sus melancólicas miradas.

— ¿Aquella señora de vestido de raso colorado con guarniciones amarillas y negras, y un adorno de fleco de oro en la cabeza, es la esposa del señor Mariño?

— Sí.

— Ah!

— Qué bailes!

— A propósito, ¿me dice usted, señora, quiénes son aquellos cuatro caballeros vestidos de uniforme que están allí, que los veo parados hace tan largo rato sin conversar ni hacer un movimiento?

— ¿Aquellos? Ah! el primero es el coronel Santa Coloma, carnicero á la vez que coronel.

— ¿Sí?

— Carnicero de animales y de gente.

— Degeneración del oficio.

— El otro, es el señor coronel Salomon, pulpero.

— Vaya, eso es ménos malo.

— El otro es comandante Maestre, forajido de profesion.

— Vamos, no falta sino que el otro pertenezca á tan nobles jerarquías.

— Pues no, señora, el otro es el general Pintos, verdadero caballero, verdadero soldado de la república; pero para manchar los galones de él y de los que se le

parecian, la federacion moderna puso los galones militares en hombres como los tres primeros.

— ¿Sabe usted, señora, dijo Amalia, que sin negar que son interesantes las biografías que usted hace en tan pocas palabras, me interesaría mas el saber, cuál de estas señoras es Manuelita, y cuál Agustina?

— Las dos están en este momento bailando en la otra sala ¿le habrán dicho á usted que Agustina es una belleza?

— Cierto, esa es la opinion universal. ¿No es así en la opinion de usted?

— Cierto que sí; solamente que yo la llamo belleza federal.

— ¿Lo que quiere decir?

— Que es una belleza con la cara punzó.

Amalia se rió:

— Ese no es un defecto, señora: ese es el color de las rosas, dijo á la señora de N....

— Usted lo ha dicho: es el color de las *rosas*.

— Pero en fin, ¿es una linda mujer?

— No.

— ¿No?

— Es una linda aldeana, pero aldeana; es decir, demasiado rosada, demasiado gruesos sus brazos y sus manos, demasiado silvestre para el buen tono, y demasiado frívola entre la gente de espíritu.

— Está visto, dijo Amalia para sí misma, que esta señora es un tesoro en un baile, pero hay un gran riesgo en dejarse ver de ella, porque está enojada con la humanidad entera.

— Desgracia sería para usted, señora, dijo Amalia, que Agustina supiese que tan mal trata usted á su belleza, porque en general las personas de nuestro sexo no perdonan ese alfilerazo.

— Bah! ¿cree usted que no lo sabe? ¿Cree usted que toda esa gente no comprende de qué modo es mirada por nosotras?

— ¿Por nosotras?

— Sí, por nosotras. Saben ellas que si nos presentamos en sus fiestas es por nuestros hijos, ó por nuestros maridos.

— Es espuesto, sin embargo.

— Ese es nuestro único desquite: que lo sepan: que comprendan la diferencia que hay entre ellas y nosotras. Por lo demas, el riesgo no es mucho, porque ¿qué pueden hacernos? Por otra parte, no hablamos sino entre nosotras mismas.

— ¿Siempre? preguntó Amalia con una sonrisa la mas maliciosa del mundo.

— Siempre, como ahora mismo, por ejemplo, contestó la señora de N... con el mayor aplomo.

— Perdon, señora, yo no he tenido el honor de decir á usted cómo pienso.

— Qué gracia! Si desde que se sentó usted á mi lado me lo dijo!

— ¿Yo?

— Usted, sí, señora, usted. Fisonomías como la suya, maneras como las suyas, lenguaje como el suyo, trajes como el suyo no tienen, ni usan, ni visten las damas de la federacion actual. Es usted de las nuestras aunque no quiere.

— Gracias, señora, gracias, dijo Amalia con su sonrisa habitual.

En este momento la señora de N... saludó cariñosamente á otra señora que tomaba asiento frente á ella.

— ¿Sabe usted quién es aquella?

— Ya he dicho á usted, señora, que no conozco á nadie.

— Válgame Dios!

— ¿Y qué he de hacer, señora?

— Esa es la esposa del general Rolon: buen razon, excelente amiga; pero las nuevas amistades á que la ha conducido la posicion de su marido, la han hecho perder el poco de buen tono que tenia, y convida á sus tertulias de invierno, anunciando ¿qué le parece á usted que anuncia en las esquelas de invitacion?

— Anunciará la hora y el dia, supongo.

— Bien, ¿pero demas que eso?

— ¿Demas? Si dice que es una tertulia, el dia y la hora del recibimiento, no sé qué mas....

— Pues bien, oiga usted: anuncia que la tertulia se abre con café con leche; ¡pobre Juana!

Amalia no pudo ménos que soltar la risa con ménos conveniencia que la que requeria el lugar en que se encontraba; y á tiempo de volver su cabeza para no hacerse notable por su risa, un relámpago de alegría brilló en sus ojos: acababa de descubrir á Daniel en la puerta del salon. Daniel entraba en aquel momento; y se dirigia á su prima, despues de haber divisado á su Florencia paseando los salones con uno de sus mejores amigos, con quien acababa de bailar.

Pero ántes de que los primos y los amantes se cambien una palabra, salgamos del baile con el lector y vamos un momento á recoger los pormenores de otra escena bien diferente en otra parte, en nada parecida á la que dejamos; y del brazo con el lector hagamos tambien lo posible para volver pronto á los salones de nuestro viejo fuerte.

---

## CAPITULO VIII.

### Daniel Bello.

El jóven Daniel entraba al baile á las doce y media de la noche, pero ántes de seguirlo en él, veamos lo que era y lo que hacia tres horas ántes en la casa misteriosa de la calle de Cochabamba, á cuya puerta hemos visto hacerarse varios individuos, dar una seña, entrar en la casa, y cerrarse luego la puerta de la calle.

Entre el lector con nosotros á esa casa, á las nueve y media de la noche, y encontraremos una reunion de hombres bien interesante, pero bien en peligro al mismo tiempo.

La sala de Doña Marcelina, cuyas ventanas daban á la calle, se habia convertido esa noche en campamento general. La cama matrimonial y los catres de lona de sus distinguidas sobrinas habian sido trasportados de la alcoba á la sala. Y todas las sillas de esta, las del comedor, tres baúles, y un banco que parecia haber tenido el honor en algun tiempo de ser colocado en la portería de algun convento, estaban cuidadosamente colocados en el círculo que permitia el estrecho aposento convertido improvisamente en sala de recepcion para esa noche, estando colocada en uno de sus testeros una mesa de pino con dos velas de sebo, y delante de ella una silla que parecia la presidencial de aquel lugar.

Parados unos, otros sentados, y otros cómodamente acostados en los catres y en la cama, una crecida reunion de hombres ocupaba la sala de Doña Marcelina, sin mas luz que la escasa claridad de las estrellas que entraba al traves de los pequeños y empañados vidrios de las ventanas.

Las palabras eran dichas al oido, y de cuando en cuando alguno de los que allí estaban se aproximaba á las

ventanas, y con la mayor atencion paseaba sus miradas por la lóbrega y desierta calle de Cochabamba.

El reloj del cabildo hizo llegar hasta esta reunion misteriosa la vibracion metálica de su campana.

— Son las nueve y media de la noche, señores, y nadie puede equivocarse en una hora de tiempo cuando le espera una cita importante. Los que no han venido no vendrán ya. Vamos á reunimos.

Al concluirse la última de esas palabras, dichas por una voz muy conocida nuestra, los postigos de las ventanas se cerraron, y la luz de la pieza inmediata penetró á la sala por la puerta de la habitacion contigua.

Un minuto despues, el señor Don Daniel Bello ocupaba la silla colocada delante de la mesa de pino, teniendo á su derecha al señor Don Eduardo Belgrano; ocupados los demas asientos por veinte y un hombres, de los cuales el de mas edad contaria apénas veinte y seis ó veinte y siete años, y cuyas fisonomías y trajes revelaban la clase inteligente y culta á que pertenecian.

— «Amigos mios, dijo Daniel paseando sus miradas por la reunion, hemos debido reunimos esta noche treinta y cuatro jóvenes; y sin embargo, no estamos aquí sino veinte y tres. Pero cualesquiera que sean las causas por que nuestros amigos nos abandonan, no hagamos á ninguno la ofensa de creerlo traidor, y no abriguemos el menor recelo sobre su secreto. Treinta y dos nombres fueron elegidos por mí. Cada uno recibió su aviso anticipado para concurrir á esta casa en esta noche, y yo sé bien, señores, quiénes son los hombres con cuyo honor puede contarse en Buenos Aires. Ahora, dos palabras mas para inspiraros la mas completa confianza en esta casa. Sorprendidos en ella por los asesinos del tirano, nuestra sentencia estaria pronunciada en el acto. Pero si él tiene la fuerza, yo tengo la astucia y la prevision. Esta casa da sobre la barranca del rio. El agua está á una cuadra de ella, y á su orilla hay en este momento dos balleneras

prontas para recibirnos. En caso de ser sorprendidos, saldremos á la barranca por la ventana de una habitacion interior que da sobre ella; y si aun allí fuésemos atacados me parece que veinte y tres hombres, mas ó ménos bien armados, pueden llegar sin dificultad hasta la orilla del rio. Una vez en las balleneras, los que quieran volver á la ciudad tienen algunas leguas de costa donde poder desembarcarse, y los que quieran emigrar, tienen las costas orientales á pocas horas de viaje. En la puerta de la calle está mi fiel Fermin. En la ventana que da á la barranca, está el criado de Eduardo de cuya fidelidad tenemos todos repetidas pruebas; y últimamente, sobre la azotea está una persona de mi mas completa confianza, y cuyo poco valor es nuestra mejor garantía, pues si el miedo le impidiese hablar, no le impediria hacer temblar el techo de esta sala con sus carreras: es un antiguo maestro de casi todos nosotros, que ignora los que festán aqui, pero que sabe que estóy yo, y eso le basta. ¿Estáis satisfechos?»

— «El exordio ha sido un poco largo, pero en fin, ya se acabó, y no creo que haya nadie aquí que despues de haberle oido, no se crea tan seguro como si se hallase en Paris,» dijo un jóven de ojos negros, de fisonomía alegre y cándida, y que durante hablaba Daniel se habia entretenido en jugar con una cadena de pelo que tenia al cuello.

— «Yo conozco la tierra en que aro, mi querido amigo; yo sé que ninguno de vosotros está tranquilo; y sé ademas, que soy el responsable de cuanto pueda sucederos. Ahora, vamos al objeto de nuestra reunion.

«Aquí tenéis, señores, prosiguió Daniel sacando una cartera llena de papeles, el primer documento de que quiero hablaros: es una lista de las personas que en el mes de Abril de la primera quincena de este Mayo, han llegado emigrados de nuestro país á la República Oriental. Representan un número de ciento sesenta hombres,

todos jóvenes, patriotas y entusiastas. Contamos, pues, con ciento sesenta hombres ménos en Buenos Aires. Tengo motivos para aseguraros, que los que hacen hoy el negocio de conducir emigrados á la Banda Oriental, tienen solicitados mas de trescientos pasajes, y esto despues de los asesinatos del 4 de Mayo.

«Resulta pues, que para el mes de Julio vamos á tener cuatrocientos ó quinientos patriotas de ménos en Buenos Aires, y esto despues que en los años anteriores de 38 y 39 han salido del país las dos terceras partes de la juventud.

«Entretanto, oíd ahora el estado del ejército libertador y de las provincias interiores, para poder comprender mejor aquel hecho anterior:

«Despues de la accion de Don Cristóbal, en que se ganó la batalla y se perdió la victoria, el ejército libertador se encuentra en las puntas del Arroyo Grande, sitiando al ejército de Echagüe arrinconado en las Piedras, todo esto, á pocas leguas de la Bajada, y todas las probabilidades parecen estar en favor del general Lavalle, en el caso de una nueva batalla. Si él triunfa en ella, el paso del Paraná será la consecuencia inmediata, y la campaña se emprenderá entónces sobre Buenos Aires. Si él es derrotado, los restos de su ejército vendrán á reorganizarse sobre el norte de nuestra provincia, pues tienen para el tránsito de los rios las embarcaciones bloqueadoras; y veis entónces que en uno ú otro caso, la provincia de Buenos Aires está esperando al general Lavalle.

«En las provincias, la liga se ha estendido como un incendio. Tucuman y Salta, la Rioja, Catamarca y Jujuy ya no pertenecen al tirano; se han proclamado contra él, y aprontan sus ejércitos. El fraile Aldao no es bastante á sofocar la revolucion, y Córdoba se plegará al primero que la amenace. Rosas tenia una esperanza en La-Madrid; La-Madrid ya no le pertenece.»

— «¿Cómo?» preguntaron á la vez todos los jóvenes levantándose de sus asientos, ménos Eduardo que parecía sumergido en los misterios de su corazón.

— «Vais á saberlo, señores; pero, despacio, no alcéis la voz, todavía no es tiempo de dar gritos en Buenos Aires.

«He dicho la verdad: el general La-Madrid, comisionado por Rosas para apoderarse del parque de Tucuman, ha dejado que la revolucion se apodere de él, y el 7 de Abril se ha puesto sobre su pecho la cinta azul y blanca de la libertad, y ha pisado la ignominiosa marca de la federacion de Rosas.»

— «¡Bravo! ¡Bravo!»

— «Silencio, silencio, señores: aquí tenéis este documento, oídlo:

«LIBERTAD Ó MUERTE.

«Orden general del 9 de Abril de 1840.

«De orden del excelentísimo gobierno se reconoce por general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, al señor coronel mayor, general Don Gregorio Araoz de La-Madrid, y por jefe del estado mayor, al coronel Don Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del orden, al coronel Don Mariano Acha.»

La esplosion del sentimiento fué espontánea. No hubo gritos; no hubo vivas, pero las fisonomías hablaban, y los abrazos pronunciaron discursos y juramentos. Daniel midió aquella escena con su mirada de águila: no estaba entusiasmado, estaba estudiando en el complicado libro de la naturaleza moral.

— «Ya lo veis, señores, continuó con su imperturbable sangre fría, en todas partes la revolucion se levanta gigantesca, pero esa revolucion tiene un fin ¿porqué no hemos de creer que la revolucion sea lógica,

y que vendrá á buscar ese fin en el lugar en que se esconde? Ese fin es una cabeza, y esa cabeza está en Buenos Aires. Si todos los esfuerzos se han de dirigir á este punto ¿no es cierto, señores, que debemos cooperar al triunfo, cuando se aproxime á él?»

— «Sí, sí,» exclamaron todos los jóvenes.

— «Despacio, señores, despacio. Tengamos lógica ántes que entusiasmo. Decís que *sí*; pero hé aquí que el modo como vosotros deseáis cooperar, es aquel precisamente con el que yo estoy en oposicion continua.

«He empezado por mostraros el crecido número de hombres nuestros que han emigrado del país, y ese número lo veréis aumentar con el vuestro.... oídme, señores:

«Cuando hay que vencer un principio difundido en la conciencia de una clase ó de un pueblo, es necesario batirse con esa clase ó con ese pueblo, con las armas de la razon, ó con el acero.

«Cuando hay que batir á un gobierno cuya existencia reposa en su poder moral, es necesario entónces minar las bases de ese poder, arrebatándole su popularidad, bien sea en la tribuna, en la prensa, ó en los ejércitos. Pero, señores, cuando lo que hay que combatir no es un principio, sino un sistema encarnado en un hombre; no un influjo moral, sino un poder material que se mueve, como una máquina de puñales, al resorte de la voluntad de aquel hombre, es necesario entónces extinguir con el hombre el prestigio, la máquina y la voluntad.

«Contád los hombres patriotas que han salido de Buenos Aires; calculád los que habrán de salir en adelante, si no ponemos un dique á ese torrente de emigracion, y decídme luego, si ese número de hombres no es suficiente para cooperar en la ciudad á la revolucion que traigan á la provincia las armas del general Lavalle, ó las armas de la coalicion de Cuyo.

«La emigracion deja en poder de las mujeres, de los cobardes y de los mashorqueros la ciudad de Buenos Aires, es decir, señores, el punto céntrico de donde parten los rayos del poder de Rosas.

«Tres ó cuatrocientos hombres aseguran acaso el triunfo del general Lavalle, alistados en las filas de su ejército? Pues bien, señores, tres ó cuatrocientos hombres de corazon son bastantes para levantar la ciudad y colgar de los faroles de las calles á Rosas y su mashorca el dia que los aturda ai noticia de la aproximacion de cualquiera de los ejércitos libertadores.

«No podemos reconquistar los que se han ido; pero á lo ménos paremos el curso de esa copiosa emigracion que va á buscar léjos una libertad que puede encontrarla á su lado, cuando alce su brazo armado sobre la cabeza del tirano.

«¿Hay peligros en permanecer en Buenos Aires? Habrá peligros y sangre el dia que demos el primer grito de libertad? Pero señores, ¿no hay peligros y sangre en los ejércitos? no hay miseria y humillacion en el destierro?

«Creédme, amigos míos; yo estóy mas cerca de Rosas que ninguno de vosotros; yo espongo mas que mi vida, porque espongo mi honor á las sospechas de mis compatriotas; creédme, pues, que el peor sistema que la juventud de Buenos Aires puede adoptar, en el deseo que la anima de la libertad de su patria, es el ausentarse de ella. ¿Sería tan desgraciado que no hubiese ninguno de vosotros que pensase como yo pienso?»

— «Esa es mi opinion, esa es mi fe; yo moriré al puña de la mashorca ántes que dejar la ciudad. Rosas está en ella, y es á Rosas á quien debemos buscar el dia en que uno de nuestros ejércitos pise la provincia. Muerto Rosas, volveremos á todas partes los ojos y no hallaremos un enemigo,» dijo uno de los jóvenes que se encontraba en la reunion.

— «¿Sois vosotros tambien de esa misma opinion, amigos míos?» preguntó Daniel.

— «Sí, sí, es necesario quedarnos,» respondieron con entusiasmo todos los jóvenes.

— «Señores, dijo Eduardo Belgrano luego que se restableció el silencio, no hay una sola palabra de las que ha pronunciado el señor Bello que no esté perfectamente en armonía con mis opiniones, y, sin embargo, yo he sido uno de los que han querido emigrar del país, y aun no sé todavía, si de un momento á otro renovaré mi resolucion. Os revelo pues una contradiccion entre mis opiniones y mi conducta, y en este caso, os debo una esplicacion que voy á dárosla:

«Es cierto que debemos quedarnos; es cierto que, léjos de abandonar, debemos estrechar cada vez mas un círculo de fierro en derredor de Rosas para ahogarlo en él el dia oportuno á la libertad argentina. Esta teoria no puede ser, ni mas racional ni conveniente, dicha en general, aplicada á cualquier otro pueblo de la tierra en iguales circunstancias que el nuestro. Pero nosotros los argentinos, señores, representamos una escepcion bien práctica respecto de lo que nos ocupa. Vamos á verlo:

«El señor Bello ha dicho, que tres ó cuatrocientos hombres serian bastantes para concluir con Rosas en la ciudad. Yo quiere creer que es bastante ese número; quiero mas: quiero creer que están en Buenos Aires todavía todos los hombres de nuestra generacion que han emigrado; mas aun, todos los emigrados unitarios del año 29 y 30, y que somos dos, tres, cuatro mil hombres enemigos de Rosas. Pero sabéis, señores, lo que esta cifra representa en Buenos Aires? Representa un hombre.

«Un partido no es poderoso por el número de sus hombres, sino por la asociacion que lo compacta. Un millon de hombres individualizados no vale mas, señores, que dos ó tres hombres asociados por las ideas, por la voluntad y por el brazo.

«Estúdiense como se quiera la filosofía de la dictadura de Rosas, y se averiguará que la causa de ella está en la individualizacion de los ciudadanos. Rosas no es dictador de un pueblo; esto es demasiado vulgar para que tenga cabida en hombres como nosotros: Rosas tiraniza á cada familia en su casa, á cada individuo en su aposento; y para tal prodigio no necesita por cierto, sino un par de docenas de asesinos.

«Sociedades pequeñas, sin clases, sin jerarquías; sin prestigio en ellas la virtud, la ciencia y el patriotismo; ignorantes á la vez que vanas, susceptibles á la vez que celosas, las sociedades americanas no tienen entre sí y para sí mismas otros principios de asociacion, que el catolicismo y la independencia política.

«Sin comprender todavía las ventajas de la asociacion en ningun género, en los partidos políticos es en los que ella existe ménos.

«Un espíritu de indolencia orgánica, de raza, viene á complementar la obra de nuestra desorganizacion moral, y los hombres nos juntamos, nos hablamos, nos convenimos hoy, y mañana nos separamos, nos hacemos traicion, ó cuando ménos, nos olvidamos de volver á juntarnos.

«Sin asociacion, sin espíritu de ella, sin esperanza de poder organizar improvisamente esa palanca del poder y del progreso europeo que se llama asociacion, ¿con qué contar para la obra que nos proponemos? ¿con el sentimiento de todos? ¡Ah, señores, ese sentimiento existe hace muchos años en nuestro pueblo, y la mas-horca, sin embargo, es decir, un centenar de miserables, nos toma en detalle y hace de nosotros lo que quiere. Esto es lo práctico, y yo prefiero ir á morir en el campo de batalla, á morir en mi casa esperando una revolucion que los porteños todos juntos no podremos efectuar jamas, porque todos no representamos sino el valor de un solo hombre.

«Entretanto, es una verdad indisputable lo que ha dicho mi querido amigo: es decir, que seria mas oportuno y eficaz buscar en la persona única de Rosas el estermio de la tiranía. Decídme si es posible establecer la asociacion, y seré el primero en desechar toda idea de abandonar el país.»

Un silencio general sucedió á este discurso.

Todos los jóvenes tenian fijos sus ojos en el suelo. Solo Daniel tenia su cabeza erguida, y sus miradas estudiaban una por una la fisonomía de los jóvenes.

— «Señores, dijo al fin, mi querido Belgrano ha hablado por mí en cuanto al espíritu de individualismo que por desgracia de nuestra patria ha caracterizado siempre á los argentinos. Pero los males que ha traído esa falta de nuestra vieja educacion, es la mejor esperanza de que nos enmendaremos de ella, y el incitaros á la asociacion, despues de iniciaros la necesidad de permanecer en Buenos Aires, era la segunda parte del pensamiento que me ha conducido á este lugar. Habeis convenido conmigo en que debemos esperar los sucesos en Buenos Aires; justo es convengáis tambien en que si esos sucesos nos encuentran desasociados, en bien poca parte les podremos ser útiles.

«Ademas, nos encontramos hoy sobre el cráter de un volcan, que fermenta, que ruge, y cuya esplosion no está distante.

«Los asesinatos cometidos ya, no son un fin; son el principio de una cadena de crímenes que como los anillos de una serpiente, va á desenvolver sus eslabones en torno á la cabeza de todos.

«Rosas por medio de su *Gaceta* y de sus representantes hace muchos meses que está azuzando á sus lebreles.

«La embriaguez del crimen ha perturbado ya el cerebro de nuestros asesinos, y dado á su sangre la

irritacion febriciente que es necesaria para el desbo-  
camiento en los delitos populares.

«Los puñales se aguzan; los brazos se levantan, las  
víctimas están señaladas, y el momento terrible se  
aproxima.

«No es una venganza espontánea; es una combi-  
nacion reflexionada para enervar, por medio del terror,  
los esfuerzos del espíritu público.

«Bien pues, si ese momento terrible nos encuentra  
aislados, todos — no lo dudéis, señores — vamos á ser  
víctimas de Rosas.

«Unidos, sistematizada nuestra defensa; solidarios  
todos para la venganza del primero que caiga, ó suspen-  
deremos el brazo de los asesinos, ó provocaremos á la  
revolucion, ó podremos emigrar en masa, cuando se  
pierda para todos la última esperanza de esterminar la  
tiranía, ó por último, moriremos en las calles de nuestro  
país habiendo ántes dejado una leccion honrosa á las  
generaciones futuras.

«Asociados, una vez que tengamos en la provincia  
alguno de nuestros ejércitos libertadores, que obran en  
Entre-Rios, ó que se organizan á la falda de la Cordillera,  
yo mismo haré cuanto esté de mi parte por precipitar la  
hora de la San Bartolomé que se prepara. No os alarméis,  
mis amigos; en las revoluciones toda combinacion abor-  
tada da siempre un resultado contrario. Piensan degollar-  
nos despues de haber aterrorizado nuestro espí-ritu por  
medio de esa sostenida predicacion de amenazas con que  
se nos saluda todos los dias desde la tribuna y la prensa;  
y si yo logro que los puñales se alzen prema-turamente, y  
que en vez de encontrar un pueblo de individuos  
atemorizados, se hallen con un pueblo asocia-do y fuerte,  
yo habré entónces preparado el terror para que obre su  
influencia sobre el ánimo de los asesinos, en vez de  
obrase como ellos pensaron, en el ánimo de las víctimas.

«Hay ciertos momentos en que el medio seguro, infalible de hacer fracasar un plan político, consiste en facilitar rápidamente el espacio en que quiere desenvolverse. Con su sistema de economías, el ministro Necker habria conseguido suspender la marcha de la revolucion francesa que caminaba sordamente; pero el ministro Calonne, sucesor de Necker, y que queria la revolucion del pueblo contra la aristocracia y el clero, prodigaba el tesoro para los placeres de la corte, irritando mas de esta manera el espíritu revolucionario del pueblo empobrecido y oprimido, y facilitando el camino de la revolucion.

«Yo que compro con mi sosiego y mi nombre los secretos todos de mis enemigos; yo que palpitando de rabia mi corazon, junto mi mano con las manos ensangrentadas de los asesinos de nuestra patria, yo irritaré con mis palabras su corazon envenenado y les excitaré al crimen cuando crea que ese mismo crimen ha de sublevar contra ellos la venganza de los oprimidos. Porque el día, el instante en que la mano de un hombre de corazon, á la luz del sol, clave su puñal en el pecho de uno de los asesinos, ese instante, señores, será el postrero del tirano; porque los pueblos oprimidos no necesitan sino un hombre, un grito, un momento para pasar estrepitosamente de la esclavitud á la libertad, del marasmo á la accion.»

La fisonomía de Daniel estaba radiante, sus ojos chispeaban, sus labios gruesos, y rosados habitualmente, estaban encendidos como el carmin. Las miradas de todos estaban fijas sobre él. Solamente Eduardo, pensamiento profundo y filosófico, y corazon altivo, franco y valiente, tenia apoyado el codo sobre la mesa, y su frente reposaba en su mano.

— «Sí, la asociacion, dije uno de los jóvenes, la asociacion hoy para defendernos de la mashorca, para esperar la revolucion, para colgar á Rosas.»

— «La asociacion mañana, dijo Daniel alzando por primera vez la voz, y sacudiendo su altiva, fina é inteligente cabeza: la asociacion mañana para organizar la sociedad de nuestra patria.

«La asociacion en política para darla libertad y leyes.

«La asociacion en comercio, en industria, en literatura y en ciencia para darla ilustracion y progreso.

«La asociacion en todas las doctrinas del cristianismo para conquistar la moral y las virtudes que nos faltan.

«La asociacion en todo y siempre para ser fuertes, para ser poderosos, para ser europeos en América.

«La asociacion de los individuos y de los pueblos para estudiar filosófica y prácticamente, si esta república que improvisó la revolucion de Mayo, fué una inconveniencia política, hija de las necesidades del momento, ó si debe ser un hecho definitivo y duradero.

«Asociacion de estudio sobre los elementos constitutivos del país para alcanzar á saber exactamente, si no fué un error de la revolucion de Mayo el escomulgar el principio monárquico, cuando esa revolucion desprendió á estos pueblos del yugo de fierro que le imponia un rey extraño; para estudiar en fin los efectos por que hemos pasado, en las causas generales que los han motivado.

«¿Queréis patria, queréis instituciones y libertad, vosotros que os llamais herederos de los regeneradores de un mundo? Pues bien, recordád que ellos y la América toda, fué una asociacion de hermanos durante la larga guerra de nuestra independenciam, para lidiar contra el enemigo comun; y asociáos vosotros para lidiar contra el enemigo general de nuestra reforma social: — ¡la ignorancia! entra el instigador de nuestras pasiones salvajes: — ¡fanatismo político! contra el generador de nuestra desunion de nuestros vicios, de nuestras pasiones renc-

rosas, de nuestro espíritu vanidoso y terco: — el escepticismo religioso. Porque, creédme: nos falta la religion, la virtud, y la ilustracion, y no tenemos de la civilizacion sino sus vicios.»

Durante este discurso, Daniel habia levantádose poco á poco de su asiento, y, como arrebatados por la energía de sus palabras, todos los jóvenes habian hecho lo mismo. La última palabra se escapó de los labios del joven orador, y los brazos de Eduardo lo estrecharon contra su corazon.

— «Mirád, señores, dijo Belgrano, paseando sus ojos por la reunion de sus amigos, y conservando su brazo izquierdo sobre el hombro derecho de Daniel: mirád, mi semblante está bañado de lágrimas, y los ojos que las vierten habian con la niñez perdido su recuerdo. ¿Las adivináis? no. La sensibilidad de todos vosotras está conmovida por las palabras de mi amigo, y la mia lo está por el porvenir de nuestra patria. Yo creo en su regeneracion, creo en su grandeza y su futura gloria; pero esa asociacion que las ha de germinar en el Plata, no será, no, la obra de nuestra generacion, ni de nuestros hijos; y mis lágrimas nacen de la terrible creencia que me domina de que no seré yo ni vosotros los que veamos levantarse en el Plata la brillante aurora de nuestra libertad civilizada, porque nos falta para ello naturaleza, hábitos y educacion para formar esa asociacion de hermanos que solo la grandeza de la obra santa de nuestra independencia pudo inspirar en la generacion de nuestros padres.»

— Sí, sí, nos asociaremos, gritaron muchos jóvenes.

— Silencio, Eduardo, silencio por Dios, dijo Daniel al oido de Eduardo.

— «Sí, amigos míos, nos asociaremos, continuó Daniel, y bajo el entusiasmo de esa idea debemos separarnos ya. Yo redactaré nuestro estatuto. Será sencillo, la espresion de una necesidad bien simple: la de

poder juntarnos en un cuarto de hora cuando la defensa ó la iniciacion revolucionaria lo requieran.

«Hoy es el 24 de Mayo. Separémonos ántes que la luz del 25 sorprenda á tantos argentinos reunidos, que no pueden, sin embargo, saludarla libres.

«El 15 de Junio nos volveremos á reunir en esta misma casa y á las mismas horas.

«Úna sola palabra mas: ponga cada uno de vosotros sus medios, su influencia toda para evitar que nuestros amigos emigren; pero si decididamente lo quieren, que se acerquen á mí; yo respondo de la seguridad en su embarque. Pero solo para este caso buscád mi persona. Fuera de él huid de mí; censurád mi conducta entre los indiferentes; enturbiád mi nombre con vuestra censura, pues llegará el momento en que yo lo purifique en el crisol de la libertad patria. Estáis satisfechos, tenéis en mi una completa confianza?»

Los jóvenes se precipitaron á Daniel y un fuerte abrazo fué la respuesta que recibió de cada uno.

En seguida, abrióse la puerta que daba á la sala, luego los postigos á la calle; y, diez minutos despues, no quedaban de los jóvenes de la reunion, sino Daniel y Eduardo.

Ellos volvieron de la sala al cuarto en que habia tenido lugar la sesion; y allí, parado junto á la mesa, con su sombrero puesto, y una capa color pasa sobre sus hombros, Daniel y Eduardo encontraron á un personaje que durante la escena anterior habia oido todo desde el cuarto contiguo al de la reunion, y cuya puerta habia estado intencionalmente entreabierta.

— ¿Y bien, señor?

— ¿Y bien, Daniel?

— ¿Está usted satisfecho?

— No.

Eduardo se sonrió y se puso á pasear.

— ¿Pero qué opinion ha formado usted, señor? preguntó Daniel al nuevo personaje.

— Que todos han salido conmovidos por esa virtud santa del entusiasmo patrio; que todos serian capaces en este momento del mas heroico y grande sacrificio; pero que ántes del 15 de Junio ya no estará la mitad de ellos en Buenos Aires, y la otra mitad se habrá olvidado de la asociacion.

— Pero entónces ¿qué hacer, señor, qué hacer? exclamó Daniel dando un fuerte golpe de puño sobre la mesa, olvidando por un momento el respeto con que parecia tratar á ese personaje, en cuya ancha y noble fisonomía estaba dibujada la superioridad y el talento.

— ¿Qué hacer? Insistir, insistir siempre, y dejar comenzada una obra que acabarán nuestros nietos.

— Pero, ¿y Rosas? preguntó Daniel.

— Rosas es la espresion ingenua de nuestro estado social, y ese estado mismo se opone á nosotros y lo sostiene á él.

— Sin embargo, si conseguimos matarlo....

— ¿Quiénes? preguntó sonriendo el interlocutor de Daniel.

— Cualquier hombre de corazon, señor.

— No, Daniel, no: para ser tiranicida se necesita una de dos cosas; ó una grande venalidad de alma para vender su puñal, y hombres de estos no existen en nuestro partido, ó un gran fanatismo republicano, y esto último no existe en nuestro siglo.

— Y entónces, ¿ qué hacer.

— Trabajar, trabajar siempre: un hombre que se consiga ganar para la libertad y la civilizacion, es al fin un triunfo por pequeño que sea. ¿No es así, Belgrano?

— Así es, señor.

— Entónces hemos hecho bastante por esta noche. Marchemos, mis amigos, mis hijos. Dios á lo

ménos os dará el premio que se merece la sanidad de vuestra conciencia.

— Vamos, señor, dijeron los dos jóvenes pasando á la sala con aquel hombre que parecia tener sobre ellos una influencia moral ejercitada desde mucho tiempo.

El mismo dió su brazo á Eduardo que movia su pierna izquierda con visible dificultad.

El fiel Fermin estaba sentado en la puerta de calle observando si alguien se aproximaba á la casa.

— ¿Ha llegado el coche? le preguntó Daniel.

— Hace media hora que está en la boca-calle.

El sereno acababa de cantar las once

A una palabra de Daniel, Fermin marchó al interior de la casa y volvió con el criado de Eduardo que hacia la centinela de retaguardia; y Eduardo, el nuevo personaje y el criado se dirigieron á la boca-calle para tomar el coche.

Una vez solo Daniel con su criado en la casa, dió en el patio un ligero silbido, y una voz meliflua, refriada, trémula le respondió de la azotea:

— Aquí estoy. ¿Bajo ya de esta altura frígida, sombría y terrible, mi querido y estimado Daniel?

— Sí, baje usted, mi querido y estimado maestro, dijo Daniel imitando la voz y el estilo de nuestro buen amigo Don Cándido Rodriguez.

— Daniel, tú precipitas mi salud y mi alma....

— Marchemos, señor, que alguien nos espera en el coche.

Y Daniel arrastrando á Don Cándido, salió de la casa de Doña Marcelina cuya puerta cerró Fermin, guardándose la llave. Don Cándido y Daniel subieron al coche, que luego de saltar Fermin y Manuel á la zaga, se sumergió en la oscurísima calle de Cochabamba; parando, quince minutos despues, en la calle del Restaurador, tras de San Juan, donde bajó el personaje que hemos

mencionado, siguiendo en seguida el carruaje hasta la casa de Daniel, donde bajaron todos cerca de las once y media de la noche.

---

## CAPÍTULO IX.

### Promesas de la imaginacion.

A la plaza Nueva, dijo Daniel á su cochero inglés, que hizo partir los caballos á gran trote dirigiéndose al lugar indicado para dejar en él á Don Cándido, que, como se sabe, vivía á pocos pasos de allí; y luego los dos jóvenes, seguidos de sus criados; entraron en la casa de Daniel.

Por la sala de ella iba Daniel, y ya su levita estaba desabrochado, y deshecho el lazo de su corbata, para no perder sino el muy necesario tiempo en cambiar su traje ordinario en uno de baile; que para aquella organizacion inquieta, para aquella existencia tormentosa no habia en el tiempo un solo minuto inútil, pues todos estaban consagrados á la actividad de su inteligencia y de su corazon.

— Piensa que no puedo seguirte á ese paso, le dijo Eduardo, que solo con gran dificultad andaba.

— Piensa que son cerca de las doce; y que á esa hora deben entrar Amalia y mi Florencia al baile; y que yo debo estar allí para velar por ellas, y para ciertas presentaciones muy necesarias hoy, le respondió Daniel, entrando á su alcoba y desvestiéndose, mientras Fermin que adivinaba sus pensamientos, ponía luces delante de un espejo y le preparaba un traje.

— Ah, eres muy feliz, Daniel! dijo Eduardo echándose en un sillón y estirando su débil y dolorida pierna, al

mismo tiempo que desabrochaba su leviton, porque en ese momento su herida del hombro derecho le incomodaba demasiado.

— Decias, mi querido Eduardo?

— Decia que la naturaleza ha hecho de tí el ser mas original y mas feliz al mismo tiempo.

— ¿Crees lo que dices?

— Lo juraria. Tienes una facilidad inaudita para dejar tu pensamiento en los sucesos que quedan tras de tí, y fijarlo á tu antojo en los sucesos nuevos que procuras. Juegas tu vida; te entregas en cuerpo y alma á la intriga política, á los peligrosos acontecimientos del dia; tu espíritu se levanta, hace grande, altiva, el dominatriz tu inteligencia; y dos minutos despues de ser el primero en el poder de tu voluntad y en la grandeza de tus ideas, pasas con una puerilidad, con una hilaridad sorprendente de lo mas alto de la vida á las vulgaridades de ella. Sabes donde venimos, lo que acabamos de ser, y, sin embargo, ahí estás delante de tu espejo como el mas frívolo de nuestros jóvenes, preparando tu cabello para ir á lucir á un baile, como si tal cosa acabaras de hacer, como si tal hombre acabaras de ser. Esto es, mi amigo, lo que se llama ser feliz en la vida.

— ¿Está bien así? preguntó Daniel dándose vuelta, dirigiéndose á Eduardo y señalando el lazo de una corbata de batista que acababa de ponerse.

— Véte al diablo, le contestó Eduardo haciendo un gesto de malísimo humor al oír la burlona contestacion de su amigo acompañada de una gravedad la mas irónica posible.

— Me voy al diablo, dijo Daniel volviéndose al espejo y continuando su tocador.

— Prosigue, mi querido Eduardo, continuó, los estudios sicológicos son habitualmente tu fuerte; pero yo creo que despues que concluyas tu discurso voy á darte á

penas la clasificacion de *mediano*.... Ah! no respondes! pues bien: yo continuaré por tí.

Y Daniel, que concluía su tocador, vino y sentóse al lado de su amigo apoyando su brazo sobre uno de los del sillón en que estaba.

— No hay nada, mi querido Eduardo, que se explique con mas facilidad que mi carácter, porque él no es otra cosa, que una espresion cándida de las leyes eternas de la naturaleza. Todo en el órden físico como en el órden moral es inconstante, transitorio y fugitivo: los contrastes forman lo bello y lo armónico en cuanto ha salido de la mano de Dios; y en nada se ostenta mas esa variedad infinita que reina en el universo, que en el alma humana. En un día, en una hora, en un minuto, Eduardo, el corazon, la inteligencia y el espíritu se modifican y cambian tan improvisamente como los colores sobre la superficie del ópalo. Al lado de un gran pensamiento, la pluma con que lo escribimos, el fuego, ó el libro en que tenemos fijos los ojos al meditar, la risa de un niño, el ala de un insecto, la mínima cosa hace que aparezca al lado de aquel gran pensamiento una pequeñísima idea que se apodera tanto de la mente, como otra cualquiera de mayor importancia. En medio de la felicidad, cruza fugitiva una idea; el cristal de nuestra dicha se empaña un momento, y una lágrima cae al corazon en medio mismo de la embriaguez de su ventura. De la ocupacion mas séria se descende instintivamente á los goces, ó á los pasatiempos mas frívolos; y en medio de esas grandezas de alma que suelen deificar la vida de un mortal, la vulgaridad viene á poner de repente su rasgo en el grande y luminoso cuadro de esa vida. Los hombres que temen la espontaneidad de su naturaleza se cubren con el velo de la hipocresía, denso para el vulgo, trasparente para los hombres que tienen inteligencia en sus miradas. Esos hombres eternamente graves en la espresion de su semblante, en sus discursos y en sus maneras, esos hom-

bres mienten, ó su gravedad no es efecto de la importancia filosófica de su alma, sino de una inflexibilidad de su espíritu, que los hace incapaces para la mayor parte de las situaciones de la vida, ó que los hace de condicion mala en la sociedad. Los que no son hipócritas, son como yo: siguen el curso de las diferentes impresiones que los rodean. Además, Eduardo, yo soy porteño; hijo de esta Buenos Aires cuyo pueblo es por carácter el mas inconstante y veleidoso de la América; donde los hombres son, desde que nacen hasta que se mueren, mitad niños y mitad hombres, condicion por la cual buscaron el despotismo por el gusto de hacer una inconstancia á la libertad. Y esto mismo lo piensas tú, Eduardo, Pero ¿quieres que yo te enseñe á profundizar el corazon humano con una sola mirada, ó á interpretarlo á una sola palabra que pronuncian los labios? ¿Quieres que te pruebe, cómo las inteligencias mas altas descienden de las ideas mas sociales á un sentimiento de individualidad y de egoismo? Pues bien, en tí mismo tengo el ejemplo.

— ¿En mí? contestó Eduardo volviendo sus ojos á Daniel.

— En tí, Eduardo, en tí. No te ha chocado el verme pasar de una ocupacion política, grave y difícil á la compostura de un vestido de baile, no; lo que te ha chocado es tu mala fortuna; es decir, el no poder tú tambien venir conmigo.

— ¿Yo? Daniel.

— Tú, Eduardo. Tú que acabas de hablar como un gran filósofo en nuestra reunion, y unos minutos despues no haces sino sentir como cualquier pobre diablo enamorado de una mujer. Acabas de pensar en la patria, y estás pensando en Amalia. Acabas de pensar cómo conquistar la libertad, y estás pensando cómo conquistar el corazon de una mujer. Acabas de echar de ménos la civilizacion en tu patria, y echas de ménos los bellísimos

ojos de tu amada. Esa es la verdad, Eduardo. Ese es el hombre, esa es la naturaleza.

Eduardo bajó su cabeza y llevó la mano á sus cabellos.

— Y ¿crees que te hago la mínima inculpacion, amigo mio? prosiguió Daniel, no. Pocas veces he sentido mayor contentamiento que cuando he llegado á conocer que amabas á mi prima. Esa mujer tan delicada, tan poética, tan bella, es la que mejor conviene á tu corazon y á tu carácter. Ella te ama ¿qué mas puedes desear?

— No, Daniel, no puede ser: ella me compadece solamente.

— No; ella te ama. Tu misma situacion dramática ha sido un incentivo á su corazon.

— ¿Lo crees? repítelo, ¿crees que soy amado de Amalia? preguntó Eduardo con esa ansiedad de los corazones locamente enamorados, que no se satisfacen jamas de oir repetir las seguridades de su felicidad.

— Lo creo, y creo mas: creo que ántes de un año habrá cuatro personas verdaderamente felices en Buenos Aires, Amalia y tu, Florencia y yo.

— Sí, Daniel, yo la amo. Tú conoces mi vida, sabes esa existencia árida en que ha vegetado mi corazon; este corazon tan rebelde á las vulgaridades de la vida; este corazon que parecia guardar toda su savia, toda la virginidad de sus afectos para alguna mujer privilegiada que yo creía que existía solamente en los sueños de mi imaginacion; este corazon la ha hallado y la ama, Daniel, con el entusiasmo que se ama la gloria, con la sensibilidad que se ama á una hermana, con la adoracion que se ama á Dios. Mi naturaleza abatida, amortiguada por el desencanto de mi época, ha revivido en todo el esplendor de mi juventud, y mi vida parece estenderse en el espacio celestino de la felicidad. Mi sueño es poseerla; vivir á su lado, cubrirla con mis manos para que la luz del día no marchite la delicada flor de su hermosura; descubrir en el

cristal de sus ojos los deseos recónditos de su alma para complacerla. Como mortal, yo llegaré por ella hasta el límite donde no hay mas allá para la inteligencia humana, y buscaré gloria y nombre para que se abrillante su destino en el mundo; y si fuera un Dios, yo escogería el mas radiante de mis astros y la diría: Amalia, reina aquí.

— Bien, mi Eduardo, exclamó Daniel, pasando su mano por la pálida y noble frente de su amigo, donde no hay esa exaltación poética del corazón, no hay verdadero amor á los veinte y siete años de la vida.

— La amo, Daniel, continuó Eduardo casi sin oír las palabras de su amigo, la amo y quiero ser su esposo; mi corazón, mi vida, mi fortuna, todo es de ella. Viviremos siempre en el campo, siempre en la misma casa donde cambiamos nuestra primer mirada. ¿No es verdad que esa felicidad me espera, Daniel?

— Sí, Eduardo, y mas que esa todavía, oye: dentro de poco tendremos libertad, y con ella un campo inmenso á los trabajos de la inteligencia. La felicidad la buscaremos en nuestra familia, la gloria la buscaremos en la patria. Viviremos juntos. Haremos en Barracas una magnífica casa, en una parte de ella vivirás tú y Amalia; en la otra mi Florencia y yo; y cuando necesitemos estraños ojos para que admiren nuestra felicidad, los buscaremos recíprocamente entre nosotros cuatro.

— Perfecto, perfecto plan, Daniel! Nosotros mismos educaremos nuestros hijos ¿no es verdad? Y olvidaremos esos días pálidos de nuestra juventud; esa época terrible en que hemos vivido con el puñal al pecho, viendo deshojarse las mejores ramas de la existencia de la patria y...

— ¿Lo ves? ¿no te lo dije? Eramos muy felices hace un instante con las promesas de nuestra imaginación, y, sin saber cómo, arrojas tú mismo en nuestra copa de néctar esa gota amarga de los recuerdos patrios.

Bah! Dejemos esto, dijo Daniel levantándose y mirando el reloj, van á dar las doce, Eduardo.

— Bien, anda.

— Amalia no ha de querer estar sino hora y media ó dos horas en el baile.

— ¿Y para qué mas? Mira: no permitas que baile con ninguno de esa canalla inmunda, para que no la manche ninguno con su aliento, ¿oyes?

— ¿Bien, qué mas?

— Cuando salga, dále tú el brazo hasta el coche.

— Eso es, y que Florencia vaya con el primero que la tome.

— Pero tienes dos brazos.

— Sea enhorabuena, qué mas?

— Despues del baile llevarás á Florencia hasta su casa, ¿no es cierto?

— A no ser que quieras que Florencia se vaya sola.

— Bien, á las dos de la mañana en punto, yo estaré en tu coche, cerca de la casa de Florencia; cuando hayan dejado á esta, nos cambiaremos: tu pasarás á tu coche, y yo, subiré en el de Amalia para acompañarla á Barracas.

— ¡Ah! Yo pensaba, caballero, que usted me haria el honor de cenar conmigo.

— Daniel, hace diez horas que no la veo! Mañana pasaremos todo el dia juntos en Barracas. ¿Me perdonas?

— A condicion de una cosa.

— La que quieras.

— Que mañana te dejarás estar en cama todo el dia.

— Diabolo! ¿Y qué quieres que haga en la cama despues de haber pasado en ella veinte dias eternos?

— Calmar la irritacion que se haya producido hoy en tus heridas. No puedes tenerte, loco, hace doce horas que andas caminando en un pié; y un amante así es lo mas ridículo posible, dijo Daniel sonriendo.

— Sí, pero es que.... no se me conoce, contestó Eduardo, colorado hasta las orejas y tratando de poner muy derecha su pierna izquierda.

— Oh mundo! Oh mundo! exclamó Daniel echando al aire una bendicion.

— Véte al diablo! dijo Eduardo arrellanándose en el sillón.

— No; me voy al baile; y lo primero que haré será bailar en tu nombre con.... ¿quieres que sea con Doña María Josefa?

— Estás de un humor insoportable, Daniel.

— Ah! entónces será con Amalia. ¿Te parece bien?

Eduardo estendió la mano y apretando muy fuerte la de su amigo, le dijo:

— Para Amalia.

Y, separados los dos jóvenes, Eduardo quedó meditando en el sillón, y Daniel subió á su coche cuyos caballos hicieron chispear las piedras de la calle de la Victoria, partiendo en direccion á la plaza de ese nombre.

---

## CAPITULO X.

### Donde continúan las escenas del baile.

Daniel entraba á los salones del baile á las doce de la noche, como se ha visto al final del capítulo VII.

Florencia paseaba los salones, y Daniel se dirigió á su prima, sentada al lado de aquella intransigible señora que parecia saber de memoria la biografía de cuantos allí estaban.

La señora de N.... contestó algo fria al saludo de Daniel y este tomó la mano de Amalia, la dió su brazo, y la dijo, paseándola por la sala:

- ¿Has conversado mucho con esa señora?
- No. Pero ella ha hablado desmedidamente.
- ¿Sabes quién es?
- Es la señora de N....
- No; es el marido de la señora N....
- ¿Cómo?
- Digo que en ese matrimonio están invertidos los sexos, ella es él, y él es ella.
- En cuanto á la mitad no tengo duda.
- Es la unitaria mas intransigible; la porteña mas altiva que creo ha existido jamas. Algo muy picante te decia al entrar yo, pues que te reias tanto.
- Sí, me referia que la señora de Rolon convida á sus tertulias anunciando que se abren con café con leche.
- Oh!
- ¿No es cierto?
- No, no Amalia; son invenciones de las unitarias cuya imaginacion está irritada. No tienen otras armas que el ridículo, y se valen de ellas á las mil maravillas. La señora de Rolon es de lo mejor que hay en el círculo federal; su corazon siempre tiene sensibilidad para todos, y su mano no se cierra nunca á los desgraciados. Pero á otra cosa; ¿hace mucho tiempo que has llegado?
- Veinte minutos apénas.
- ¿Te han presentado á Manuela?
- No.
- ¿A Agustina?
- Tampoco. No conozco á nadie, dijo Amalia con toda candidez.
- Válgame Dios! y Florencia ¿qué ha hecho?
- Bailar.
- Ah, bailar!
- Aun no se habia sentado, y ya estaba en baile, y ahora...
- Sí, sí, ahora, mírala, allá anda.
- ¿Quién es el que la acompaña?

— Es un amigo mio; pero ven, allí está Manuela, voy á presentarte á ella.

— Díme, ¿tengo que gritar ¡viva la federacion! al saludarla? preguntó Amalia mirando á su primo con una sonrisa la mas picante del mundo.

— Manuela es lo único bueno de toda la familia de los Rosas, quizá lleguen á hacerla mala, pero la naturaleza la ha hecho excelente, dijo Daniel casi al oido de su prima, y cuando estaban ya á cuatro pasos de la hija del dictador argentino.

— Mi prima, la señora Amalia Sáenz de Olabarrrieta, quiere tener la satisfaccion de ofrecer á usted sus respetos, señorita, dijo Daniel á Manuela dándola la mano y haciéndola una elegante cortesía.

Manuela se levantó de su asiento, cambió con Amalia los cumplimientos de estilo, en el mejor tono posible, y ella misma le ofreció un asiento á su lado.

Daniel pidió permiso á Amalia de dejarla un instante y fué á buscar á su Florencia perdida entre la multitud de parejas que cuajaban los salones.

— ¿Sabe usted, señorita, donde podré hallar á la señorita Florencia Dupasquier? preguntó Daniel á la misma Florencia, luego que consiguió llegar hasta ella.

— Allí, respondió Florencia, señalando un grande espejo donde se reproducia en ese momento su preciosa figura.

— Ah! mil gracias, pero está tan léjos, que me veo privado á pesar mio de invitarla para lo primero que se baile.

— Es una felicidad, caballero, porque esa señorita está comprometida. ¿No es verdad, señor? preguntó Florencia dirigiéndose á su compañero, que no era otro que uno de los amigos íntimos de Daniel.

— ¿Y puedo saber quien es el feliz caballero que acompañará á usted?

— ¿A usted?

— A la señorita Florencia.

— Un servidor de usted, dijo otro jóven que se aproximaba á los interlocutores en ese momento, y que era uno de los que habian asistido á la reunion secreta pocas horas, ántes

— Ah! está visto, es una verdadera conspiracion contra mí, dijo Daniel paseando encantado sus miradas por el rostro y el talle de su novia.

— Usted lo ha dicho, dijo Florencia.

— Está bien, yo buscaré algo que se asemeje á la señorita Florencia, le contestó Daniel haciéndola un gracioso saludo, cambiando una sonrisa que queria decir en cada uno *estoy contento*, y volviendo á donde estaba Amalia en sostenida conversacion con la señorita Manuela Rosas.

Por predispueto que estuviese el ánimo de Amalia contra el apellido de aquella jóven, su amabilidad y sencillez habíanse insinuado en su carácter naturalmente bueno y generoso. Manuela á su vez, impresionada por la belleza de Amalia, por la suavidad de su acentuacion, y por ese buen tono sin esfuerzo que se descubria en ella, dejó arrastrar fácilmente sus simpatías hácia la hermosa prima de Daniel, cuyo talento habia sabido apoderarse del buen querer de cuantos rodeaban á Rosas, apareciendo á los ojos de las mujeres, como frivolo y enamorado solamente, cosas de gran valor entre ellas, y á los ojos de los hombres como un jóven que preparaba su inteligencia para ser útil algun dia á la santa causa de la federacion.

Una y otra, pues, conversaban con interes, si no con amistad, cuando Daniel se llegó á su prima, y el coronel D. Mariano Maza á la señorita Manuela, á tiempo tambien que se paraba delante de las dos jóvenes el redactor de la *Gaceta* y comandante de serenos D. Nicolás Mariño.

Un valz empezaba.

El coronel Maza presentó su mano á la hija de su gobernador, y esta la aceptó y levantóse en el acto: estaba comprometida para ese valz.

El redactor de la *Gaceta* quiso imitar la pantomima de Maza: estiró la mano hácia Amalia balbuciendo algunas palabras.

Daniel sin hablar una sola, tomó de la mano á su prima, la levanto, y dándose vuelta hácia Mariño, que permanecía con la mano estirada, le dijo con la sonrisa mas diplomática del mundo:

— Está comprometida, Señor Mariño.

Y como el anuncio no tenia contestacion, el redactor se quedó en su puesto miéntras los primos se colocaron entre las parejas del valz.

Dos de ellas quedaron al fin dueñas del campo: Florencia, y su compañero, Amalia y Daniel.

Florencia y Amalia eran, mas bien que dos mujeres, dos ángeles que volaban rozando la tierra con sus alas.

Florencia radiante, animada.

Amalia tranquila, impulsada por la voluptuosidad de la música y del movimiento.

Una y otra sostenida en el brazo de su compañero, no pisaban la alfombra, se deslizaban en ella como dos sombras, como dos creaciones del espíritu.

Las miradas de todos las seguían, se perdían con ellas en los giros fugitivos del valz, y se afanaban en vano por descubrir, bajo las nubes de seda y blondas, el pié delicado y flexible en que se apoyaban aquellos zéfiros de amor que pasaban junto á todos como suspiros de la música, como emanaciones de la luz.

De improviso cesó la música, y de improviso, como paradas por una voluntad superior, las dos jóvenes cesaron en su rápido movimiento, y las dos, al brazo de su compañero, dieron una vuelta por el salon, tan tranquilas como si acabasen de levantarse de su asiento.

Florencia tenia pintadas de rosa sus mejillas.

Amalia estaba bañada de la palidez del nácar.

Florencia estaba bellísima.

Amalia, divina.

Las dos amigas sentáronse juntas en un ángulo del salon, y á pocos instantes Manuela, del brazo de Agustina, se acercó á Amalia.

Daniel permanecia de pié delante de su amada y de su prima.

Manuela presentó á Agustina, quien con los labios se dirigía á Amalia y con los ojos á la hermosa perla que sujetaba los espléndidos cabellos de la tucumana.

Sentáronse juntas las cuatro jóvenes, y miéntras Manuela entretenia la conversacion con Florencia, Agustina se ocupaba en hacer pregunta sobre pregunta á Amalia, sobre el vestido, sobre las cintas, los encajes &c. &c.

Amalia estaba aturdida de la candidez de la bella porteña, y de cuando en cuando con los ojos interrogaba á Daniel sobre la especie de señora que tenia á su lado, Agustina, sin embargo, nada notaba de semejantes miradas. Las suyas inspeccionaban hasta la costura del vestido de Amalia.

— Yo quiero que seamos muy amigas, la dijo Agustina despues de haberla preguntado, si sabia dónde encontraria para comprar una perla semejante á la que tenia en su cabeza.

— Será para mí un grande honor, señora, el disfrutar de la amistad de usted, la contestó Amalia.

— Hace mucho tiempo que deseaba esta ocasion, prosiguió Agustina, y ya habia pensado el ir á casa de usted aunque nadie me presentase; porque yo soy así, soy muy franca con mis amigas. Y me ha de mostrar usted todo cuanto tiene ¿no es verdad?

— Con el mayor placer.

— Aquí no hay nada hoy; las tiendas están vacías, y si no hubiera sido por Florencia no hubiera hoy tenido un vestido con que venir al baile. Ahora solo llegan de encomienda los vestidos de Francia. Pero es preciso tener quien los mande de allí ¿no es verdad?

— Ah! sin duda!

— Pues eso mismo le digo yo á Mancilla todos los dias; pero qué! si es lo mismo que si hablara con la pared! ¡Qué feliz fué usted con su marido! Dicen que todo lo que usted tiene se lo hizo traer de Francia, ¿es cierto?

— Sí, señora, es cierto.

— Oh, qué felicidad!

La conversacion siguió, poco mas ó ménos, sobre los asuntos, que hacian en esa época el mundo, el paraíso de Agustina, Daniel iba á tomar parte en la conversacion para darle otro giro cuando se interpusieron entre él y Agustina un caballero negro y gordo y bajo, y una señora alta y gorda y blanca, que eran nada ménos que el señor Rivera, doctor en medicina y cirugía, y su esposa Doña Mercedes Rosas, hermana tambien de Su Excelencia el Gobernador.

No lucia tanto en esa señora el vestido de raso color sangre que traía puesto, con guarniciones de terciopelo negro, ni los grandes sarcillos de topacio, ni los hilos de coral que traía al cuello, como lucian sobre la blanquísima cútis de su rostro unos rizados lunares rubios, cuya exuberancia se ostentaba con mas esplendidez en la redonda y turgente barba.

Esta señora, cuya vocacion eran las Musas, y cuyos instintos eran por la democracia, paróse entre Agustina y Amalia, no como si acabara de beber un vaso de agua de la fuente Hipocrene, sino como si acabase de sorber cuatro grandes tazas de la ponchera de Hoffmann; es decir, que la buena señora del médico Rivera tenia la cara roja y no rosada, y que por los carrillos que habrian dado envidia al mejor guardian del buen economista San

Francisco, caían en hilo unas líquidas perlas que, filtrando por los abiertos poros de las sienas, bajaban como rocío á humedecer los redondos y blanquísimos hombros.

— Ché! te he andado buscando por todas partes, le dije á su hermana Agustina.

— Bien, ya me has hallado, ¿qué quieres?

— Sudando estóy, mujer; vamos á la mesa.

— ¿Ya?

— Sí, ya ¿cómo está usted, Señor Bello?

— Señora, estóy á los piés de usted.

— Y ¿qué se ha hecho que no se le ve en ninguna parte? enamorando á todas ¿esta es su prima?

— Sí, señora, la señora Amalia Sáenz de Olabarrieta, y tengo el honor de presentársela á usted.

— Me alegro mucho de conocer á usted, dijo Doña Mercedes dando la mano á Amalia que se habia puesto de pié á la presentacion de Daniel. Yo tendré mucho gusto en que usted me trate, continuó. No espere que Bello la lleve á mi casa, vaya no mas á comer cuando guste. Si quiere, mi marido la irá á buscar, porque yo no soy tan celosa como él; este es mi marido, Rivera, el médico Rivera ¿no le conocia usted?

— No tenia ese honor, señora.

— Sí, mucho honor; ¡si usted supiera lo que es! no me deja ni respirar, en su cara se lo digo para que se avergüence ¿lo oyes?

— Lo oigo, Mercedes; pero estás embromando.

— Sin vergüenza! Con que ya sabe, cuando quiera se va no mas como á su casa.

Amalia no sabia que contestar. Estaba aturdida, perdida. No habia ni imaginádose que existieran personas semejantes en el mundo, y mucho ménos el que tuviera que entenderse con ellas. Y, sin embargo, el carácter de esta hermana de Rosas, tan originalmente cándida, era el mejor y mas inofensivo de la familia.

Felizmente, el comandante Maza, que parecia el caballero de Manuela en esa noche, se presentó á invitarla para llevarla á la mesa, y la escena cambió súbitamente.

Pararse Manuela y pararse todo el mundo, fué obra de un instante.

Las damas federales se precipitaban á seguir de satélites el astro radiante de la federacion de 1840. Cada una queria. acercársele y marchar junto á ella para colocarse á su lado en la mesa.

Las damas unitarias, al contrario, ó se dejaban estar en su asiento, ó se separaban lo mas posible de las otras, cambiando entre ellas miradas conversadoras y significativas.

Daniel, en el momento de levantarse Manuela y Agustina, hizo señas á uno de sus amigos: se acercó, le habló dos palabras al oido, y el jóven presentó su brazo á Amalia, miéntras Florencia tomó el de Daniel.

Así marchaban al gran comedor del palacio, atravesando los salones y las galerías, cuando la señora de N.... conducida por un caballero jóven, se acercó á Amalia y la dijo al oido:

— La felicito á usted por sus nuevas amistades.

Amalia contestó con una sonrisa.

— Comprendo esa sonrisa. Estamos de acuerdo.

Pero hay una cosa grave.

— ¿Una cosa grave? dijo Amalia parándose, y sintiendo un fuerte latido en su corazon, porque allí lo que no la asustaba, la inquietaba.

— Sí.

— ¿Y cuál?

— Mariño está en el asunto.

— ¿Aquel hombre de los ojos....?

— Aquel hombre de los ojos.

— Pero bien ¿qué hay?

— ¿Qué hay?

— Sí.

— Que la sigue á usted con las miradas en todas partes: que la devora á usted, y que acaba de decir á un amigo mio, que ha de ser usted suya, ó que el diablo se lo ha de llevar.

— Ah! entónces felicitémonos, señora, y vamos á la mesa, dijo Amalia volviendo á tomar el brazo de su compañero.

— No, no, despacio, dijo la señora de N..., usted no sabe, mi querida, qué hombre es ese.

— Ese hombre! ese hombre es un loco y nada mas, señora, contestó Amalia haciendo un imperceptible movimiento de hombros y saludando con una graciosísima sonrisa á la señora de N ...

Daniel estaba en ascuas por la demora de Amalia, reservándola en la mesa una silla al lado de Florencia, y temiendo por momentos que la ocupase alguna otra.

Felizmente, Amalia entró al comedor cuando aun no habia sido ocupado aquel asiento, y se colocó en él: Daniel y su amigo permanecieron tras de las sillas de ambas jóvenes.

El sempiterno maestro de ceremonias, coronel Erézcano, habia determinado ciertos asientos en la mesa, segun el rango de ciertas de las personas que allí estaban. Los demas asientos se ocuparon por las señoras, indistintamente.

---

## CAPÍTULO XI.

### Escenas de la mesa.

La señorita de Rosas ocupaba una de las cabeceras de la mesa; á su izquierda estaba el señor ministro de hacienda Don Manuel Insiarte, y á su derecha el señor

ministro de Su Majestad Británica Caballero Mandeville, que poco ántes habia dejado en su casa á Su Excelencia el Señor Gobernador, despues de haber tenido el placer de verlo en su mesa en el convite diplomático dado en celebracion del natalicio de Su Majestad la Reina Victoria, igualmente que al señor ministro Arana, que despues del banquete hubo retirándose á su casa algo incomodado del estómago.

En seguida del señor Mandeville estaba Doña Mercedes Rosas de Rivera, y frente á ella su hermana Agustina, teniendo á su izquierda al señor Picolet de Hermillon, cónsul general de Cerdeña; seguian despues todas las principales señoras de aquella reunion federal, colocados entre ellas algunos personajes notables de la época, y conservándose los demas caballeros, unos de pié tras las sillas de las señoras, otros formando grupos en los ángulos del comedor.

Frente á la señorita Manuela, en la cabecera opuesta de la mesa, estaba sentado el general Mancilla.

Un silencio, apénas interrumpido por el ruido de la porcelana y los cubiertos, inspiraba un no sé qué de ajeno al lugar y al objeto de aquella reunion, y ponía en conflicto á la parte mas crecida de los asistentes, en medio de ese silencio de funerales. Era de verse la pantomima de aquellas señoras esposas de los heroicos defensores de la santa causa, al llevar cada bocado á su boca!

El tenedor se levantaba del plato con una delicadeza tal, que parecia entre los dedos el fiel de de una celose balanza, pronto á inclinarse al mas ligero accidente. El pedacito de ave ó de pastel era llevado á los labios con la misma delicadeza con que una persona de buen gusto lleva á las narices una delicada flor-del-aire, y los indecisos labios lo tomaban tiernamente, despues que dos ojos habian girado á derecha é izquierda para ver si alguien notaba el pecado capital de comer cuando se está para ello en una mesa.

Todos los preceptos del caton éranse allí escrupulosamente cumplidos: el cubierto siempre sobre el plato, y sobre el plato siempre lo que en él se habia servido; esperando todos que alguien preguntase, para contestar; y como nadie preguntaba, ninguno de los con-vidados hablaba una palabra.

Habia allí, sin embargo, una dama que comia mas libremente que las otras; y era la señora esposa de Don Antonio Diaz, personaje célebre de la emigracion oriental que acompañó á Buenos Aires al ex-presidente Oribe. Esta señora, madre de preciosas hijas que allí estaban, se entretenia en comerse medio budin, como postre de una piernita de pavo y de una tierna pechuga de gallina, que habia saboreado para quitar de sus labios el gusto salido que habian dejado en ellos dos ó tres rebanadas de jamon, con que la señora quiso neutralizar el gusto á manteca que habia dejado en su boca un plato de mayonesa con que habia empezado á preparar su apetito.

Los coroneles Salomon, Santa Coloma, Crespo, el comandante Mariño; los doctores Torres, García, González Peña; los diputados Garrigós y Belausteguí, eran de los personajes mas notables que servian de caballeros federales á las damas de la mesa. Pero los coroneles y el comandante especialmente maldecian con toda buena fe al maestro de ceremonias Erézcano, que colocádolos habia en aquel lugar en que cada bocado se les atragantaba como una nuez. Salomon sudaba; Santa Coloma se retorcia el bigote, y Crespo tosia.

El general Mancilla, que mejor que nadie conocia la ridiculidad de aquel silencio y de aquella tirantez aldeánica, se fué de repente á fondo sobre el flanco de sus federales amigos.

— Bomba, señores, dijo levantándose con una copa en la mano, y con esa gracia y safaduría peculiares al carácter del entusiasta unitario del congreso.

Damas y caballeros se pusieron de pié.

— «Brindo, señores, dijo Mancilla, por el primer hombre de nuestro siglo, por el que ha de aniquilar para siempre el bando de los salvajes unitarios; por el que ha de hacer que la Francia se ponga de rodillas delante del gobierno de la confederacion argentina; por el ínclito héroe del desierto; por el Ilustre Restaurador de las Leyes Brigadier D. Juan Manuel Rosas; y brindo tambien, señores, por su digna hija que en tal dia como este vino al mundo para honor y gloria de la América.»

Las palabras del general Mancilla fueron la mecha, y el pulmon de los ilustres convidados fué el cañon que dió salida á la detonacion de su fulminante entusiasmo.

Se acabó el silencio, se acabó la tirantez, se acabó la aldea; y comenzó el bullicio, la elasticidad y la bacanal.

— «Bomba, señores, gritó el diputado Garrigós, poniéndose de pié con la copa en la mano. Bebamos, dijo, por el héroe americano que está enseñando á la Europa que para nada necesitamos de ella, como ha dicho muy bien hace muy pocos dias en nuestra sala de representantes el dignísimo federal Anchorena; bebamos porque la Europa aprenda á conocernos, y que sepa que quien ha vencido en toda la América los ejércitos y las logias de los salvajes unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses, puede desde aquí hacer temblar los viejos y carcomidos tronos de la Europa. Bebamos tambien por su ilustre hija, segunda heroina de la confederacion, la señorita Doña Manuelita Rosas y Ezcurra.»

Si el brándis del general Mancilla despertó el entusiasmo en el ánimo de los federales, el del diputado Garrigós despertó la locura dormida momentáneamente en su cerebro. Las copas se apuraron, no quedando una gota de licor, ni aun en la del caballero Mandeville, despues de esa amable y lisonjera salutation á la Europa y al trono.

«Bomba, señores, dijo el presidente de la sociedad popular, despues de haber visto las señas que le hacia su

consultor Daniel Bello, que se hallaba frente á él tras las sillas de Florencia y Amalia.

— «Brindo, señores, dijo Salomon, porque nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes viva toda la vida, para que no muera nunca la federacion, ni la América, y para que.... y para que.... en fin, señores, viva el Ilustre Restaurador de las Leyes; su ilustre hija que hoy ha nacido; y mueran los salvajes unitarios, y todos los gringos y carcamanes del mundo.»

Todos aplaudieron federalmente la improvisacion de aquel digno apoyo de la santa causa. El mismo ministro británico, como tambien el cónsul sardo, no pudieron ménos de admirar la espontaneidad de aquel discurso, y dejaron los cálices vacíos del espumoso champaña que contenian.

Solo habia una persona que nada comprendia de cuanto allí pasaba; ó dicho de otro modo: que no comprendia que en parte alguna de la tierra pudiese acontecer lo que aconteciendo estaba: y esa persona era Amalia.

Amalia estaba aturdida. Sus ojos se volvian á cada momento hácia Daniel, y sus miradas, esas miradas de Amalia que parecian tocar los objetos y descansar sobre ellos, le preguntaban con demasiada elocuencia: «¿dónde estoy, qué gente es esta; esto es Buenos Aires, esta es la culta ciudad de la república argentina?» Daniel la contestaba con ese lenguaje de la fisonomía y de los ojos que le era tan familiar: «despues hablaremos.»

Amalia se volvía á Florencia algunas veces, y solo encontraba en la picaruela cara de la jóven la expresion de una burla finísima, sin que con eso quedase Amalia mas adelantada que ántes en sus interrogaciones.

Ni una, ni otra de las dos jóvenes habia llevado á sus labios una gota de vino.

Daniel, que estaba en todo, que hacia seña á Salomon, que acababa de hacerlas tambien á Santa Coloma, que aplaudia con sus miradas á Garrigós, que se

sonreía con Manuela, que le enviaba una flor á Agustina, un dulce á Mercedes &a., Daniel, decíamos, echó vino en las copos de Amalia y de su Florencia, inclinándose entre las dos sillas y diciendo muy bajito:

— Es preciso beber.

— ¿Yo? le preguntó Amalia con una altivez y una prontitud, con una dignidad y un enojo, que hubieran podido despertar los celos de Catalina de Medicis, si esa interrogacion hubiera sido hecha en un salon del Louvre, en el reinado de cualquiera de sus hijos, ó mas propriamente dicho, en los reinados de ella.

Daniel no contestó.

Florencia se tomó por él ese trabajo.

— Usted, sí, señora, usted beberá, y beberá conmigo, le dijo Florencia. Solamente que cuando esos caballeros beban por lo que ellos quieran, muy despacito beberemos nosotras por nuestros amigos.... pero, mire usted, Amalia, Manuela hace á usted señas.

En efecto, Manuela hizo á Amalia un elegante saludo con su copa, que en el acto fué contestado con no ménos buen tono por la bellísima tucumana.

— «Señores, dijo el comandante y redactor Mariño, que de cuando en cuando giraba sus oblicuas miradas hacia Amalia; por el grande héroe de la América, por su inmortal hija, por la muerte de todos los salvajes unitarios, sean gringos ó nacionales, y por las bellas de la república argentina!» y los ojos de Mariño dieron media vuelta por delante de Amalia.

Era ya necesario gritar mucho para hacerse oír. Los generales Rolon y Pinedo consiguieron despues de grandes esfuerzos el hacer entender sus bríndis. El coronel Crespo tuvo que pararse sobre su silla para llamar la atencion sobre sus palabras. Pero la voz potente del coronel Salomon dominó de repente la algazara y dijo:

— Señores, me manda decir la ilustre hermana de Su Excelencia nuestro padre, la señora Doña Mercedes,

que pida un momento de silencio al entusiasmo federal, porque va á leer unos versos que ha compuesto.

El silencio se estableció súbitamente. Todas las miradas se dirigieron á la poetisa.

La Safo federal daba un papel á su marido colocado á sus espaldas como era su costumbre.

El marido se resistia á tomar y leer el misterioso canto; y una gresca al oido, pero que parecia ser terrible, furibunda, espantosa, como diria el señor Don Cándido Rodriguez, tenia lugar entre aquellos cónyuges modelo de contraste.

El desamparado papel pasó por fin á las manos de un criado, y de estas á las del general Mancilla con un recado de la autora.

El general desdobló el papel; lo leyó primeramente para sí mismo, y luego, y con toda la socarronería tan natural en su espíritu burlon y travieso, se paró con semblante grave, y con el tono mas magistral del mundo, leyó en medio á un profundísimo silencio:

### SONETO.

Brillante el sol sobre el alto cielo  
Ilumina con sus rayos el suelo:  
Y descubriéndose de sus sudarios  
Grita el suelo ¡que mueran los salvajes unitarios!  
Llena de horror, y de terrible espanto  
Tiembla la tierra de polo á polo,  
Pero el buen federal se levanta solo  
Y la patria se alegra y consuela su llanto.  
Ni gringos, ni la Europa, ni sus reyes  
Podrán imponernos férreas leyes,  
Y donde quiera que haya federales  
Temblarán en sus tumbas sepulcrales  
Los enemigos de la santa causa.

Que no ha de tener nunca tregua ni pausa.

*Mercedes Rosas de Rivera.*

La lectura de estos versos originó una sensación en los concurrentes, poco común en los banquetes: dió origen á un temblor general; los unos, como Salomon y su comparsa, Garrigós y la suya, temblaban de entusiasmo; los otros como Mancilla, como Torres, como Daniel &c., temblaban de risa.

Para las damas federales los versos estaban pindáricos; pero todas las unitarias tuvieron la desgracia en ese momento de ser atacadas por accesos de tos, que las obligaron á llevar sus pañuelos á la boca.

Los brándis se sucedieron luego: todos iguales en el fondo, y casi hermanos carnales en la forma.

Los señores Mandeville y Picolet bebieron tambien á la salud de Su Excelencia el Gobernador y su jóven hija.

Y como tienen su fin todas las cosas de este mundo, llegó tambien el de la suntuosa cena del 24 de Mayo de 1840.

Las señoras volvieron á los salones del baile, y miéntras la música y los jóvenes las recibian alegres, y miéntras Amalia, Florencia, Agustina, Manuela &c., fueron sacadas en el acto para unas cuadrillas, alegres se quedaron en el comedor, continuando sus entusiastas brándis federales, los heroicos defensores de la santa causa, que no habia de tener tregua ni pausa, segun el último verso del soneto de Doña Mercedes Rosas de Rivera.

Fué entónces cuando el entusiasmo subió á sus noventa grados, porque nada hay que dé tanta energía á la espresion de ciertas pasiones en ciertas gentes, como el buen vino, el ruido de las copas y los brándis.

Fué entónces tambien cuando se vertió una idea cuya espresion sencilla y reducida á sus términos mas

precisos, hizo resaltar el fondo de ella, y que se grabara con acero en la imaginacion de los concurrentes: esa idea fué de Daniel.

Este jóven, despues de haber conducido á Amalia y á Florencia al salon, y dejándolas en baile con dos de sus amigos, volvió al comedor, y, tranquilo, imponente podemos decir, se colocó en una cabecera de la mesa en medio del general Mancilla y del coronel Salomon, tomó una copa y dijo:

— «Señores, bebo por el primer federal que tenga la gloria de teñir su puñal en la sangre de los esclavos de Luis Felipe que están entre nosotros, de espías unos, de traidores otros, y de salvajes unitarios todos, esperando el momento de saciar sus pasiones feroces en la sangre de los nobles defensores del héroe de la América, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes.

Nadie habia tenido el valor de definir y espresar tan claramente el sentimiento de la mayor parte de los que allí estaban; y, como sucede siempre cuando alguien consigue interpretar los deseos informes de la multitud, cuyo labio no se presta comunmente á darles vida y colorido con los incompletos recursos del lenguaje, aquellas palabras arrebataron la admiracion de todos, cuya aprobacion se manifestó espontáneamente con el coro de estrepitosos aplausos que sucedió al brándis de aquel jóven que lanzaba ese anatema de muerte sobre la cabeza de hombres culpables ante la susceptible aunque santa federacion, por el hecho de ser ciudadanos de un país con cuyo gobierno estaba en cuestion el héroe esclavo-recido de aquella época de subversion y sangre, de salvajería y vandalismo.

El mismo general Mancilla no creyó ni por un momento que hubiese una segunda idea en el brándis de aquel jóven, y en los secretos de su pensamiento admiró la locura de aquella alma á quien las doctrinas de la época habian estraviado tanto y tan temprano.

Providencia divina! Daniel que azuzaba las pasiones salvajes de aquellos hombres; Daniel que en efecto habria dado los mayores años de su vida porque su sanguinario deseo se cumpliese en alguno de los inocentes extranjeros que residian en Buenos Aires; Daniel, decíamos, era el hombre mas puro de aquella reunion, y el hombre mas europeo que habia en ella. Pero él queria buscar en esas gotas de sangre la ocasion de que la Francia, la Europa entera descargase un golpe mortal sobre la frente del poderoso bandido de la federacion, para contener de este modo el rio de lágrimas y sangre que veia pronto á desbordarse sobre toda una sociedad cristiana é inocente: era la aplicacion de esa terrible, pero en muchos casos imprescindible ley de la filosofía y la moral, que autoriza el sacrificio de los ménos para la conservacion de los mas: era un holocausto de intereses individuales en las aras de la salvacion general, lo que buscaba aquel jóven consagrado con toda su conciencia á la liberacion de su patria, y á reivindicar la humanidad tan ultrajada en ella; y buscaba esto á costa de su nombre, á costa de su porvenir quizá; arrostrando el odio de los hombres honrados, y la admiracion de los malvados, que es todavía peor que aquello para los hombres de virtud y de corazon!

Y como todo el que acaba de cumplir un grande, pero penoso deber, Daniel salió del comedor tranquilo y triste; se dirigió al salon y dijo á su prima:

— Vamos.

Amalia notó que el semblante de Daniel estaba algo descompuesto, y no vaciló en preguntarle por la causa de ello.

— No es nada, la contestó el jóven, acabo de jugar mi nombre á la salud de mi patria.

— Vamos, Florencia, prosiguió Daniel dirigiéndose á su amada, que en aquel momento se acercaba á Amalia.

## CAPITULO XII.

### Despues del baile.

Durante que Daniel estaba en la mesa, la señora Doña Agustina Rosas de Mancilla de nuevo habia restablecido sus reales sobre los vestidos, alhajas y demas de su nueva amiga, como ya la llamaba; y no habia separádose de ella sin prometerla muchas visitas, esperando, decia, que su íntima amiga la señorita Dupasquier la acompañase en ellas.

Manuela Rosas no habia hecho preguntas, ni ofrecido visitas, pero estaba inspirada de sincero cariño por Amalia, y deseaba que la casualidad la ofreciera el momento de estrechar su relacion con ella.

Algunos minutos despues que Amalia, Florencia y Daniel habian salido del baile, el coche paraba á la puerta de la casa de Madama Dupasquier, calle de la Reconquista.

Luego de dejar á Florencia, á cincuenta pasos de su casa, paróse el coche junto á otro en la misma calle de la Reconquista, De este último bajó Eduardo Belgrano á tiempo que Daniel descendió del de Amalia. Ambos jóvenes se cambiaron algunas palabras, y en seguida Daniel subió á su coche, que era aquel en que Eduardo habia estado esperándole, y este fué á ocupar el lugar de su amigo al lado de la hermosa Amalia.

El carruaje de esta cuyo cochero no era otro que el viejo Pedro, teniendo por lacayo al criado de Belgrano, siguió al trote de los caballos la empedrada calle de la Reconquista, en direccion á Barracas.

Mientras el coche descendía lentamente la empinada barranca que lleva el nombre del bravo almirante que sostuvo la guerra marítima de la república con el imperio del Brasil, porque estaba cerca de ella la casa de

su habitual residencia, Amalia refería á Eduardo todas las ocurrencias del baile; todas las cosas incomprensibles que se habian presentado á sus ojos, las trepidaciones en que se habia encontrado su espíritu; y la violencia que se habia hecho para sobrellevar aquellas dos largas horas en que por la primera vez de su vida se habia encontrado entre gentes y ocurrencias tan ajenas de sus gustos y de su educacion.

Tal era el asunto de la conversacion de los dos jóvenes, y ya el carruaje se aproximaba á la capilla de Santa Lucía, para tomar la calle Larga, cuando cerca al ángulo que forman allí los dos caminos que se encuentran, fué alcanzado por tres jinetes que, á todo el correr de sus caballos, habian bajado la barranca del general Brown y seguido la misma direccion que traía el coche.

La intencion de estos hombres se hizo bien manifiesta desde el momento: dos de ellos flanquearon los caballos del cocho y cruzaron los suyos con tal prontitud, que Pedro tuvo que tirar la rienda á los que dirigía.

El otro de aquellos acercó su caballo al estribo del coche, y con una voz blanda, pero algo trémula por la agitacion de la carrera, dijo:

— Somos gente de paz, señora; yo sé que va usted perfectamente acompañada con el señor Bello; pero los caminos están muy solos, y me he apresurado á correr tras el carruaje para tener el honor de ofrecer á usted mi compañía hasta su casa.

El coche estaba parado.

El viejo Pedro se inclinaba sobre el pescante cuanto posible le era, midiendo bien la cabeza de uno de los dos hombres á caballo que estaban junto á los del coche, para hacerle el obsequio de introducirle en ella una onza de plomo perfectamente esférica, que traía guardada entre el cañon de una pistola de caballería que hizo su

buen papel en media docena de ciertos dramas que se representaran veinte años ántes.

El criado de Eduardo estaba ya pronto á tirarse de la zaga y tomar la medida del primero que llegase á sus manos, con un grueso baston de tala que previsoramente habia colocado entre las presillas del estribo, y que de ellas habia pasado á sus manos desde el momento en que paróse el coche.

Eduardo no tenia mas armas que un pequeño puñal en el baston en que se apoyaba al andar.

El individuo que habia hablado estaba cubierto con un poncho oscuro, y, vuelto hácia los faroles del coche, ninguna claridad daba en su rostro.

Ni Amalia, ni Eduardo conocieron la voz que habia hablado. Pero hay en las mujeres todas de este mundo una facultad de adivinacion admirable, que las hace comprender entre un millon de hombres, cual es aquel en que han hecho impresion con su belleza; y en las circunstancias mas dificiles y mas estrañas una mujer sabe al momento adivinar, si ella hace parte allí, y de dónde ó de quién podrá surgir el misterio que los demas no comprenden.

Y no bien acabó el desconocido de pronunciar su última palabra, cuando Amalia se inclinó al oido de Eduardo y le dijo:

— Es Mariño.

— Mariño! exclamó Eduardo.

— Sí, Mariño.... es un loco.

— No; es un pícaro.... Señor, dijo Eduardo alzando la voz, esta señora va perfectamente acompañada, y suplico á usted tenga la bondad de retirarse, y ordenar que hagan lo mismo los que han detenido los caballos.

— No es á usted á quien yo me he dirigido, Señor Bello.

— Aquí no hay nadie de ese nombre; aquí no hay mas que....

— Silencio, por Dios! Señor, continuó Amalia dirigiéndose á Mariño, doy á usted las gracias por su atención, pero repito las palabras de este caballero, y suplico á usted quiera tener la bondad de retirarse.

— Esto es demasiado. Se ha empleado dos veces la palabra suplicar, dijo Eduardo sacando la mano por uno de los postigos, del coche para abrir la puerta; pero Amalia asióse de su brazo, y por un esfuerzo sobrenatural lo volvió á su asiento.

— Me parece que ese señor está poco habituado á tratar con caballeros, dijo Mariño.

— Caballeros que paran los carruajes á media noche bien pueden ser tratados como ladrones. Pedro, adelante, gritó Eduardo con una voz metálica y tan entera, que los dos hombres que estaban al lado de los caballos no se atrevieron á pararlos, sin nueva orden del que parecia comandarlos, cuando Pedro dió un latigazo á los caballos, muy dispuesto á hacer uso de su pistola si alguien continuaba á estorbar la marcha del carruaje de su señora.

El comandante Mariño, pues que no era otro que él, picó su caballo en el acto de romper el coche, y siguiendo á su lado á gran galope, pudo hacer oír de Amalia estas palabras:

— Sepa usted, señora, que no he querido hacer á usted ningun mal, pero se me ha tratado indignamente, y esto no lo olvida con facilidad el hombre que ha recibido ese insulto.

Dichas estas palabras Mariño suspendió su caballo y volvió á la ciudad por la barranca de Balcarce, mientras Amalia, cinco minutos despues, entraba á su salon del brazo de Eduardo, algo pálida y descompuesta por la reciente escena.

## II.

En el gabinete contiguo al salon, y que se comunicaba con la alcoba de Amalia, dormida estaba sobre un pequeño sofá la tierna compañera de la jóven, halagada por el dulce calor de la chimenea en aquella noche cruda de los últimos días de Mayo, sobre el que tanto se habia precipitado el invierno de 1840.

A un lado de la chimenea estaba preparado el té en el rico servicio de porcelana de la India que hemos descrito en el alcoba de Amalia, sobré la pequeña mesa de nogal.

El mismo Eduardo quitó de los hombros alabastros de la jóven la capa de terciopelo azul que los cubria, y quedóse estasiado largo rato, contemplando aquella belleza casi ideal, cuyos encantos acababan de ser admirados y ambicionados por tantos hombres, y de cuya posesion él abrigaba en su alma una risueña esperanza desde la mañana de ese mismo día.

Qué mujer no se envanece de descubrir la admiracion que hacen sus gracias en los ojos del ser predilecto de su corazon?

Amalia olvidó la escena del camino y se halló contenta y feliz al descubrir en la contemplacion de Eduardo el enajenamiento inefable que le ocasionaba su belleza.

Ella misma sirvió el té, refiriendo á Eduardo las escenas mas notables de la cena del baile, tratando de distraerlo y de enmendar una imprudencia que acababa de cometer: habia referídole los miradas de Mariño, y las palabras de él que le habia trasmitido la señora de N... Eduardo entónces dio otro valor al acontecimiento de la calle Larga, y no se perdonaba el haber dejado ir á Mariño sin haberle hecho recibir por su mano el castigo que se merecia.

Pero Amalia, si era una divinidad en su belleza y en su espíritu, habia pasado tambien por las manos de la naturaleza femenil, y poseía, como todas las de su sexo, ese repertorio de artes y secretos con los cuales tienen una facilidad esclusiva para volver el contentamiento al corazon de los hombres, miéntras que poseen la virtud del Leteo para hacerles olvidar los sucesos ó las ideas que quieren; y diez minutos despues, Eduardo no se acordaba do Mariño, y el pasado y el porvenir, Buenos Aires y el universo, habian desaparecido de su memoria, absorba toda la accion y la sensibilidad de su alma en ver, en escuchar, en beber el aliento y las sonrisas de su amada.

Si alguien hubiese tenido el poder de las sibilas, y, como los alientos de aquella criatura que dormia tranquila á dos pasos de Amalia y de Eduardo, hubiese podido difundirse en la atmósfera tibia y perfumada de amor de aquel gabinete, habria comprendido entónces todo lo que hay de bello, de sentimental y de divino en ese amor del alma que solo sienten los corazones nobles, y en esa lucha terrible, obra del mundo y de los cielos, que se establece entre los sentidos y el espíritu, entre los deseos de la naturaleza y los deberes de la religion y la moral, entre las impresiones de la organizacion física, y el sentimiento de respeto por el ser amado y por sí propio, cuando dos jóvenes, enamorados uno de otro, se encuentran en lo mas fuerte de la impresion de su entusiasmo, instados por todo el incentivo de la soledad y del misterio, y que, sin embargo, cada uno se vence á si mismo, y deja sobre la frente casta de la mujer el purísimo cendal de ángel con que bajó del cielo.

— Sí, soy feliz! exclamó Amalia despues de un momento de éstasis en que sus ojos habian estado bebiendo amor y felicidad en los de Eduardo.

— Amalia! si yo hubiera perdido por usted los mas bellos años de mi vida; si yo hubiera derramado toda mi sangre, si estuviera en la tumba, esas solas palabras serian

la corona de mi felicidad y de mi gloria! exclamó Eduardo oprimiendo entre las suyas la delicada mano de su Amalia.

— Sí, soy feliz! porqué negarlo? prosiguió Amalia. Un destino cruel parece que esperó mi nacimiento para conducirme en el mundo. Todo cuanto puede hacer la desgracia de una mujer en la vida, lo selló en la mia la naturaleza. La intolerancia de mi carácter con las frivolidades de la sociedad; los instintos de mi alma á la libertad y á la independencia de mis acciones; una voluntad incapaz de ser doblegada por la humillacion ni por el cálculo; una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande ó noble en la naturaleza; todo esto, Eduardo, todo esto es comunmente un mal en las mujeres; pero en nuestra sociedad americana tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica puedo decir, es mas que un mal, es una verdadera desgracia. Yo tuve la dicha de comprenderla, y entónces quise aislarme en mi patria. Para vivir ménos desgraciada, he vivido sola despues que quedé libre: y acompañada de mis libros, de mi piano, de mis flores, de todas esas cosas que otros llaman puerilidades, y que son para mí necesidades como el aire y como la luz, he vivido tranquila y.... tranquila solamente. Me faltaba algo.... sí, algo.

— ¿Y bien?

— Hoy, ya no pido á Dios en mis oraciones, sino que conserve mi corazon sin mas ambicion que la que hoy siento.

— Amalia, ídolo angelicado de mi alma; sí, es necesario mezclar á Dios en este momento, porque de su aliento divino salieron separadas nuestras almas para buscarse y encontrarse en el mundo. Ellas tuvieron un mismo origen; se han hallado; se han conocido, y se han atado para siempre rápida y espontáneamente, como por la obra de una inspiracion de Dios. En ambos han sido necesarias las desgracias para alcanzar una felicidad su-

prema. Amalia, serás mía, mía para siempre, ¿no es verdad?

— Sí, sí; con el alma, con el pensamiento en todos los instantes de mi vida.... pero, nada mas por Dios! Esclamó Amalia cubriéndose el rostro con sus manos.

— Amalia!

— No, no, jamas;... perdon, Eduardo, no me arranque usted una promesa de que tiemblo.... no hay un ser que me haya amado, que me haya pertenecido, que no haya sido pronto presa del infortunio. El genio del mal parece que se suspende sobre la cabeza de aquellos que se identifican en mi suerte.... he perdido á cuantos me han amado.... hay en mis sueños una especie de voz profética, un alarido de predestinacion terrible que ha sacudido mi pobre corazon toda vez que he llegado á imaginar una felicidad futura en mi existencia. Por compasion, Eduardo.... yo acepto ese amor que hace hoy toda la felicidad de mi vida. Ya he sido amada como era la ambicion de mi alma; no mas, pues.... separémonos, lleve usted consigo el regalo del primer amor que he sentido en mi vida; y despues.... despues olvideme. Yo conservaré estas horas, todas las palabras de usted, como el retrato de una felicidad cuyo original hallé en la tierra, y viviré feliz con la seguridad de volver á contemplarlo en el cielo. Pero no mas que esto, Eduardo. Yo sé; tengo fija, encarnada en la vida la idea de que mi amor se convierte en lágrimas y desgracias; y es porque yo amo, que quiero evitar la desgracia en el ser elegido de mi corazon.

Los ojos de Amalia estaban húmedos, radiantes; habia algo de inspiracion celeste en su mirada; su frente y sus mejillas estaban pálidas; sus labios, rojos como el coral, y sus manos, oprimidas entre las de Eduardo, trémulas como las hojas de una azucena abatida.

— Amalia, la respondió Eduardo, ya no hay amor en mi corazon: hay la adoracion que tienen los mortales por las obras de Dios sobre la tierra; la adoracion que

tiene un corazon como el mio por todo lo que es grande y sublime en la naturaleza. A la mujer á quien creia feliz, hube ofrecido tímidamente mi corazon; á la mujer que teme la desgracia, yo le doy mi corazon y mi destino, mi mano y mi porvenir. Yo sé que la muerte está pendiente hace mucho tiempo sobre mi cabeza, moriré á tu lado, tu última mirada me reconciliará con el mundo, y en el cielo recibiré, como un perfume de tu amor, los suspiros que dé tu corazon á mí memoria. Hace un momento que te hablaba el amante; ahora te habla el hombre: un corazon para amarte, un brazo para defenderte, una vida á la consagracion de tu ventura, hé ahí, Amalia, lo que te ofrezco de rodillas.

— No, jamas.

Eduardo en efecto hizo la accion de arrodillarse, pero los brazos de Amalia se lo impidieron. Y en ese momento de entusiasmo y de olvido, la frente de la jóven sintió el calor de los abrasados labios de su amado.

Ella no hizo ninguno de esos movimientos violentos y generalmente mentidos de las personas de su sexo en tales casos, recibió sobre su frente el primer beso de Eduardo; oprimió su mano fuertemente entre las suyas; lo miró tiernamente, y fué tranquila, en apariencia, á despertar á la pequeña Luisa.

El amor habia recibido el beso, el deber ponía fin á aquella escena.

Eduardo comprendió toda la delicadeza de la conducta de Amalia, y sintió en su alma todo el orgullo de su esquisita eleccion.

Cuando la niña hubo despertádose, alegre con la presencia de su señora, Eduardo estendió su mano de despedida á Amalia. Ella entónces se quitó de sus cabellos la rosa blanca que habia llevado al baile, y se la presentó á Eduardo.

Un minuto despues, su mirada estaba fija aun en la puerta por donde habia retirádose el primer hombre que

habia llamado á la que guarda los secretos afectos en el corazon de una mujer, que responden siempre, pero que rara vez la abren.

En seguida, Luisa echó las llaves, y Amalia entró á su alcoba, á velar las recordaciones de esa noche, á la luz dulce y poética de su alma enamorada.

**FIN TOMO PRIMERO.**





## INDICE TOMO I

Palabras preliminares / <i>Elisa Calabrese</i>	5
<i>Amalia</i> de José Mármol. Un Ensayo <i>Adriana A. Bocchino</i>	9
Criterios de la presente edición	57
Transposiciones de <i>Amalia</i> . Ordenación cronológica	60
Otras Fuentes de interés	61
Bibliografía	62
<b>AMALIA</b>	69
Esplicación	71
<b>PARTE PRIMERA</b>	
Cap. 1 Traición	73
Cap. 2 La primera curación	94
Cap. 3 Las cartas	116
Cap. 4 La hora de comer	124
Cap. 5 El comandante Cuitiño	148
Cap. 6 Victorica	156
Cap. 7 El caballero Juan Enrique Mandeville	167
Cap. 8 El amanecer	187
Cap. 9 El angel y el diablo	192
Cap. 10 Un agente de Daniel	211
Cap. 11 Donde aparece el hombre de la caña de la India	222
Cap. 12 Florencia y Daniel	236
Cap. 13 El presidente Salomon	249
<b>PARTE SEGUNDA</b>	
Cap. 1 Amalia Sáenz de Olabarrieta	263
Cap. 2 Como una sola puerta tenía tres llaves	276

AMALIA.

Cap.	3	Treinta y dos veces veinte y cuatro	288
Cap.	4	Quinientas onzas	299
Cap.	5	La rosa blanca	308
Cap.	6	Veinte y cuatro	323
Cap.	7	Escenas de un baile	328
Cap.	8	Daniel Bello	346
Cap.	9	Promesas de la imaginación	363
Cap.	10	Donde continúan las escenas del baile	371
Cap.	11	Escenas de la mesa	380
Cap.	12	Despues del baile	389



